

REVISTA
DE
HISTORIA
MILITAR



Año XI

1967

Núm. 22

ESTADO MAYOR CENTRAL DEL EJERCITO
SERVICIO HISTORICO MILITAR

REVISTA
DE
HISTORIA MILITAR

Año XI

1967

Núm. 22

REVISTA DE HISTORIA MILITAR

PUBLICADA POR EL

SERVICIO HISTORICO MILITAR

DEL ESTADO MAYOR CENTRAL

CONSEJO DE LA REVISTA

DIRECTOR: Excmo. Sr. D. Joaquín de Sotto y Montes, General de Caballería, del Servicio de Estado Mayor.

ASESOR: D. Juan Priego López, Coronel de Estado Mayor.

JEFE DE REDACCIÓN: D. Joaquín Portillo Togores, Coronel de Caballería, del Servicio de Estado Mayor.

REDACTOR: D. José Manuel Martínez Bande, Teniente Coronel de Artillería.

» D. Juan Manuel Zapatero López Anaya, Capitán y Doctor en Historia.

ADMINISTRADOR: D. Constantino Alonso Calle, Capitán de Oficinas Militares.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

MARTIRES DE ALCALA, 9 — MADRID — TELEFONO 247-03-00

Precio del número: 75 pesetas

SUMARIO

	Págs.
La batalla de San Quintín, por FRANCISCO FRANCO BAHAMONDE	9
El pensamiento militar en los cantares de gesta, III, por JOSÉ MARÍA GÁRATE CÓRDOBA	29
La Goagira y las ordenaciones de don Antonio de Arévalo, por MARÍA TERESA OLIVEROS DE CASTRO... ..	79
Organización militar española de la Casa Borbón (siglo XVIII), por JOAQUÍN DE SOTTO Y MONTES	118
El teatro de operaciones de Aragón hasta la gran ofensiva roja sobre Zaragoza, por JOSÉ MANUEL MARTÍNEZ BANDE	179
BIBLIOGRAFÍA	227

En fascículo aparte, «Historiales de los Cuerpos del Ejército español: el Regimiento de Zapadores número 1 para Cuerpo de Ejército».

N. B.—Las ideas expuestas en los artículos publicados en esta revista reflejan únicamente la opinión personal de su respectivos autores.

Esta revista invita a colaborar en ella a los escritores militares o civiles españoles o extranjeros, que se interesen por los temas históricos relacionados con la profesión de las armas. En las páginas de la misma encontrarán amplia acogida los trabajos que versen sobre acontecimientos bélicos, destacadas personalidades del mundo militar, e instituciones, usos y costumbres del pasado del Ejército, particularmente si contienen enseñanzas o antecedentes provechosos para el militar profesional de nuestros días.

Los trabajos serán retribuidos con generosidad, según la extensión acostumbrada en revistas de este tipo y carácter.

Depósito Legal M. 7.667.-1958.

El excepcional libro El Escorial, editado por el Patrimonio Nacional, y luego la revista Reales Sitios (número 1), se honraron con la publicación de un trabajo de Su Excelencia el Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos sobre el tema, capital en nuestra gran historia, de La batalla de San Quintín.

Sería vano ponderar ahora el interés excepcional del mismo, dada la personalidad de su autor y la índole de la materia tratada. Estas poderosas razones movieron a la REVISTA DE HISTORIA MILITAR a solicitar la debida autorización para incluir en este número trabajo tan meritorio, a la vez que poco conocido del gran público, por la difusión limitada de las publicaciones en que hasta ahora vio la luz.

Obtenidos los correspondientes permisos de reproducción, no sólo del texto, sino de las valiosísimas ilustraciones —de valor histórico auténtico, por ser contemporáneos de aquel acontecimiento militar—, rendimos tributo de público agradecimiento a Su Excelencia el Generalísimo, que de esta forma honra las páginas de nuestra REVISTA.

LA BATALLA DE SAN QUINTIN

por FRANCISCO FRANCO BAHAMONDE

No puede conmemorarse el IV Centenario de la fundación del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial sin contemplar en él al gran monumento que el Rey Don Felipe II levantó para perpetuar la victoria más grande y trascendental de su reinado, alcanzada sobre las armas francesas el 10 de agosto de 1557, festividad de San Lorenzo, al que erige en Patrono de la nueva Basílica. Con el transcurso del tiempo ha sobrevivido la grandeza de la construcción como maravilla arquitectónica, pero ha ido quedando en el olvido aquella gloriosa y trascendental batalla con la que el Rey prudente inició su reinado. De aquella efemérides queda en nuestro lenguaje la frase tan extendida de «armarse la de San Quintín», que tantas gentes de habla española repiten sin conocer su abolengo.

España encabezaba en aquella hora el más grande de los Imperios. En pleno desarrollo la expansión de las armas españolas por las tierras vírgenes americanas, estaba llevando a cabo el esfuerzo más grandioso que nación alguna había acometido, de descubrir, evangelizar y civilizar un mundo a costa de grandes y dolorosos sacrificios.

Dos años antes de esta fecha, el 25 de octubre de 1555, es cuando el Emperador hace abdicación, en el Palacio de Bruselas, de sus Estados de Flandes a favor de su primogénito, casado a la sazón con la Reina María de Inglaterra. Tres meses más tarde, el 16 de enero de 1556, tiene lugar la cesión solemne del resto de sus Estados. Esto echaba sobre los hombros del joven Monarca las responsabilidades totales de la gobernación de sus reinos que ya desde 1546 venía administrando en las ausencias de su padre.

El César había preparado cuidadosamente este momento. Había comprendido al fin las instancias que desde España se le hacían,

por sus colaboradores, para alcanzar una paz duradera que permitiese a la nación el mejor desarrollo y atención a la expansión en América. Viejo y achacoso, comprendió lo estéril de su batallar en Europa, como se desprende de aquellas palabras pronunciadas en el acto de su abdicación, preñadas de amargura: «Nueve veces fui a Alemania la alta, seis he pasado en España, siete en Italia, diez he venido aquí a Flandes, cuatro en tiempo de paz y de guerra he entrado en Francia, dos en Inglaterra, otras dos fui contra Africa, las cuales todas son cuarenta, sin otros caminos de menor cuenta que tengo hechos por visitar mis tierras.»

Deseando donar a su hijo, con sus Estados, una paz prolongada, unos días antes, el 6 de enero de 1556, concierta con Enrique II de Francia, en Vaucelles, una tregua de cinco años, y por cuanto respecta a Alemania renuncia a la administración y gobernación del Imperio germánico, del que hace entrega a su hermano Fernando. En esta situación asciende al Trono el segundo de los Felipes.

La Tregua de Vaucelles y la cesión de la Corona de Alemania, hechas sin concurso ni intervención del Papa, coloca a éste en una difícil situación frente al nuevo Monarca. Su animadversión contra el viejo César era conocida y le hacía considerar a los españoles culpables de que la tierra de su nacimiento, Nápoles, permaneciese bajo el dominio español, lo que, explotado por su pérfido sobrino, el Cardenal Caraffa, le lleva a firmar en 25 de diciembre de 1555, un Tratado de alianza ofensiva defensiva con Francia. El ofrecimiento del Trono de Nápoles y de los Estados de Milán para dos de sus hijos, movieron al Monarca francés a la ruptura de la tregua con el de España, sin pensar en el trágico fin que iba a tener el torpe contubernio, pues pronto habían de ser vencidos por las armas españolas en los teatros de operaciones de Italia y Francia.

Pero este ligero bosquejo no es suficiente para darnos cuenta de la situación real si no medimos la magnitud de los problemas que a España se ofrecían. Nuestra unidad interna estaba todavía muy reciente. El Imperio colosal que España estaba forjando requería, más que de hombres, de esfuerzos de titanes para mantenerse. Este grandioso Imperio, en cuyos territorios no se ponía el sol, abarcaba en América desde la línea de California, el Estado de Texas y la Florida en el Norte, hasta el Estrecho de Magallanes en el Sur; comprendía las Molucas y Filipinas en el espacio asiático; las islas y territorios africanos en el Occidente de Africa, con Ceuta, Melilla,

Orán, Bujía y Túnez en el Mediterráneo; en la que hoy es la nación italiana, poseía Nápoles, Sicilia, el Milanesado y la Cerdeña; y en el centro de Europa, los Países Bajos y el Franco Condado. El Rosellón y Portugal integran entonces el territorio metropolitano. Todo esto quedaba bajo la potestad del nuevo Monarca.

Las responsabilidades de Felipe II en aquellas horas son muy difíciles de comprender dados los medios de que se disponía y lo dilatado y complejo de sus territorios. Sus dotes de organizador, administrador y diplomático se acusan desde los primeros momentos al reunir y poner en pie de guerra un poderoso ejército, pagarlo y sostenerlo, a la par que mantener la paz y el orden interno de sus pueblos, amenazados por el azote del hambre que se cernía por Europa como consecuencia de una gran sequía que le obligó a movilizar todos sus recursos para hacer compras de trigo en el Este de Europa, agotando las ya exhaustas arcas de la nación. La habilidad diplomática de que da muestras para sumar a su causa y obtener la colaboración inglesa. La urgente movilización de las sumas necesarias para realizar la campaña, para lo que envió a España a Ruy Gómez, a requerirlas de la nobleza, prelados y mercaderes, pese a las dificultades que la acción militante del Vaticano le creaba. Y la pródiga ayuda que de Dios obtiene al recibirse en aquellos días críticos, y cuando menos lo esperaba, un envío de oro remitido desde el Perú, que vino a solucionar sus problemas financieros.

Mas si queremos enjuiciar en el orden militar la gran victoria de San Quintín, todo esto no basta. Para poder formar un certero juicio hemos de contemplar el estado en que se encontraban en aquellos años los ejércitos y la evolución correspondiente de las armas. La continuidad de nuestras luchas había dado estado a los ejércitos permanentes. Sus células primarias habían sido constituidas en los años de nuestra Reconquista por los efectivos de las Ordenes Militares, que desde el reinado de Fernando el Católico habían sido puestas bajo el mando regio; la Santa Hermandad y las Guardias Viejas de Castilla formaban, con aquéllas, el embrión del ejército permanente, al que se sumaban las grandes levadas que se hacían para las batallas; pero que terminadas éstas, volvían a sus hogares, quedando sólo aquellos otros elementos primarios encargados de la seguridad pública.

Los ejércitos aparecían en aquella hora constituidos por las tres armas principales que han llegado hasta nuestros días: la Infantería.

la Caballería y la Artillería, aunque ésta, todavía, extremadamente rudimentaria.

Bajo el reinado de Carlos I habían cimentado su sólido prestigio nuestros gloriosos Tercios, formados por tres mil hombres, repartidos en diez compañías de piqueros y dos de arcabuceros. Estos arcabuceros constituían la tropa más selecta y de mayor confianza, y estaban formados siempre por soldados españoles. El arcabuz, que constituía el arma más precisa y eficaz, tenía, sin embargo, reducido alcance y por su peso necesitaba ser apoyado en una horquilla; había hecho al peón superior al caballero, aunque su empleo había que hacerlo con usura, ya que no le permitía realizar más de cuatro o cinco disparos antes del ataque. Con el arcabuz, el poder de las armas de fuego empezaba a tomar en la guerra carta de naturaleza. Nuestros arcabuceros estaban considerados como los mejores del mundo y pesaban decididamente en la batalla.

La caballería constituía el alma por excelencia de la maniobra. Obraba, como hasta ayer, en la vanguardia para reconocer, y colocada en las alas del dispositivo estaba siempre dispuesta al envolvimento y a la sorpresa. Iba armada con espada y lanza, y se cubría con una armadura que se había ido aligerando.

La artillería era poco numerosa, imperfecta y pesada, imprecisa y, por tanto, poco eficaz. Se movía difícilmente en el campo de batalla. Sus efectos eran más morales que efectivos; pero, sin embargo, constituía el más poderoso medio de destrucción a distancia para abrir brecha en los torreones y en las murallas.

No habían nacido todavía los explosivos. La pólvora hacía pobremente sus veces; pero el artificio de la guerra de minas para abrir brecha en las fortalezas había llegado a ser una importante especialidad del arte de la guerra. No existía industria militar y las armas eran fundidas y forjadas por los herreros y artesanos.

En frente de estas armas rudimentarias adquirían un gran valor las plazas fuertes, con sus baluartes, sus fosos y sus murallas, que cuando estaban bien construidas resistían fácilmente los efectos de los artificios bélicos, dando tiempo a la movilización y a la maniobra de los ejércitos.

Mas volvamos la vista a la situación de los dos bandos: pretendía el francés, con su reciente alianza con el Papa, forzar a los españoles a llevar a Italia el futuro campo de batalla, que alejando el peligro de sus fronteras crease a España dificultades por lo dis-



Fragmentos de la pintura al fresco de Lucas Jordán, que decora el friso corrido de la escalera principal del Monasterio del Escorial.



Felipe II, Príncipe heredero, dibujo anónimo de la Colección de Arras.

tante de sus bases. Y para hacerlo efectivo dirigió a Roma los mejores soldados de su ejército, bajo el mando del Duque de Guisa, mientras con un núcleo menor de sus fuerzas pretendía crear a los españoles una difícil situación en Flandes. No pasaron inadvertidos para Felipe II los manejos del francés, y encontrándose en Bruselas al romperse la tregua, marchó a Inglaterra rápidamente para solicitar de su esposa, la Reina, el cumplimiento del compromiso contraído por Inglaterra, concertado con la Casa de Borgoña, de defensa de los Países Bajos, a lo que accedió la Reina con su Consejo y nobleza, preparando la expedición de ocho mil ingleses que al mando del Conde de Pembroke habían de formar parte de los ejércitos del Rey Felipe.

Llegó por fin para éste el momento de tomar la gran decisión con el señalamiento de las grandes líneas de su plan de operaciones, y después de un concienzudo estudio de la situación y de escuchar el parecer de sus consejeros y expertos militares, decidió que el Duque de Alba se enfrentase con la situación en Italia con sus propios medios, llevando a cabo una defensa activa, mientras que él, con un ejército compuesto de 45.000 infantes y arcabuceros, 16.000 caballos y 80 piezas de artillería, al mando directo de su experto general el Duque Filiberto de Saboya, atacaría Francia en su mismo corazón.

Hasta última hora reservó Felipe II sus planes. Por dos lugares podía llevar a cabo su avance sobre el corazón de Francia: por la Champagne o por la Picardía. Elegida ésta por el propio Monarca, como camino más fácil para la invasión y mayor amenaza para la capital, ordenó al Duque de Saboya encubrir sus propósitos, y mientras las fuerzas navales atacaban en las costas de Normandía y de Bretaña, las terrestres iniciarían movimientos de ataque demostrativo sobre Rocroi, exhibiendo frente a ella escalas y aparejos de sitio, que hicieran creer a los franceses la decisión de los españoles de invadir la Champagne y atrajese en aquella dirección el grueso de sus ejércitos. Debía volver, sin embargo, el ejército español sobre sus pasos, y pasando por Vervins efectuar una demostración sobre Guisa para, rápidamente, dirigir sus fuerzas sobre San Quintín. La sorpresa de la maniobra española sobre los franceses fue completa, y mientras las fuerzas de éstos se concentraban frente a los pasos de la Champagne, las tropas de Felipe rompían por Picardía y asentaban sus reales frente a los muros de San Quintín.

Era San Quintín una plaza fuerte francesa que, colocada en el espacio existente entre el río Somme y el Oise, cerraba con otras

plazas el camino a las invasiones procedentes de los Países Bajos; que por no existir en este espacio obstáculo orográfico con que detener el avance de los invasores, ha venido a constituir repetidas veces a través de la Historia un campo obligado de batalla.

La populosa villa se halla emplazada sobre una suave colina que ciñe el río Somme en su mitad occidental, donde forma una amplia zona de islas, meandros y terrenos pantanosos que la protegen por este lado. En los dos extremos de esta zona, el Norte y el Sudoeste, dos islas en las que se encuentran los arrabales de Pontoilles y la Isla, fortificadas con baluartes, refuerzan las defensas de las murallas y torreones que circundan todo el perímetro de la plaza. Un profundo foso artificial recorre los frentes Nordeste y Sur, dando fortaleza al conjunto. La magnitud de la sorpresa que la llegada de los españoles causa se acusa en lo reducido de la guarnición de la plaza, gobernada por el bretón capitán Bruel, y, según la versión francesa, defendida por una sola compañía del Delfín, formada por un centenar de hombres a las órdenes del teniente Telligny.

No ha perdido el tiempo el Duque Filiberto de Saboya, pues el 2 de agosto, previo reconocimiento del contorno de la plaza por su caballería, se establece firmemente frente a los lados Nordeste y Sur, vigilando por occidente los pasos de la zona cenagosa del Somme.

Al aproximarse sus tropas a las murallas y apercibirse del valor que encerraba el baluarte del arrabal de la Isla, de la escasez de su guarnición y de la importancia del puente sobre el Somme, ordena a Julián Romero que con tres compañías de españoles lo asalten y ocupen por sorpresa, lo que se ejecuta rápidamente, extendiendo la ocupación a unas casas avanzadas del barrio que flanquea el foso y que en el futuro han de causar graves daños a los defensores. La guarnición, no pudiendo resistir el empuje, se retira precipitadamente tras las murallas de la plaza.

Por su lado, el Mariscal Montmorency, general en jefe de las tropas francesas, ante la sospecha de la maniobra española y el estado desguarnecido de la plaza de San Quintín, encomendó al Almirante Coligny, Señor de Chatillon y Gobernador de la provincia, que era uno de sus más acreditados generales, reunir las tropas que pudiese para marchar a San Quintín a socorrer la plaza y dar tiempo y espacio al resto del ejército para la maniobra. De acuerdo con el Condestable, sale Coligny de Pierre-Port antes de amanecer, en-

caminándose a La Fère para acercarse al sector occidental, de más fácil comunicación con San Quintín, enviando a su caballería a explorar su derecha en dirección a los españoles, llegando a La Fère, y sin noticias del resultado del reconocimiento, siguiendo a Ham, considerando que desde allí le será más fácil entrar en San Quintín.

En Ham encontró una carta del capitán Bruel en que le comunicaba la grave situación de San Quintín y la necesidad imperiosa en que se encontraba de recibir socorros; por ello, después de informarse del camino mejor que podía seguir, resuelve realizarlo aquella misma noche, pese a no tener todavía reunidas sus tropas ni incorporada la unidad de caballería que había mandado a reconocer su flanco; y de las cinco compañías con que contaba entrar, solamente dos las tenía próximas, pues las otras tres, por distintas circunstancias, se habían retrasado mucho en su salida, entretenidas en reunirse, equiparse y desempaquetar las armas de sus carros que les habían llegado con retraso.

Fueron muchos los capitanes y gentileshombres que trataron de convencerle que esperase, considerando que podía ser más útil desde fuera, pero las demandas eran tan apremiantes, y las órdenes recibidas del Condestable tan tajantes, que el servicio del Rey no admitía dudas. Así, horas después de ponerse el sol del día 3 de agosto, con medio centenar de caballos y buenos guías, se puso en marcha hacia San Quintín. De este modo, burlando la defensa del enemigo, que por esa parte de los pantanos era más débil, y con orden terminante de hurtarse en todo caso a la lucha, se dirigió a la plaza, donde llegó a la una y pocos minutos por su ángulo norte con 250 hombres, pues los otros se habían perdido en la noche o desviado por una alarma que sufrieron en el camino.

La llegada de este refuerzo levantó la moral decaída de los defensores. Coligny no perdió el tiempo y, al rayar el día, se dirigió con el Gobernador a la puerta del Sur, donde se había perdido el baluarte, y tras tomar consejo de sus capitanes, decidió el planear, para aquella misma noche, una salida para quemar las casas y expulsar a los españoles que las ocupaban, y una vez arrojados de allí, construir una trinchera entre el baluarte y la muralla que fuese desde el foso al río, abriendo en los muros una tronera para colocar un cañón que batiese e inutilizase así el puente sobre el Somme.

Tomadas estas disposiciones, se dirigió a recorrer el recinto para

organizar la defensa y prevenir la duración del sitio. Moviliza a la población, hace recluta de los hombres útiles, requisita víveres y ganado y toma todas aquellas provisiones que el caso aconseja. Organiza la tala de los árboles inmediatos a la muralla que por su espesura ocultan a los sitiadores, ordena construir fajinas con su ramaje y refuerza las partes débiles de la muralla con mayores espesores y contrafuertes.

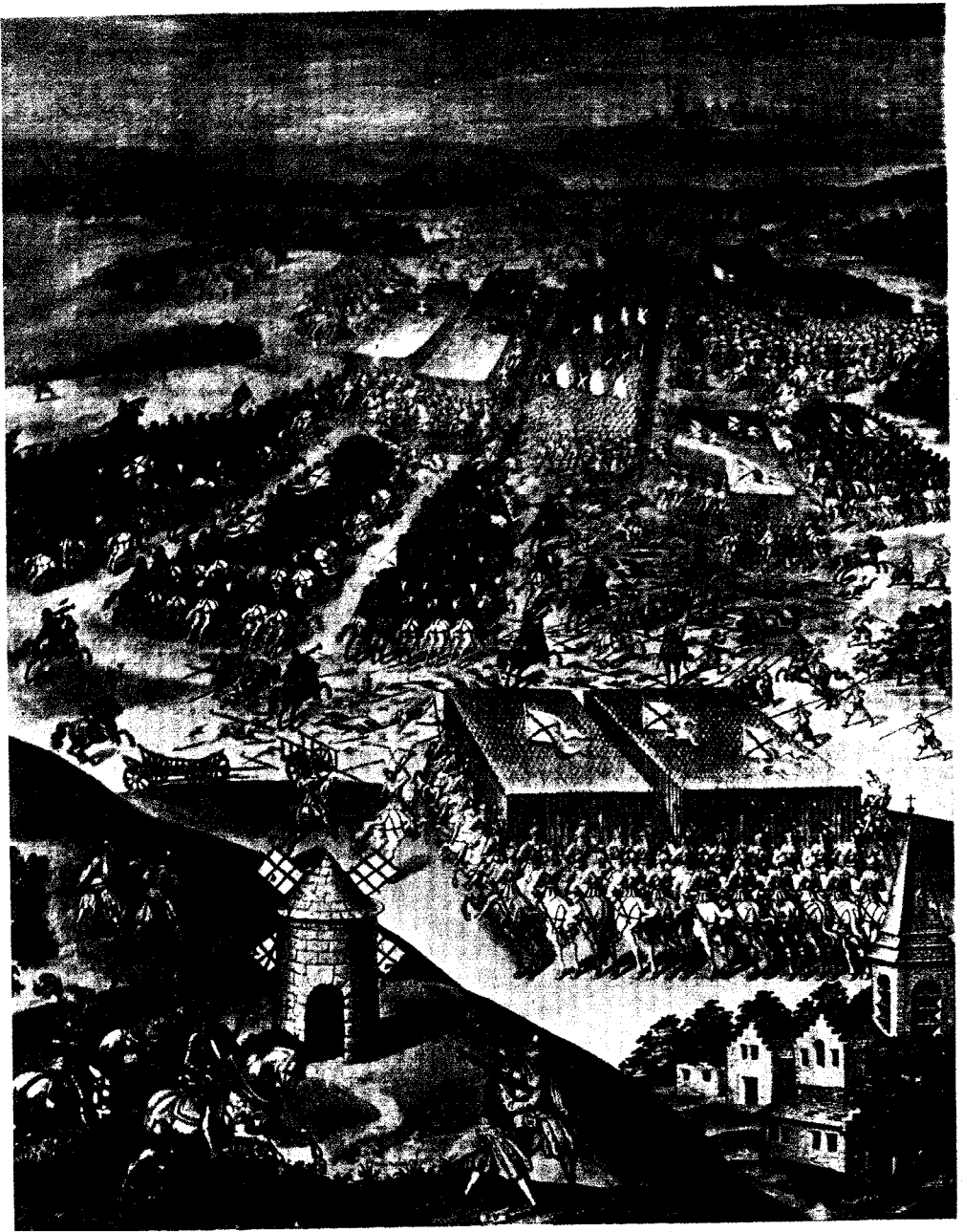
Llegada la noche, tiene lugar la salida para arrojar a los españoles de las casas del barrio de la Isla, pero apercebidos éstos le rechazan duramente, perdiendo los franceses 16 de sus mejores hombres y siendo perseguidos tan de cerca que con facilidad hubieran podido entrar los españoles en la plaza.

No se descorazona por esto Coligny, que deseando mantener activa la defensa y hacer llegar al enemigo la presencia de refuerzos que con él habían entrado en la villa, ordena la salida de cincuenta caballos que hagan un reconocimiento ofensivo sobre una de las guardias españolas más separadas de las otras, pero con orden de no empeñar combate y solamente producir sorpresa y demostración de su actividad. Sin embargo, lo hicieron tan mal los ejecutores, que el jefe que había tomado el mando, el teniente Telligny, al verles empeñar combate, se adelantó sin armas para ordenarles la retirada, momento en que es envuelto y derribado en tierra por los españoles, sin ser socorrido por las fuerzas que hacían el reconocimiento, que se retiraron en desorden.

Enterado el Almirante, envió soldados voluntarios para rescatarle, pues había quedado próximo a los muros de la ciudad, recogéndole malherido y pudiendo expirar entre los suyos.

Esta nueva pérdida de hombres limitó las posibilidades de la defensa, aunque no desalentó a Coligny, que mantuvo la actividad en los sectores del río y en las lagunas, para tener vigilados entre ellas los pasos que hiciesen posible el socorro de la plaza.

Pronto se da cuenta el Almirante Coligny de la escasez de sus medios para atender a tan largo y difícil recinto y sostener viva la defensa, por lo que decide dar cuenta de la situación al Condestable, solicitando de él urgentes refuerzos en hombres, víveres y arcabuceros, por no llegar a 25 el número de los que cuenta en la plaza, recomendándole los lugares que considera más fáciles para que la ayuda pueda alcanzar el objetivo. Eso sucedió en la noche del 5 de agosto de 1557, cinco días antes de la batalla de San Quintín.



Preparativos para el cerco de San Quintín, y escenas de la batalla.



Formación de caballería, fiel estampa de la realidad que fue su actuación en San Quintín.

El sitio de la ciudad va estrechando sus mallas y cada vez se va haciendo más difícil la comunicación de Coligny con el Condestable. Ante esta situación decide éste socorrer la plaza, ejecutando la operación en fuerza, preparando para ello fajinas y pontones, y aprovechando la poca profundidad en muchos sitios de las aguas, abordar la plaza por la poterna de Santa Catalina, donde los meandros del Somme forman pequeñas islas.

El 8 de agosto parte Montmorency de La Fère con un fuerte ejército compuesto por 20.000 infantes, 8.000 caballos y 16 cañones; se detiene en Exegrey a ordenar sus tropas y pasarles revista, y en la tarde del 9 se pone en movimiento con el propósito de ocupar las alturas que dominan el arrabal de la Isla, sujetar a los españoles que lo ocupan y, alcanzada la orilla del Somme, pasar con las barcasas y los pontones las tropas encargadas de socorrer a San Quintín, para, una vez logrado este propósito, entablar batalla a los españoles con el resto del ejército, aprovechando su forzado despliegue frente a las murallas de la Villa.

Amanece el día 10 de agosto cuando las fuerzas del Condestable aparecen sobre las alturas al Sur del arrabal de la Isla y atacan por sorpresa los molinos de Goutchy, con orden de mantenerse firmemente defendiendo su flanco frente a las fuerzas españolas que ocupan el baluarte del arrabal. Los primeros pasos de la operación se presentan favorables. Las tropas del Condestable han ocupado sin resistencia los molinos y las alturas inmediatas al arrabal y han llegado a la orilla del Somme, atravesando éste por el pantano de la Abbiette por medio de barcasas y alcanzando la isla de Prix en el Oeste de la ciudad, pero el uso innecesario de la artillería pone en alarma a los sitiadores, que apercibiéndose de que se intenta repetir la maniobra anteriormente fracasada de D'Andelot, llevada a cabo ahora a la luz del día, decide Filiberto de Saboya aprovechar rápidamente la situación en que están empeñados los franceses para caer sobre su flanco. Refuerza, como en la anterior ocasión, los pasos en la derecha del Somme para dificultar la entrada de las fuerzas en la ciudad y ordena al Conde Egmont que pasando con su caballería el Somme, protegido por las fuerzas que ocupan el baluarte del arrabal de la Isla y apoyado por las fuerzas del Tercio de Navarrete, proceda al envolvimiento del flanco derecho de los franceses. Así, mientras el Conde cae como una tromba sobre el costado francés, los arcabuceros españoles desbaratan a las fuerzas que

se encuentran en los pasos de los meandros del río, destruyéndolas y obligándolas a huir.

Cuando el Condestable quiso apercibirse de la situación era ya muy tarde. Su derecha había sido aniquilada y las fuerzas que habían pasado el río dispersas. Al verse tan duramente atacado intenta la retirada, pero los ataques españoles de flanco son cada vez más fuertes y profundos y empiezan a convertir la acción en un gran revés para las armas francesas.

Pretendía el Condestable en su repliegue que sus tropas se acogiesen y organizaran en el bosque de Gibercourt, a algunos kilómetros al oeste de la plaza; pero el desorden se apoderaba progresivamente de sus filas, inmovilizando su material y obligando a abandonar sus trenes. Sólo algunas unidades en medio del desorden mantenían su moral formando cuadros y pretendiendo seguir el movimiento. Las tropas españolas estaban maniobrando con rapidez y maestría, y mientras una parte de la infantería española, que había pasado el Somme, atacaba a la francesa sin dejarla romper el combate ni darla reposo, la caballería de Egmont, seguida de la artillería y de la infantería disponible, que había cruzado el río por el puente de Rouvroy y por el vado con el agua a la cintura, se trasladaban rápidamente por Harly, La Neuville, Urvillers y Benay fuera de las vistas y paralelamente a las fuerzas en retirada a cortarles el paso en Mont-Court, haciendo imposible el propósito francés de organizarse a cubierto de los bosques. El ejército español apareció interpuesto, ocupando posiciones cuatro kilómetros al Este de los bosques.

Ante esta nueva amenaza se desorganiza el campo francés y las órdenes y contraórdenes del Condestable se suceden. La situación se precipita por momentos sin que se alteren la prudencia y sangre fría del Duque de Saboya que, convencido de su victoria, se prepara a consumar la derrota de sus adversarios.

Lanza el Conde de Egmont sus jinetes de nuevo sobre sus adversarios que todavía conservan vitalidad para rechazarle formando cuadros y obligándole a replegarse sobre el dispositivo español, pero, preparado éste ya para el combate, avanza en orden de batalla con el Duque de Saboya en el centro, y teniendo en su ala derecha a Aremberg y Brunswick y a la izquierda a Mansfeld y Hon. Entra rápida en acción la artillería española que en seguida destruye la cohesión de los cuadros enemigos; las alas de la formación española

se abaten sobre los franceses, los que, agotados y rodeados, no pueden resistir su empuje, y mientras unos rinden sus armas y estandartes a los vencedores, como los alemanes de Reingrave, en número de 5.000, otros huyen perseguidos a través del campo por la caballería, que causa en ellos una gran mortandad. Las sombras de la noche pusieron término a la persecución. La victoria había sido aplastante y total. El Condestable, al verse derrotado, se lanzó en medio de la batalla a morir con gloria, pero habiendo caído herido, fue hecho prisionero por un soldado español apellidado Sedano.

En la batalla había caído la flor y nata de la nobleza francesa. El Duque de Enghien había resultado muerto. Entre los prisioneros figuraba el Mariscal Saint-André, el Duque de Montpensier, el Conde de Hernani, el Vizconde de Turena, el Vizconde de Villars, el Príncipe de la Roche-sur-Yon y hasta dos mil caballeros de la nobleza francesa que ejercían el mando de las diversas unidades. Sólo el Duque de Nevers se salvó de la batalla.

Aunque la ciudad no se había expugnado todavía, su suerte había sido ya decidida. Las bajas de las tropas españolas habían sido escasas, ochenta muertos y un millar de heridos, mientras las bajas francesas rebasaron los doce mil entre infantes y jinetes; toda la artillería, y más de un centenar de banderas y estandartes, habían caído en poder de los españoles.

En la mañana del 11 de agosto llega a Felipe II, que se encontraba en Cambray, la noticia de la gran victoria. Se traslada frente a la plaza de San Quintín, al real de Filiberto, al que da órdenes para rematar la victoria con la toma de la villa, pero previniéndole de que dé instrucciones a sus tropas para evitar el saqueo y los daños a las personas y edificios, y, sobre todo, evitar la profanación de las reliquias de su santo patrón, que en la Iglesia de la ciudad se veneraban.

La zozobra en estos momentos en el interior de la plaza era muy grande, al descubrir la derrota de los franceses, al ver enarbolar frente a sus muros muchas de las banderas y estandartes de las tropas del Condestable y recibir, por algunos soldados que pudieron acogerse a sus fosos, el relato apocalíptico de la derrota.

A los que luchaban en la ciudad se había unido este día de la batalla el socorro de unos quinientos hombres, que al mando del coronel D'Andelot, hermano de Coligny, habían podido entrar en la plaza con algunos gentileshombres, como el Vizconde de Mont

Notre Dame, el Señor de la Courée, el señor de Saint-Remi, personaje muy experimentado en la guerra de minas, un comisario de artillería y tres artilleros, de los que tenían gran necesidad en la ciudad. El resto de la expedición había sido batido por el enemigo sin poder alcanzar la plaza. Este importante refuerzo de capitanes y jefes especializados, permitió a Coligny hacer un nuevo reparto de los sectores, y encontré en el señor D'Andelot un segundo jefe de toda su confianza, en quien poder delegar alguna de sus funciones.

A partir de este momento, el camino por donde se entendían con el Condestable apareció cortado definitivamente, y los soldados que se encontraban en los pasos, apresados por el enemigo, al tiempo que la actividad de los españoles se hacía cada vez más intensa. Muchas eran las desgracias que se cernían sobre la plaza, pero que no abatían el ánimo del almirante Coligny.

La penuria de hombres de guerra era muy importante, especialmente arcabuceros, y en la imposibilidad y en la ignorancia de cuanto le ocurría al Condestable, aprovechando el ofrecimiento de unos pescadores que le señalaron un nuevo camino por una laguna en que, con agua a la cintura, podían pasar los hombres, hizo llegar a La Fére, al Señor de Bordillon, unos guías para conducir un posible refuerzo. Consultado el Señor de Nevers, que se encontraba a la sazón en La Fére, a donde había llegado fugitivo, ordenó que dos centenares de arcabuceros, que era todo lo que podía reunir, guiados por los pescadores, se introdujesen en la plaza; pero sorprendidos por las fuerzas de vigilancia española, sólo pudieron alcanzar la plaza 120 arcabuceros, desarmados; gentes bisoñas de muy escaso valor; en cuanto a los jefes que les conducían, sólo un sargento pudo pasar con el refuerzo. Este fue el último socorro que la plaza tuvo, pues la vigilancia enemiga hizo que nadie pudiera pasar desde entonces y tuvieron que defenderse con sus propios medios.

En la historia de San Quintín vista por los defensores, se acusa la desmoralización que iba ganando a la gente civil de la población y las dificultades para encontrar obreros que reforzasen las defensas, pues se ocultaban en los graneros y otros lugares para no trabajar bajo el fuego de la artillería. Conforme el tiempo avanzaba, menos seguro se sentía el mando de la plaza de las gentes de la villa, y por la escasez de racionamiento y para evitar su peso muerto, hubo que expulsar de la ciudad más de tres mil bocas inútiles, pese al natural temor de que pudieran ser maltratados por el enemigo.

Desde el 2 de agosto, que habían llegado los españoles frente a los muros de la plaza de San Quintín, hasta el 21 del mismo mes, no cesaron en sus trabajos de aproche, atrincherándose para asegurar su artillería, y llevando a cabo una constante labor de zapa y de mina para ganar los fosos de la plaza, sin que los defensores pudieran hacer gran impedimento para evitarlo, pues la pobreza de su artillería y la escasez de arcabuceros sólo les permitían la contramina y los pequeños golpes de mano que les facilitaba el adquirir información. Muchos fueron los momentos de peligro por que la plaza pasó al tener que atender con tan escasa guarnición a tan extenso perímetro, como fue aquel en el que, al evacuar un depósito de pólvora que había almacenada en uno de los torreones inmediatos a la puerta de la muralla frente al barrio de la Isla, su mal estado provocó la explosión, que envolvió en polvo y humo a los que efectuaban la operación, derribando un gran trozo de muralla sin que los españoles se apercibieran del peligro, y que la guarnición, por otro lado, tardó en cubrir y en levantar.

El 21 de agosto el ataque se pone en movimiento: la artillería comienza a batir la muralla sobre tres puntos débiles de la defensa, cambiando frecuentemente las baterías de lugar. Al segundo día de bombardeo pudieron observar los defensores cómo los atacantes alcanzaban los fosos, aproximándose a la muralla sin que pudieran apenas castigarlos, ya que no contaban con fuegos flanqueantes, ni en las murallas ni en el foso: disponían de muy pocos arcabuceros y las piedras que desde la muralla les arrojaban les producían muy poco efecto. El punto álgido del ataque se encontraba en la parte sur, entre el molino de viento próximo a la puerta de San Juan, hasta la Torre del Agua, frente en que, en muy poco tiempo, no quedaba un solo torreón que no estuviera medio destruido. Fue entonces cuando se apercibieron verdaderamente los defensores de la debilidad de una plaza que Francia tenía por inexpugnabile; pero que la artillería de los españoles destruía con harta facilidad, pues si bien los espesores de la muralla eran buenos, los materiales y la albañilería se presentaban tan deficientes, que se derrumbaban fácilmente, ocasionando grandes brechas y dejando a muchos de los defensores sepultados bajo las piedras de la muralla. Cuando el foso fue alcanzado, la pequeña esperanza que la defensa tenía en las minas del Señor Saint-Remi, se desvaneció, decayendo el ánimo de los defensores, a los que trataba de convencer Coligny de defender la plaza a toda costa.

El fuego de las baterías continuó progresando en intensidad hasta el sexto día, en que, alrededor de las dos horas después del mediodía, el vigía que tenían colocado en la torre de la Iglesia, avisó que veía al ejército enemigo ponerse en armas, dirigiéndose la infantería a las trincheras como un movimiento precursor del asalto. Muy pronto explotaron tres minas que los españoles habían conseguido colocar en el frente que guarnecía la compañía de Monseñor el Delfín; sin embargo, cuando parecía esperarse el asalto, no se produjo. Sin duda, al conocer los resultados de las minas, encontraron los españoles que eran mucho menores de lo que esperaban.

Inútiles fueron los esfuerzos de los sitiados para intentar reparar los daños y reforzar las defensas en los lugares quebrantados, lo que solamente podían hacer de noche, aunque bajo el fuego de algunas armas enemigas. Los incendios comenzaron a producirse en la ciudad. En menos de media hora veinticinco casas fueron pasto de las llamas, que, empujadas por el viento, amenazaban con quemar toda la villa. Las bajas en este día habían sido muy importantes. El capitán Saint André había sido herido y otros muchos lugares del frente se encontraban sin mandos, teniendo que atender a ellos con jefes de otros lugares menos amenazados.

Al amanecer del siguiente día, el séptimo desde que los atacantes habían comenzado su fuego de baterías, éste alcanzó mayor furia. Los españoles, dueños de los fosos, podían poner en cualquier momento su pie sobre las murallas. El lugar por donde los españoles apretaban era el más alto de la ciudad, que, dominando el resto de la misma, impedía el preparar una segunda línea donde atrincherarse. Las fuerzas que guarnecían la plaza no llegaban a ochocientos hombres entre buenos y enfermos; las bajas de los dos últimos días habían reducido notablemente el número, teniendo que llevar a cabo un trasiego de hombres y de mandos de los lugares menos batidos para reforzar con ellos los frentes en peligro. En la distribución del mando de los once sectores en que se había dividido la defensa, el Almirante Coligny se reservó el de uno de aquellos más amenazados, con la firme resolución de combatir y de morir en la brecha. Eran las dos de la tarde cuando se escuchaba el clamor de la infantería española que se concentraba al pie de las murallas. Muy pronto pudo observarse cómo los guiones y estandares de los españoles aparecían sobre los torreones que cubrían las tropas del Delfín. Un mar de soldados penetraban por la brecha, los sectores colaterales se ponían en marcha para rechazar-



Escenas de la partida de las tropas españolas para San Quintín.



Filiberto de Saboya, cuadro de C. Vighi que figura en la Pinacoteca de Turin.

los ; en uno de ellos se encontraba el propio Coligny, que subió con sus hombres al través que les separaba del sector alcanzado, con intención de estrangular el ataque, encontrando todo completamente abandonado ; tres banderas españolas ondeaban ya cincuenta metros en el interior de la plaza ; de repente se ve envuelto por soldados españoles que le desarman. Uno de ellos, Francisco Díaz de Toro, Maestre de Campo, y Alonso de Cáceres, que mandaba el ataque en aquella parte, quien le envió al Duque de Saboya. Ocupado este sector, se extendió la marea de los españoles por las murallas facilitando la entrada de otros asaltantes por las tres brechas que la artillería había conseguido ; en hora y media la resistencia se extingue por completo.

Felipe II, que presenció el asalto de la plaza desde sus inmediaciones, pudo ver con dolor que sus designios y consignas no se cumplieran ; la tardanza en rendirse de algunos grupos de defensores frente a una unidad de soldados alemanes, dió con su obstinación motivo al degüello y al saqueo, que aunque los españoles trataron de evitar, llegando a las manos con los alemanes, sólo lo consiguieron en parte. Y aunque la moderación se acusa en los monumentos góticos del Ayuntamiento y la Colegiata, que han llegado hasta nuestros días, y en las memorias y relatos que los nobles y gentileshombres prisioneros hicieron del buen trato recibido, los críticos franceses de la época pretendieron con sus acusaciones empañar nuestra gloria. En aquellos tiempos era casi imposible el evitar el saqueo de los soldados ; era el premio natural de aquellos soldados de oficio y aventureros, atrasados en la cobranza de sus pagas, y que había llegado a constituir un derecho de la época.

Los cronistas del lado francés ocultaron premeditadamente la generosidad y la nobleza del Monarca español al poner en libertad bajo juramento de no volver a hacer armas contra España a los soldados prisioneros ; la amabilidad y cortesía con que fueron tratados los demás jefes, capitanes y caballeros en su traslado y permanencia en Artois ; los cuidados que se prodigaron al Condestable Montmorency, herido ; y las honras ofrecidas al Príncipe don Juan de Borbón, muerto en la batalla, y que fue trasladado a La Fère, donde se entregó a sus deudos.

Esta fue la nueva victoria del 27 de agosto de 1557, complemento natural de la gran batalla librada a la vista de sus muros el 10 de agosto y conocida por la Batalla de San Quintín. Difícil es siempre a través del tiempo, en este caso de cuatro siglos, el po-

der ofrecer un juicio crítico de las batallas. Son muchas las circunstancias que suelen escapar a la observación del historiador que han podido tener una gran influencia sobre los hechos. El cambio mismo de las estructuras nacionales y militares en tanto tiempo nos dificulta el enjuiciar con la mentalidad de hoy los sucesos de ayer. La historia suelen hacerla siempre los vencedores y casi siempre acusan un ensañamiento con el vencido. La crítica pretende, por otra parte, justificar las razones de la victoria, olvidando la eterna verdad: la de la voluntad de Dios y sus designios inescrutables.

Séame permitido, con este motivo, que antes de entrar en el campo de la crítica histórica, que poco nuevo puede presentar por ser extraída de la misma cantera de los que en el mismo empeño me precedieron, hacer una pequeña digresión para recordar, aunque muy someramente, lo que podríamos llamar teología de las batallas. Existe, sí, el Dios de las Batallas. Sobre la intención y la voluntad de los hombres preside siempre la voluntad de Dios, que otorga la victoria y reparte las derrotas. Dios no suele abandonar las causas justas ni a los que de buena fe le sirven. Si con ese espíritu teológico nos adentrásemos a escrutar los acontecimientos guerreros que constituyen hitos en la marcha del mundo, encontraríamos fácilmente la justificación de los designios de la voluntad divina. Así lo reconoce el Almirante Coligny en sus memorias al relatar los pormenores de la defensa de la plaza de San Quintín, cuando dice: «La voluntad de Dios, la cual es siempre buena, santa y razonable; que no hace nada sin justa ocasión, de la cual, sin embargo, yo no sé la causa, la cual, si yo indago, es para más pronto humillarme delante de El, conformándome con su voluntad.» Dignas y cristianas palabras del que fue llamado por los historiadores «el héroe de la mala fortuna».

Existe tan poco espacio entre la victoria y la derrota, las circunstancias del azar son tan cambiantes..., la batalla mejor dirigida y victoriosa puede torcerse y cambiarse por sucesos sobrevenidos e incontrolables que nadie puede estar seguro si la voluntad de Dios no se inclina a su lado.

Aunque muchos no lo crean, la victoria hay que merecerla, y si aplicamos este módulo teológico a la batalla de San Quintín y prescindimos de las características de los capitanes y de las cualidades extraordinarias de las tropas, que es en lo que suelen fundamentarse los críticos, encontramos que también en este orden superior era justa la victoria para las armas de Felipe II y para los ejércitos españoles.

Nos encontramos en el siglo de la plenitud de los servicios de España a la causa de nuestra fe católica. Son ya largos los años en que España lucha contra la Reforma. Los tropas españolas pelean en América por la expansión del Evangelio. Su amor a la paz ha sido sancionado por la tregua de Vaucelles, firmada por Carlos V y Francisco I, que había de ser rota por el Convenio secreto que convienen el rey Enrique II, sucesor de Francisco, y Paulo IV. Felipe es todo religiosidad, ponderación y prudencia; Enrique lo contrario: el abandono, la imprudencia y la impetuosidad. España combate por la unidad de la fe; en Francia, bajo Enrique, ésta se pierde y se disgrega. El propio fin de Enrique II invita a meditación: el Condestable Montmorency le saca un ojo con su lanza en un torneo, produciéndole la muerte. Mas descendamos de la altura a la tierra, a examinar los hechos que están a nuestro alcance, el análisis crítico de las personas y de los acontecimientos. Son los principales personajes por parte española, con Felipe II, Filiberto de Saboya y el Conde Egmont, general de su Caballería, con varios generales y jefes expertos y acreditados en la guerra.

Felipe II da, al enfrentarse con esta primera de sus batallas, un magnífico ejemplo de su amor a la paz, de su sabiduría y de su prudencia. Era la época de los Reyes Caudillos, de la nobleza en armas; su padre y sus más próximos antepasados habían cimentado su fama en los campos de batalla. Nada más natural que el hijo de Carlos V y biznieto de Fernando el Católico se hubiese dejado arrastrar por la emulación y tomar el mando directo de sus ejércitos; tanto más cuando contaba con expertos generales y capitanes que podían aconsejarle; pero pudo más en su ánimo la responsabilidad y el deber, que la noble emulación de la ambición y de la fama. Comprendió que su empresa era de mucho mayor alcance y envergadura que la de jugarse su prestigio y el de la nación en un encuentro con los franceses, y dejó la responsabilidad de la batalla a quienes correspondía: a sus generales.

Hermoso ejemplo para aquellos políticos que en los tiempos contemporáneos sacrificaron sus naciones a la vanidad y ambición de dirigir personalmente sus ejércitos. Su modestia era tanta, que cuentan los cronistas de la época, que cuando el Duque de Saboya se acercó al Rey Felipe a darle cuenta de la gran victoria e intentó besarle la mano, éste le tendió los brazos y le dijo: «Más bien me toca a mí besar las vuestras, que han ganado una victoria tan gloriosa y que tan poca sangre ha costado.»

Era el Duque de Saboya primo del rey, gobernador de Flandes, de 23 años de edad, instruido y ya conocedor del arte de la guerra. Había sido Capitán y jefe de escuadrón contra el Duque de Sajonia en el ejército de Carlos V; General de Caballería en el Piemonte y Jefe superior en la expedición de Metz y en la conquista de Hedin. Amante de la responsabilidad, ducho en fortificación y muy experto en maquinaria de guerra, va a ejercer el mando directo de las tropas. En el Conde Egmont se dan aquellas cualidades ideales que, según los tratados militares, han de adornar al jefe de la Caballería. A su vista de águila y corazón de león une aquella otra gran cualidad de saber discurrir y resolver en lo álgido de la batalla. Entre otros muchos capitanes, destacan el lugarteniente general, don Fadrique Enríquez; los Maestres de Campo, Navarrete, Cáceres, Romero y García Manrique; el Duque de Brunswick y los Condes de Mansfeld, de Pembroke y de Horn, como los más importantes. De las tropas destacan los Tercios españoles con sus arcabuceros y piqueros, curtidos en múltiples empresas guerreras, y una numerosa caballería.

Por parte francesa se nos presenta a la cabeza el Condestable de Montmorency, que aunque diestro y valeroso, los historiadores le acusan de vanidoso, poseído de sí mismo, sordo al consejo, desdeñoso de la opinión ajena, imprudente y sin reflexión. Graves defectos para un conductor. Tiene a sus órdenes grandes capitanes, como el Príncipe de Condé, el Duque de Enghien, D'Anelot y el Mariscal de Coligny, entre otros muchos. Las tropas francesas son inferiores a las españolas en número y calidad. Están compuestas, en parte, por mercenarios extranjeros y aventureros, encuadrados por la flor de la nobleza francesa. Su artillería es una cuarta parte de la que poseen los españoles, y sus arcabuceros se encuentran en parecida proporción.

La plaza de San Quintín aparece como desconocida para unos y otros; los franceses la supervaloran, considerándola intomable. Una mayor guarnición y una mejora de su estructura hubieran podido dilatar por mucho tiempo y hacer más cruenta la toma para los españoles. Sorprende la ignorancia en que los franceses se encontraban de su capacidad defensiva.

En el juego de sus armas, Filiberto, aunque joven, demuestra un acierto; conjuga perfectamente la caballería con la infantería, y cuando aquélla se empeña, cuenta siempre con los arcabuceros o los hom-

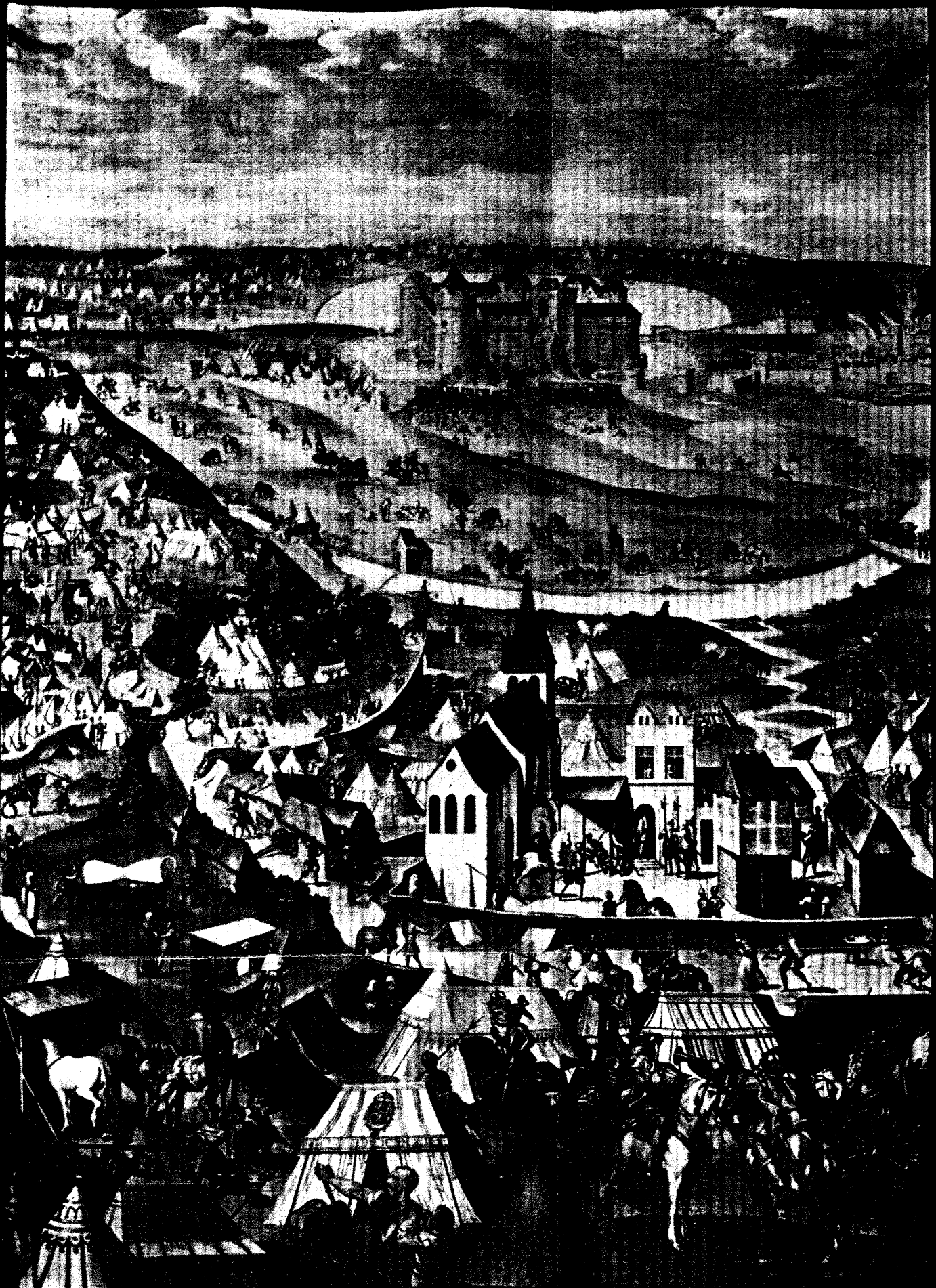
bres de a pie para apoyarla y liberarla; emplea la artillería con oportunidad para romper los cuadros; maniobra como caudillo consumado; demuestra condiciones superiores y sabe aprovechar rápidamente los fallos del adversario. Lo demuestra en la rapidez con que capta la situación difícil de los franceses, empeñados en el paso del río, que aprovecha para forzarles a la batalla en las condiciones para él más favorables, y no les deja ya hasta consumir la victoria. Monmorency, temerario y testarudo, no sabe aprovecharse del despliegue y sujeción del dispositivo español, y es, por el contrario él, el que tontamente se empeña, fija y compromete, sacrificando todo el esfuerzo en una plaza difícilmente defendible, cuando su acción eficaz hubiera estado en maniobrar y sacar partido de la situación forzada de los españoles, obligándoles a levantar el sitio o ser destruidos.

En el campo español aparecen perfectamente compenetrados el Duque de Saboya con sus capitanes, mientras en el campo francés el divorcio y la diferencia de opiniones no pueden ser más completos. La mayoría de los críticos de la batalla encarecen la maestría con que el de Saboya utiliza los reconocimientos y la sorpresa, y la inocencia con que el francés prescinde de estos indispensables medios. Destaca de la batalla la sensibilidad que el Duque de Saboya acusa al tomar la decisión de su maniobra de envolvimiento para consumir la derrota de su adversario. En maniobras de este estilo juegan la decisión y la sorpresa, las características de los jefes y de los capitanes, unidas a la calidad y al buen espíritu de las tropas. El que envuelve se coloca en situación de envuelto. La maniobra no admite vacilación; la operación no tiene vuelta. Hay que llevarla hasta el final; suele constituir el término de una batalla en la que, anteriormente, se ha quebrantado al enemigo. Son tantas, a pesar de todo, las circunstancias que pueden ponerla en peligro, que es necesario la seguridad y la confianza plenas y, como antes decíamos, sobre ellas la protección de Dios, en el que siempre queda la decisión de la victoria.

Algunos críticos lamentan que al tener abierto el camino hacia París, no se hubiera explotado la victoria hasta conquistar la capital. Fácil es siempre la crítica sin responsabilidad. ¿Podía ser comprometida la victoria en un camino tan largo y empresa tan compleja? ¿Puede compararse el sitio de una villa de seis kilómetros de perímetro, próxima a nuestra frontera de Flandes, con el avance y sitio de París, con las armas de entonces y una comunicación tan

larga? Ya hemos visto en los tiempos modernos lo que representó la resistencia de una ciudad como Stalingrado, en que sucumbió el poderoso y antes victorioso ejército de Von Paulus. La prudencia mandaba no llevar la explotación fuera del campo táctico; por eso, la ocupación de San Quintín, se completa con la de Châtelet, Ham, Noyon, que se rematan con la nueva victoria de Gravelinas, del general Conde de Egmont sobre el Mariscal de Thermes, y que lleva a la conclusión del Tratado de Cateau-Cambrésis, que nos dio la paz que necesitábamos y que duró todo el reinado de Felipe II.

La moderación en la explotación de su victoria acredita a Felipe II como buen gobernante; su objetivo es la paz y así, cuando da noticia al Duque de Alba de su gran victoria, le encomienda aprovecharla para hacer las paces con el Papa en la forma más conveniente para ambos, implorando en su nombre su perdón, dando fin de este modo al problema de su conciencia, de haberse visto enfrentado, contra su voluntad, con el Pontífice. La batalla de San Quintín es clásica en la evolución del arte de la guerra. En ella se alumbró un sistema que ha de permanecer cerca de cuatro siglos; se asienta la supremacía de las armas de fuego; es la puerta por donde la Infantería pasa a ser la reina de las batallas. Se inicia el poder progresivo de la Artillería como arma de destrucción de murallas y de cuadros, y las condiciones progresivas y dinámicas del cañón sobre la estática de la coraza. Por eso, El Escorial, aparte de lo que tiene de monumento, de templo, de museo, de panteón y de recuerdo a la hegemonía política y militar española durante el siglo xvi, es, con el recuerdo de la batalla de San Quintín, un monumento importante a la evolución del arte de la guerra.



EL PENSAMIENTO MILITAR EN LOS CANTARES DE GESTA

por JOSE MARIA GARATE CORDOBA
Teniente Coronel del Servicio Histórico Militar

III

LA GUERRA DIVINAL EN EL POEMA DE FERNÁN GONZÁLEZ

En la biblioteca de El Escorial se conserva un estropeado códice, a falta de las hojas finales, donde se narran las hazañas del conde Fernán González, en versos del mester de clerecía. Lo escribió hacia 1250 un anónimo autor, que según el padre Serrano no fue monje de Arlanza, como se cree, pues decía *allá* al referirse a Burgos (estrofa 727), juzgaba próximo a Lara el castillo de Muñó (estrofa 380), que dista más de cuarenta kilómetros, y suponía el monasterio en monte inaccesible al caballo del Conde (estrofa 230), cuando está en un llano. El padre Pérez de Urbel desestima las primeras objeciones y anula la última, aclarando que el primitivo monasterio se alzaba en la cima de la actual ermita de San Pelayo, con lo cual reafirma como autor del Poema al anónimo fraile de Arlanza (1).

El poema llegado hasta nosotros es, sin duda, la adaptación a las novedades de clerecía de una o más gestas del siglo X, perdidas poco después. Lo revelan la manifiesta confusión de ambientes y mentalidades de los siglos X y XII, que salta a la vista. Sus anacronismos

(1) LUCIANO SERRANO, O. S. B., abad de Silos: *Poema de Fernán González*. Editado por la Junta del Milenario de Castilla, Madrid, 1943 (pág. 45).

JUSTO PÉREZ DE URBEL, O. S. B.: *Historia del Condado de Castilla*. Ed. del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Escuela de Estudios Medievales, Madrid, 1945. Tomo I (pág. 346).

CLAUDIO SÁNCHEZ ALBORNOZ: *Observaciones a la Historia de Castilla de Pérez de Urbel*, en «Cuadernos de Historia de España». XI (págs. 145-149).

son principalmente de personajes, como Almanzor; de armas, como la ballesta, y algunos de moral y estilo bélicos, como ciertos gritos y arengas. Hay un rudo primitivismo caballeresco, bien ambientado, y hay mucho estruendo bélico, pero el arte militar, salvo algunos atisbos, brilla por su ausencia.

Muchos más son los anacronismos geográficos por falsa identificación de la frontera con los moros, bien imaginando a éstos demasiado avanzados en el siglo x —Carazo, Sahagún, Atapuerca eran ya cristianos—, o replegándolos a su situación en el xii con frontera en Almería, ya conquistada Murcia.

El mismo autor alude tres veces a textos que tiene a la vista cuando escribe, cosa que no se dio en los cantares de gesta. «Como el escrito diz» (e. 15), «según nos lo leemos e dícelo la leyenda» (e. 687), «así como leemos» (e. 723). Pero también su forma declara fácilmente el origen, entre otros muchos datos, tres coplas de cinco versos quedaron del cantar de juglaría por imposibilidad de refundirlas cerrando la idea en cuatro, cosa que en otras estrofas se observa por rigidez de la refundición. Son las 256, 227 y 236, pero esta última conserva en uno de sus versos un inconfundible sabor arcaico y juglaresco al decir: «darte he yo del agua, que non tengo del vino».

En la estrofa 395 la consonancia del *corazón lozano* del conde con los finales de verso en *pañ*o y *dañ*o manifiestan también el origen juglaresco de consonancias antiguas más perfectas en *panno* y *danno*, como la 614 al rimar *maravilla* con *doncella*, lo mismo que sucede en otros casos rimando *cabdillo*, con *capiello*. En la estrofa 575 se nos da una prueba de la antigüedad del aforismo «ir por lana y salir trasquilado», cuando dice: «contecióle como el carnero que fue buscar la lana».

Su riguroso sentido épico es también más propio del juglar que del monje y hay excesiva furia bélica, respetada por el refundidor, pese a los hábitos. El plan parece ser de 740 estrofas de cuatro versos, pero sólo nos queda un total de unos 2.700 versos, pues hay muchas incompletas. El cantar de gesta si fue único puede calcularse que no tendría las 145 estrofas introductorias donde, al estilo de las crónicas del siglo xiii, se nos comenta la historia de los godos, la doctrina de Mahoma y la invasión de España por los árabes. Sin ellas se compondrían de unas 600 estrofas a cinco versos, es decir, unos 3.000 versos en total.

Sus antecedentes históricos siguen más que nada la crónica del

Toledano; en el resto hoy continuas influencias del *Libro de Alexandre* y de Gonzalo de Berceo, contemporáneo de nuestro monje-poeta, alguno de sus versos está copiado de los *Loores de Nuestra Señora* y los iniciales de la *Vida de Santo Domingo de Silos*; en cambio, se ve que no conoce el de tema más próximo al suyo, la *Vida de San Millán*, dadas sus esenciales divergencias. Con todo, el *Fernán González* es el poema de clerecía más próximo y análogo a los de juglaría, en los que se inspiró y a los que en cierto modo vino a sustituir. El nuevo poeta se limitó a darle forma al gusto de su tiempo y añadirle tradiciones y consideraciones devotas para enaltecer el monasterio de San Pedro de Arlanza y la figura del conde Fernán González, de quien se conservaba allí el sepulcro y muy buenos recuerdos.

Mejor es la Montaña

Esta única versión que conocemos tiene en su tema una intención de réplica al Tudense (2), quien, catorce años antes, se mostraba en su crónica muy adverso a Castilla, llamando a Fernán González *conde de Burgos* y vulgar perturbador del reino de León. La tesis del poema se sintetiza en tres versos:

218. *Cuando perdió la tierra el buen rey don Rodrigo
non quedó en España quien valiese un figo,
sinon Castilla Vieja, un lugar muy antigo* (3).

El tema es, pues, la supremacía reconquistadora de Castilla. Sólo Castilla la Vieja no fue ocupada por los moros, los castellanos son los legítimos herederos del poder visigodo —sobre lo cual crecía la discusión entre los siglos XI y XIII— y es en Castilla donde estos cristianos godos se levantan contra los invasores musulmanes, acogiendo a ella los fugitivos de otras tierras. Castellanos son los que nombran rey a Pelayo en las Asturias de Santillana —la Cantabria que tiene a Santillana del Mar por capital— y con él al frente, reconquis-

(2) LUCAS, obispo de Tuy: *El Tudense*. Libros III y IV de la «Crónica de España». Edición castellana, Madrid, 1926.

(3) Modernizo los versos, en ortografía y sintaxis, sólo lo indispensable para la buena lectura por cualquier lector.

tan las Asturias de Oviedo. Es curioso que Berceo, el monje soriano, sea de la misma opinión en su *Vida de San Millán de la Cogolla*:

395. *Dióles en este comedio un señor venturado,
el duc Ferrán Gonzálvez, conde muy valiado;
ca fallieron los reys, tan grand fue el pecado,
el reyno de Castilla tornara en condado.*

Nuestro poeta se crece en la exaltación de Castilla. La grandeza de los castellanos les viene de no haber faltado nunca a la lealtad, ni cometido yerro alguno por miedo a la muerte (ee. 214-218). Luego afirma categórico: «Pero de toda España, Castilla es la mejor» (e. 158) y explica sus razones:

159. *Aun Castilla la Vieja, al mi entendimiento
mejor es que lo ál, porque fue el cimientto.*

Además, sale al paso de posibles objeciones, pues si bien

172. *estonces era Castilla un pequeño rincón.
173. magüer que era pobre e de poca valia,
nunca de buenos homes fue Castilla vacía.*

No es demasiado santiagouista el monje del poema, pero a la hora de las comparaciones nos dirá que Castilla tiene más dignidad que Francia e Inglaterra (e. 155), porque tales países no conservan como ella el cuerpo de un apóstol.

Parece que con esto estaba todo dicho. Pues no. Aún localizamos una especial pasión regional en el poeta que nos hace notar su posible origen, cuando aún dentro de Castilla hay algo distinguido: «Sobre todas las tierras mejor es la Montaña» (e. 148) y luego los versos de frutos secos montañeses incluso para comparaciones muy metafóricas:

177. *non daba más por ellos que por una castaña
272. llenos de oro e de plata, que non de piñones
183. si yo de aquí non salgo nunca valdré un figo
224. maüer que muchos son non valen tres arvejas
265. non valen tres arvejas todo tu poderío*

los dos últimos coinciden con otros del *Libro de Alexandre*:

- 1.896. *Non valien a Poro tres arvejas podridas
2.063. por un mal castellano que non val un figo*

Para que su héroe tenga relación con la montaña, hace que se ocupe de su crianza «un pobrecillo que labraba carbón», el cual «túvole en la montaña una buena sazón» y llama *carbonientos* a los diablos y a los mozos. Con lo cual se inclinan los críticos a localizar en la montaña burgalesa la patria del *Fernán González*.

El estudio del texto en las partes dudosas o perdidas se hizo, y se sigue haciendo, cotejándolo con la Crónica General del Rey Sabio, donde está contenida toda su esencia y su literatura. En la Crónica Rimada se recogen también cantares del conde de Castilla, que difieren de la General, por ejemplo en la genealogía, el nombre de la esposa no es Sancha ni Urraca —ambos históricos—, sino Costanza, se omite la historia del monje Pelayo y la reedificación del monasterio de Arlanza y se relata la entrevista del vado del Carrión, que no está en el poema y sí en los romances viejos. La Crónica General de 1344 añade dos capítulos al texto del Cantar, que por sus asonantes en *a-o* y sus alternativas de narración y diálogo demuestran ser la prosificación incompleta de una gesta. Todo ello es de gran interés para el estudio crítico. Cinco son los temas fundamentales del *Poema de Fernán González*:

1. *Campanas contra los moros*, defendiendo Castilla, en las que aparece temible y hasta altanero.
2. *Campanas contra el rey de Navarra*, ambicioso de tierras castellanas.
3. *Debates con el rey de León*, de cuyo gobierno es árbitro el conde, hasta lograr la independencia de Castilla.
4. *Espíritu democrático castellano*, que requiere del conde consulta previa al pueblo antes de sus grandes decisiones políticas o militares.
5. *Protección al monasterio de Arlanza*, al que dona sus restos.

Según el autor del poema, en coincidencia con Berceo, la separación de Castilla fue simple independencia por desaparición de la legítima familia real de León y Asturias, reino al que voluntariamente se había unido Castilla en tiempos de Alfonso I.

Castilla al interés compuesto

Sobre el debatido tema de la *Independencia de Castilla*, Menéndez Pidal esperaba demostrar pronto que tal independencia no existe, sino

que es una mala interpretación de textos tardíos medievales. El condado más extenso de España, removido varias veces por Ramiro II, se hizo inamovible tras la muerte del Rey en 951. «Tal conquista política no fue sólo egoísmo disociador, sino imposición de las circunstancias vitales en todo el occidente europeo, donde los albores del feudalismo producían corrientes de fragmentación del poder real, estableciendo la sucesión hereditaria para condados y otros cargos públicos. Además, no era secesión por huir de las desdichas de la comunidad, sino para tomar sobre sí la guerra antiislámica, llena de infortunios, porque quiere el conde proseguirla con mayor decisión y constancia que León. Así, el aspecto negativo mirando al pasado, es positivo mirando al futuro, que apunta a Europa. Se comprueba por el largo y progresivo éxito que alcanza la actitud de Castilla, indicio de su necesidad (4).

Para el padre Serrano, la independencia fue el desenlace natural del predominio del conde de Castilla en la corte de León y ante las autoridades moras y navarras. También explica esta simpatía al conde saber que, según los cronistas árabes, Sancho de León era «vanidoso y perdido, belicoso y pendenciero». Reducida la dependencia a un mero lazo feudatario, bastó la audacia del conde y su constante actuar como si el lazo existiese, para darlo por caducado de hecho, sin declaración ninguna de derecho. Todos los reyes conocieron la independencia aún en vida del conde, trataron con él como de soberano a soberano y nadie la tildó como atentado a la unidad del reino de León, ni como cisma revolucionario.

El poema funda la independencia en el recurso del caballo y el azor, leyenda cuyo motivo explica muy bien Menéndez Pidal, con antecedentes góticos. En la Edad Media, el que recibía una donación entregaba a cambio algo de poco valor para que el documento tuviese carácter de contrato bilateral y no regalo gratuito.

Era una compra o cambio, llamada *roboratio* o corroboración, y los objetos entregados iban desde un par de guantes a un caballo o un ave de presa. El caballo y el azor juntos fueron *roboratio* en varios documentos de los siglos X y XI, y muy bien pudieron servir en una

(4) RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL: *La Castilla de Fernán González*. Conferencia en Burgos el 7 de septiembre de 1943, publicada en el «Boletín de la Comisión de Monumentos de Burgos», número extraordinario dedicado al Milenario de Castilla, 1943. Recogida con el título «CARÁCTER ORIGINARIO DE CASTILLA» en *Castilla, la tradición y el idioma*. Espasa Calpe, Colección Austral, 1945.

donación real o apócrifa por la que el de León cediese a Fernán-González algunos derechos sobre el condado. Según lo cual pudo decirse que se lo había cedido a cambio del caballo y el azor (5).

Fernán González no se hizo independiente como el Poema supone tres siglos después: los condes sucesores siguieron reconociendo la suprema soberanía de los reyes de León, hasta que Bermudo III concedió el condado con título de reino como dote de su hermana Sancha, al casarla con el último conde de Castilla.

Castilla se gobernaba ya en su interior como un Estado libre, elegía sus condes sin intervención real, por su propia autoridad declaraba la guerra a los moros y conquistaba tierras en las márgenes del Duero o en la zona de Segovia, según expresa con pleno verismo:

165. *Muchas buenas batallas con los moros hicieron
con su fiero esfuerzo gran tierra conquistaron.*

En el cartulario de San Pedro de Arlanza y en el becerro gótico de Cerdeña hay claros ejemplos del Gobierno democrático de Castilla que coinciden con la conducta de Fernán González reflejada en los versos del monje-poeta.

LO DIVINO Y LO HUMANO DEL GUERRERO

La guerra divina

Lo religioso tiene en el poema parte muy importante, cosa natural viniendo de un monje, si bien podemos advertir menor profundidad teológica que en el del Cid, aunque se niegue que el autor de éste fuese otro fraile. Aquí, casi un tercio de las estrofas son de matiz piadoso: hay tres largas oraciones y dos discursos religiosos. Los nombres de Dios se prodigan con el promedio de cada doce versos, tanto o más que en el *Cantar del Cid*, pero con mucho mayor variación y por este orden de predominio: *Dios* y *Señor*, muy abundantemente; *Criador* —forma que usa el poeta del Cid—, unas dos veces; *Señor Dios*, *Salvador*, una vez cada nombre y *Padre*, dos o tres. A

(5) RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL: *La épopeya castellana a través de la literatura española*. Espasa Calpe, Segunda edición, Madrid, 1959.

Cristo se le nombra unas catorce veces, quedando, pues, en tercer lugar; la variante *Jesucristo* está cinco veces, una de ellas extraña:

546.

Padre, Señor del mundo, Padre vero Jesucriste,

pues parece confundir al Padre con el Hijo, aunque seguramente *Jesucristo* supone un genitivo: *Padre de Jesucristo*. Hay una curiosa denominación, «*don Cristo*», usada tres veces (es. 22, 119, 123), exclusivamente en los antecedentes de la Reconquista, lo que hace suponer un contagio de la fuente en que se documenta el poeta, pues la expresión no es original de él. Por tres veces se lamenta el conde del desamparo divino, en los términos de «¿Por qué me has fallido?», u otros muy semejantes (es. 546, 593, 601), inspirado en la palabra de Jesús en la Cruz, queriendo con tal extrañeza mostrar la gran intimidad del conde con Dios y su normal confianza en él. Extraña que ni el piadoso Fernán González, ni su primer juglar, ni el supuesto monje de Arlanza, se acuerden de la Madre de Dios más que tres veces: la primera por fórmula en la invocación inicial del poeta a la Virgen Preciosa; la segunda en una breve oración del conde (e. 232), y la tercera en una jaculatoria (e. 369), ambas a *Santa María*. Está muy lejos de la devoción a Nuestra Señora que el juglar del Cid pone en su héroe y en la tradicional piedad mariana de Castilla y de España en todo tiempo.

Se da el contraste, único que conozco, de quince alusiones al demonio, trece de ellas llamándole *diablo*, una *Satán*, y otra *Satanás*, y aún una cita de *Magog* (e. 16) explicable sólo en erudiciones de clerecía, obsesión típica de los tiempos del milenio en que se escribía la gesta inicial y que pudiera ayudar a localizar su fecha.

En cuanto a santos, el que predomina es San Millán, el Santiago castellano que sale con frecuencia en el Poema, mientras que el Apóstol sólo figura seis veces, una de ellas para ufanía española de conservar su cuerpo, otras para hablar de un peregrino, y las restantes por el motivo de su aparición.

Le siguen las referencias a San Pedro, bajo cuya advocación está el monasterio de Arlanza; una a San Eugenio, que hará relación a patronazgos locales, ya que lo es en el valle de Valdivielso y acaso también en la zona del monje-poeta. Las alusiones bíblicas son muy numerosas, como pasajes de la larga oración de los cristianos, equiparable a la Jimena en el *Mío Cid*, o como referencia ponderativa

del Buen Conde, en lo cual suele mezclarse lo divino y lo humano, pues tiene la sabiduría de Salomón y el corazón de Alejandro, aunque también se le compare con David y Sansón. En un curioso ejemplario de *buenos fechos* se admira a David y Judas Macabeo, pasando sin interrupción a Carlomagno, Valdovinos, Roldán, Olivero, Turpín y otros ocho caballeros de su acompañamiento más o menos imaginario.

Hay oración antes de la batalla, como hubo vigilia la víspera, y habrá acción de gracias después. Al amanecer del día de Hacinas, todos oyen misa, confiesan y comulgan, cosa fácil la primera, pero difíciles las dos últimas, pues son 15.450 guerreros y no constan varios confesores, lo cual sólo hubiera podido solucionarse con la absolución general como en el *Mío Cid*, con extraños capellanes provisionales, como en los *Infantes de Lara*, o confesando la víspera, como describe el Toledano de los cruzados de las Navas y Muntaner de los almogávares en Gallipoli. Se prodigan los milagros, apariciones y hasta consejos tácticos de San Millán al conde Fernán González.

Fernán González hace vigilia antes de la batalla de Hacinas y pide a Dios que ayude a Castilla: «Amparar non la podría, Señor, sin la tu ayuda» (e. 399). Tras él, «todos a Dios rogaron». Hay profecías de don Pelayo, de San Millán de la Cogolla y de Santiago. El primero se aparece al conde y le promete auxilio celestial, como San Gabriel al Cid; luego, «mientras se querellaba a Dios, los finojos fincados» (e. 410), se aparece San Millán y no se limitaba a decirle, como en la aparición cidiana, «que bien se hará todo», sino que le da consejos tácticos: tomar tres haces y atacar por Oriente con el menor de ellos, para terminar previniéndole sobre el enemigo: «No tardes»..., «no les des tregua»..., «no hagas con él paces»... Curioso consejo celeste a reacciones pacifistas que luego veremos. Santiago le dice: «Ferrando de Castilla, hoy te crece muy gran bando» (e. 549).

Culmina todo con la aparición de San Millán y Santiago en la batalla, acompañados de escuadrones sobrenaturales. A los moros «lo que más les pesaba es que eran todos cruzados». La descripción coincide con la de Berceo en la *Vida de San Millán*, con la batalla de Simancas, en la crónica Silense y con la del apócrifo privilegio de los Votos de San Millán, a quien según éste agradecía Fernán González la victoria (6).

(6) JUSTO PÉREZ DE URBEL, O. S. B.: *Historia del Condado de Castilla*, Tomo III, Escritura del año 982.

En todo ello se advierte cierto sentido bíblico, y aún macabeísta, de la guerra: la oración y la lucha, las voces, avisos y apariciones celestiales de continuo son notas de una milicia en contacto frecuente con lo sobrenatural. En la mente del poeta, Castilla es un poco el pueblo elegido de Dios y los castellanos guerreros a lo divino.

Los castellanos son para el poeta *el pueblo creyente*, y los moros *el pueblo pagano*, los *descreídos* o *descreyentes*, y también los *no bautizantes*. Estos nombres de los moros, sobre todo los dos primeros, son sin duda los más repetidos del poema; apenas hay página donde no consten un par de veces. El autor de clerecía, al que leemos, escribe durante la cruzada de San Luis, por lo cual no tiene reparo en llamar a los castellanos con el anacronismo de *pueblo cruzado*, que también se repite hasta la saciedad. Ello no garantiza la perfección, quizá el mejor argumento de teología está en ése:

101. *«Partiéndonos de Dios, hase de nos partido»*

El verso sigue a otro no menos hondo: «Diéranos Dios a España, guardarla non supimos» (e. 99) que recuerda una frase semejante del Cid en Valencia: «Si yo obrare con justicia sé que me la dejará, pero si obrase mal sé que me la quitará.»

Estamos en plena *guerra divinal*, como decía el obispo burgalés, judío converso, don Alonso de Cartagena (7), en el campo de esa polémica aún viva que opone tierra y fe, reconquista y cruzada. En la extensa introducción del poema hay un verso que lo refleja bien:

21. *Fueron de Santi Espíritus los godos espirados*

Para luego comparar a los godos con el conde de Castilla, porque si aquellos «alzaron cristiandad, abajaron paganismo», el conde de Fernán González «fizo aquesto mismo» (e. 24).

Son versos que tienen una especial significación, ya que evocan el epitafio de los reyes Católicos

*Mahometice secte postratores
et heretice pervicacie extinctores*

(7) ALONSO DE CARTAGENA, El Burguense: *Doctrinal de Caballeros*, Burgos, 1487.

que Américo Castro aduce como prueba de que se luchaba por la fe olvidando la Reconquista (8). Nuestros versos son seguramente del poeta del siglo x, lo cual quiere decir que la idea del epitafio existía ya, formulada en los mismos términos, cinco siglos antes de los Reyes Católicos, o dos, si los versos fuesen del supuesto monje-poeta de Arlanza.

Aún hay otros dos versos, importantes para el mismo tema:

279. *Estaba el Conde a Dios haciendo placer,
lidiando con los moros e todo su poder.*

reveladores de ese concepto de *guerra santa* que Castro identifica como contagio mahometano en Jorge Manrique, quien explica primero cómo los caballeros han de ganar el *vivir perdurable* con trabajos y aflicciones contra moros, para deducir como lógica consecuencia la gloria del alma de su padre que vivió combatiendo hasta el punto de llamársele *El Segundo Cid* por sus contemporáneos.

*Y pues vos, claro varón
tanta sangre derramaste
de paganos
esperad el galardón
que en este mundo ganase
por las manos.*

Las coplas se escribieron dos siglos más tarde que el cantar de clerecía, pero es que la idea debió estar ya en el de juglaría también, cuatro siglos antes. Así, a la luz de estos datos resulta revisado el tema, haciéndose preciso localizar las posibilidades, tan remotas, de influencia literaria musulmana en Burgos, fundado el 884 y sin apenas contacto con los moros.

Milagros y milagrerías

Una característica que seguramente pervive de la gesta primera son los signos negativos: el diablo, el miedo, la traición, el cansancio, el pacifismo a ultranza... Están aquí manifiestos y reiterados como en ningún otro cantar. Se vive en una época dura y difícil de Castilla

(8) AMÉRICO CASTRO: *Origen, ser y existir de los españoles*, titulado después *Los españoles: cómo llegaron a serlo*. Ed. «Taurus». Segunda edición. Madrid, 1965.

y son también sin duda los tiempos negros del milenio cuando escribe el primitivo juglar. Por eso se prodigan los agüeros y la superstición, las profecías, los milagros y apariciones.

Hay sobre todo un anatema que recuerda la intención de llevar el castigo más allá de la tumba, como en *Los siete Infantes*, como en *Hamlet*. El conde, con frase muy medieval en su crudeza, maldice así antes de la batalla:

445. *Todo aquel que de vosotros a prisión se les diere
e con miedo de la muerte del campo saliere,
con Judas en el infierno yagua cuando muriere.*

Los oyentes corroboran la maldición y la hacen suya en un verso colectivo, que tiene resonancias del coro de una tragedia griega:

446. *El que fuyere de nos, yagua con Judas abrazado.*

Es el extremo mayor de una religiosidad cruel, que el monje ha tomado sin reparo del antiguo juglar, pues es inexplicable que él lo añada en el siglo XIII. Por contraste con *Los Infantes de Lara*, aquí se reprueba la *saña vieja* que en aquel cantar se practica y se acepta. El poeta lo fundamenta en la ética de sus abuelos:

217. *Ellos nunca hicieron Saña vieja alzada,
más siempre lealtat, lealmente pagada.*

Menéndez Pidal no repara en esta perfección moral y cita, por el contrario, el ejemplo de la reina de León, que en el poema mantiene *alzada* la venganza por la muerte de su esposo a manos de Fernán González: «No pensaba sino en buscar la muerte a los castellanos, y por ello ningún hombre la podía culpar» (9). Pero el ejemplo que el conde invoca de sus antepasados tiene más fuerza normativa y representa mejor el ideal cristiano-caballeresco del autor del poema. Hay otros signos de intervenciones sobrenaturales pavorosos, como el altar que se abre de arriba abajo en la iglesia de Cirueña, mientras se oía una voz grave, *de pavón*, protesta del cielo por el sacrilegio del rey de Navarra quebrantando el sagrado del lugar para apresar allí al conde.

(9) RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL: *Leyenda de la Condesa traidora*, 1935, Conferencia recogida en *Idea imperial de Carlos V*. Espasa Calpe. Madrid, 1949.

591. *Pesó mucho a Dios fecho tan sin razón;
oyeron una voz como voz de pavón
partióse el altar de como fasta fondón.*

Esta voz de *pavón* la ha leído el poeta, en el *Libro de Alexandre*, cuando Alejandro Magno «dio una gran voz, como pavón» (e. 1.565).

Otro hecho estremecedor se produce: la víspera de la batalla de Carazo, los guerreros castellanos ven desfavoridos cómo se traga la tierra un hombre de Treviño montado en su caballo. Fernán González, por consejo del monje Pelayo, se lo interpreta favorablemente:

256. c. *La tierra, que es tan dura, vos facedes somir,
pues ¡cuáles otras cosas a vos podrán sofrir?*

Explicación del mal agüero que no deja de ser ingenua, hacerles creer a sus hombres que si ellos hicieron abrirse una tierra tan dura, no habría imposibles para su esfuerzo. Pero el recurso es de ley en aquel tiempo y recuerda la clásica ingeniosidad militar ante situaciones semejantes, desde el espartano «mejor, así pelearemos a la sombra», cuando se dice que las flechas de los partos ocultan el sol, hasta el del Gran Capitán: «esas son las luminarias de la victoria» cuando su gente se desmoraliza por el incendio del campamento. No importa que en aquéllos el ingenio se ejercite ante una adversidad táctica y aquí frente a un mal agüero, como en el caso del Cid respecto al vuelo de la corneja, que si es siniestro representa un mal para el enemigo y si diestro un bien para su hueste. En el Cid y Fernán González se ve la analogía en la desviación favorable de la credulidad de sus gentes.

En los preparativos de la batalla de Hacinas, que constituye el nudo del Poema, hay también una señal que con razón amedrenta a las tropas. En medio de la noche vuela sobre los cristianos un dragón sangriento, de fuego, que emite unos gritos aterradores y todos temen morir quemados por su chorro de fuego, con una sensación que sólo hoy se comprende ante los modernos artefactos bélicos:

467. *Venia por el aire una sierpe rabiosa
dando muy fuertes gritos la fantasma astrosa,
toda venía sangrienta, bermeja, así como rosa.*
468. *Facia ella semblante que ferida venía.
semejaba en los gritos que el cielo se repartía,
alumbraba las vestes el fuego que vertía.*

Cuando despiertan a Fernán González, que dormía tranquilo, éste se da cuenta en seguida que el miedo desmoraliza a sus huestes, el poeta mismo lo encuentra justificado por «la figura que los diablos hicieron para inquietar a los pueblos cruzados». El buen Conde reúne a sus varones y los explica que se trata de algún diablo en figura de sierpe, transformado al conjuro de «algún moro astroso que sabe encantar» (e. 478), aprovechando el motivo para instruirles largamente de que el diablo no tiene poder sobre ellos, cosa que comprenderán siendo sesudos como son, temerosos sólo de Dios, en quien reside todo el poder, y de paso les habla por extenso de los *estrelleros* por los que se guían los moros en sus empresas, terminando por ridiculizar los agüeros y supersticiones. El espíritu de clerecía se ve aquí influyendo sobre el primitivismo medieval. El monje ha mejorado la obra de las gestas y en esta de Fernán González, con trazos del milenio, completa como ninguna de las otras el tema religioso en este punto.

En la época medieval española, el pleno ambiente bélico, donde el contacto con moros y judíos era tan intenso, hacía favorable la milicia a todo lo misterioso y sobrenatural. En otro lugar queda señalado cómo los españoles fueron tenidos por especialistas en el arte augural de los presagios, hasta el punto de poderse decir que Silvestre II lo aprendió de nuestros musulmanes, junto a la magia y la astronomía. Exacto o no, tal dato manifiesta un estado de opinión que hizo posible el que más tarde se estabilizase, pues Masuccio, en su *Novellino*, muestra a España como sede de las ciencias ocultas en un estereotipo muy sucinto de ciudades científicas: «A Galerno, la Medicina; a Bolonia, el Derecho; a Toledo, *daemones* (los demonios). Se ha repetido como confirmación una octava de Pulci, que en su *Morgante* pormenoriza así:

*questa città di Tollete solea
tenerse studio d'nigromanzia;
quvi di magica arte si leggea
publicamente e di piromanzia;
e molti geomanti sempre avea
e sperimenti assai d'idromanzia;
e d'altre false openion di sciocchi,
com'e fatture o spesso batter gli occhi (XXV, 259).*

No son necesarios argumentos específicos, pues bastaría remitir al

lector a la *Historia de los Heterodoxos*, de Menéndez Pelayo *. Afortunadamente, la cultura y el cristianismo fueron acabando con ello, no sin que en el pueblo quedase una afición, mal reprimida a veces, de la cual, por lo tocante a lo militar, hay en *La soledad de Alcuneza* muestras muy expresivas y veristas de nuestra última guerra: «*Ya decía yo que ese alférez tiene el cenizo —musitó el cabo gallego—. Le ha dado el gafe al puente. Como no lo maten pronto perderemos la guerra*». «Influido a mi pesar por las supersticiones del zapador de Marchena, llegué casi a considerar culpable al mancebo de la muerte de mi jefe.» Pero es más adecuada al tema de Fernán González, con sus reiteradas apariciones, esta otra: «*La santa compañía* aparecía en la muerte del cabo. Pero aquel otro murió sin verla. Porque no todos ven *la santa compañía*».

No creo casual que el cabo sea gallego y el zapador andaluz. He aquí en pleno siglo xx dos ejemplos de superstición ininterrumpida desde el medievo (10).

La infanta fornida y el arcipreste malo

El tardío poeta de Fernán González presenta a su héroe con matices caballerescos, que no pudo tener en el cantar de gesta inicial. Ha ampliado su poema con numerosas referencias al Libro de Alexandre, coincidiendo con muchos de sus versos. Entre los más calcados están aquellos en que se identifican ambos héroes en intención y expresión. El poeta anónimo de Alejandro Magno (11) decía:

*No cuento yo mi vida por años ni por días,
más por buenas haciendas e por caballerías.*

El de Fernán González encuentra la facilidad de poder aplicar literalmente a su héroe el espíritu del otro, con una mínima y fácil

* Recientemente, los señores Fernández Monzón y Cominges, oficiales de las Fuerzas Armadas, descifraron el misterio del *Libro del Tesoro*, falsamente atribuido a Alfonso el Sabio, que durante siete siglos mantuvo como indecifrables las octavas de su «Lapis Philosophorum» con el secreto de la piedra Filosofal (v revista «Punta Europa», núm. 111, julio 1966).

(10) SALVADOR GARCÍA DE PRUNEDA: *La soledad de Alcuneza*, Madrid, 1961 (páginas 20 y 260).

(11) Anónimo: *Libro de Alexandre*, Edición de Rivadeneira «Clásicos castellanos», Tomo LVII.

adaptación. Lo hace convencido de que su Conde de Castilla es tan paradigmática de caballeros como el griego :

349. *No cuentan de Alejandro las noches ni los días,
cuentan sus buenos fechos e sus caballerías.*

Más de treinta versos dedica el monje-poeta a describir la honra que el buen Conde hace a dos enemigos vencidos y muertos: el Rey Sancho de Navarra y el Conde de Tolosa, deteniéndose más en éste. El héroe castellano libera a los vasallos del tolosano, bajo juramento de que no se apartarán del cadáver hasta dejarlo sepultado en su condado, como antes hizo que el cuerpo del Rey Sancho fuese llevado por sus huestes a la capital del reino, socorriendo a todos para el camino y dándoles mil cirios para alumbrarse en él.

Dentro de las notas caballerescas del Poema, es encantadora la romántica ingenuidad de un falso episodio, que con sabor de rudeza, muy primitiva, tiene indudables retoques, sobre todo en el colofón de la aventura posterior. Es la acción de la infanta doña Sancha, que, por amor, libera a Fernán González de la prisión en que lo tiene su hermano el Rey García de la Historia. En la huída, el Conde apenas puede andar a causa de los grilletos que la infanta no ha podido quitarle, por lo que ella, sin otro recurso ni ayuda visible:

636. *Hóbolo ella un poco a cuestras a llevar.*

¿Es esto caballeresco? En todo caso, gótico. Más que a una infanta medieval, la actitud de la dama parece convenir a una amazona griega, una heroína bárbara, una guerrera amazónica americana y, si acaso, en nuestros días, a alguna fornida capitana, diplomada en judo, de las modernas fuerzas armadas.

Pero a este simple hecho, tan expresivo y anticaballeresco, le sigue un episodio renacentista del clérigo libertino, unos tres cuartos de siglo antes de que el Arcipreste de Hita inventariase escándalos clericales. Es el pasaje de «El arcipreste malo que iba a cazar» (e. 638), quien con agudeza propia del hombre sensual capta pronto la situación de inferioridad del Conde, trabado por «sus grandes hierros» —el poeta dice «vio la barata», con inefable castellanismo— y pensó aprovecharla —«plúgole más que si ganase a Acre o Amiata», ahora es la ironía contra el cobarde— y plantea un *chantage*, con el dilema entre la delación de su fuga y la tercería deshonestas: «déjame con la dueña

cumplir mi voluntad» (e. 642). Aquí el monje-poeta muestra ser hombre serio, de su tiempo, muy lejos de la relajación renacentista, y se apresura a emitir su juicio moralizador:

646. *Vergüenza non había el falso descreído.
confounder cuidó a otro, mas él fue confundido.*

Y remata el pasaje y la lección con justicia poética: la dificultad de sus cadenas impide al Conde ayudar a Doña Sancha directamente, pero logra entregarla su puñal y entre ambos consiguen matar *al traidor*. El relato constituye un episodio cerrado del poema, en cuya narración se emplean 60 versos.

Democracia militar

Muestra bien el Poema la repercusión militar de esa novedad democrática que introdujo Castilla en la política de la Reconquista. Para la batalla de Hacinas, el Conde arma caballeros a veinte escuderos, revelándonos un rasgo normal en él, pues hay datos de que fue creador de una caballería democrática al elevar a la categoría de caballeros a doscientos villanos que tenían caballo, como también consta que su hijo Garci-Fernández aumentó a seiscientos los trescientos caballeros, creando otros tantos caballeros-villanos. Bien es verdad que entonces tener un caballo era signo de riqueza, pues se valoraba igual que un rebaño de veinticinco bueyes, y otro tanto la silla.

Hay más manifestaciones de democracia militar. En cuanto Fernán González recibe noticias de alguna actitud belicosa del enemigo, reúne a sus vasallos y les pide consejo, cosa que en el Poema sucede cuatro veces (estrofas 202, 294, 474 y 603). La víspera de la batalla de Carazo les consulta si convendría «ir a ellos» (atacando) o «los atenderían» (a la defensiva). En otra ocasión nos aclara el poeta que en el consejo se juntaron todos, tanto los ricos-hombres e infanzones, que constituían la nobleza, como los peones y escuderos de la clase llana. El Conde oye al consejo, mas no por ello actúa al dictado de su voz, cosa siempre reprobada en el mando militar de cualquier época, sino que decide con arreglo a su criterio, analizando todos los elementos de juicio, todos los «factores de la decisión». El Conde castellano considera que «al pueblo no se le obedece, se le sirve», como distinguió José Antonio.

Fernán González, buen caudillo, encauza y dirige a su pueblo. Su voz es la última que se pronuncia, para corroborar al consejo o ratificarlo con muy buenas razones:

353. *a cosa quel decía non sabían responder,
cuanto él por bien tovo, hobiéronlo a hacer.*

Sabe más, vale más, es el mejor.

Decía Sánchez Albornoz que «no se ha escrito aún la historia del miedo como factor importante en el continuo fluir de la vida histórica» (12). En estos estudios atendemos desde hace tiempo a tal aspecto.

El pueblo hace llegar al buen Conde las sucesivas variaciones de su ánimo. Una vez es el cansancio de combatir, esa «fatiga del esfuerzo continuado», del combate prolongado, que ahora estudian seriamente los psicólogos civiles y militares. Hay un momento en que los vasallos:

331. *Eran contra el Conde fuertement irados
porque habían, por fuerza, siempre de andar armados.*

Es el pueblo en armas que ansía el descanso y la paz con un razonamiento que recuerda el que Cervantes pondría en boca de Sancho con la misma intención: «No todo ha de ser Santiago y cierra España».

Los de Fernán González dicen:

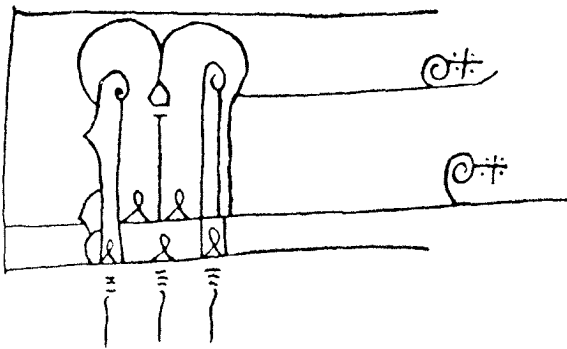
333. *que todas cosas cansan y nos nunca cansamos.*
338. *Non recuden las cosas todas a un lugar
debe haber el hombre gran seso en lidiar.*

La reflexión se repetiría pronto en la Partida Segunda del Rey Sabio, poco después en textos de don Juan Manuel, como más tarde en los del Marqués de Santa Cruz de Marcenado y hoy se desarrolla en la doctrina de los últimos Papas y el Concilio. Hay en el Poema un sentido realista del miedo al que se alude con naturalidad, pero en una ocasión prende claramente la cobardía en el ánimo de la hueste y llega al extremo de enfrentarse con el Conde el consejo de guerreros

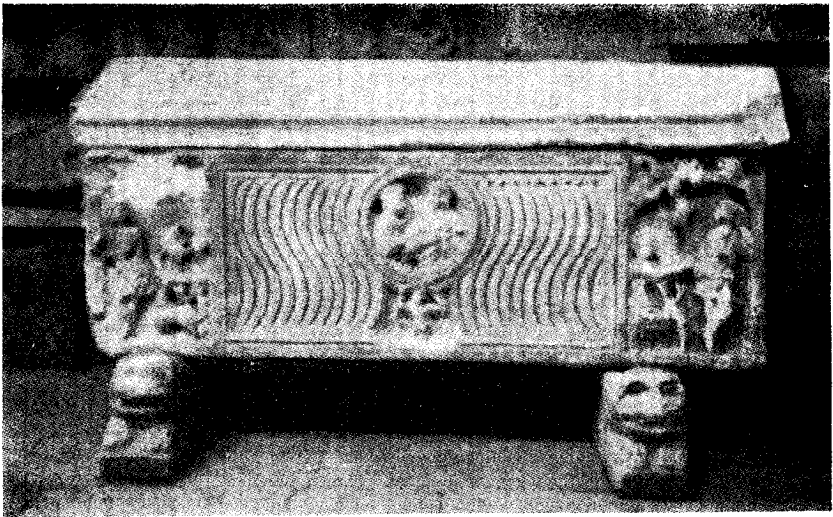
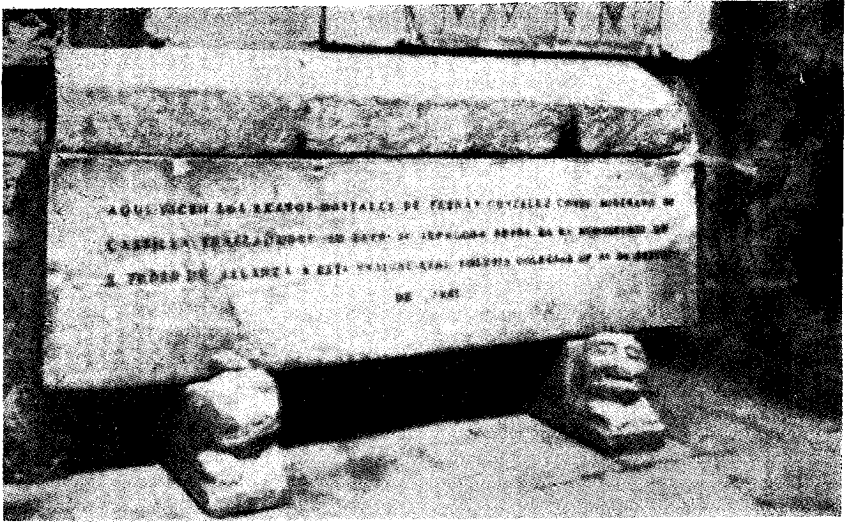
(12) SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio: *España, un enigma histórico*. Buenos Aires, 1957. *Españoles ante la historia*. Losada, Buenos Aires, 1958.



Relicario del siglo XIV, que encierra el *Lignum Crucis*, un gran trozo de la Vera Cruz, que según la tradición llevaba en las batallas Fernán González colgado al cuello. Se conserva en la Colegiata de Covarrubias (Burgos).



La única huella vital de Fernán González es el signo trazado de su mano, única firma que entonces identificaba a los personajes. Junto al de su madre, Munia Donna, figura en un documento del archivo del monasterio de Silos (Burgos).



Sepulcros con los restos de Fernán González y su esposa doña Sancha (el más lujoso), que se encuentran en la capilla mayor de la iglesia colegial de Covarrubias (Burgos).

para formularle una teoría antibelicista *de paz a cualquier precio*. Se basan en una comparación de fuerzas propias y enemigas, tan inútiles en las grandes ocasiones como para dar un mentís a la cibernética de la decisión, cuando no se *materializan* debidamente las fuerzas del espíritu, lo que no deja de ser el colmo de la materialización. Habla por todos un *sesudo varón*, un «*intelectual*» de entonces, y explica que viene con su hueste, contra ellos, un caudillo moro —que ha de ser Abderramán III y no Almanzor, aunque lo asegure el poeta—, y que es tal la inferioridad de los castellanos y tan poca su razón para la guerra, que lo mejor sería hacer un pacto de tregua o tributo con el enemigo.

204. *De guisa que se pudiese esta lid excusar
non debriemos tregua nin pecho refusar.*

207. *Que fincase la lid por dar o por prometer
Esto es lo mejor que podemos facer.*

Fernán González aprovecha ese desahogo del miedo para dirigirles una arenga reposada, más bien un teórica. Les hace ver que con la tregua pasarán a ser vasallos del enemigo, que no pueden deshonorar la fama de sus abuelos a la que sus padres fueron fieles, y:

220. *por miedo de la muerte nunca yerro hicieron,*

puesto que mejor que excusar la lucha es la honrada muerte. Entonces, como tantas veces —dos más está la frase en el Poema—, la arenga del Conde surtió efecto: «fízoles la vergüenza todo el miedo perder» (e. 317). La vergüenza es aquí móvil del valor, como en las Partidas y en don Juan Manuel, significando hombría y dignidad. Junto a ellas, en los mismos textos, está la llamada a continuar limpia la historia de sus mayores.

Pero hay también rasgos de ese pacifismo sano del caudillo, o mejor del gobernante, que consiste en agotar todos los medios antes de llegar a las armas. Los manifiesta Fernán González en versos del Poema al explicar su línea de conducta con los navarros:

296. *muchos fueron los tuertos que dellos rescibimos,
para se lo demandar nunca sazón tuvimos.*

Dos incursiones sucesivas había sufrido Castilla de ellos mientras el Conde y sus huestes luchaban, contra los moros, primero, y contra

los leoneses, después. Sus mensajeros sólo piden al ofensor, con noble eufemismo, «que saque al Conde de su querella» y lo mejore en su derecho, en su mesura y en su bienestar. Pero la reparación del agravio no podrá conseguirse sino por las armas.

El poético origen del desarme

El monje-poeta explica la pérdida de España por los godos mediante una graciosísima trama de desarme, la cual, tenga o no su antecedente en el cantar de gesta, es la primera manifestación literaria de tan constante tema.

El Conde don Julián, padre de Florinda la Cava, quiere extender a toda España la venganza por la deshonra que el Rey ha hecho a su hija. Don Rodrigo, ajeno a la traición que su afrenta desencadena, envía al conde a Marruecos como recaudador del tributo. A su regreso, don Julián informa falsamente al Rey que ha firmado paces con los moros y cobrado parias por cien años de *coexistencia pacífica*. Como consecuencia de ello le sugiere: «¿Para qué quieres armas, si no has de pelear?» (c. 51). No espera la respuesta ni da tiempo a la meditación. A renglón seguido propone un completo plan de desarrollo económico, del que ha de ser fruto una bucólica placidez.

Hace ver al Rey la inutilidad de seguir pagando a sus guerreros y le convence para decretar una recogida general de armas, las cuales han de ser quemadas, fundiendo sus hierros para hacer herramientas y rejas de arado, con lo que se dará empleo a peones y ganado y aun a los caballeros.

El pasaje tiene tan ingenua expresión y tan concretos detalles, que hace realmente atractivo el desarme con sus fases sucesivas y vale la pena considerarlo con alguna extensión, si bien haciendo una síntesis de sus largas tiradas:

51. *Espadas y ballestas y las lanzas monteras
metedlas en el fuego; haced grandes hogueras.
Haréis de ellas hierros, y de sus guarniciones,
picas y azadas y picos y azadones.*
53. *Todos labren por pan, caballeros y peones.*
55. *No has a los caballeros por qué darles soldadas;
labren sus heredades y vivan en sus posadas.
Con mulas y con caballos hagan grandes aradas,
que eso han menester ellos y no otras espadas.*

72. *Aquel que armas trajere y le fuese sabido,
háganlo lo que hacen al traidor enemigo.*

El rey Rodrigo, convencido por tales razones, tan provechosas a todas luces, pero sobre todo a las de la economía y prosperidad que del pacífico acuerdo se seguía, reunió toda la Corte de España y la hizo saber su decisión, siguiendo puntualmente lo aconsejado. Sólo omitió lo de hacer labrar a los caballeros, tal vez por encontrarlo demagógico, impolítico y difícil, tanto como poco rentable. No tardaron en llegar las consecuencias:

72. *Cuando fueron las armas desechas y quemadas,
fueron aquestas nuevas a Marruecos pasadas.
Las gentes africanas fueron luego juntadas,
al puerto de la mar fueron llegadas.*

El poeta no se extiende en describir batallas, porque la situación no las hacía posibles. Dice, sí, que la gente acudió pronto a la llamada del Rey, pero inútilmente:

78. *Cuando hubo don Rodrigo sus poderes juntados
era poder sin guisa, mas todos desarmados.
Lidiar fueron con moros; lleváronlos sus pecados,
que les fue de los profetas esto profetizado.*

Y aquel simbólico desarme, que desarme hubo, aunque de otro orden, costó a España ocho siglos de guerra con los moros.

El desarme del rey Rodrigo, que el primitivo juglar imaginó, lo recogía la crónica del Tudense en 1236, anterior a la versión del poema de clerecía que ha llegado a nosotros, así como otros datos figuraron ya en 1160 anotados por el Najerense en la suya.

Escribo esto exactamente en el quinto aniversario de cierto mensaje de desarme que Nina Kroucheva, primera dama de la U. R. R. S. entonces, dirigía a las mujeres norteamericanas. Era como la última leyenda en prosa sobre el tema, con la inocente sencillez y convicción que tenían las palabras del conde don Julián, cuyo paralelismo es inevitable para cualquier lector, que acaso encuentre mayor fuerza de persuasión en la fórmula medieval. La esposa de Krouchev decía así: «He recibido cartas de mujeres de varios puntos de los Estados Unidos, y en ellas me preguntan qué podemos hacer para impedir la guerra y preservar la paz: Que nos dejen hundir las bombas atómicas con las

otras armas en lo más profundo del Océano, y que nos dejen vivir sin armas como buenos vecinos» (13).

La moraleja estaba dicha nueve siglos antes en primitivo verso castellano. Como una prudente advertencia para quien se anticipase con ingenuidad suicida.

La personificación del *desarmista* a ultranza la puso Cervantes en el bachiller Sansón Carrasco, que, empeñado en desmilitarizar a Don Quijote, no paró hasta conseguirlo *por las armas*, ejemplo típico y tópico de tantos que predicaron *guerra a la guerra* con pacifismo. Hoy, gracias a Dios, el desarme y el pacifismo siguen caminos sanos de la moral cristiana y las continuas llamadas de los últimos Pontífices hieren hondamente la conciencia de los hombres de gobierno, fomentando el diálogo de fraterno amor entre los hombres de buena voluntad.

Unos moros astrosos y carbomientos

Los *moros* del Poema aparecen pintados con curiosas costumbres derivadas en una actitud tendenciosa del poeta, quien tiene empeño en mostrar su conducta relacionada con extrañas prácticas de antropofagia. Los moros de Tarik, al invadir España:

85. *prendían a los cristianos y mandábanlos cocer.*

Por si hubiese duda, en otro lugar completa la idea del destino previsto para aquel conocimiento:

87. *cocían y asaban a los hombres para comer.*

Pero el Poema se rectifica a través de sus páginas tal vez porque los moros enemigos de Fernán González no son tan salvajes como los del Rey Rodrigo. Porque el Conde, en sus arengas, explica así la suerte de los que resulten vencidos de los moros: «Si fuésemos vencidos se vengarán en nosotros, seremos cautivos, hambrientos y afrentados. Los hijos y las hijas que tanto queremos nos los harán cautivos y no podremos ayudarlos y jamás los veremos, donde nos manden ir, allí iremos por fuerza.»

(13) NINA KROUCHEVA: Mensaje radiado a las mujeres de todo el mundo, 18 de febrero de 1962.

En la época en que se escribe el Poema, aún con terribles resonancias de tradición y leyenda, el nombre de Almanzor es tópico para designar cualquier jefe árabe importante. No debe extrañarnos, pues, que el poeta llame así al enemigo de Fernán González, incluso variando el nombre que llevó en la gesta primitiva, para acentuar el mérito del castellano, capaz de vencer a tan terrible enemigo, cuando en realidad se trata de Abderramán III.

La permanente hostilidad del Conde de Castilla hacia los moros y su apartamiento de cualquier tratado con ellos, como corresponde a su elevado ideal de reconquista, está históricamente ratificado por las crónicas árabes. Es más, consta que el Conde recriminó al Rey de Navarra el haberse hecho amigo de los musulmanes y pelear contra cristianos en Castilla, como se recoge en el Poema. Se sabe también que en otra ocasión se enfrentó a las autoridades y a las tropas musulmanas porque los Reyes de Navarra y Aragón no se atrevían a compartir su actitud. Aunque también consta, como caso único, que para defenderse del ataque de leoneses y navarros, apeló al auxilio de los moros, con los cuales logró entrar en Zamora.

La pasión antiislámica del poeta es de las más encendidas que se encuentran. Todos sus calificativos de los moros son despectivos u hostiles, siempre son bárbaros y salvajes de intención, como el carbón de negros, sucios y *carbonientos*, más feos que Satán con todo su convento (e. 384). No pierden ocasión de ridiculizarlos. Es curiosa su pintura de Almanzor, ya que en la batalla de Carazo, la primera del Conde, vencido como Goliat por David, demuestra su poder el Mesías frente a Mahoma, de tal modo que así lo interpreta el mismo caudillo moro, cuando su derrota está en relación con su perversidad y huye como inicuo:

265. *Foía Amazone a guisa de algarivo,
diciendo: Ay, Mafomat, en mal hora en ti fío,
non vale tres arvejas todo tu poderío.*

Tal blasfemia islámica es realmente inusitada, máxime cuando no se trata de un sentimiento real, ni en el Poema, pues vuelve a pelear. En cambio, le sigue un par de versos veristas según la idea con que la historia de su tiempo nos pintó a Almanzor:

266. *Todo el mi gran poder es muerto e cativo:
Pues ellos muertos son, ¿por qué finco yo vivo?*

En el retrato que del caudillo árabe hacen sus cronistas aparece con gran preocupación y desvelo por la vida de sus hombres y lamentaba de corazón sus bajas, un modelo de jefe humano, que debió ser bastante real, aunque las biografías enemigas se empeñaron en hacerle prototipo de maldad.

EL FACTOR MORAL

El mérito del soldado

Podríamos recoger numerosas citas de la voluntad de vencer, ese principio fundamental del arte de la guerra que es inicial e indispensable en todas las doctrinas. En un rápido examen de las cualidades militares que el poema pone al Conde, la voluntad de vencer queda expresada en una seguridad tan firme que contagia a todos:

225. *Amigos, de una cosa soy bien sabidor,
que venceremos, sin duda, al moro Almanzor.*
223. *Venceremos los poderes del moro Almanzor;
sacaremos a Castilla de premia e de error;
él será vencido, yo seré vencedor.*

Para infundir esa seguridad en sus guerreros, ha de hacer que se apoye en la confianza en su caudillo, que les conducirá a la victoria, pero el espíritu democrático del Conde unido a su mando, tan humano, hace que considere su triunfo como fruto del esfuerzo de todos, no de una genialidad infusa suya:

225.

*De todos los de España farédes de mí el mejor,
será grande mi honra e la vuestra mayor.*

Es una inefable manifestación de humildad militar, la que el monje poeta pone en su héroe, finísimo detalle que ni en el *Mío Cid* destaca con tanta fuerza. Virtud descuidada en biografías de los grandes caudillos porque muchos de ellos se olvidaron de valorar el esfuerzo de sus soldados en el balance del triunfo. Lo recordaba hace unos años el Caudillo Franco y conservo la ficha bajo el título: «El mérito del capitán y el mérito de sus soldados». Dirigiéndose a éstos les decía: «Vosotros, con harta generosidad, cometéis el error de todos

los tiempos, de conceder la gloria y el mérito al capitán. Y eso, no. Me ha pasado muchas veces en la vida militar, recibir como capitán que manda y conduce, los méritos y la gloria de la victoria. Y, sin embargo, los méritos no estaban solamente en el que conducía. Estaba en la disciplina, en el orden, en la efectividad constitucional de los ejércitos y, sobre todo, *en los hombres que me seguían*, en los hombres que trabajaban, que tenían fe, que se sujetaban a una disciplina y hasta morían por un ideal (14).

He aquí cómo la línea de la ética de lo que se llama espíritu militar tiene una raíz de justicia cristiana que se advierte desde los primeros Condes castellanos hasta el Caudillo más reciente.

En cada batalla hay el mismo aplomo del poeta al mostrar el ánimo del Conde, lo que hace pensar en una base real, por otra parte no desmentida por la historia ni por el carácter de los Condes castellanos. El autor del Poema considera ese ánimo optimista indispensable para granjearse la ayuda divina hasta el extremo de hacerse invencible:

192. *Mas nunca fue vencido en toda la su vida.
Quiso Dios al buen Conde esta gracia facer,
740. que moros nin cristianos non le podían vencer.*

Esta aureola de invencible era el más firme sostén de la fe que en el Conde tenían sus hombres. El caudillo ha de estar revestido de algo sobrenatural, que afirma la seguridad de todos.

Cuando la arenga es poco

Los sermones, alocuciones y arengas del Conde a su hueste son constantes y siempre eficaces, hasta recordando aquel influjo del valor que el Cid ejerció sobre el medroso asturiano Martín Peláez, sólo con sentarle a su mesa y hacerle comer en su mismo plato. He aquí dos muestras de ello:

447. e. *Cuando hobo el conde dicho estas razones
fueron todos confortados, caballeros e peones.
534. No es el hombre en el mundo el que al Conde oyese
que en ninguna manera ser malo pudiese.*

(14) FRANCISCO FRANCO: Discurso del 1.º de octubre de 1963.

Claro está que *ser malo* alude a su conducta militar, y aún puede decirse que en lo relativo al valor.

No desatiende el Poema los alaridos o gritos de guerra. Como el Cid, Fernán González alienta a los guerreros diciendo su nombre, fórmula común en los tiempos de ambos. Su término común es: «esforzad, castellanos» (c. 223), pero además personaliza su caudillaje:

531. *Dicie: Yo soy el Conde, esforzad castellanos
feridos de recio, amigos e hermanos.*

El Cid lo había dicho así en versos de su juglar:

1.139. *Feridlos, caballeros d'amor e de voluntad
ca yo soy Roy Díaz, mío el de Bibar.*

En cuanto al enemigo: «Con las voces de don Fernando, todos eran desmayados. El grito general responde a la tesis del Poema, porque su voz es sólo: «¡Castilla!» y el efecto es tan positivamente eficaz en las tropas del Conde, como desmoralizador en las musulmanas: «Cuando oían ¡Castilla! todos se esforzaban». A pesar de que Santiago ha prometido acudir en su ayuda con escuadrones celestiales, a pesar de que el poema del Cid ya ha surgido por dos o tres veces el grito de ¡Santiago! como réplica al de ¡Mahoma!, sólo una vez en el poema de clerecía invocan los cristianos al Santo Patrón: «llamando a Santiago, el apóstol honrado» (c. 514), hay como un afán castellanista del patronazgo de San Millán, frente al leonés-galleguista de Santiago, falseando incluso la realidad al hacer ver que el Conde no quiere peregrinar a Compostela con su rey, cuando consta que acompañó a Sancho el 13 de noviembre del 956, aunque con el nombre de Faredenandus, que le dan los gallegos (15).

Quizá la reflexión más militar del Poema esté en esos versos que dicen:

299. *en nos los acometer en nuestra la mejoría
por cuanto ellos son mayor caballería.*

Estamos en plena exaltación del espíritu ofensivo. Fernán González no disimula la fortaleza del enemigo. Como César: cuando sus

(15) DOM JUSTO PÉREZ DE URBEL: *Fernán González, el héroe que hizo a Castilla*. Espasa Calpe, Buenos Aires, 1952.

soldados se amedrentan ante la noticia de unas tribus enemigas de gigantesca estatura y corpulencia, su general les dice, que en vencer enemigos iguales a ellos no se vería su esfuerzo y su mérito, y que esa es la ocasión de hacerse famosos, así el Conde les explica: «ellos son más que nosotros, muy esforzados, diestros y bien armados...»

303. *Por eso ha menester que nos los acometamos.
Si ellos nos acometen, mejoría les damos.
Si ellos entendiesen que nosotros non los dudamos
dejarnos han el campo ante que los firmos.*
345. *Non debe el que puede esta lid alongar,
Un día que perdamos nunca lo podremos cobrar.*

Hay sugerencias que van desde el popular dicho de «el que da primero da dos veces», hasta el aforismo tácito de «la mejor defensa es el ataque», o el histórico: «a enemigo mayor, más corta espada».

Ha quedado señalado ese factor moral por el cual sabe que el enemigo huirá ante su acometividad, aún siendo más fuerte y numeroso. Ese predominio del factor moral es el imponderable de la batalla que recientemente exaltaban los norteamericanos, es el que Fernán González explica a su hueste:

300. *Sepades que en la lid son todos normales,
más vale cien caballeros todos de un cor iguales
que non facen trescientos de los descomunales.*

En concepto de Prim en la «arenga de las mochilas» tiene aquí ya su expresión equivalente y paralela, cuando el Conde hace ver su decisión de adelantarse al peligro:

304. *muerto seré de pelea o en queja me veredes;
veré, vos castellanos, como me acorresdes,
menester vos será cuanta fuerza tenedes.*

Lo dice y, sin pausa, parte al golpe hacia el enemigo. Sus vallos se contagian ante tal ejemplo, que no sólo supera la desmoralización, sino que acrecienta el valor:

532. *Los cristianos lacerados, cuando aquesto vieron,
aunque eran mal andantes, todo el miedo perdieron.*
555. *acrecentóles esfuerzo, todo el miedo perdieron.*

Es un momento concreto, en que la arenga sirve, ante la situación desesperada y la misma voluntad de vencer necesita algo muy inmediato y activo que no sean palabras confortadoras, a las que tampoco el enemigo da demasiado tiempo. Entonces ya no son la arenga y el griterío los que arrastran, es el ejemplo de su audacia.

El viva la muerte y el suicidio militar

La mejor frase de Fernán González es ajena al Cantar. La recoge el infante don Juan Manuel, no sé de dónde, como paradigma de tenacidad: «Amigos, por las heridas no lo dejemos, que estas heridas que ahora nos darán, harán que se nos olviden las que recibimos en la otra batalla» (16). Es toda una arenga de estoicismo que el rasgo es común a todas las regiones. El Poema encierra senequista, o mejor de ascética militar castellana y española, ya también un anticipo del *viva la muerte*, cuando dice:

438.

*Ligera cosa es la muerte de pasar,
muerte de cada día muy mala es de endurar.*

Hay en esos versos como un eco de la frase de Santo Domingo de Silos repetida por Calvo Sotelo en ocasión heroica: «Más vale morir con honra que vivir con vilipendio», de la que Cervantes hace decir a Don Quijote: «Más bien parece el soldado muerto en la batalla que salvo en la huida». Es toda una teoría clásica en el espíritu militar español, pero se me antoja que la expresión del Poema tiene aromas del Kempis o de la *Preparación para la Muerte*, de San Alfonso María de Ligorio, traducida en España por Ortiz de Zárate—un teniente coronel que supo mucho del idioma y del tema—, y que se hizo realista en Millán Astray al decir en el Credo Legionario: «No se muere más que una vez, y la muerte llega sin dolor».

Junto a esto encontramos en el Cantar una nota del peor tono romántico, que llega a intrigar a quien repara en ella, porque es totalmente ajena al espíritu de las dos épocas: la de la gesta inicial y la de la refundición de clerecía, pero sobre todo a la ética del monje autor de la última. El Conde, ante toda su hueste reunida en

(16) INFANTE D. JUAN MANUEL: *Libro del Conde Lucanor*. Publicado por Rivadeneira en Biblioteca de Autores Españoles. Tomo 51.

consejo, expresa su propósito para el caso de un resultado adverso en la batalla:

444. *Ni preso ni cautivo no me dejará hacer,
matarme he yo antes que ser en su poder.*

La expresión merece un detenido estudio. Resulta demasiado estridente ese *suicidio militar* encuadrado en el tomo cristiano de la obra. Fue algo, por desgracia, practicado en épocas modernas por puritanos de un mal entendido honor militar británico y francés especialmente. Aquí no parece encajar ni en el lugar ni en el tiempo. Por una sola vez lo militar desafina de lo religioso, y no basta pretender explicarlo en reminiscencias bárbaras medievales. Sólo tiene paz en temas heroicos, en lo que el Romancero pone en boca del Cid joven diciéndole a su padre: «Que os he de facer vengado o me mataré yo mismo», pero el Romance que lo contiene que comienza: «Consolando al noble viejo está el valiente Rodrigo», es unos tres siglos más moderno.

Hay otra curiosa idea llena de espíritu caballeresco, que a primera vista resulta también extraña, ahora por lo que toca a la milicia.

213. *Por engaño ganar no hay cosa peor.
más vale ser engañado que ser engañador.*

Considerando a la ligera, va contra la esencia misma del combate, en que el factor fundamental de la sorpresa constituye un elemento del arte de la guerra, basado en el engaño, y el ardid bélico fue siempre practicado sin reproche. Aquí, en realidad, tal engaño no se refiere a lícitos ardidés de guerra, sino a la deslealtad a la palabra dada al enemigo, como la proponen al Conde para salvar un trance apurado; porque cualquier género de maquiavelismo político repugna al pensamiento militar cristiano, de entonces y de ahora, pese a que aún siga debatiéndose el problema de la palabra de honor empeñada al enemigo por el prisionero, que si es vínculo de iniquidad, en pugna con el deber, el honor militar hace que para evitar conflictos de conciencia no deba empeñarse nunca, como es preceptivo en España.

Mil contra uno: Colosalismo medieval

En cuanto el Poema da cifras y proporciones, llama la atención su tendencia constante a exagerarlo todo. Por una parte, el esfuerzo de los castellanos, venciendo siempre con su inferioridad extraordinaria; por otra, el enormismo con que se redondean los números sin ningún sentido de verosimilitud. En Carazo se evalúa así la fuerza de Almanzor:

198. *si todos los contásemos, caballeros e peones,
serían más por cuenta de cinco mil legiones.*
200. *Mayor poder nunca viera hombre nacido.*

Para la batalla de Hacinas despliega Almanzor 30.000 vasallos lorigados y los peones, «no sería por ninguna guisa contados» (e. 380). Muchos son, pero creemos saber que los moros tenían con frecuencia más peones que caballeros. En cuanto a lo de lorigados, era extraordinario por entonces que los cristianos tuvieran 300, cosa que admiraba a los moros, siempre armados a la ligera. Indudablemente el dato pertenece a la tardía refundición, más de un siglo después de Fernán González. El Cid pretende asustar a sus enemigos haciéndoles llegar el rumor de que cuenta con 8.000 caballeros cubiertos de lorigas, en el colmo del infundio verosímil para ser eficaz. Es que las lorigas de malla de acero eran entonces un índice de poder bélico como luego lo han sido los acorazados, los submarinos, carros y aviones, y hoy se mide la potencia militar de un país por el número y características industriales de sus cohetes.

En Hacinas el ejército del Conde castellano forma en tres cuerpos, que suman un total de 450 caballeros y 15.000 peones (e. 412), cosa extraña que nuevamente hace suponer que el poeta es profano en materia de organización militar elemental, pues no se sabe que nunca hubiese más de cinco o seis peones por cada caballero, es decir, que siendo ciertos los 450 caballeros, habría unos 3.000 peones a lo sumo.

Aquellas 5.000 legiones musulmanas dispuestas a la batalla de Carazo, van a ser vencidas por una minúscula fuerza castellana; el enormismo se hace descriptivo, el poeta se crece y despliega su fantasía hasta ver los guerreros en el campo y relaciona unas fuerzas con otras, para que no se piense que en sus datos hubo ligereza ni error:

253. *No hay hombre en el mundo que contase los paganos;
todos estaban cubiertos los oteros y los llanos.*
252. *Por cada cristiano había mil descreyentes.*
259. *Semeja poca cosa, pesada de entender,
trescientos caballeros tan gran pueblo vencer.*

En todo ello se advierte una clara influencia de las gestas francesas que redondean y exageran a su gusto, para resaltar hasta lo increíble la descripción que mide el esfuerzo de sus héroes.

La persecución de Hacinas la llevan los cristianos hasta Almería, con imprudencia táctica que les aparta así a unos pocos de sus bases de partida sin motivo ni objetivo alguno:

557. *Hasta dentro en Almería a los moros atacaron;
un día y dos noches siempre les alcanzaron.*

Ya es correr también. De Burgos a Almería en día y medio. El cantar de gesta tendría esa persecución de día y medio *hasta la frontera*, que efectivamente estuvo en Almería por la época en que escribió el supuesto monje de Arlanza. Sin aumentar los días de la marcha, el poeta les aumenta la tierra a recorrer, conquistada en unos dos siglos y medio transcurridos de Reconquista. El monje, con sentido histórico pone la frontera en su sitio, no en el antiguo, y se queda tranquilo de la rectificación. De todos modos la desproporción de tropas es notable en Hacinas: 300.000 moros frente a 15.450 castellanos, aunque sea mayor la de Carazo.

En cambio resulta extraño y significativo que en el desafío de Cirueña, los siete castellanos no se decidan a luchar contra más de treinta navarros que les hacen traición, pues se había acordado que sólo acompañarían seis caballeros a cada contendiente: el rey de Navarra y el conde de Castilla. Claro es que rehusan la lucha por causa de la traición, que sorprende a los castellanos desarmados. La grandiosidad sensacionalista que el poeta necesita se vierte aquí en el hecho prodigioso de que el cielo muestra su desaprobación del engaño, partiéndose de arriba abajo el altar de la iglesia donde Fernán González se acogió a sagrado, y donde sólo se entrega «a salva fe juramento», fiado en la caballerosidad de quienes le engañaron.

Estruendo bélico

«El sentido épico se aviene mejor con el origen juglaresco del Poema que con el ambiente devoto del monasterio», dice Valbuena Prat. Esta acertada observación, junto a otras ideas desarrolladas, francamente anticristianas, que venimos señalando, en contraste con piadosos pormenores acertados en lo teológico y aun en lo místico, me hacen preguntar si tan desigual formación religiosa no será debida a que el autor es hombre seglar, documentado en religión, pero de modo incompleto, y acaso el autor del siglo x fuese en realidad el verdadero monje. Ello explicaría también la errónea descripción de Arlanza y sus alrededores, inexplicable en un monje del convento, como siempre se ha venido reconociendo al clérigo poeta. La fuerte inclinación a descripciones bélicas, si bien sea en ellas mayor el ruido que las nueces, podría indicar la posibilidad de que escribe alguien familiarizado con las armas, si bien, por el mismo razonamiento que hago en el estudio del *Mío Cid*, es más lógico pensar la inversa: Un juglar guerrero y un mensajero del mester de clerecía.

Sea de ello lo que fuere, ¿cuál sería el motivo para que el fraile cantase al héroe? Indudablemente, en este caso, la familiaridad del Conde con el monasterio, como lo fue la del Cid con Cardena, la del almirante Bonifaz con el convento de San Francisco, burgaleses todos, o en Italia la del Gran Capitán con la abadía de Montecassino.

Valbuena encuentra en el Poema «mucho ruido bélico, crujir de armas, espadas y lanzas partidas, chocar de escudos, ímpetu de pelea». Erudito de factura, pero popular y heroico de espíritu, pueden recogerse en él muchos versos llenos del furor bélico de las gestas (17).

En un examen de coincidencias entre formas de descripción bélica, recojo parte del estruendo de armas en los tres poemas fundamentales, así como su inmediata relación con fórmulas francesas, aunque nunca falta un matiz castellano. Pero la abundancia de versos impregnados del ruido del combate en el Poema del buen Conde, vale la pena de alguna mayor detención.

Hay en él como un tema acústico de preocupación constante por el ruido, por eso la mejor denominación de tal aspecto sería la de estruendo bélico. Suele ir mezclado con un interés de extensión y unicursalidad

(17) ANGEL VALBUENA PRAT: *Historia de la Literatura Española*, Madrid, 1956, Tomo I (pág. 47).

de tales ruidos, como un afán de que retumben en la historia a través del espacio y de los tiempos, con trascendencia histórica. Los moros, como entonces, entran en acción con su algarabía bélica, como ahora y como siempre. En la estrofa 90 aparecen esos términos, pese a que el motivo parece desproporcionado para tal resonancia:

90. *Tañiendo añafiles e dando alaridos;
las tierras e los cielos semejaban movidos.*
254. *Facían alegría los puebllos descreídos,
venían tañiendo trompas e dando alaridos,
daban los malfadados atamaños roídos
que los montes e los valles semejaban movidos.*
512. *Dando muy fuertes voces e grandes apellidos,
los montes e valles semejaban movidos.*

Ese movimiento telúrico estaba ya también en el *Libro de Alexander*: «Semejaba que era sierra movida (1194), vimos ya qué gritos daba el dragón, su trascendencia repercutía también en todo el cielo:

468. *Semejaba en los gritos que el cielo se partía*

En la de Hacinas, el ruido es ya del combate general, no hay que atribuirlo a ninguno de los dos bandos; el verdadero fragor de la batalla, en el chocar de las armas:

502. *A los golpes que daban, las sieras reteñían.*

El Conde Fernán González, buen ejemplo para Grouchi en Waterloo, acude al ruido de la batalla: a la llamada del cañón, como se dijo en tiempos de Napoleón en frase preceptiva:

310. *Oye el ome a lo lejos las ferridas sonar,
no oirían otra voz sinon hastas quebrar,
espadas reteñir, e los yelmos cortar.*

Es la lucha contra el Rey de Navarra. En la de Hacinas nos describirá el poeta otra sensación acústica del combate, con variante muy ligera.

523. *Reteñien los yelmos, las espadas quebrar;
ferían en los copillos, las lorigas falsar.*

Por último, en la batalla final contra Navarra, otra vez la ponderación auditiva, más que sonora, expresando cómo la batalla podría oírse en un momento a gran distancia:

692. *podrían a grand mijero bien los golpes oír.*

Eso es todo, o casi todo. Más que descripción de batallas, que si la hay un tanto explícita en comparación con las del *Mío Cid*, más que organización, logística y táctica, hay estruendo bélico pero con esta especial nota de la preocupación por el ruido, el sonar y su consecuencia de oírse a distancia. No es sólo el lógico chocar de armas, sino los toques de trompas y añafiles, alaridos y voces de llamada (*apellido*) de los moros. Ello por sí, o los gritos del dragón, son suficientes para semejar que se mueven los montes y los valles, los cielos y la tierra, sin necesidad de justificarlo en ruidos más potentes, como se hace en el equivalente del Cid, basándose en tambores almorávides, de gran fondo y grave retumbar, o en la galopada de cinco mil legiones de Almanzor, como el *Fernán González* presenta, lo que haría la metáfora menos inverosímil.

Es de notar también que sólo los moros producen tal sensación de terremoto o tormenta, pues los cristianos limitan su resonancia guerrera al sonar o reteñir de las armas. Ello nos hace ver que así como en el *Cantar del Cid* los tambores almoravides, ponen pavor en las tropas castellananas, sin duda con su sonido, aquí producen el mismo efecto, un siglo antes, los gritos de guerra y salmos rituales musulmanes para la acometida. Quizá el primitivo juglar lo anotó ya por haberlo experimentado en su propio ánimo.

Es ésta una sensación importante del Poema, donde contrasta como en ningún otro cantar la erudición de forma con el espíritu popular y heroico, y donde, pese a la culta refundición de la clerecía, se localiza bien el primitivo canto juglaresco, hecho para que los oyentes del Cantar percibiesen en la onomatopeya de términos sonoros algo del fragor bélico que se quería evocar y revivir.

La furia española

Hay otro aspecto, lo he llamado furor bélico, que aún en términos deportivos tiene ciertos residuos en la denominada hoy *furia española*, y que con mayor precisión militar y menos reminiscencias

bárbaras llamaríamos combatividad o espíritu combativo. Vale la pena recoger alguno de los versos en toda su expresividad, por lo que se presta a estudios comparativos, filológicos, estilísticos y aun histórico militares:

312. *Fuéronse a ferir cuan de recio pudieron.
Cuitáronlo afirmes, daban lid presurada,*
322. *reteñían en los yelmos mucha buena cuchillada;
daban e rescebían mucha buena lanzada,
e daban e rescebían mucha buena porrada.*

Esa última copla, tal vez del refundidor, que ha querido reforzar una descripción breve, denota cierta falta de inspiración, y sus reiteraciones caen en la vulgaridad. El término *porrada* parece anacrónico e indocumentado. Si se refiere, como parece, a golpes de maza, este arma tardó mucho en ser adoptada por los castellanos y nunca abundó. En la época de Fernán González puede decirse que a lo sumo recibirían porradas, pero no las darían por falta de armas contundentes.

Hay versos de realismo muy concreto y carnal, que no reflejan por ello indudable verismo, como en el *Mío Cid*, sino una especial atención del poeta al pormenor minucioso, imaginando el combate cuerpo a cuerpo. No es propiamente anticipo del tremedismo, sino que en toda literatura de guerra de cualquier época se repetirán este tipo de descripciones brutales y descarnadas, lo mismo en fantásticas gestas francesas que en crónicas árabes, donde difícilmente pueden eliminarse fantasías orientales, pese a lo riguroso de muchos de sus relatos. He aquí algunas escenas del pretendido monje de Arlanza, mero refundidor en esto, sin duda, del primitivo cantar juglaresco: Primero, las heridas de Fernán González en un trance apurado de su lucha con el Rey de Navarra:

315. *El Conde fue del golpe fieramente llagado,
ca tenía gran lanzada por el diestro costado.*

Luego, en la descripción de la batalla de Hacinas, el Conde de Castilla lucha cuerpo a cuerpo con un gigantesco Rey (caudillo) africano, quedando los dos malheridos:

492. *Fueron muy mal feridos e estaban embazados;
fablar non se podían, tanto eran mal golpeados,
eran de fuertes golpes ambos a dos llagados.*

493. *En Conde don Fernando, magüer que malferido,
en antes que el entró en todo su sentido;
del Conde fue el rey otra vez malferido,
fue luego del caballo a tierra abatido.*

En la misma batalla queda muerto el caudillo del primer haz, don Gustio González, aquí se señala un dato interesante, no muy común en la época, cuando un poeta pone en boca de su héroe un franco elogio del enemigo:

525. *Un rey de los de Africa, valiente caballero,
ferrióle de una espada por medio del capiello.
El capiello e el almófur e la cofia de armar.
hóbolo la espada ligera de cortar;
hobo fasta los ojos la espada de pasar,
de aqueste golpe hobo don Gustio a finar.*

El posterior encuentro del Conde, con el moro vencedor, que debía ser distinto del que antes había vencido él, se nos describe sin grandes diferencias del anterior combate de Fernán González:

537. *Firióle luego el Conde e partióle el escudo;
rompióle las guarnciones con fierro mucho agudo;
el rey moro de muerte amparar no se pudo,
fue del caballo ayuso a tierra abatido.*

La falta de consonancia del último verso puede ser debida a una modernización de la palabra por el refundidor. El primer plano final que recogemos se refiere a la victoria del Conde sobre su cuñado, el Rey García de Navarra. Es de los más gráficos y queriendo expresar lo mismo de aquél «tantos pendones blancos, rojos en sangre sacar» que recordamos en el estudio del *Mío Cid*, el autor del poema de Fernán González, que conocía aquél, no utiliza sus términos, prefiere algo menos poético, que no desvíe la atención hacia el aspecto colorista. Ya había dicho en ocasión semejante, «dos fierros de las lanzas a una parte salieron», y ahora acentúa el aspecto *carnal*:

695. *Ferrió el rey García el señor de Castilla,
atamaña fue la ferrida que cayó de la silla;
metióle toda la lanza por medio la tetilla,
que fuera de la espalda pareció la cochilla.*

Resalta el Conde en una visión muy plástica, que parece pedir el pincel de Marcelino Santamaría, que fue buen burgalés. El Conde,

pese a que tenía su alférez, Orbita el de Cardeña, lleva su pendón en una mano y la espada en la otra, y galopa desafiando al Conde de Tolosa :

363. *Metióse por las haces muy fuertemente espoleando,
la lanza sobre mano, el su pendón alzando.*

Coloquio tremendista

Hay unos versos de sabor modernista, muy del tiempo y muy de hoy, pues no desentona de descripciones bélico-novelísticas o poéticas actuales, cuando en su vivacidad y desenfado ambiental se habla con argot de la última campaña, de la *verbena*, que es combate nocturno ; de un *festival* de tiros, o de *meterse* en *juerga* (18). Fernán González está en este orden de metáfora cuando dice :

391. *Con moros e con cristianos métome en gran bollicio*

Luego, con sensación viva para quien ha combatido en veranos calurosos del valle del Ebro, la llanura manchega o avanzado por la carretera castellana, esa desagradable sensación del polvo reseco de las pestañas, masticado inevitablemente en la boca pastosa. Aquí el realismo es tan vivo, que hace pensar en quien lo ha sentido él mismo en el combate, o lo vive con la sensibilidad imaginativa del puro poeta :

506. *Tenía llenos de polvo la boca e los dientes,
que apenas podía hablar por confortar sus gentes.*

El poeta parece que ha visto la escena y ha sentido, junto a Fernán González, esa dificultad. Unos versos antes, el realismo ha tomado un tono casi tremendista que hoy nos llevaría a pensar en páginas los autores citados y aun del propio Cela. He leído en textos de Malaparte descripciones semejantes a éstas :

495. *El caballo del Conde tría grandes lanzadas,
venía fasta los pies las entrañas colgadas.*

(18) Véase esta interesante jerga de combatientes en RAFAEL GARCÍA SERRANO : *Diccionario para un macuto*, Segunda edición, Madrid, 1967.

El tema de los caballos no es de los menos atendidos del poeta. Ya al principio alaba los caballos castellanos, en la enumeración de las maravillas que hay en su tierra:

153. *De los buenos caballos aún mención no vos ficiemos,
nunca tales caballos en el mundo non viemos.*

Luego son temas para justificar en la falta de jinete las grandes bajas de caballeros en cada batalla:

692. *Salía mucho caballo vacío con su silla.*
692. *Facían muchos caballos sin señores salir.*

Lo mismo en lucha con el rey moro de Córdoba que con el cristiano de Navarra.

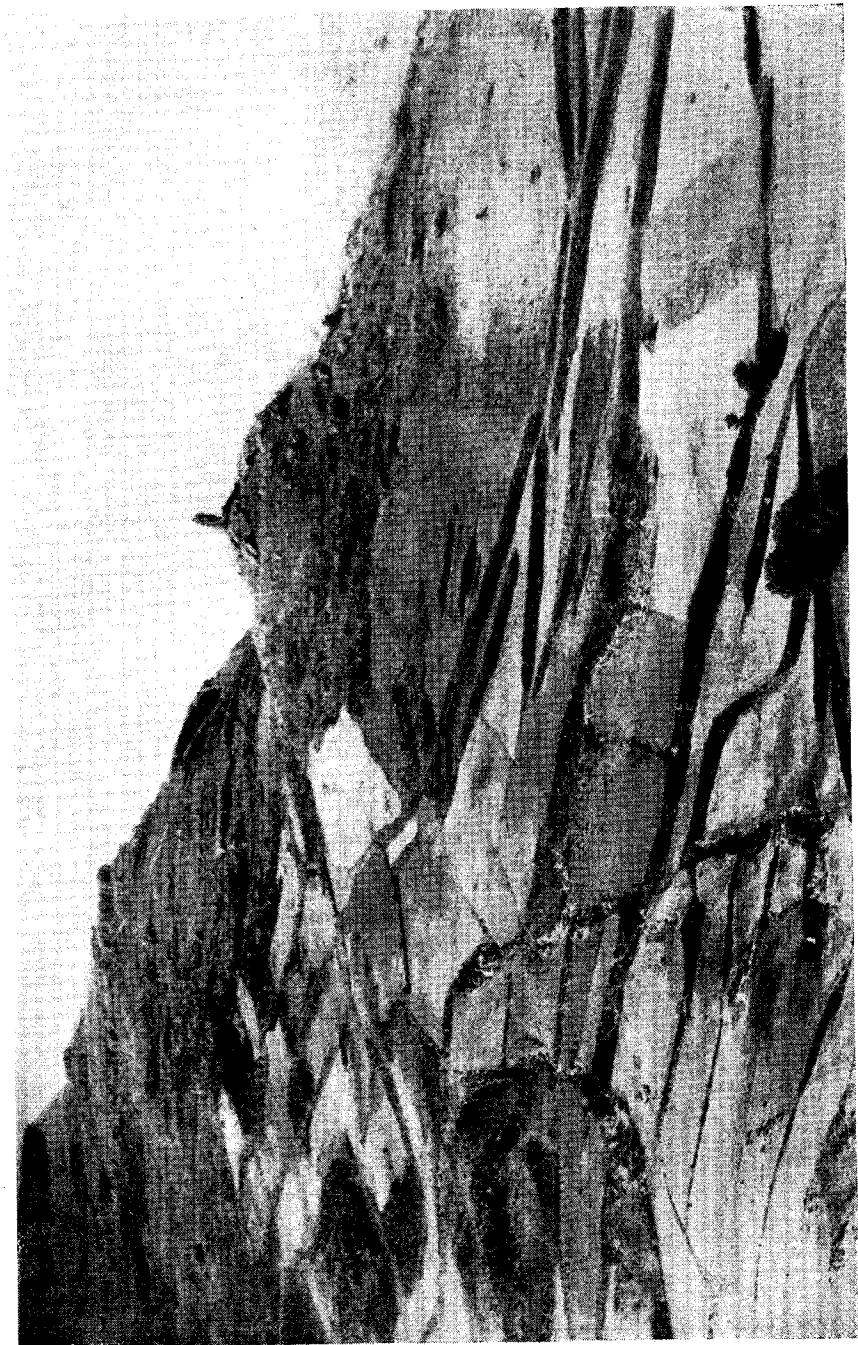
Otra expresión vital y colorida está en el tema de la sangre, que aunque no aparezca más que en dos ocasiones, tiene fuerza suficiente para llamar nuestra atención de observadores modernos:

321. *La sangre de la cara toda se la alimpiaron,*
558. *Como estaban sangrientos, a duro los conocían.*
501. *Corría mucha sangre por do él agujijaba,
iban grandes arroyos como fuente que manaba.*
738. *De sangre los arroyos mucha tierra cobrían.*
688. *Hobo en poca de hora mucha sangre vertida.*

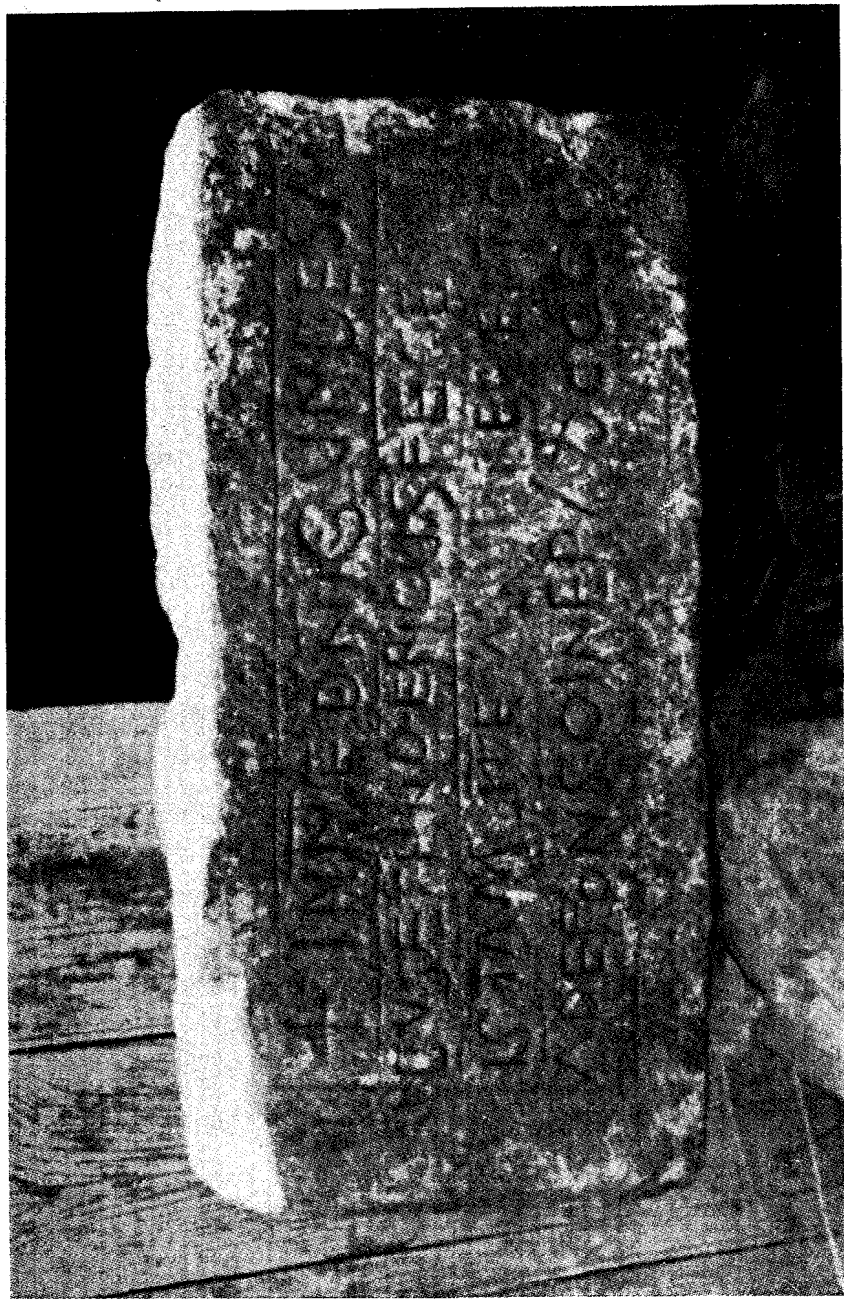
Son motivos repetidos a través del tiempo en toda la literatura bélica. Cuando el poeta es combatiente, se aferra a pequeñas cosas que, por las circunstancias del momento, le han impresionado con más hondura hasta producirle tal vez trauma inolvidable a través de muchos años, caso de Bernal Díaz. Si además es poeta, la fantasía le hará imaginar esas metáforas un tanto tópicas de los ríos de sangre, usadas aún en la novelística de las últimas guerras.

LA TÁCTICA DEL BUEN CONDE

Si en los cantares de gesta castellana, cuyo prototipo es el *Mío Cid*, escapa al poeta cualquier minuciosidad táctica, y más aún cualquier visión estratégica de conjunto, salvo las más ligeras que señalamos, pese a los atisbos de que el autor andaba muy cercano a las



Entre Mazarriegos y Hortigüela, la ruina escueta y doliente del castillo de Lara, sede del condado de Fernán González y los Siete Infantes. (Foto aérea del teniente coronel López Mayo)



Lápida conmemorativa de la fundación de la ciudad de Lara, sobre ruinas romanas, del castillo en lo alto del Picón de Lara y del condado que llevaba Castilla más allá del Duero. Se conserva en el Museo Provincial de Burgos y en ella consta el nombre del fundador: Gonzalo Fernández, padre de Fernán González, segundo conde de Lara.

«EN EL NOMBRE DEL SEÑOR, GONZALO Y FIUDERICO HICIERON ESTA CIUDAD, SIENDO PRINCIPE ALFONSO. DCCCC...» El ángulo roto hizo perder dos letras finales. Pérez de Urbel calcula que corresponde al año 902.

batallas, mucho menos podremos esperar de un poema que al ser de *clerecía* carga la mano forzosamente en aspectos piadosos, a costa de lo poco que en el original de juglaría podría insinuarse del arte militar. Los aciertos tácticos disminuirían el valor y volumen de lo prodigioso, que es el tema de fondo que ha movido al monje poeta.

Ni los padres Pérez de Urbel y Serrano, ni Menéndez Pidal y sus colaboradores historicistas, han logrado esquematizar militarmente las batallas del Conde *de las buenas mañas*, calificativo de indudable origen juglaresco que alude a su intuición táctica, a su espíritu maniobrero, como hoy se diría, a su astucia, en términos clásicos, y al planteamiento, desarrollo y éxito consecuente de una feliz decisión. Apenas hay nada en las crónicas que no sean rectificaciones de la base del poema.

Las batallas fantásticas: Carazo

El esquema de la batalla de Carazo, que el Poema desarrolla a partir de la estrofa 26, coincide con el que el Silense da en su crónica (19) de la conquista de Osma por el Conde el año 93. Es un trazado ingenuo que puede servir para cualquier batalla, genérico y comodín: Previa invocación religiosa, recluta y preparación de caballeros de la comarca, despliegue, multitud de cautivos y muertos enemigos y regreso de los vencedores con el botín. Los cristianos lidian fuertemente y guardan a su señor. Grita él: «¡Castillá!» y todos se esfuerzan al conjuro de su voz y de su tierra. Los moros vuelven la espalda y van hacia la tienda de Almanzor. Este quiere lidiar por sus manos y los moros no le dejan. Ante el ataque cristiano hay muchos moros muertos y heridos, y pierden sus mejores caudillos. El colofón es de corte bíblico: El Conde fue David y Almanzor fue Goliat. La persecución o *alcance* cristiano dura medio día recogiendo en el campo de batalla fabuloso tesoro.

El estudio del padre Serrano explica por qué el poeta traslada a Carazo de Burgos la batalla soriana de Osma. Por los años que se escribían los versos de *clerecía*, la fortaleza de Carazo, dominante en el cerro de su nombre, defendía las tierras de Salas y accesos por los afluentes del Arlanza contra las posibles invasiones que par-

(19) Historia Silense, escrita hacia 1118 y editada por Santos Coco en 1291.

tiesen de la cuenca del alto Duero, los pinares de Soria o San Esteban de Gormaz. El poeta vio allí, en lugar conocido, cuya importancia táctica no se le escapaba, el escenario ideal para desarrollar una batalla digna del buen Conde, la que en realidad dio en Osma el 934, reconquistando la ciudad y derrotando por completo al ejército árabe.

Es notable que Sampiro mencione a Fernán González como protagonista en una crónica oficial, de las que se excluía a quienes no fuesen la familia reinante. En síntesis nos lo relataba así: Fernán González averigua por sus espías que un gran ejército moro avanza por el camino de Medinaceli, amenazando las plazas de Osma y San Esteban. Sus mensajeros vuelan a León, y mientras él resiste el primer choque, el Rey Ramiro, consciente del peligro, llama a todos los hombres en estado de tomar las armas, invoca el nombre del Señor y marcha al encuentro del enemigo. Empeñóse un duro combate ante los muros de *Osma*, salieron los defensores en auxilio de los leoneses y el Señor dio la victoria a los cristianos. Muchos de los soldados de Abderramán quedaron tendidos en el campo, y los prisioneros se contaron por miles. Pérez de Urbel compagina un tanto los nombres de Osma y Carazo al explicarnos que al año siguiente los moros cordobeses vuelven a atacar Osma con más fuerzas y los cristianos se establecen a la defensiva, en sus castillos, pues los atacantes eran extraordinariamente superiores. El Rey Ramiro se acogió a su fortaleza de Osma y Fernán González acaso se encerrase en la de Lara o en el castellar inexpugnable de Carazo, que el Poema une a su nombre (20). Dada la base real que en sus anacronismos suelen tener las crónicas, bien podemos aceptar esta última interpretación mientras no se desmienta.

Hacinas: La maniobra celestial

La batalla de Simancas se desarrolla en el Poema al pie del cerro de Carazo, lugar donde están situados el campo y el pueblo de Hacinas. Alguna razón tendría el poeta para centrar en el mismo teatro bélico las dos únicas batallas contra moros que describe en su cantar. Según él, los moros no vienen de Oriente, por el curso del Duero;

(20) SAMPIRO: *Crónica*. Continuata de la de Alfonso III, escrita hacia el año 1000, incluida en la *España Sagrada* del P. Flórez. Tomo XIV. Madrid, 1859.

sino por Occidente, de Burgos, y se presentan ante la fortaleza de Muñó, superior a la del mismo Burgos, que según el Poema es principal plaza de armas del Conde, en lo cual anda el poeta acertado, pues los documentos coetáneos llaman a Burgos *civitas*, título inferior al de *urbs*, o capital, que dan a Muñó. El padre Serrano no consigue imaginar cómo llegan a Hacinas los moros atacantes de Muñó, ya que el poeta no lo explica.

La batalla de Hacinas coincide con la histórica de Simancas, llamada de Alhandega en otros documentos, según consta en el falso privilegio de los votos de San Millán (21). Lo anota asimismo Berceo en su vida del Santo, que el autor del poema desconocía, aunque toma algunos versos de sus *Loores de Nuestra Señora*, del mismo poeta coetáneo, que pudo leer, por ser obra anterior. Coincide también con la relación de la batalla que hace el cronicón Silense.

El supuesto Almanzor ataca con los 30.000 caballeros lorigados y los incontables peones, y el poeta enumera su procedencia: Son turcos y árabes, almohades y benimerines. No se para en barras y lanza contra Fernán González todas las razas árabes de reciente memoria, sin pensar ni un momento en que el Conde vivió cuando ni siquiera se había producido la invasión almorávide. Incluso los describe con superficial trato, propio de cuentos infantiles, sin precisión alguna ambiental. Sencillamente son:

384. *más feos que Satán con todo su convento
cuando sale del infierno sucio e carboniento.*

El plan táctico del Conde, único que aparece en el Cantar, no tiene mérito militar, puesto que no hace sino dividir sus tropas en tres haces, siguiendo la indicación de San Millán cuando le promete su asistencia con Santiago a la batalla y le asegura la victoria final, aunque con grandes pérdidas.

Según los *Votos de San Millán*, toman el mando de cada uno de los cuerpos, por su orden, los Reyes de León, Navarra y el Conde de Castilla. Las fuentes coinciden en la aparición de los jinetes celestiales, que aseguran el triunfo, el copioso botín y las numerosas bajas de los cristianos. En cambio, varían los jefes de los cuerpos.

(21) Privilegio de los votos de San Millán en *Índice de documentos de monasterios y conventos suprimidos*, pág. 255. SÁNCHEZ ALBORNOZ asegura que se trata de una falsificación histórica, en *España, un enigma histórico*. Tomo I, pág. 268, pero a nuestros efectos tiene valor.

El orden de batalla que parece histórico es el de la idea de la maniobra dada por San Millán: Un haz que ataca por Occidente reforzado con la hueste celestial de Santiago, otro por el Norte, y el tercero, el menor, por el Este, al mando del Conde y con el refuerzo de los jinetes de San Millán. Los dos primeros llevan caballeros y 6.000 peones cada uno, el tercero sólo 50 y 3.000.

Para el primer cuerpo, Fernán González elige uno a uno los caballeros de la delantera, casi todos de Salas, entre ellos los sobrinos del Conde de Castilla, a los que llaman *los lobos carniceros*, y se da el mando de esta vanguardia a Gustio González, que lleva consigo el total de los 6.000 peones montañeses, «gente fuerte y ligera», lo cual resulta inexplicable en batalla campal y más en esa desproporción.

El segundo cuerpo tiene como mando a don Lope el Vizcaíno y lo forman borgoñeses, treviñanos —alaveses del condado de Treviño—, castellanos, castreños de Castrojeriz y asturianos, destacados entre otros montañeses. En este haz mediano van doscientos caballeros de la flor castellana, a los que acompañan los 6.000 peones, cuya procedencia pormenorizó.

En las prevenciones que para la batalla da a este cuerpo hay por primera vez un atisbo de la táctica, que hasta entonces sólo se había mostrado como un adelantarse el Conde sólo, con gesto heroico, y acudir *a socorrerle* todos los demás. Ahora encarga que los peones luchen con los peones enemigos y rompan su filas en un lugar, abriendo camino a la caballería para que entre por donde mejor pueda, al parecer con idea de que por esa brecha manibre en la dirección más favorable.

Para el tercer haz, el del Conde de Castilla, quedaban tan sólo treinta caballeros: eran del alfoz de Lara y los serranos de tierras que él había poblado. Para completar hasta cincuenta armó ese día a veinte escuderos. Hay indicios de que Fernán González hizo caballeros a doscientos villanos, antes de que su hijo lo hiciera, según el fuero de Castrojeriz (22). Todos entraron en el haz, que completaban los tres mil peones.

Su ataque del primer día debía tener carácter de tanteo, pues

(22) Otorgado por Garci Fernández en 978, instituye oficialmente la *caballería villana*, pero no impide que existiese antes, según expresa el Poema, seguramente desde su primitiva redacción.

advirtió que si no lograban vencer se retirasen al oír el cuerno, acogiendo a la seña o estandarte del Conde.

Tres días de combate

Cada fase se desarrolla en una jornada. La primera es indecisa; en la segunda hay gran mortandad de peones cristianos.

El primer día el buen Conde logra abrir un gran portillo en el primer haz de los moros, lucha con uno de sus caudillos y lo mata, pero la muerte le ronda y tiene su escudo clavado de cuadrillos; lo cercan, muere su caballo, lo cual expresa el poeta con una descripción realista muy de hoy, que recuerda párrafos de Malaparte o de García Serrano: «tenía hasta los pies las entrañas colgadas». La mesnada le rodea protegiéndole, y él, en pie, se defiende hasta el límite: «escudo contra pechos, en la mano la espada». El Conde pide ayuda al cielo, le dan un caballo y sigue luchando: «El que de sus manos escapaba tenía por nascido ese día» (e. 504). El combate queda en tablas.

El *segundo día* oyen misa, invocan a Santiago, por única vez en el Poema, y reanudan, «donde lo habían dejado», el combate del día anterior, que el poeta llama pleito por indudable recuerdo del verso idéntico del poema de Alexandre en su estrofa 1891. No se explica plan ni maniobra alguna, todo parece acción frontal y violenta, en la confusión y mezcla de enemigos:

514. *Las faces fueron vueltas, el torneo mezclado
bien habían castellanos aquel menester usado.*

El alférez soporta los golpes como una peña y mueren muchos hombres de ambos bandos.

El *tercer día* es descrito con el mayor fragor de la batalla. Gustio González, caudillo del primer cuerpo, «había en los primeros abierto un gran portillo» (e. 525), lucha con un jefe moro y cae muerto. Se ve clara la táctica simple de atacar unos hombres en *delantera* de tanteo y acudir luego el grueso en su socorro, como en las anteriores batallas del Conde y en las primeras del Cid. Fernán González recibe noticias de que han muerto los mejores caballeros de los otros cuerpos: «salía mucho caballo vacío con su silla» y acude en su socorro. Lucha con «el gran rey africano», que mató a

Gustios y lo derriba muerto, pero entonces caen sobre él más de mil moros —nuevo colosalismo—, con lo que viéndose perdido queda en actitud pasiva rogando a Dios de rodillas y entonces ve venir a Santiago a caballo, con gran compañía de caballeros cruzados como ellos (e. 550), anacrónica visión que anima a los cristianos y pone pavor en los moros, los cuales son derrotados y perseguidos hasta la Extremadura o frontera.

Esa batalla de Hacinas, que el poeta describe con cierta fantasía, desorienta más que nada por su nombre, pero coincide sustancialmente con la que los cronistas registraron como batalla de Simancas, de Alhandega o del Foso, según consta en el discutido Privilegio de los Votos de San Millán, en la crónica Silense, en la de Sampiro y en los Anales Castellanos. Los historiadores árabes, silenciaron en lo posible tal desastre de las armas omeyas, pero Ibn Hayyan ofrece pormenores desconocidos en un relato encontrado últimamente (23).

El suceso fue una de las más difíciles ocasiones en que se vieron los cristianos de la Reconquista. Eran los primeros días del 939 y las huestes califales, reforzadas de Ben Hasín de Zaragoza, a su paso por Medinaceli, avanzaron siguiendo el curso del Duero, sin encontrar más que ciudades cerradas y castillos vacíos. Prosiguieron su avance sin presentar combate que les entretuviera o desviase hasta la desembocadura del Pisuerga, cuyo vado estaba defendido por el castillo de Simancas. Los cristianos, no fiando en sus fuerzas, pusieron su confianza en la ayuda celestial. El rey de León quiso peregrinar con sus condes a Compostela, mientras Fernán González oraba ante San Millán, primer santuario de Castilla, prometiendo a Santiago y San Millán grandes donaciones si les concedía la victoria.

En Simancas, las tropas de Abderramán se enfrentan con las del rey de León, en cuya busca iban, y plantan sus tiendas como desafío, que es aceptado por los cristianos.

El 20 de julio se produjo el eclipse de sol que animó a los cronistas españoles, de suyo tan lacónicos: «En 939, martes, a las diez de la mañana del veinte de julio, fue cuando mostró Dios la señal en el cielo y convirtiósse el sol en tinieblas en todo el mundo casi

(23) PÉREZ DE URBEL: *Fernán González, el héroe que hizo a Castilla*, pág. 82. Espasa Calpe, Buenos Aires, 1952.

una hora». El prodigio tuvo entonces distintas interpretaciones, casi todas simbólicas. Añaden que dieciséis días más tarde, el seis de agosto, llegaron a Simancas los cordobeses, «con su nefandísimo rey Abderramán», y allí fijaron sus tiendas. Les salió al encuentro el rey Ramiro con los condes Fernán González y Asur Fernández, que se habían unido a él con sus huestes. «Con la ayuda de Dios se arrojaron sobre los moros, cayendo segados por la espada más de tres mil, y entre otros fue preso Abeyahia, el de Zaragoza; los demás huyeron». Añaden que al cabo de otros dieciséis días, a punto de salir de la tierra, los cristianos detuvieron a los moros en Leocaput y el río Verbera, donde los moros fueron dispersados o muertos y despojados. Sampiro cuenta 80.000 muertos en la primera jornada, Nadja entre ellos, el virrey de Zaragoza prisionero y el califa salvado de milagro, huyendo a Córdoba «medio muerto», sin más que cuarenta jinetes.

Los cronistas árabes culpan de la derrota a los nobles musulmanes que disgustados con Abderramán le abandonaron, y reconocen que su ejército quedó casi deshecho. Pero es precisamente Ibn Hayyan quien más se acerca a la descripción del Poema, pues dice que la batalla duró varios días y fue desde el primero difícil para los árabes. Ciertamente en la técnica medieval sólo se combatía de día, con cargas sucesivas y retiradas rápidas, hasta descubrir el flaco vulnerable. Cuando los cristianos vieron que se debilitaba el *amud* de Abderramán, que era su principal fuerza de choque, cargaron sobre él haciéndole retirarse a un foso próximo, construido para impedir la retirada. En él cayeron masas de fugitivos y hasta Abderramán dejó su cota de mallas de oro y un Alcorán valioso que llevaba consigo a las batallas. Se remataría el desarme con la intervención de García de Navarra, que explotaron el éxito persiguiendo por la ribera del Duero al ejército en retirada. En el descenso de la sierra de Atienza se encontraron las fuerzas en una Alhándiga o desfiladero. Tal será la que unos cronistas llaman batalla de Alhandega y otros de Leocaput, toponimia no identificada, que corresponde a la fase final de la explotación de la batalla de Simancas.

Si Dios ayuda a los moros

Aún hay en el Poema otra campaña contra las huestes del califa de Córdoba, desarrolladas por León, la tierra de Campos y Sa-

hagún, cuando esta plaza sólo en el siglo XIII era frontera con Castilla. En cambio, no se cita la legendaria batalla de Cascajares, que nunca existió, donde la Iglesia, ampliada con estilo románico, conserva en sus canecillos mozárabes analogías con la de San Millán de la Cogolla y la tradición local de la victoria del Conde *de los hechos granados*, recordada aún en la copla castellana, alguna vez se oye a los viejos del lugar, y es así más o menos.

*El triunfo de Carcajares
es argumento evidente,
que más vale poca gente
con Dios, que sin Dios millares.*

Es como un mentís a otra copla que citaba Unamuno con ironía un tanto heterodoxa y existencialista:

*Vinieron los sarracenos
y nos molieron a palos,
que Dios ayuda a los malos
cuando son más que los buenos.*

y el desánimo supersticioso que hizo decir a los castellanos mientras llegaba el Conde:

256. b. *Bien vemos que Dios quiere a moros ayudar*

Tampoco cita el Poema la victoria histórica de San Esteban de Gormaz, una de las más felices del buen Conde, por no decir la mejor.

En cuanto a las luchas con el rey de Navarra, que no fue Sancho, sino García, durante todo el gobierno de Fernán González, no están de acuerdo los críticos. El poeta hace que Sancho de Navarra muera en su encuentro con el Conde, cuando pretende invadir los límites castellanos con la Rioja. El padre Serrano estima que el poeta confundió esta batalla con la de Atapuerca, ganada por el rey Fernando I, por la identidad de nombres que se daba también en el de Sancha, que llevaban ambas esposas, confusión a la que predispone también el interés del poeta de llamar al Conde don Fernando, y aún *don Fernando de Castilla*, como se llamó al rey. En cambio, Pérez de Urbel acepta el relato poético diciendo que el combate se dio en el valle Valpirri, que desde entonces se llamó Era de la Degollada (pese

a que toponímicamente el repetido nombre suele referirse al lugar de alguna mujer asesinada), y que está entre Briones y Nájera, donde una piedra llamada «del Conde», aún recuerda el hecho. Y nos informa que el Conde y el *príncipe Sancho* quedaron malheridos, aunque en el bando castellano se creyó la muerte del segundo, rumor que recogieron los juglares y llegó a los conventos.

Sigue a ese combate el que Fernán González libra con el conde de Tolosa, emparentado con la casa real de Navarra, históricamente no debe ser éste, sino su hijo Raimundo quien acudió en ayuda del rey navarro en su lucha contra el buen Conde, de quien era pariente como hermano de Ava, nuera de Fernán González. Las genealogías de los Condes de Tolosa dicen que murió asesinado en Carazo, aunque el poema lo presenta muerto en combate con el Conde castellano a orillas del Ebro. La descripción del encuentro tiene un gran sabor bélico realista, en el paso del Ebro:

356. *Hobieron gran aprieto en pasar aquel vado
Dellos se afogaban, dellos salian a nado.*
357. *Abrió por medio del agua el Conde la carrera,
hobieron tolosanos de dejar la ribera;
ordenó las sus haces en medio de una glera,
fueles a acometer de una extraña manera.*

He aquí, en una de las estrofas de más primitivo sabor, la descripción simplista y expresiva de cómo Fernán González conquista la orilla del Ebro y establece en ella su cabeza de puente, a lo que sigue el *ataque en fuerza*, sin esa transición que se da en el combate moderno, pero bien delimitadas las fases en el cambio de estrofas.

Aún señala el Poema otros combates con el rey de Navarra, no identificados por la historia, aunque el poeta parece tener a la vista unos textos que cita de un modo vago, pero que aluden, al menos, a tradición escrita: «Segund nos lo leemos e dice la leyenda», «así como leemos» (e. 687). Fuera de la estrofa 15 «como el escrito diz», son los únicos casos donde parece tener delante la fuente en que se inspira, precisamente en estas desconocidas luchas con Navarra. Tales expresiones, inusitadas en nuestros cantares de gesta, denotan la preocupación erudita del mester de clerecía por primera vez.

La glorificación del Héroe

El Poema es un canto a Castilla, dijimos al principio, pero en él, Castilla es la obra de Fernán González. Aunque la intención del poeta sea ensalzar a Castilla como cuna de la Reconquista y madre de España, su tema, verso a verso, es en honor del Conde. El héroe que canta el llamado monje de Arlanza no es el gran político, sino el vencedor de Abderramán III, de García de Navarra y de Sancho el Craso de León. A él dedica el poeta sus mejores epítetos en un extraordinario despliegue laudatorio. Si el juglar de Rodrigo Díaz le inmortalizó como el *Mío Cid, el de la barba florida o el que en buena hora nació*, éste alaba las cualidades militares de Fernán González, sin llegar a hacer famosos sus apelativos, llamándole *guerrero natural, cuerpo de buenas mañas, de ardides cimientos y de buen enseñamiento, corazón sin flaqueza, el de los fechos granados*, y en lo general: *el buen Conde, cimientos de nobleza, de todo bien cumplido, de corazón lozano*, y también *Conde lozano* con ese término que ya sería común y luego se hizo propio para designar un imaginario personaje de *Las Mercedes del Cid*, en su cantar tardío.

En la crónica que fray Gonzalo de Arredondo (24) dedicó a Carlos V, presenta al Conde como ejemplo de todas las virtudes teológicas, cardinales y caballerescas, entre las cuales aseguraba que tuvo la de ser *patientísimo*. Al resumirlo Menéndez Pidal, con su fina ironía, hace observar que los juglares opinarían distinto que los clérigos, no estimando la paciencia como virtud caballeresca. Demuestra que, para ellos, la ruptura del Conde con Sancho de León fue agria y violenta, reconstruyendo el cantar perdido por el texto que la crónica de 1344 prosifica, por ejemplo, en la entrevista del vado del Carrión, Fernán González dice la crónica: «Callad, rey, que mal cumpliríais vuestras amenazas. Si no fuese por las treguas de los preladados, yo sí que os quitaría la cabeza y teñiría el agua de este río con vuestra sangre (25). El mismo historiador compara las virtudes del Cid con las del Conde, con demérito para éste que se parece más a los viejos héroes helénicos o germánicos, «y no pierde su ca-

(24) GONZALO DE ARREDONDO Y ALVARADO, O. S. B., Abad de Arlanza. *Crónica del santo y valeroso caballero el Conde Fernán González*. Burgos, 1528.

(25) MENÉNDEZ PIDAL: *La Epopeya castellana*.

rácter heroico porque en su conducta histórica se den empellones lo grandioso y lo mezquino».

La tendencia a la beatificación del héroe protector del convento, donde se veneraban sus restos, era cosa muy común en los monjes medievales, y así no es extraño verlo en el supuesto poeta de San Pedro de Arlanza, que sería fraile de algún otro convento burgalés más al norte, como en la pluma de posteriores cronistas. En el prólogo a la crónica de Arredondo, asegura el autor que en el siglo xvi era popular un laude latino de Fernán González, inscrito tal vez junto a su sepulcro. Es un latín romanceado que en castellano vendría a decir:

*¡Oh Conde belicoso y gigante precioso!
Tú, más fuerte que el león, más valiente que el dragón,
Tú del sumo Rey portas la enseña de la Santa Cruz
con que vences a enemigos temporales e infernales.
¡Oh honor de la milicia, Conde de la alegría!
Todo el mundo te alaba porque permaneces guerreando
y descansas a Dios alabando.*

El héroe se confundía ya con el santo en pura guerra divinal, en intrincada mezcla de alabanzas bíblicas y míticas, militares y religiosas, por la ilusión de sus panegiristas.

LA GOAJIRA Y LAS ORDENACIONES DE DON ANTONIO DE AREVALO

por MARIA TERESA OLIVEROS DE CASTRO
Catedrático y Cronista de la ciudad de Monzón
Premio Nacional «José María Quadrado»

REFERENCIAS GEOGRÁFICAS

La península de la Goajira se halla situada entre el mar Caribe y el llamado por los españoles «Saco de Maracaibo». Su tierra es la más septentrional de América del Sur, sobrepasando en Punta Gallinas los 12° de latitud Norte, y los 1° y 3° al Oriente del meridiano de Bogotá. Las costas alcanzan una extensión de 350 kilómetros y su extensión superficial es de unos 24.000 kilómetros cuadrados como máximo. Su sistema orográfico pertenece a la gran cordillera del Este o de Sumapaz, dando comienzo en las pequeñas montañas que se alzan en la Goajira, a la Sierra Nevada de Santa Marta; como un isleo montañoso que sortea el río Hacha. Esta Sierra de Santa Marta alcanza una extensión de 1.250 kilómetros cuadrados y marcha derecha al Mediodía por la serranía de Valle de Upar (1).

Una gran fosa tectónica divide a la península, por lo cual se distinguen la Alta y Baja Goajira. Sus montañuelas son casi todas de origen volcánico, si bien el suelo es generalmente arenoso y sensiblemente inclinado hacia la bahía de Maracaibo. Se alcanzan los 860 metros en la serranía de Macuira; la serranía de Cocinas con 682 metros y el espectacular cerro de la Teta a 200 metros del nivel del mar. Las costas son bajas y arenosas hasta la desembocadura del río Hacha, siguiendo hacia el Norte una costa acantilada con buenos puer-

(1) ANTONIO BLÁZQUEZ : *América Meridional*, tomo V, pág. 138, ed. 1927.

tos (2). De la serranía de Macuira se desprende el promontorio de la Espada. Montañosa es también Punta Gallinas, y bajo el Cabo de la Vela.

PRIMEROS VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS

En la primera época que siguió al primer viaje de Cristóbal Colón a América, la actividad española se agitó ante las asombrosas noticias referidas por los navegantes, en un afán de nuevos descubrimientos. Notable es la figura del Arcediano de Sevilla, Fonseca, que en el año 1493 organiza una verdadera flota de 17 buques con 1.500 hombres de todas las clases sociales, bajo el mandato de Colón, que partió de Cádiz el 26 de septiembre del referido año. Simultáneamente al tercero y cuarto viaje del Almirante, surgen nuevas iniciativas de españoles para explotar aquellas tierras, debiendo desecharse la idea de que hasta que Colón realizó su tercer viaje en 1498, y el cuarto y último en 1502, los españoles permanecieron inactivos en sus descubrimientos (3).

La soberanía española se asentó en La Española, en la nueva ciudad de Santo Domingo, en tanto que los monarcas daban órdenes para la organización de sus nuevos dominios de Indias. Para su estudio, es importante el aspecto evolutivo de las sucesivas capitulaciones que se firmaban, en las que se estipulaban la posesión de bienes que pudieran hallarse, el territorio que se asignaba a cada descubridor, y también la parte que se reservaba la Corona. Las islas de las Antillas fueron como centros de dispersión, de retorno en apurado trance y de aprovisionamiento. En todas las expediciones hay que distinguir el capitán nauta y el capitán jefe de la empresa, pudiendo decirse, que la exploración de Tierra Firme y conocimiento de las costas occidentales, fueron éxitos conseguidos «... más bien de los soldados y de los frailes que de los marinos» (4).

En el año de 1499 se llevó a cabo una expedición de exploración y rescate por Alonso de Ojeda y Juan de la Cosa, que llegaron a la

(2) ERNESTO GUHL: *Indios y blancos en la Guajira*. Ed. Tercer Mundo. Bogotá, 1963; pág. 17.

(3) DEMETRIO RAMOS: *Alonso de Ojeda*. «Boletín Americanista», Universidad de Barcelona, pág. 59, año 1961.

(4) ANTONIO BLÁZQUEZ: Ob. ref. pág. 6, tomo VI.

isla de Trinidad y a Curaçao, y a una costa en la que vieron casas sobre canales y lagos, que al recordarles Venecia, la denominaron Venezuela. Corrieron más hacia el Oeste «... veinte o veinticuatro leguas del río Grande de la Magdalena, hacia la parte Sur, o por más claridad del cabo de la Vela» (5); por lo cual estos dos españoles fueron los que por primera vez conocieron las costas de la Goajira. Juan de la Cosa, en el año de 1500 hizo el primer mapa del Nuevo Mundo, en el que aparecen los resultados de la expedición.

A partir de este momento se nos presenta a Alonso de Ojeda «... como hombre de confianza de los Reyes Católicos —en el sentido de instrumento— o protegido de Fonseca...» (6). Sin embargo, no es prudente achacar sólo a la protección del Arcediano, el que fuera considerado por la Corona. Se iba teniendo conocimiento de la inmensidad de las tierras del continente americano, de las cuales era necesario «enseñorearse», al mismo tiempo que prevenir las usurpaciones de las naciones europeas, que enviaban sus naves, bien observantes como Inglaterra, o bien con manifiesta actividad de asentamiento como Portugal. Se juzgaba preciso hacer otro reconocimiento de las tierras exploradas por Ojeda en su primer viaje, determinar su potencialidad económica y «... crear a lo largo de aquel litoral establecimientos permanentes».

Se imponía a los monarcas el allegar hombres capaces de llevar a cabo estos esforzados establecimientos. En aquellos días, era Alonso de Ojeda el que había llegado más hacia el Occidente, pues conocía el quiebro costero de Venezuela, el cambio de rumbo del cabo de la Vela, que quizá llevara «al otro lado», a encontrar el ansiado paso al mar Océano (7). Eran días de aparente calma y a la expectativa de los conflictos provocados en los nacientes dominios, pues en el mes de diciembre del año 1500 llegaba a Granada Colón, de regreso de su tercer viaje, que se presentó a los Reyes con sus patéticos grillettes.

Las anteriores expediciones habían tenido un carácter de descubrimiento y comercial, tal como puede apreciarse en la capitulación de Ojeda en el año 1499, en tanto que el espíritu de la nueva empresa que se proyectaba, era de una «partición» con todas sus consecuencias,

(5) FRAY PEDRO DE AGUADO: *Historia de Sta. Marta... dirigida al Rey Felipe II*, Ed. Espasa Calpe, año 1930, pág. 19, tomo I.

(6) DEMETRIO RAMOS: Ob. ref. pág. 34.

(7) DEMETRIO RAMOS: Ob. ref. pág. 35.

que mermaba la reserva concedida en principio a Colón, de todo lo que se descubriese. En 1501, cuando se organiza esta segunda expedición de Alonso de Ojeda, las cláusulas son muy distintas, pudiendo apreciarse que «... la colonización de las Indias se había desvinculado definitivamente del rectorado colombino» (8).

En este viaje, además de concederse a Ojeda la libre navegación y comercio, se consignan nuevas bases que tienden principalmente a la ocupación del territorio, a una «operación de asentamiento» sobre la tierra que se le asignaba. Ojeda fue llamado por los Reyes, alarmados por la presencia de barcos ingleses en la costa de las Perlas, los cuales le ofrecieron el gobierno del territorio de Coquibacoa, primer nombre con el que aparece referida la Goajira. Esta medida pudo ser motivada por los rumores que corrían de que Colón quería enviar a su hermano Bartolomé a Tierra Firme (9).

El día 8 de junio de 1501, los Monarcas daban la confirmación de las capitulaciones con Alonso de Ojeda, y el día 10 se le concedía el título de Gobernador de la isla de Cuquibacoa. Es de notar el error geográfico, si bien es frecuente esta aceptación en el sentido de aislamiento jurisdiccional, más aún en este caso, dado el poco conocimiento que se tenía de la costa y su prolongada morfología peninsular; pareciendo la tierra de la Goajira una isla a aquellos navegantes, que la contemplaban desde el mar (10).

Se había concertado que fueran diez los navíos que formarían la expedición, pero sólo fueron cuatro los que en el mes de enero del año 1502 salían de Cádiz a las órdenes de su jefe, el gobernador Alonso de Ojeda, que mandaba desde la nave Santa María la Antigua, y que comandaba García de Ocampo; la Santa María de Granada con su otro socio Juan de Vergara; la Magdalena, mandada por su sobrino Pedro de Ojeda, y la Santa Ana con Hernando de Guevara. Hicieron recalada en Gran Canaria y en Gomera, y otra más accidentada escala en Cabo Verde. En el mes de marzo habían llegado a las costas del litoral venezolano, pasando luego Ojeda por diversos lugares hasta la isla de los Gigantes (Curaçao). Reanudó luego la navegación, virando hacia Coquibacoa, después de pasar el golfo de

(8) DEMETRIO RAMOS: Ob. ref. pág. 37.

(9) DEMETRIO RAMOS: Ob. ref. pág. 47.

(10) DEMETRIO RAMOS: Ob. ref. pág. 53.

San Bartolomé (11), buscando hacer asiento en la actual Goajira. Se nos presenta ya el gran planteamiento para localizar este primer asentamiento español por el primer gobernador de Tierra Firme.

Se construyó una fortaleza o torre, la cual se hizo por españoles, ya que declara el mismo Ojeda «... que en los faser trabajar (a sus compañeros) en lo susodicho lo hacía por el grand peligro que tenían y porque los indios los combatían cada día» (12). La nueva ciudad se llamó Santa Cruz, sin haber noticia de que allí existiera otra anteriormente, creciendo al amparo de la torre. Se edificó la casa del gobernador, en la que habitaba Ojeda, pues él mismo refiere en los días aciagos, al estallar el motín «... por fuerza entraron en su posada». Estaba defendida toda la ciudad por una cerca de piedra, que no se sabe si pudo ser acabada. Este primer asentamiento español estaba «... destinado a irradiar una actividad colonizadora, expansiva y económica, aunque luego esta fundación en corto o largo plazo fuera abandonada». El profesor Ramos, en el notable trabajo que referimos, afirma: «No cabe duda que este honor corresponde a Santa Cruz, fundada también por el primer Gobernador continental, con obra defensiva y con pleno y absoluto propósito de perduración». A la ciudad de Santa María de Darién y a la de Coro, se les había considerado la primacía española de fundación, anteriormente a este trabajo. Hoy la ciudad goajira de Santa Cruz puede reivindicar para sí este privilegio.

Las huellas de esta primera ciudad no han sido halladas, a pesar de los trabajos realizados. El propio profesor Ramos considera que su exacta localización debe de buscarse en la Goajira del Sudeste, en la pequeña bahía de Castilletes, junto a la Laguna de Cosinetas.

Otro explorador de aquellas tierras fue Rodrigo de Bastidas, que con dos carabelas armadas a su costa, en el año 1502 navegó por aquellos mares, descubriendo la Isla Verde, Santa Marta, Cabo de la Vela, Río Grande, Puerto de Zamba... Los odios y rivalidades de aquellos exploradores enturbia el conocimiento de sus expediciones; pues así vemos, que cuando Ojeda fue enjuiciado como consecuencia de las reclamaciones presentadas por sus socios y compañeros de empresa, éstos no sienten mengua en su honor, al afirmar en falso, que

(11) DEMETRIO RAMOS: Ob. ref. pág. 62.

(12) DEMETRIO RAMOS: Ob. ref. pág. 71.

la ciudad de Santa Cruz, mandada edificar por Ojeda, se hallaba «... en la tierra que descubrió el dicho Bastidas una fortaleza e casas, sabiendo que no podían aprovechar, e que en los dichos hedefiçios e labores, fatigó mucho a la dicha gente».

En el año 1504, Rodrigo Bastidas hizo otra expedición a Cartagena y golfo de Huruba (13). Fray Pedro de Aguado, cronista del siglo XVI, ensombrece un tanto la memoria de Bastidas, que residiendo en Santo Domingo «... como persona poderosa o rica... viniendo o pasando a Tierra Firme a hacer esclavos, la descubrió, y en ella rescató con los naturales, de donde le quedó cobdicia, mediante el oro que de rescates hobo, de procurarla por gobernación y poblarla...». En el año 1514 aparece ya una nueva denominación para estos territorios, el de Castilla de Oro, de los que fue Gobernador Pedrarias de Avila, que llevó consigo 1.500 hombres, «... que los envió a poblar a diversas partes».

Infatigables, los españoles iban penetrando desde la costa hacia el interior, pisando en todas direcciones aquel desconocido mundo. Una referencia nos indica: «... el Capitán y otros secuaces caminaron por la costa de la mar, la vuelta del cabo de la Vela..., estando esta gente alojados ribera del río que dicen de la Hacha; iba... con ellos un Porras, persona principal..., el cual llevaba a su cargo todo el oro que los indios le habían dado de presente» (14). La península Goajira era ya conocida por los españoles, que habían entrado en trato con los indios.

El esfuerzo y las ambiciones chocaban en banderías y motines entre los propios conquistadores, y algunas de aquellas legendarias figuras tuvieron un fin trágico. La Corona trataba de dar ordenación a aquellos anchurosos límites de sus dominios, jurisdicciones e imponer sus leyes, frenando desmanes y abusos. Aparece en esta comarca un gobernador, Vadillo, que se consigna fue el segundo «... que con gente entró en Valle de Upar y Provincia de Pacabueyes y río de la Hacha y Ramada; porque antes dél había entrado el capitán Villafuente y sus compañeros, cuando huyendo del Gobernador Bastidas por el delito de motín... se metieron tierra adentro y anduvieron toda esta provincia» (15).

(13) BENITO LEÓN Y CANALES: *Épocas de descubrimientos*. (Manuscrito, fol. 5. Sevilla, 1851). Sig. núm. 12/in 2-3-I-12. Archivo Histórico Militar. Madrid

(14) FRAY PEDRO DE AGUADO: Ob. ref. pág. 37.

(15) FRAY PEDRO DE AGUADO: Ob. ref. pág. 53.

En el año 1516 muere Fernando el Católico, sucediéndole su nieto Carlos I. La hegemonía imperial alcanzada le llevó a verse en apuro de recursos, lo cual le determinó a capitular en el año de 1528 con la compañía banquera de los Welser, y «... dióseles la población desde el cabo de la Vela, fin de los límites de la gobernación de Santa Marta hasta Marcapana, Este y Oeste, Norte y Sur de la una, mar a la otra» (16).

El gobierno de los Welser de Augsburgo en América tuvo que atenerse a las capitulaciones firmadas con el Emperador, pero sus nuevos sistemas de explotación y trato, determinaron malestar entre los españoles residentes. La busca del codiciado Dorado, mítico territorio de incierta localización, atrajo a buscadores y aventureros. En el año 1530, Alfinger decidió realizar también una expedición por la posesión del Dorado, perdiendo la vida en los valles andinos, luchando contra los indios. Al llegar los supervivientes a Coro el año 1533, se produjo un violento movimiento contra el régimen impuesto por los alemanes, contrario al sistema municipal español. Señala esta revolución local la crisis del gobierno alemán impuesto desde el primer día de la concesión. Tanta importancia tuvo la rebelión de la ciudad de Coro, que estuvo a punto de derrumbar la concesión del gobierno de la provincia a los alemanes de los Welser, y posteriormente a la promulgación de leyes españolas que garantizaban «sobre bases muy firmes el régimen municipal en Venezuela como garantía frente a los posibles abusos de poder de los gobernadores» (17).

Jorge de Spira fue designado por la compañía mercantil para suceder a Alfinger, el cual tomó como su lugarteniente a Nicolás Federman. Más tarde exploraron el país desde el año 1534 hasta el 1540.

LA OCUPACIÓN

Los indios goajiros desde Santa Marta hasta el río Hacha, eran gente belicosa, que ponían en sus flechas «... hierba ponzoñosa y es gente muy crecida y lucida; traen sus personas muy adornadas con

(16) JUAN MANUEL ZAPATERO: *La Guerra del Caribe en el siglo XVIII*, pág. 69. Ed. San Juan de Puerto Rico, año 1964.

(17) DEMETRIO RAMOS: *La revolución de Coro de 1533*, pág. 9. Ed. Bib. Venezolana. Caracas MCMLXV.

piezas y joyas de oro. Los varones traen orejeras de oro colgadas en las orejas, que cada una pesa quince y veinte pesos, y caricurries puestos en las narices, colgando de la ternilla de enmedio... y grandes chagualas, que son como patenas y medias lunas, en los pechos... Las mujeres cuasi traen las mismas joyas... y demás muy grandes brazaletes y ajorcas de oro». Es de lamentar que esta áurea magnificencia, en alguna parte sucumbiera a los codiciosos deseos de los conquistadores, por lo que posteriormente los indios goajiros «... ya no usan destas grandezas» (18). Tenían y sabían hacer ropas de algodón, pero pocos la acostumbraban a llevar, y era para ellos más recreable el andar desnudos que vestidos. Estos indios eran lampiños, y antes de su trato con los españoles, si algo les nacía, se la pelaban, pero al ver a nuestros varones su estima por la barba, se dejaban crecer la poca que tenían. Son curiosas a este respecto las apreciaciones que hizo Humboldt acerca de los indios chaimas, que habitaban más al Este, hacia Cumaná, que dice que al igual de los pueblos de origen mongólico, no tenían pelo en la barba, y no por razón de que se arrancaran el vello (19).

En armamento y arte bélico estaban reciamente adiestrados los españoles a su llegada a América, pues no debemos de olvidar que la conquista de Granada, que dio fin a la secular contienda de la Reconquista, y el descubrimiento de América, fueron en el mismo año de 1492. Algunos de los soldados de Fernando el Católico, supieron también de la lucha con los moros y con los indios. Es curioso que don Antonio de Arévalo, pasados más de dos siglos de estos primeros momentos de contacto, nos diga de los indios goajiros: «... su modo de pelear es sin orden, como los moros, dispersos y sin unión, y como no tienen provisión, ni repuesto de municiones, son de poca duracion y efecto sus funciones, o encuentros, en los cuales si hallan alguna resistencia, se desvanessen o dessaparezzen como humo las Yndiadas, que llaman a partidas de Yndios, los cuales en campo rasso, y a cara descubierta no se presentan al enemigo».

El arma de combate del goajiro era la flecha, cuya punta envenenaba y sus efectos eran mortíferos. Los españoles sabían del perfeccionado arcabuz y de la táctica artillera, pues nuestro ejército era el

(18) FRAY PEDRO DE AGUADO: Ob. ref. págs. 98 y 99.

(19) ALEJANDRO DE HUMBOLT: *Del Orinoco al Amazonas*, pág. 96. Ed. Barcelona Madrid, año 1962.

mejor de Europa, según había demostrado el Gran Capitán en Italia por aquellas fechas. Pero el combate con los indios era muy diferente, ya que la superioridad era de las armas de fuego, pero la más pequeña herida de flecha era mortal.

La experiencia había aconsejado el uso de las llamadas «armas de algodón» con preferencia a las de hierro y acero. Su fabricación era de «... angeo o de mantas delgadas de algodón se hacen unos sayos de armas. Estos son largos, que llegan debajo de la rodilla, o a las pantorrillas, estofados todos de alto a bajo de algodón de tres dedos, puesto el algodón muy por su orden entre dos lienzos que para cada cuarto de sayo se cortan, y luego después de apuntado lo acolchan con cairos, que son unos torzales de hilo de algodón; y estas acolchaduras van, para mayor fortaleza del ensayo, anudadas de suerte quen cada puntada un nudo. Colchado cada cuarto de sayo por sí, lo juntan sin quen las costuras quede nada vacía, y desta suerte y por esta orden hacen las mangas del sayo y su babera, de la propia suerte que se hacen la de los arneses o coseletes; y los murriones y celadas asimesmo se hacen de algodón colchados, aunque otros o algunos los hacen de cuero de danta, o de cuero de vaca con su estofado debajo; y el que para la cabeza puede haber un murrión o celada de acero no lo rehusan, por los macanojos que el entrar en algunos buhios o casas se suelen dar. De este proprio metal, ques el algodón y lienzo de la forma dicha, se hace testera para el caballo, que le cubre rostro y pescuezo, y pecho y le ampara toda la delantera, y faldas que desde el arzón delantero va ciñendo los lados y cubriendo las ancas y piernas del caballo. Puesto un hombre encima del caballo y armado con todas estas armas, parece cosa disforme y monstruosa de lo que ahí se puede figurar; porque va tan augmentado con la grosedad y hinchazón del algodón, hácese de un jinete una torre o una casa muy desproporcionada, de suerte que a los indios ponen muy grande espanto, ...además, que si no es por la visera no le pueden herir por ninguna parte. Porque las piernas y estriberas van cubiertas con las faldas del caballo, las cuales el jinete lleva atadas o ceñidas al cuerpo...».

Para el soldado de a pie se procuraba su defensa «... de la manera que las demás armas, grebas o antiparras, o medias calzas para los pies y piernas, y éstas solamente se hacen para tierra, donde los indios acostumbraban poner puyas por los caminos para que se empuyen o hinquen los que fueren a conquistarlos...».

Esta suerte de armamento defensivo tenía la gran ventaja, de que su materia prima se produjera en el propio suelo americano, por lo cual «... esto no se podría tan en general ni fácilmente traer de España; y son armas livianas y que las sufre a llevar caminando el soldado, y siempre les sirve de cama y lecho...» (20).

SOBRE DISCREPANCIAS DE ARMAMENTO

Debía de haber cierta pugna y oposición entre los mandos militares de la península española y los de Ultramar sobre la conveniencia de armamento, que trataban de imponer al ser nombrados para el servicio del Rey en las Indias. Vamos a hacer referencia al antiguo Gobernador y Adelantado de Canarias, don Pedro Fernández de Lugo, que había recibido el nombramiento de Gobernador de la Provincia de Santa Marta, en cuya jurisdicción se hallaba por entonces la península de la Goajira. La capitulación fue firmada por el Emperador en el año 1534, que para más honrarle, le otorgó el mando «... por dos vidas, que la una fuese la suya y la otra la de su subcesor, en las cuales fuese señor y Gobernador de todo lo que descubriese y poblase...». Con el imperial despacho comenzó la recluta de su gente que debería llevar, consiguiendo mil doscientos hombres, con los cuales «... y muchos aderezos de guerra llegó a la ciudad de Santa Marta con diez y ocho navíos por el año 1535».

Llegado a Tierra Firme el nuevo Gobernador, movilizó a los hombres que había en su provincia, dejando en Santa Marta sólo unos cien hombres, poniendo bajo las armas a los restantes, que eran unos dos mil. El nuevo Gobernador era fiel a la estrategia clásica española y sus Ordenanzas, por lo cual salió «... llevando su gente en ordenanza y al paso de atambor, con sus banderas tendidas». Algunos capitanes que ya llevaban tiempo de permanencia en Santa Marta, le advirtieron «... que no curase seguir aquellas ordenanzas ni hacer aquellas estancaciones de gente sin municiones, porque era poner toda su gente por blanco y terrero donde los indios disparasen sus flechas, que untadas con la ponzoña y pestífera hierba solían tirar, con quien breve tiempo vería una irremediable mortandad en los suyos... por muy pequeñas heridas, no sería parte ninguna antigua experiencia de ci-

(20) FRAY PEDRO DE AGUADO: Ob. ref. págs. 89-91, tomo I.

rujanos ni letras de médicos quen su campo trajese a remediar las vidas de los que fuesen heridos». Fábulas parecían a don Pedro aquellos consejos y también compartía su opinión su hijo, don Alonso Luis de Lugo, al que parecían cosa más fuerte un coselete y una cota, y otras armas ofensivas y defensivas privativas del armamento español, que aquella táctica e ingenios para la lucha contra los indígenas, llamada «a la usanza de Indias».

Pero el tiempo fue el encargado de modificar un tanto el despego por la táctica defensiva, que exigía la lucha en tan diferentes condiciones. Salió un buen día el Gobernador con su gente por el llano junto a una sierra, en tanto que los indios veían desde sus alturas a aquel escuadrón «... de lucida gente caminar tan a compás y por tan nueva orden... les arrojaban flechas... desde lo alto que herían a aquellos bisoños soldados, que muy despacio iban caminando al son de sus atambores». Magnífica es la estampa de valor y belleza castrense, pero la experiencia aconsejó a don Pedro, que aceptase de los veteranos capitanes sus consejos y táctica de Indias, menos brillante pero más eficaz en la defensiva.

Según los capítulos firmados por el Emperador, los alemanes que representaban a la Casa Welser, tenían bajo su jurisdicción el territorio de Venezuela, y parece que se extralimitaron en sus salidas, penetrando en los dominios de Santa Marta, prendiendo a unos capitanes de esta provincia el teniente Nicolás Federman. El Gobernador de Santa Marta envió al capitán general de Venezuela, que era el propio Federman, haciéndole saber, cómo gentes de Venezuela con su capitán general, habían llegado a términos de su gobernación y andaban haciendo daños a los naturales de ella, robando y haciéndolos cautivos, exhortando a Nicolás Federman a que saliera de su jurisdicción. Igualmente escribió cartas a su hijo, don Alonso Luis de Lugo, para que con su gente procurase llegar a la Ramada y al río de Hacha (21).

Porteriormente y quizá para congraciarse con el Emperador, vino a la Corte de España don Alonso Luis de Lugo, hijo del Gobernador viejo, don Pero Fernández de Lugo, al que ya conocemos, y que por su bondad llamaron el Bueno. Trató aquél de algunos conciertos de gobernación y decidió volver a las Indias. «... Fue aportar al cabo

(21) FRAY PEDRO DE AGUADO: Ob. ref. pág. 95, tomo I.

de la Vela, donde adjudicando la tierra a su gobernación, se entremetió en algunas cosas, de que se desabrió mucho el Rey con él; porque usando de más señorío del que le era dado, sacó por fuerza de la Caja Real cierta cantidad de marcos, de perlas y oro contra la voluntad de los oficiales, a los cuales echó presos e hizo otras molestias y agravios, diciendo que no le habían destorbar que no tomase lo que de derecho le pertenecía, quiera el dozavo del quinto real». Sobre todo lo cual le conminó Carlos I y los del Consejo Real, mandándole que volviese lo que de allí había tomado.

Desde la costa goajira el Gobernador salió del Cabo de la Vela, y se encaminó hacia Santa Marta, llevando consigo la gente que había traído de España, a los que ya llamaban chapetones; y «... probolos mal la tierra y comenzaron a enfermar por el camino y a morir».

De hacia el año 1550 hay una referencia poética de Juan de Castellanos, sobre el encuentro de los goajiros con el Jurado Leiva, el cual, con 30 soldados se había adentrado en la península, y hablando de su fauna, dice:

«Hay copia de conejos y venados
e ya gran muchedumbre de ganados.»

Lo cual nos indica que los indios se beneficiaban de los ganados llevados por los españoles, favoreciendo su desarrollo económico. Parece que Juan de Castellanos continuó visitando las costas de la Goajira y las de Santa Marta, y hacia el año 1559 habla de que vivía en el Cabo de la Vela, ciudad de la costa de las Perlas, cuya fundación atribuye a Federman y que exploró Alfinger (22).

EXPEDICIONES EN LOS SIGLOS XVII Y XVIII

En el año 1617 hubo una peligrosa expedición dirigida a la Goajira por Fray Martín de Calatayud, que soñó reducir a los indígenas y en la cual tomó parte el ya referido Juan de Castellanos, soldado aventurero que al final de su vida se hizo presbítero, escribiendo en Tunja elegías e historias de diversas expediciones. Estos indios pre-

(22) GUILLERMO HERNÁNDEZ DE ALBA: *Indios y blancos en la Guajira*, pág. 189. Ed. Bogotá, 1963.

sentaron una gran resistencia a la aceptación de la nueva doctrina, ya que al decir de Arévalo, las guerras, encuentros y negocios case-ros lo resolvían usando de supersticiones y prácticas a las que daban una ley inviolable. Permanecían fieles a Maréigua, el dios que da los bienes, y a Wanurú, que puede hacer daño al goajiro. Puede decirse que «...los indios de esta provincia se mantubieron en su gentilidad, sin haberse querido separar de ella hasta el año 1685, que un clérigo llamado D. Peralta, natural de la ciudad de Río Acha, juntó con algunos indios en el paraxe que llaman Menores» (23).

Durante el siglo XVIII, no habían sido grandes los progresos realizados en estos territorios, siguiéndose continuamente luchas entre los gobernadores por motivos de jurisdicción. Todo esto motivó, que el día 29 de mayo del año 1717 se creara por el rey Felipe V el Virreinato de Nueva Granada, en el que quedaba comprendida la provincia del Río Hacha, limitada por las provincias de Santa Marta y Maracaibo. La instauración de la dinastía de Borbón en el trono de España, determinó un cambio profundo en el gobierno del Estado. Se abandonaron los altos ideales ecuménicos, y en lo sucesivo se cuidará en la elección de cargos, se favorecerá el desarrollo de la economía en España y en sus territorios de Ultramar, se mejorará la administración, procurando conservar y fortificar nuestros dominios, obteniendo de las Indias un floreciente comercio de perlas, ganado, tejidos, unido a las razones políticas y culturales (24).

Por otra parte, no debemos de olvidar, que el siglo XVIII lleva el signo de la colonización, y que España, que poseía el mayor imperio allende los mares, se ofrecía a la codicia de las naciones europeas, que intentaban arrebatárselo, bien en guerra «guerreada», bien en cláusulas y tratados diplomáticos. En el ámbito del tiempo que nos ocupa «... la centuria XVIII es, en el área del Caribe, sinónimo de gran polémica; la guerra durará los cien años de su cómputo, sin apenas solución de continuidad... la lucha por los dominios» (25).

El primer Virrey de Nueva Granada fue don Antonio de la Pedrosa y Guerrero, que comenzó su gobierno el 7 de junio de 1718. En

(23) ANTONIO DE ARÉVALO: *Manuscrito. Descripción y Discurso... de los indios Guaxiros.... año 1774*. Ref. núm. 17. Sig. 5-2-6-15. Archivo Histórico Militar. Madrid.

(24) CAYETANO ALCÁZAR MOLINA: *Los Virreinos españoles en el siglo XVIII*, pág. 287, ed. 1959. Barcelona-Madrid.

(25) JUAN MANUEL ZAPATERO: Ob. ref. pág. 6. *La Guerra del Caribe*.

este mismo año se sabe de una expedición enviada a la Goajira para reducir y cristianizar a sus habitantes, y de otra, en el año 1725, bajo el mandato del Virrey don Antonio Manso Maldonado. En esta época había ya muchas rancherías «... de indios xentiles, que nunca han estado sugetos en poblacion, y otros que se empesaron a reducir, como Parauxe, Sinamaica, Calavazo, Savana del Valle, Chimare, Ma-cuirá, Portete, Bahía Honda, Carrizal, Boromboro, y otros muchos intermedios».

Estaba prohibido por disposición regia, seguida desde los primeros tiempos del descubrimiento, que ningún navío extranjero pudiera comerciar en los puertos de Indias, ordenanza que obligaba a una vigilancia de las costas muy celosa. Peligrosas «infiltraciones» se sucedían en nuestros dominios, que ofrecían «comercial entrada», principalmente de goletas, por el litoral, fuente inagotable de contrabando y de subversión entre los indios (26).

En el año de 1740, inauguró la segunda etapa política el Virreinato de Nueva Granada, siendo nombrado para el cargo de Virrey don Sebastián de Eslava. Por influencia de don José Nieto, Obispo de Santa Marta, hubo otro intento de cristianizar a los goajiros, pero que por haberse sublevado en el lugar de Paratje, los desampararon. Arévalo nos habla también de que por aquellas fechas se fundaron los pueblos de Orino y de La Cruz, y poco después el de Rincón, y en el año 1741 los de Laguna de Fuentes y de Paraujes «... con curas clérigos, y estos últimos con misioneros capuchinos». Un calor excesivo se sintió en el año 1743, lo que ocasionó la pérdida de las cosechas. Para mayor calamidad, el 18 de octubre del mismo año hubo un gran terremoto.

Cuando Antonio de Arévalo desembarcó en la Goajira, habían pasado ya más de dos siglos de que los españoles arribasen a ella. Todo su esfuerzo se manifestó en conocerla en todos sus aspectos, humano, comercial y estratégico, dando noticia en su trabajo *Descripción y discurso sobre las provincias de los Indios Guaxiros...*, en el año 1774, no sólo referencias del tiempo de su permanencia, pacificación y colonización, sino que también refiere hechos anteriores recordados por los indígenas. Sus observaciones sobre la economía, costumbres y carácter del goajiro, la razón y emplazamiento de los

(26) JUAN MANUEL ZAPATERO: *Expediciones españolas al Darién. La del ingeniero militar D. Antonio de Arévalo en 1761*. «Rev. de Historia Militar», año IX, núm. 19, pág. 50.

pueblos que fundara, hacen de su relación la mejor fuente de conocimiento de la península de la Goajira.

Como nuestro trabajo va a tener su fundamento en adelante en el comentario de esta faceta de la vida de Antonio de Arévalo, la referencia no vendrá con nota y número, sino que simplemente entrecomillado, perteneciendo todo ello a este trabajo inédito documental de Arévalo, a fin de que su lectura no resulte excesivamente recargada.

LA «EXCITACIÓN»

Una peligrosa afición de los indios goajiros fue la de la escopeta, de las que tenían bastantes. Nunca caminaban sin ella, con su cartuchera prevenida, y estas armas y municiones eran provistas por la costa, pero «... las cartucheras se las han vendido los españoles del Río Acha, y también les han proveído de municiones por dinero, a cambio de perlas, mantas y ganado», según dice Arévalo. Al verse el indio armado en el siglo XVIII con arma de fuego, su ánimo se inclinaba hacia la rebelión contra los españoles, se «excitaba», con palabra muy gráfica y exacta, cundiendo el descontento y la desobediencia en la Goajira, y sucediéndose encuentros y alborotos.

En el año 1745 era cacique don Cecilio de Sierra, cuyo hermano, don Félix, había tenido algunos disgustos con indios de algunos pueblos inmediatos, por haberle desobedecido. Quiso contenerlos, para lo cual armó con fusiles a 80 hombres al mando de don Phelix, «... el qual se vió cercado de muchos millares de enemigos, pero aunque creyó que sería desecho enteramente, animando a los suios, pudo contener a aquella multitud y con muerte de más de 40 de ellos, logró disipar aquel nublado, y reducirlos con la fuerza, aunque tan corta, a la obediencia de su xefe, y por esta experiencia y otras de menos monto, que tubo, le arian dezir muchas vezes que con 200 hombres de armas, sugetaría todos los indios, pero nunca logró que se los dieran».

Una importante fuente de ingresos para los goajiros era el comercio clandestino, no sólo de sus productos, sino los que conducían desde Valledupar, desde tiempos anteriores, siendo como natural esta antigua costumbre «... que han exercitado sin freno, y sin reconocimiento al Soverano como sus vasallos, ni a la Superioridad del Virrey, considerándose como una rochela separada del dominio Real, porque

siempre han hecho lo que han querido, con unos de sus thenientes de Gobernadores, doblándolos a su arvitrio, a otros sujetándolos con amenazas, concurriendo todos a la maldad, executando el vecindario del río Acha en más que uno, los efectos de su pasión desarreglada, en los que cumplieran su obligación... como sucedió con el Capitán don Joseph Pestana, que valiéndose del cacique don Cecilio y de sus indios de Boronata en el año 1746, lo sacaron de su casa con alboroto que se puede comprender, sin armas, y desnudo en un Botezito, lo asesinaron en aquellas inmediaciones, habiendo pensado hacer lo mismo antes con el Capitán Dn. Juan Vigo, a quien se asegura le dieron beneno, y después en el año 51 o 52 huvieran echo lo mismo con el theniente D. Mateo Pastor, que se manifestó celoso, si hubiera continuado en el mando, pero fue amenazado, y prevenido... según aseguró el mismo theniente algunas veces en Cartaxena».

En el año de 1749 fue nombrado Virrey don José Alonso Pizarro, distinguiéndose como organizador de misiones en la Goajira. En 1750 llegó un Padre capuchino, llamado de Catarroja, que visitó las tierras de Bahía Honda, Macuira, Chimare y Savana del Valle, «... y aviendo dispuesto los ánimos de los Yndios para recibir misioneros de su religión, bolbio y quedaron uno en Bahía Honda, nombrado fray Domingo, otro en Macuira, otro en Chimare, y otro en Savana del Valle, los que se mantuvieron allí el tiempo de un año, o poco más, y después sin haver echo Yglesia alguna los avandonaron. De por estos años hay otras referencias del Alférez Dn. José Nicolás de la Rosa y del sacerdote D. Antonio Julián, que tratan de la Goajira, de su suelo y de sus habitantes» (27).

El día 10 de agosto de 1759 moría en Villaviciosa de Odón el rey Fernando VI, siendo designado como su sucesor su hermano Carlos III, rey de las Dos Sicilias, que residía en Nápoles. Tras un prolongado viaje, llegó a Madrid el domingo 9 de noviembre del mismo año, acompañado de sus numerosos hijos y de su esposa María Amalia de Sajonia, que disfrutó poco tiempo el trono español. Durante el reinado de Fernando VI, España se mantuvo alejada de los conflictos bélicos, atenta a la reconstrucción interna. La nueva soberana se esforzó por mantener este equilibrio, pero su pre-

(27) GUILLERMO HERNÁNDEZ DE ALBA: *Indios y blancos en la Guajira*. Ed. Tercer Mundo, pág. 190. Bogotá, 1963.

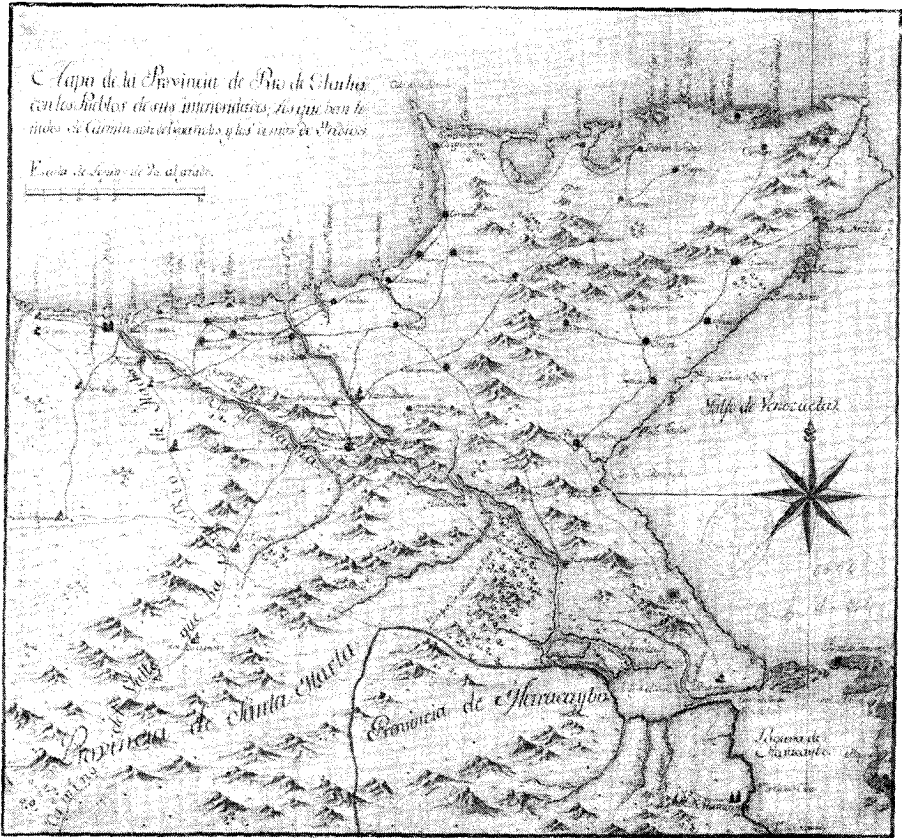


Fig. 1.—«Mapa de la Provincia de Río de Hacha con los pueblos de sus interioridades. Antonio de Arévalo, 1773» (Serv. Hist. Mil. Madrid).

Están señalados los pueblos indios, las fundaciones de Arévalo y los caminos hechos en su extraordinaria, humanitaria y ejemplar expedición pacificadora a la Goajira en 1773.

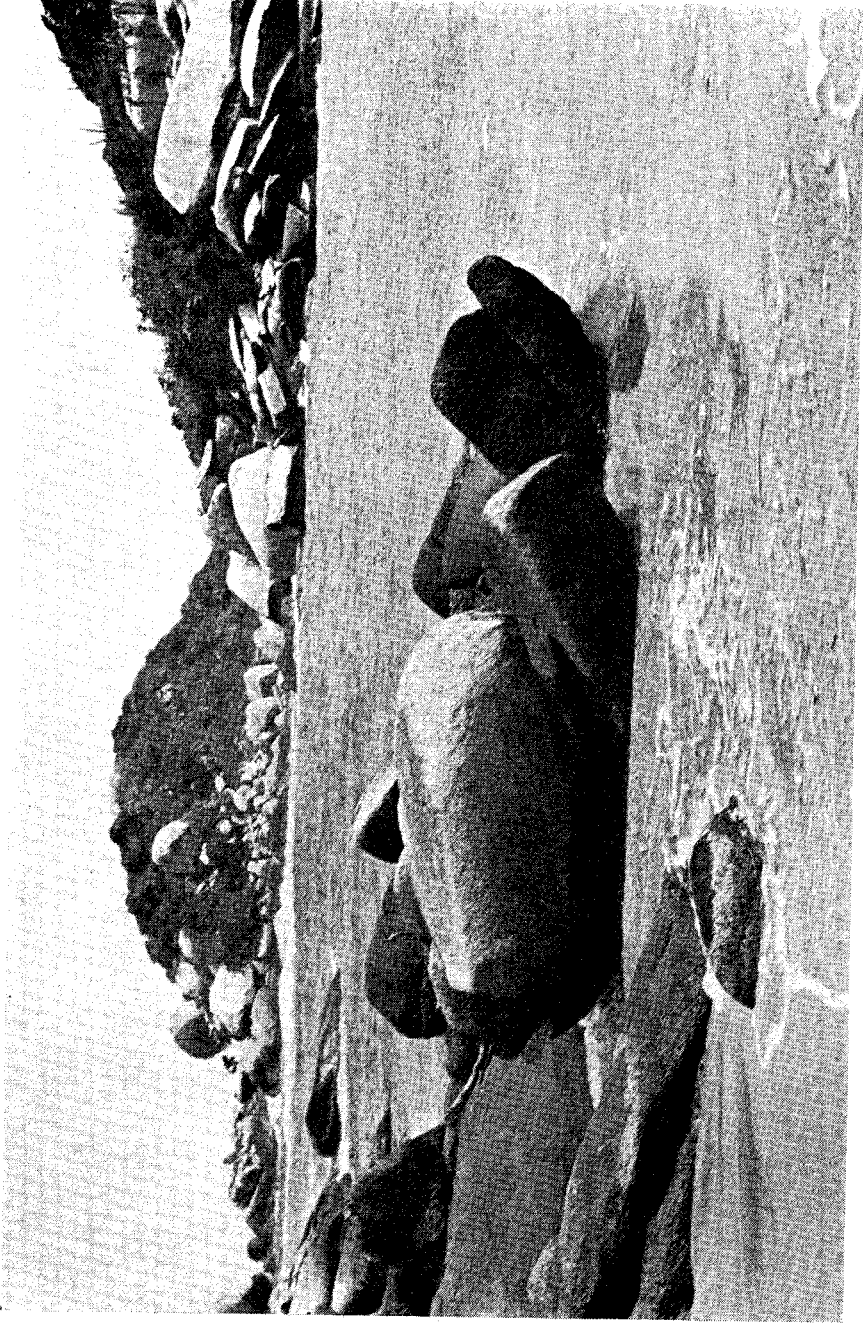


Fig. 2.—Costa goajira en Punta Palominos, Bibullo. Estos abrigos facilitaron en el siglo xviii, la penetración inglesa que «excitaba» al indio contra la autoridad del Gobierno virreinal.

matureo fallecimiento, antes del año de su llegada, acaecido el 27 de septiembre de 1760, frustró un horizonte de paz para los españoles (28).

El nuevo soberano, Carlos III, ya rey de España, no olvidó la humillante neutralidad impuesta por Inglaterra cuando era rey en Nápoles, por lo cual al siguiente año de la muerte de María Amalia, y quizá por influjo de su madre Isabel Farnesio, firmó en la Corte de Versalles el llamado Tercer Pacto de Familia, que nos deparaba la alianza con Francia y la acérrima enemiga de Inglaterra. En las costas del mar Caribe pronto se dejaron sentir los asaltos y ataques de los barcos de la escuadra inglesa y los más ligeros que se acercaban a las pequeñas ensenadas con apariencias comerciales y fines subversivos. En la capital del Virreinato, Santa Fe de Bogotá, se supo la noticia de la proclamación del nuevo monarca el día 5 de abril de 1760. En el mes de febrero del año siguiente, entró en posesión de su alto cargo el nuevo Virrey, don Pedro Messía de la Cerda (29).

Bajo su mandato tuvo lugar la importante expedición de don Antonio de Arévalo al Darién, realizada en el año 1761 (30), con el fin de pacificar a los «excitados» indios de aquellos territorios. Con el fin de consolidar la soberanía española, don Bernardo Ruiz emprendió a su costa la pacificación de la provincia goajira, fundando la villa de San Carlos, en el paraje que denominaban Pedraza, reuniendo a los indios que llamaban de arriba, que comprendían los poblados de Chimare Macuira y Bahía Honda, bajo el mando de cuatro capitanes, que fueron: en Chimare, Amajusares; en Macuira, Caporinches; en Bahía Honda, Maparaure; en el Portete a Pachogames. Pero como «... los enemigos de la paz general de la Provincia, por vivir solos, sin Registros, ni sugesion a nadie, como hasta entonces lo havian estado, que son los vezinos del Rio del Acha, pudieron tanto con sus influxos, que después de más de un año de fundada dicha Villa, consiguieron que se avandonare».

Gracias al trabajo minucioso de Arévalo, podemos seguir año tras año el esfuerzo seguido por España en la Goajira, para fomentar su riqueza con la cría de ganados, florecimiento de la agricultura, desarrollo del comercio legal y represión del contrabando, junto con los

(28) MARÍA TERESA OLIVEROS: *María Amalia de Sajonia*, págs. 61 y 241. Ed. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1953.

(29) CAYETANO ALCÁZAR MOLINA: Ob. ref. pág. 297.

(30) JUAN MANUEL ZAPATERO: *Expediciones españolas al Darién*. Ob. ref. pág. 51.

repetidos intentos de cristianización de los nativos, tratando de fijarlos en poblados. ¿De qué grupo étnico provenían los goajiros? El problema de los orígenes de los pobladores de América se planteó entre los cultivadores de la ciencia europea, al tenerse noticia de los descubrimientos. En el año 1520 el célebre naturalista suizo, Teofrasto Paracelso, negó a los americanos la descendencia de Adán, concediéndoles naturaleza autóctona (31).

La Provincia del Río Hacha estaba bastante poblada, y los habitantes de los pueblos de Boronata, el Rincón, la Cruz, Orino y Camarones, tenían ya sus curas clérigos. Además había los poblados de Parauxe, Cruzes, Calavazo de Peixana, Cojoro, La Jeta, Guaramiñao, Cassapure, Caporinche, Chimare, Moscote, Bahía Honda, Yrapua, Rincón de Carpintero, Carrizal, Manaure, Ypapá y otros muchos intermedios, sin contar los indios de las lagunas de Sinamaica, Alíles, río de Sucui y algunos otros.

En el año de 1763, a instancias del Obispo de Santa Marta, se llevó a cabo un tanteo prudencial sobre el número de indios, que efectuó el cacique don Cecilio de la Sierra «... en el tiempo de más de un mes que se gastó para saberlo, con asistencia de su hermano D. Joseph, y de D. Luis Guerrero, aseguran se halló avían muy cerca de 7.000 indios. Algunos creían que su número era más elevado, pues habían de añadirse los de los cinco pueblos reducidos de Boronata, y los de la Laguna de Fuentes». En 1765, se fundó el pueblo de Camarones, siendo su primer cura don Juan Pablo de Ybarra.

La nueva alianza francesa, determinó en los territorios de América una sistemática penetración inglesa, ya que al Sur del Mar Caribe, Tierra Firme y los dominios de Nueva Andalucía, en el Virreinato de Nueva Granada, llevaban fama de ser los caminos seguros del oro, hacia el fabuloso territorio del Dorado (32). Los indios, desde el pueblo de La Cruz hasta Bahía Honda, hacían trato con los extranjeros, desembarcando en puertos y playas ropas, no sólo para uso de los goajiros, sino para sus vecinos de Valle de Upar, de Río Hacha y de Mompox. Se vendía a los indios armas de fuego y municiones a cambio de ganado y mulas, particularmente en Bahía Honda y Portete, cerca de Chimare, en donde se hizo por Majusare y Paredes

(31) *Pueblos de América*. Conferencia Ateneo, pág. 36. Madrid, 1892. MANUEL ANTÓN.

(32) JUAN MANUEL ZAPATERO: *La Guerra del Caribe*. Ob. ref. pág. 7.

su hermano, una gran casa de armas y municiones, que posteriormente cambiaron con los indios sublevados. Se sabe de un bergantín inglés que llevó 200 fusiles, sólo con el propósito de armarlos contra los españoles.

En el año 1768, don Juan Foret de Armas hizo una salida con 181 hombres del país para castigar y contener a los indios cozinás, por los robos que hacían a los españoles, y fue a Chimare «... a embestir a Antonio Paredes, para quitarle lo que tenía, estando en paz con todos, y no obstante ser indio de caudal, y créditos, y el más sobresaliente de la nación, y que se dice tiene 1.600 indios, no pudo impedir que le quitasen porción de ganado vacuno, mular y cavallar, y se retiraron a la ciudad sin haber hallado impedimento alguno».

LA SUBLEVACIÓN

Los indios de los pueblos de Boronata, el Rincón, Laguna de Fuentes, el Cercadillo, Orino, La Cruz y Camarón, se hallaban en la pacífica posesión de sus casas, labranzas y ganados, en tanto que los indios cozinás cometían sus sistemáticos robos en los hatos y haciendas de los españoles. Se dispuso una salida de gente armada para castigarles y se pidieron 10 indios a cada uno de los pueblos mencionados, con algunos caballos, armas, reses vacunas y otras cosas, que entregaron. Se puso al mando de la expedición don Juan de Armas, por orden del Gobernador de Río del Hacha, don Gerónimo de Mendoza.

Emprendida la marcha, salieron de la Soledad y llegaron a Bahía Honda, pero desde allí, quebrantando las órdenes recibidas, se dirigió don Juan de Armas, no contra los indios cozinás, sino que empleó sus fuerzas contra Antonio de Paredes, capitán o cacique de los indios de Chimare, al que pidió rindiese obediencia a Dios y al Rey, y que le entregara las armas y el ganado que tuviera, pues de no hacerlo lo pagaría con su cabeza. Y como no hubiera hecho mal, ni tampoco daño a ningún español, decidió Paredes no entregar nada de lo que le pedían. Se le quitó buena porción de ganado caballar, mular y vacuno, y lo mismo hicieron las gentes de la expedición en su retirada con los indios de las rancherías de Mapaxaure.

Viendo los vecinos españoles de los poblados de Soledad, Caiux, Maruella, Mancornado, Moreno, el Arenal y otros de la ciudad y sus

cercanías, que la partida que había ido a Chimare andaba robando por todas partes, quizá temiendo la represalia de los indios, decidieron hacer ellos lo mismo, prendiendo, tomando y matando lo que mejor les parecía, quitándoles cuanto tenían, en los pueblos de Cercadillo, Boronata, Laguna de Fuentes, el Rincón, Orino, La Cruz y Camarones, alentados por el propio Gobernador, que decía, se había de hacer a los indios pobres para tenerlos obedientes. Pronto llegó esta noticia a los indios que iban en la partida de castigo hacia Chimare, los cuales se volvieron a defender a sus familiares y a sus propiedades; «... pero no lo consiguieron, porque continuamente los robos, muertes y prisiones, sin que hallaren abrigo por ninguna parte, no obstante las quejas que expusieron a sus curas, y a los Alcaldes, y Gobernador de la Provincia».

Así las cosas, mandó el Gobernador Mendoza hacer otra salida contra los goajiros y su cacique Paredes, bajo las órdenes de don Antonio Pimienta, en el mes de enero de 1769. Estaba compuesta de «... 283 hombres, y 30 indios de aquellos pueblos, se juntaron en la Ciudad, y Jurisdicción del Valle; y aunque se le presentaron y salieron al encuentro cerca de 30 Yndios, no se arrimaron a ellos haciéndoles fuego a cuvierto detras de los arvoles fuera de tiro, por lo que solo tuvieron un herido, y se retiró padeciendo algo por lo largo del camino, pero no por los Yndios de él».

Ante estos sucesos, los indios se mantenían a la mira de lo que iba a hacerse con sus parientes presos, a quienes injustamente, al decir de Arévalo, se les había desposeído de sus haciendas. Continuando en su torpe actuación, el Gobernador Mendoza mandó que los presos, en número de 22, fueran desterrados y enviados a las obras de Cartagena. Varios sujetos influyentes de la ciudad de Río Hacha, le hicieron ver de la peligrosidad de sus órdenes, ya que los indios estaban dispuestos a levantarse, si tal cosa se verificaba. No hizo caso a estos prudentes consejos, y lo mismo fue embarcar los presos, que llegar la noticia al pueblo de Rincón «... por una Yndia de el, hixa de uno de los desterrados, y correr la grita o algazara de los Yndios para juntarse, y consultar sobre lo que pasava, para vengar el agravio último... y para esto despacharon aviso a los pueblos circunbezinios, que se juntasen en aquel, siendo este el primer día de levantamiento que fue el 2 de maio de 1769».

La sublevación comprendía la región del NW. de la península de la Goajira, y los poblados situados a la derecha del río Hacha. El

de Rincón se hallaba en el interior, en un cruce de caminos y no lejos del mencionado río. Desde la ciudad mandó el Gobernador Mendoza para dominar este poblado una débil partida de 20 hombres, la mayor parte muchachos, mandados por don José Antonio Sierra, para ver de sacar de él al capuchino que hacía de Cura, «... pero por su mala disposición y descuido, estando sentado en la puerta de la Yglesia, y su xente cerca de allí arrimadas las armas a un arvol, llegó el refuerzo del pueblo de Orino y animando a los de Rincón hicieron fuego a la xente de Sierra, y a este que lo coxieron por la espalda lo mataron allí, y también en algunos de los suios, retirándose los demas al Rio Acha, siendo en tan corto número».

Los indios del importante centro de Rincón y los de sus proximidades, viendo agraviado a su cacique Paredes y a su cuñado Caporinche, se valieron de ellos para adquirir armas de fuego y municiones a cambio de los robos en las haciendas de los españoles. Los tratantes extranjeros se aproximaban a las costas y les daban armas «... en cuanto lo permitía lo que presentaban al camvio, hasta quedar armados los indios sublevados, y los españoles de la Ciudad, Sitios, atos y haziendas referidas, enteramente arruinados; sin tener unos y otros de que echar mano para subvenir a sus necesidades». Los indios querían vengarse también de los excesos cometidos contra su cacique Majurranes, cuñado de Juan Jasinto, y de Paredes su hermano, y como réplica al odioso dicho del Gobernador Mendoza de que «... a los indios era necesario domarles la Zervij, dejándolos pobres», que les hirió profundamente.

Con rectitud y severidad, don Antonio de Arévalo enjuicia en su «Discurso» la conducta que le merece el Gobernador Mendoza, y «... su capricho... apoyando sin razón los excesos cometidos contra Majurranes... y Paredes su hermano... diziendo... que a los indios era necesario domarles... dejándolos pobres, hizo tanta impresión su dicho, que ocasionó la sublevación de los Indios, y con ella la ynquietud en las provincias vecinas, la ruina Universal de la de su mando, y costos inmensos a la Real Hazienda».

PREPARATIVOS PARA EL CASTIGO

Cuando sucedió la mencionada sublevación, la ciudad de Río Hacha estaba indefensa, por lo cual se enviaron 100 hombres del Batallón Fijo de Cartagena, que en el mes de diciembre del mismo año 69 entraron allí. Otros españoles se tomaron la justicia por su cuenta, ante el estado de rebeldía, muertes y robos, como fueron Lorenzo Estrada y Joseph de Herrero, los cuales, con la pequeña partida de ladrones que les acompañaban, a principios de 1769, atacaron a los indios, causándoles muertes y robos, dejándolos pobres y arruinados, sin ganado ni bestias. Llegó a tanto su osadía, que fueron al pueblo de Rincón, con otras partidas menores de ladroncillos, cargados de cuerdas para amarrar al Capitán o cacique, y a sus indios, que lo era por entonces el llamado el Capitancillo; pero no salieron con su intento, porque los indios huyeron. Otra figura de aquellos revueltos y angustiosos momentos fue la de don José Antonio de Sierra, ya conocido, el que salió también por el año 1769 sólo con unos pocos paisanos de la ciudad de Río Hacha, y aunque hostigó e hizo daños a los indios sublevados, no tuvieron valor para hacerle oposición. También «salió» con 50 hombres don Bernardino Bernal, no tan dura como la de Sierra su expedición, pero pudo regresar a Río Hacha sin ningún cuidado.

A partir del mes de junio de 1770, fuerzas regulares fueron llegando a la capital de la provincia, pues ya era sabido que en estas nacientes ciudades, el vecindario no abundaba en gentes de temperamento bélico, ya que su población de negros, mulatos y mestizos eran los peores enemigos en semejantes casos (33). Por estas fechas era Virrey don Pedro Messía de la Cerda, bajo cuyo mandato tuvo lugar esta sangrienta sublevación, que contrasta lamentablemente con el paternal gobierno aconsejado por Carlos III a sus Virreyes, sobre el buen trato que debería de darse a los indios, y de favorecer su desarrollo económico, concediendo libertad de comercio a 13 puertos de España y 24 de sus tierras de América (34).

(33) ENRIQUE MARCO DORTA: *Cartagena de Indias*, pág. 101. Ed. Sevilla, año 1951.

(34) CAYETANO ALCÁZAR MOLINA: Ob. ref. pág. XVII, prólogo.

Fue nombrado el coronel don José Benito Enzio, del Regimiento de Saboya, que el 12 de junio de 1770 organizó un destacamento, entre los que figuraban 20 artilleros, más de 600 milicianos, otros 100 hombres del Batallón Fijo de Cartagena, con el que no consiguió reducir a los indios, ya que según comunicaba el comandante al Virrey con fecha 7 de junio de 1771, en una convocación que habían hecho a los goajiros, fue «... acometido con furia y muchedumbre en el sitio llamado Moreno, y blazona arruinar la Ciudad y Provincia...». Ante estos hechos se consideró «... ser llegado el caso de no tolerar más su insolencia. Resolvió que se les obligue con rigor de las armas, a prestar obediencia a que son obligados, acometiéndoles como a enemigos imbasores; y en virtud de esta Orden se mandaron allí 500 hombres excogidos del referido vatallón, y del Regimiento de Savoya con un tren de artillería muy luzido, y 20 artilleros, a los que se agregaron otros 20, que había con los 80 hombres de fixo de Cartagena; los 50 hombres de las Compañías de Santa Marta, 30 de Dotación, y 321 de las milicias, que se suman 1.021 hombres, y 40 artilleros, 186 milicianos del Valle, que estaban en los destacamentos del Guanavano, Guanaracaca, y otros paraxes del camino del Valle, y los que allí havia, que heran 500 sin 80 indios del Molino, con una compañía de Cavallería, que estava prompta para salir cuando se pidiera, y todos con buenas armas, pues a este fin se remitieron allá 500 fusiles, con 2.000 cartuchos, y todo lo demás necesario, con pedreros y otras cosas. Además de esto estaban promptas varias milicias de Santa Marta y Maracaibo...».

No le pareció al mencionado coronel ser suficiente este número de hombres para salir a campaña contra los indios rebeldes, por lo cual en el mes de febrero de 1772 pidió al Virrey 2.000 hombres más y 1.000 peones. Tan difícil entendía la empresa, que añadía, que aunque se agregase a la tropa que tenía los 2.000 hombres pedidos y los 1.000 peones, la facilidad de medios suficientes para los gastos y se facilitase la pronta salida de la expedición, no conseguiría jamás encontrar a los indios goajiros; si antes, como había comunicado a S. E. el Virrey, no se tomaban todas sus retiradas a los montes inaccesibles, desde Maracaibo al Valledupar, y desde allí a la ciudad de Santa Marta, que serían 80 leguas ocupadas de Sierra Nevada. Sin esta necesaria y precisa operación, no se podría conseguir cosa alguna, y si a los españoles «... acabarlos, y extinguirlos». El día 30 de marzo, el Virrey le dio arbitrios y razones para que saliera a

campaña, pero «... así se fue alargando la salida sin hacerla jamás ; continuáronse los gastos, en tal exceso, que en fin de febrero de 72 iban gastados 34.155 pesos y se ensobervecieron los indios, llegando a asegurarse, que los españoles les tenían miedo, y se hizieron insolentes hasta en el mes de julio de 72».

Mientras se organizaban estos planes de campaña, los españoles se veían atacados, defendiéndose con valor. El pueblo de La Soledad fue defendido sólo con 68 vecinos, a pesar de su proximidad al poblado goajiro de Orino, sublevado. En Caios fueron 56 los defensores españoles, lugar próximo al rebelde poblado del Rincón, ambos con muchos indios, «... y sólo cuando las vieron desamparadas pegaron fuego a las casas. Tampoco se atrevieron con el sitio de Moreno que se mantuvo con 100 milicianos armados...». En Caios y en Soledad se organizó la defensa sólo con 40 milicianos mandados por don Juan de Armas, rechazando a 150 indios, con muerte de 30 de éstos. En Camarones mantuvieron aquel puerto 35 milicianos armados «... y en este mismo tiempo que estaban sublevados no faltaban xentes por los caminos, que andavan sin escolta y solo para traer el ganado de la pesa 12 milicianos».

En aquellos días turbulentos también andaba por allí un inglés llamado «el Jorobado», hombre valeroso que frecuentaba los puertos de Bahía Honda y de Portete «... sacando de ellos cuanto ha podido, particularmente del último, en donde estaba con seguridad, porque las valandras guarda costas no entravan allí, hasta que en el mes de diziembre de 1772 quiso reconocerlo el Theniente de navío don Francisco de Polanco, con noticia que tuvo de haver allí tres embarcaziones extrangeras, y logró entrar, y vatirse con un columpo, y una goleta inglesa en que dize estava el Jorovado, y por falta de práctica, y conocimiento de los viejos, y no tener como avía solicitado otra embarcazion que poner en la estrecha boca de entrada, se le fueron dando aviso a todos en la isla de Jamaica, para que no fueran a Portete, porque ya lo savían los corsarios». Siempre atento a procurar la «excitación» de los indios, capitaneados por Majusares y Paredes, trató de aumentar su animosidad contra los españoles, mostrándose acérrimo amigo de los goajiros, indicándoles la conveniencia de tener allí «... unos pedrezos y artilleros para su servicio: con efecto trajo dos, y haviendo quedado en bolver con mas, y los artilleros que havían de ser esclavos, tropezó con la Justicia de los Guardacostas que lo estrecharon; echó a huir y no ha buelto».

LA PACIFICACIÓN

El Virrey, don Manuel de Guirior, empezó su mandato en el año de 1773 a finales del mes de octubre. Enterado del mal cariz del levantamiento goajiro, resolvió encargar al coronel don Antonio de Arévalo la reducción de aquella provincia y el mando de la expedición y de la pacificación de los indios sublevados, valiéndose de las armas si lo tuviera por conveniente. Con esta instrucción, Arévalo embarcó en Cartagena el 20 de noviembre del mencionado año, y el día 26 del mismo mes desembarcó en Río de Hacha.

Trató nuestro personaje de conocer noticias sobre el estado de la tropa, milicia, artillería, municiones, defensa de la Plaza, estado de la rebelión de los indios y causas que habían excitado su ánimo. Dudó de la eficacia de una violenta represión y castigo, y antes de desencadenar una campaña de exterminio, decidió comenzar una labor de atracción, llevando al ánimo de los goajiros la confianza.

De tiempos anteriores era conocido el nomadismo de los indios de estas regiones, «... pues se mudaban a otras partes donde había abundancia de frutas y comidas y desta suerte se sustentaron mucho tiempo hasta que fué hallada o traída por ellos el arte de cultivar y arar... que fueron principal causa para que los pobladores hiciesen y perpetuasen asiento en una parte, y cesó el andar cargados con sus ganados y baratijas de un lugar a otro...» Quizá por el poco trato con los españoles, los goajiros seguían en el siglo XVIII sus costumbres de nómadas, por lo cual Arévalo consideró como una de las principales maneras de fomentar su cristianización y progreso, el de su fijación en nuevas fundaciones.

Al decir de Fray Pedro de Aguado, los españoles en el siglo XVI «... cuasí ninguna cosa miran en las Indias cuando van a poblar sino que haya muchos indios y que la tierra sea rica de minas de oro y plata, y como estas dos cosas tengan, poco se les da el temple, sitio, aguas, hierbajos y constelación del cielo sea lo más perjudicial que puede ser...» (35). Arévalo razona con mejor sentido, y expone:

«... De la elección de la buena situacion de los pueblos, resultan

(35) FRAY PEDRO DE AGUADO: Ob. ref. pág. 188. tomo II.

sus felicidades, assi como siendo malos, los daños que en muchos se experimentan y continúan siempre sin remedio, y para que lo primero se consiga, se deven hacer exactos, prolixos reconocimientos por los hombres haviles, antes de empezarlas a fundar, escogiendo el terreno apropósito, en que teniendo abundancia de aguas buenas, abundantes pastos, leña, materiales de casas, y tierras de Labor, esté al mismo tiempo libre de inundaciones, bien ventiladas, y con todas las facilidades que se pudiesen añadir de proximidad al mar, o rios navegables».

Para mayor seguridad y trato, se distinguen en las fundaciones las destinadas a vecinos españoles y las que han de ser habitadas por los goajiros, guardando y obedeciendo un plan estratégico. La primera que refiere para españoles es la de Bahía Honda, que se llamará de San José de Bahía Honda, que estaba «... bien situado, en terreno seco; tiene aguas de buena calidad y en abundancia para los vezinos, y aun para sus ganados, y la ai a corta distancia en la savana con buenos pastos; tiene la conveniencia del puerto que llaman Bahía Honda, ai materiales para hacer edificios de cal y canto, cubiertos de texas; pero lo que alli estilan los indios es cubrirlas de paxa, que sacan de la savana o Dehesa: Ai tierra de labor y leña a dos leguas... con buenas proporciones de fundar atos de ganados, y otros animales como tienen los indios; si en el Portete hubiera agua para beber, y bastante fondo en su entrada para balandras grandes, es mejor puerto que Bahía Honda, y podrá hacerse allí una población, pero por estos defectos no la ai...».

Otra fundación que debería de hacerse para españoles, era la de Pedraza, en donde había agua suficiente para todo el año, «... aunque algo gorda en el verano, y mucho pescado», además de haber buenos y abundantes pastos, buenos montes y palmares para sacar lo necesario para hacer casas; buenas tierras de labor y sobrada leña. Los vecinos podrían aprovecharse de gran cantidad de palo de tinte, o Brazil, que lo había en los montes de Oca, como el de Valledupar, conduciéndolo a la costa por la boca del río Orino.

La población que se fundare en las inmediaciones de la Laguna de Sinamaica con vecinos españoles, tendrá las mejores tierras de pastos, aguas, y de labor que hay en la provincia. Pueden sacar también palo de tinte de los montes de Oca, con más facilidades y menos costo que los de Pedraza, por estar inmediato, el cual puede conducirse embarcado por el río Sucui a la Laguna de Maracaibo, y tam-

bién al Saco de este nombre, siempre que se les permita llevar a las inmediaciones de Cojoro, por disposición que se dé, para cuidar de este embarque, a cuyo lugar lo llevarán también los de Pedraza.

Mientras se llevaban a cabo las diligencias necesarias para organizar la vida de la nueva población de San José de Bahía Honda, se trataba de buscar a sus nuevos vecinos, para cuyo efecto «... están promptos algunos del Río del Acha», esperándose juntar un número proporcionado para estas tres poblaciones de españoles que se fundaban, sacando habitantes de las provincias de Maracaibo y de Santa Marta, y de las tres poblaciones del río Hacha, que son: Ciudad, Moreno y Barranca. Con tanto acierto fueron fundadas por Arévalo estas ciudades, que todavía perviven.

Seguidamente debería de continuarse, para la pacificación general, la fundación de poblados de indios, como Carrizal y seguidamente los de Chimare, Macuira, Savana del Valle, y al mismo tiempo, si se pudiera, los de Parauje y Calavazo, o Manaure, en la misma costa Norte, sujetando después a los indios cocinas y hacer una población de españoles al Oeste de ellos.

OSADÍAS Y REPRESIONES

Después de la sublevación, para contener a los indios, se enviaron desde Cartagena 100 hombres, mandados por el capitán Antonio de Orueta, el cual, con 80 hombres de tropa y 200 milicianos, salió de Río Hacha, haciendo un paseo militar por el pueblo de Rincón, por el sitio de Caios y Laguna Seca, «dominios» del Capitancito, uno de los caudillos del levantamiento, que con 300 indios del pueblo de La Cruz, andaba por las inmediaciones.

Otro de los caciques que había dirigido la rebelión fue el llamado Gobernadorcito, que a pesar de la paz decretada y perdón general, continuaba su resistencia. A primeros de marzo de 1773 se comenzó la fundación de los pueblos de la Concepción y de San Antonio de Orino, dirigidas por el Comandante General Arévalo, bajo la custodia de 100 soldados, 70 milicianos, cuatro oficiales de Saboya y dos de artillería. Se amenazaba de que a aquellos indios, se reunirían otros para destruir a los españoles, ya que iban a satisfacer la muerte de su capitán Blancote con la del comandante, añadiéndose «... que el Gobernadorcito se alegraba fueran los españoles, y con ellos el referido

Comandante, para embistir a éste, pero lo que se experimentó fue que nadie se ha presentado en el camino, ni allí (a excepción de tres indios que mandó el Capitán de dicho Orino, a cumplimentar al Comandante». Acudieron después otros indios, que no dieron ningún cuidado, antes al contrario, pidieron que no fuera más gente de armas española, no dejando de alterarse cuando vieron llegar algunos milicianos que habían ido a buscar víveres.

Sucedió en el pueblo de Orino, que el capitán indio de aquel lugar, «... con un trago que tomó, se le alteró el juicio, echó por lo valiente y bolvió el bastón que se le avia dado...» Era comandante de aquel puesto el capitán del cuerpo de Artillería don José Galluzo, al que amenazó el cacique indio con el ataque de mil indios; pero no se atemorizó, sino que le hizo saber que «... si hiziese lo que decía que ia le aría arrepentir luego, bñiando contra los españoles, le obligó a bolver en sí, y a pasar personalmente a dar muchas satisfaziones y excusas al citado Comandante».

Pasado algún tiempo, estaban ya concluidas la iglesia, la casa del cura del referido pueblo de Orino, e igualmente la plaza y la casa del capitán y otras edificaciones. Estaba ya dispuesta la salida de allí para regresar a Río de Hacha con el Comandante General de la expedición, don Antonio de Arévalo, toda la tropa y milicias, cuando aconteció que la noche anterior al día señalado para la marcha, se llevaron los indios del Calavazo, de cuya comarca era cabeza el ya conocido cacique llamado el Gobernadorcito, nueve caballos de los mejores del comandante y oficiales, y habiéndolo averiguado, fue al instante allí el capitán de artillería don José Galluzo con sólo 50 milicianos. Hizo alto antes de llegar a Calavazo, y mandó pedir los caballos, lo que al principio negaron los indios el que se encontraran allí; pero después se presentó el ladrón pidiendo el rescate de ellos, alegando que los había tomado, para pagarse de la muerte de un hermano suyo hecha por los españoles. De nada le valió este recurso, pues el capitán le dijo que si no se los mandaba, iría a por ellos; después de lo cual los trajeron, presentándose allí varios indios a caballo con armas y otros muchos, que andaban todos corriendo por la campaña, y hallándose entre ellos un indio que tenía cuatro vacas en su poder, por el mismo motivo que el de los caballos, se las pidió, obteniendo por respuesta del indio, que primero daría su cabeza que las vacas, estando él y sus compañeros indios en actitud de hacer fuego a los milicianos. Su capitán respondió a éste lo mismo que

antes: que si no se las traía, iría a por ellas, y viéndolo los indios resuelto y a los milicianos «... en diligente observación y promptos a hazer fuego, si se lo mandavan, a tiempo también que llegava un refuerzo de 30 veteranos, resolvió el Yndio retirarse con sus compañeros, prometiendo daría las vacas, quando fueran a traerlas, lo que se verificó luego, entregándolas a dos Yndios que se mandaron a por ellas». Se había puesto bien de manifiesto el temor que tuvieron aquellos indios, y algunos que acompañaron al ya mencionado capitán indio, desacreditando en estos hechos los indios de Calavazo o del Gobernadorcito, el valor que antes de tiempo manifestaron, «... cuando dijeron querían batirse en campaña rassa, o en la savana con los españoles, y su Comandante».

Infatigable, proseguía Arévalo su incruenta campaña de pacificación, con derroche de valor y diplomacia. Tranquilos los indios de Orino y queriendo el Virrey que la paz fuera extensiva a toda la provincia y general, resolvió dar principio a una nueva población en Bahía Honda, estableciendo una Batería que defendiese aquella bahía. Pasó él mismo con 100 soldados y 70 milicianos, yendo embarcado el Comandante general con algunos de ellos y la mayor parte por tierra, al mando del ya referido capitán don José Galluzo.

Se hizo esta salida pasando por las inmediaciones del pueblo de Orino, el Calavazo, Pazo de Manaures, Carrizal, y demás, hasta Bahía Honda, y no hallaron ninguna oposición, como se creía y aseguraban, y sin que nadie se atreviese a tomar una res de las 70 que llevaban, ni uno de los 20 caballos, sino que tuvieron mucho miedo, y quedaron «... aturdidos todos los Yndios de los pueblos mencionados, y muchos más de Chimare, y sus inmediaciones, porque se hizo iendo la tropa, y milicia a pie, y en un tiempo de mucha escasez de agua, por que ellos no saben andar a pie».

Era necesario atraer o sujetar por la fuerza de las armas a un indio principal de las tierras de Chimare, el más dominante, que nunca había reconocido «... ni conzebido a nadie no la superioridad, pero ni aun la igualdad, porque se cree ser el único Rei sobre la tierra». Se llamaba Antonio Paredes. Cuando llegó la tropa que iba por tierra, sin estar todavía la que iba embarcada, mandó a decir al comandante, que se hallaba en Bahía Honda con la tropa del Rey, que iba en plan de paz, y no con armas «... ni Pimienta, que no se buscaba otra cosa más que su amistad, y buena correspondencia, que pasase a aquel nuevo establecimiento, y que llevase consigo todos los Yndios que

quisiera armados, o como mejor le pareciera, y que de no pasar allí, lo ejecutaría el Comandante iendo a su Casa con unos pocos soldados; y habiendo tenido por respuesta que no se determinava pasar a dicho establecimiento porque sus Yndios no tuviesen algún encuentro, con los del enemigo Jaun Jasinto, que estava por allí; que pudiera el Comandante hazerlo quando gustase...». En Río Hacha y muchos otros indios de los pueblos referidos, eran de la opinión de que Paredes mataría a los españoles, por lo cual el comandante determinó realizar lo que había prometido. Con 30 soldados, y 30 milicianos, el capitán don José Galluzo, y el Abanderado de Cartagena, don Luis de Arévalo, se puso en marcha hacia Chimare, que distaba de Bahía Honda unas seis o siete leguas. A la mitad del camino Paredes mandó a decir al comandante que dejase la tropa en alguna ranchería o proximidad, y que pasase a su casa con sólo seis hombres; pero el comandante se fue hacia Chimare con sólo dos hombres y un clérigo. En el tiempo de media hora le fueron llegando tres correos de Paredes, pidiendo lo mismo que antes, diciendo que sus indios andaban alborotados e inquietos por la tropa que iba avanzando, que fuese solo el comandante y que después iría la tropa; pero los ojeadores que vieron el avance de los españoles, fueron a darle la noticia y a poco el comandante llegó a su casa. Le recibió a la entrada de la ranchería la gritería de los indios, estilo de ellos en la guerra, pero con saludo que le hicieron, y sin haber hallado en ella al dicho Paredes, por el miedo que aún tenía, mandóse después por la tropa. Llegado el siguiente día, se aseguró Paredes de que los españoles iban con buena intención, por lo cual depuso sus temores y mandó retirar a su gente, festejando a la tropa. El comandante se retiró a Bahía Honda, después de haber tratado y convenido todo lo que debería de hacerse: hacer allí un pueblo, exigir una Iglesia, ayudar a los españoles contra sus enemigos y contribuir a la reducción de los otros indios y fundación de nuevos pueblos, a cuyo fin se le dejó el cura para el suyo.

El comandante de la expedición volvió a Bahía Honda y otra vez a un indio se le ocurrió robar dos novillos de los que se tenían para mantenimiento de la tropa. Se le pidieron con la amenaza de que se iría a por ellos y que se castigaría su atrevimiento si no las enviaba, y no habiendo aparecido a los dos días a dar satisfacción, ni haber mandado los novillos, fue el comandante a tomarlos, y de tal manera se consternaron a la vista de la tropa, que en total llegaba a 135 hombres, que gritaban sin cesar que no querían guerra, ofre-

ciendo dar todo su ganado, caballos y demás que tenían. Pero en aquella ocasión, a los que costó mucho trabajo sujetar fue a los militares españoles, «... porque deseaban mucho tener una función con los Yndios; pero todo se compuso, quedando estos Yndios con muchos temores por el riesgo en que se bieron, y solo se tomó lo que se habían llevado, haciéndoles creer, que huvieran quedado destruidos, y muerto todo su ganado, y bestias, pues solo se buscaba su castigo, y contención de otros, y no hazerse dueños de sus haciendas, como ellos acostumbraban y es corriente, y rexivido en toda la Provinzia». Estos hechos causaron tanta admiración «... a los Yndios domésticos del Río del Acha, y a los demás de la costa por donde passó la tropa, que les parece sueño y como cosa prodixiosa, que aun esten bivos...».

Después de todas estas operaciones, sólo quedaba el someter a los llamados indios cozinias, habitantes del NE. en la serranía de su nombre, que se les ha querido considerar como un grupo cultural distinto del de los demás goajiros, los cuales aparecen ya referidos con este nombre en el siglo XVI, y el primero que se lo atribuyó fue Pedro Simón en 1623 (36). Los cozinias parecen pertenecer al mismo grupo étnico de los demás goajiros, hablaban su mismo idioma, pero quizá no eran más que los execrados sociales, los que por sus culpas estaban al margen de la ley. Arévalo abunda en esta teoría, porque nos dice que eran «... enemigos comunes a todos los de la provincia, porque extendiéndose por ella, rovan a todos los que pueden y de ello se mantienen». Antes de acabar, había que sujetarlos, «... saliendo de todas partes contra ellos, por estar cercados por todas partes, y arrinconados en aquella su havitación, si antes no se huviesen sometido según se espera, por medio del Capitán de Chimore Antonio Paredes, que tiene buena correspondencia con el de aquellos, y se haze temible por su caudal y fuerzas».

El trato y capitulación del comandante Galluzo con Antonio Paredes comprendía a su vez una fina operación diplomática de atracción y sujeción de los temidos cozinias, para lo cual se había dado principio a la fundación de españoles de San Juan de Bahía Honda, protegida de una Batería de ocho cañones, que defendía toda la bahía, defendida por 90 soldados y 70 milicianos.

(36) ROBERTO PINEDA: Ob. ref. pág. 88.

MEDIOS PARA MANTENER LA PAZ

Para que la obra de la pacificación fuera perdurable, aconsejaba Arévalo como primordial la fundación de tres nuevas poblaciones de españoles, en Bahía Honda, Pedraza, y en las inmediaciones del Sucui y Laguna de Sinamaica; y otras de indios en el Chimare, en el Carrizal, en Gassarima, o Bahía Hondita, en Janoa, en Macuira, en Savana del Valle y en Paruxe, «... y conseguido esto, que se podrá lograr en el término de dos años (y aún mucho menos habiendo medios para costearlos a un tiempo)». Igualmente era preciso mantener siempre dos balandras guardacostas, una de ellas en la rada de la ciudad del Río Hacha, y la otra en Bahía Honda, las cuales «... remudándose por sus tiempos, se conseguiría tener la costa limpia de extrangeros tratantes, por las frecuentes noticias que tendrían».

En el mapa que acompañamos, figuran señalados los principales caminos del país goajiro, los cuales, «... estando aviertos y corrientes... comunican con las poblaciones, una con otras, arruinando su comercio (clandestino) en esta parte, evitando su saca de frutos en el País, y la introducción de armas como lo han echo; con lo que se inutilizarán y perderán las armas que hoy tienen los Yndios, y con esto perderán mucha parte de sus bríos que han adquirido con la liverdad de la sublevación los unos con los otros con el despotismo que han vivido, estrechando a los primeros por ambre, facilitando la sugestión de todos a la razón con el castigo, si fuere necesario, estrechándolos que por necesidad traten entre sí, y con los demás del País, se evitará la introducción ilícita de ropas y la extracción de caudales, que hasta aora con tanto exceso se ha executado por los españoles de aquella Provincia y de las demás contiguas, con lo cual se logrará fomento del comercio con España, gozando éstos de las utilidades que hasta aora han estado privados por el abandono en que ha vivido aquella xente, y se conseguirá mantener la paz general de la Provincia».

Ha pasado ya el tiempo y algo ha cambiado. Las viejas ciudades españolas perviven junto a las «arevalinas». El municipio de Río Hacha se halla comprendido en la Antigua o Alta Goajira, en tanto que el Lugar de Barrancas pertenece a la Nueva o Baja Goajira. Existe todavía poca comunicación entre los propios goajiros, como ya vio Aré-

valo. La ganadería sigue siendo su principal fuente de ingresos, y en el mapa que se acompaña, aparecen señalados los lugares en que deberán de saciar su sed los indios y sus ganados; hoy el goajiro sigue haciendo su jagüey, una pequeña balsa en la que se recojan las aguas de lluvia, y si no hay otra cosa, la saca penosamente de la «casimba», agua más profunda. El contrabando en nuestro tiempo histórico eran los ingleses. La población continúa con sus costumbres, que ya conocemos desde el siglo XVIII, y el registro censal admite que su número se eleva a unos cien mil, incluyendo los mestizos. Además de su lengua, todos hablan el castellano, como un bello recuerdo de nuestra permanencia.

DOCUMENTOS

I

«Descripción y discurso sobre las provincias de los Indios Guaxiros del río Hacha, para la inteligencia de su situación, población, frutos...».

Antonio de Arévalo, año 1744. Manuscrito.

Sig. 5-2-6-15. Servicio Histórico Militar. Madrid.

II

«Mapa General de la Provincia de Indios Goagiros, que llaman de la Hacha...».

Antonio de Arévalo, año 1773.

Sig. núm. 5976. O-b.- 9,17. Servicio Histórico Militar. Madrid.

ORGANIZACION MILITAR ESPAÑOLA DE LA CASA BORBON

(Siglo XVIII)

por JOAQUIN DE SOTTO Y MONTES
General de Caballería del Servicio de Estado Mayor
Director del Servicio Histórico Militar

1. INTRODUCCIÓN

Se inicia el siglo que ahora se comenta con dos acontecimientos trascendentales para España: Cambio de dinastía y un conflicto armado que la historia denomina *Guerra de Sucesión*. Naturalmente, hechos de tan gran importancia es forzoso que tenían que influir en todas las manifestaciones de la vida nacional española, y muy en particular, en sus Fuerzas Armadas.

Fin de la Casa de Austria

El Rey Carlos II, último de los monarcas de la Casa de Austria hasta entonces reinante en España, fallecía, sin dejar heredero, en Madrid el 1.º de noviembre de 1700. Una muchedumbre agolpada a las puertas del Palacio Real y la Corte, reunida en la antecámara del Rey, esperaban curiosas y en silencio la lectura del testamento del Monarca finado, documento trascendental que fue leído por el Duque de Abrantes. La última voluntad real contenía cincuenta y nueve artículos, entre los cuales, los de mayor importancia para los ulteriores destinos de la Nación, fueron tres, por los que se instituía la sucesión en el trono vacante.

En virtud de la real decisión, la Corona española pasaba íntegramente a la Casa de Borbón en la persona de Felipe, Duque de Anjou, hijo segundo del Delfín de Francia y, por tanto, nieto de

Luis XIV. En caso de morir sin descendencia el nuevo Rey, o ser llamado al trono francés, la sucesión debería pasar a su hermano menor, el Duque de Berry, y a falta de éste, nuevamente se daría paso a la Casa de Austria, en la persona del Archiduque Carlos, hijo segundo del Emperador de Austria y en su defecto al Duque de Saboya y a su familia. Como puede verse, tal testamento contenía en sí los elementos necesarios para desencadenar una guerra civil en nuestro territorio, toda vez que por reflejar la idea de Monarquía absoluta, el pueblo español no había tenido la más mínima intervención en la confección de tan dilatada lista sucesoria.

Para desarrollar tal última voluntad, se constituyó un Consejo de Regencia, formado por el Cardenal Portocarrero; D. Baltasar Mendoza, Inquisidor General; D. Manuel Arias, Presidente de Castilla; el Duque de Montalto, de Aragón, y los condes de Benavente y Frigiliana.

Guerra de Sucesión

La entrada en vigor de la última voluntad de Carlos II, no sin la hostilidad y oposición por parte de las gentes españolas, trajo consigo que algunas provincias, y también algunos Estados extranjeros, se alineasen en bandos distintos, unos a favor de la nueva dinastía borbónica representada por Felipe V, y otros detrás de la continuación de la austríaca en la persona del Archiduque Carlos. Naturalmente, como en tal clase de pleitos, que apasionan a las gentes, no siempre son las razones las que triunfan, se hizo preciso recurrir al empleo de las armas, dando paso a nuestra desafortunada Guerra de Sucesión.

Como la orientación del presente trabajo es la de estudiar la Organización Militar Española de la Casa de Borbón durante el siglo XVIII, no nos parece adecuado extendernos más sobre los distintos acontecimientos, intrigas y demás circunstancias derivadas del testamento del último de los monarcas españoles de la Casa de Austria. Tan sólo cabe afirmar que a partir de la subida al trono de España del Rey D. Felipe V, nuestra Nación quedó íntimamente vinculada a Francia, precisamente en una época en que ya comenzaba a decaer el Arte Militar francés, por lo que los «buenos deseos», tal vez un tanto serviles, de aquel Embajador español, Castel dos Rius, manifestados con las frases de: ¡Qué gozo! ¡Ya no hay Pirineos! ¡Se han hundido en la tierra y no formamos más que una Nación...!, no

tuvieron realidad y mucho menos si nuestro pensamiento se dirige a nuestra Organización militar de aquella época, que consistió en una mala copia de la francesa.

II. EL ARTE MILITAR EN EL SIGLO XVIII

Para poder llegar al equilibrio del Arte de la Guerra iniciado en el siglo XIX y continuado en forma brillante durante el XX, fue preciso que previamente transcurriera la centuria número XVII con sus progresos en armamentos y fortificación y, más tarde, se encargara el siglo XVIII, en particular en su segunda mitad, de realizar varios avances en los órdenes tácticos.

Como este trabajo está referido al siglo XVIII, a éste nos ceñiremos al comentar el Arte Militar, que por lo que se refiere a España debe indicarse que la primera mitad de tal centuria habría de transcurrir sin notables adelantos, dado que nuestra mentora de entonces, Francia, había iniciado su decadencia militar, con lo que el Arte de la Guerra, paulatinamente hubo de pasar a Prusia.

Como los factores básicos del Arte Militar, son: El Combatiente, los Armamentos y los Ordenes tácticos, a ellos nos referiremos seguidamente.

A. *El Combatiente*

El panorama nacional, al iniciarse el siglo XVIII y con él en España la nueva dinastía borbónica (1701), no podía ser más difícil y desafortunado para nuestros antepasados. En primer lugar, es posible contemplar un gran cansancio y desgana, debidos a las múltiples guerras desgraciadas e infructuosas realizadas en la anterior centuria. A tal desfavorable circunstancia es preciso añadir las grandes pérdidas territoriales, algunas como la de Gibraltar, de resultados de la Guerra de Sucesión, de extrema importancia moral y material y también una decidida influencia exterior sobre los destinos de nuestro país. A todo ello es preciso unir el mal estado del Erario público, agotado por los múltiples gastos de guerra. Por otra parte, la decidida, e incluso absorbente, influencia política de Francia que incluía en su programa «la regeneración de España», no podía constituir factor positivo para aumentar el ánimo nacional

de aquellos tiempos; de aquí, que la desgana de la juventud española ante el servicio militar fuera cosa patente y tal vez justificada.

La falta de soldados voluntarios fue tan extrema que, para remediarla, el nuevo Monarca, Felipe V, reunió en Madrid una Junta, la cual, una vez estudiado el problema, propuso las siguientes soluciones:

a) Establecer un sistema de recluta forzoso a base de «quintas»; esto es, de cada cinco mozos útiles para el servicio de las armas, uno —por medio de sorteo— debía alistarse en el Ejército.

b) Organizar «cupos» de reclutas, los cuales habrían de ser facilitados por los distintos Municipios.

c) Volver a implantar el sistema de «leva» con un aspecto similar al que en otra época fue dictado por el Cardenal Cisneros.

Como puede verse, en síntesis, lo que se proponía era una recluta forzosa bajo distintos matices. Sistema que si bien es verdad actualmente resulta adecuado, ya que tanto el soldado como las fuerzas armadas son parte de la Nación y actúan en todo momento en beneficio de ella y sea cual fuere su Gobierno, en la época de Monarquía absoluta, el aspecto de la cuestión no era el mismo, dado que se trataba de servir al Rey y no al País.

Como más adelante se expondrán las vicisitudes del reclutamiento durante el siglo XVIII, tan sólo añadiremos ahora que las anteriores citadas soluciones fueron desestimadas por Felipe V, que ordenó se buscaran nuevas fórmulas para robustecer el voluntariado, mediante la concesión de ventajas.

B. Los Armamentos

El gran progreso en las armas, iniciado en el siglo XVII, no se detuvo en la siguiente centuria, sino que por el contrario, es posible contemplar en el referido siglo XVIII un cierto perfeccionamiento y apreciable incremento en los armamentos. Sin embargo, el factor más beneficiado de tal época, sin duda, es preciso relacionarlo con los órdenes tácticos.

En lo que se relaciona con las armas ligeras, debe indicarse que empezó a generalizarse en todas las naciones y, desde luego en España, el fusil de chispa con bayoneta, con lo que las antiguas picas fueron casi definitivamente olvidadas; prácticamente éstas queda-

ron en desuso en España en 1703. Prusia introdujo el empleo de la bayoneta de hierro (en sustitución de la de madera), al mismo tiempo que perfeccionaba relativamente sus sistemas de fuegos, con la consiguiente repercusión sobre los despliegues tácticos que más adelante se comentarán. Como antecedente de dichas mejoras cabe señalar, que éstas es preciso referirlas al siglo anterior, en el que fue inventada la bayoneta Martinet, que daba al fusil condiciones de arma blanca de línea, haciendo ya innecesarias las picas. Tales modificaciones, aunque inicialmente la baqueta de madera y la bayoneta con mango dificultaban el fuego, desde luego trajeron consigo un aumento de supremacía de la Infantería en el campo de batalla.

Las innovaciones realizadas en 1677 por Vauban durante el asedio de Valenciennes para el ataque de plazas fuertes mediante el sistema de paralelas, y la invención en 1688 en Filisburgo del «tiro de rebote» que revolucionaron la táctica de sitios y aún de las batallas; así como todas las mejoras introducidas por el primero de los citados en los sistemas de fortificación, igualmente tuvieron gran repercusión sobre los armamentos de la centuria que ahora se estudia.

En cuanto a las armas colectivas o pesadas, las modificaciones introducidas durante el siglo XVIII fueron, sin duda, de importancia, tanto en lo que se refiere a su clasificación como a calibres, peso y métodos de construcción.

Según Martínez Bande (1), por lo que se refiere a los materiales artilleros, en el siglo que comentamos apareció una novedad de importancia, la del «moldeo en sólido». Aunque el metal preponderante para las piezas de campaña, plaza y sitio, siguió siendo el bronce (en la Marina se empleaba el hierro colado), el tratamiento metalúrgico para la obtención de tubos varió sustancialmente con el sistema referido, que en síntesis consistía en utilizar unos *moldes* que tenían la forma exterior de la boca de fuego, aunque no contenían el *alma* o cilindro interior; de aquí que la primera fase de construcción de tales armas consistiera en fundir una pieza maciza, la cual en fase posterior era perforada en toda su longitud y con el calibre necesario mediante prensas hidráulicas destinadas a procurar el ánima. Esto trajo consigo una mayor resistencia en los tubos ante la presión expansiva de la pólvora, con el consiguiente aumento de robustez y rendimiento de la boca de fuego. Tal método fue de corriente empleo en las factorías de Sevilla y Barcelona en el año 1776.

(1) «Historia de la Artillería». Escelicer [Madrid].

Otra innovación a señalar consiste en la aparición de unas piezas de Artillería llamadas «cañones cortos», que más tarde fueron seguidas por otras bocas de fuego que se denominaron «cañones largos». El origen de los «cañones cortos» es preciso buscarlo en las piezas *bastardas*, muy raras, que existieron en los siglos XVI y XVII, así como en otros proyectos posteriores, entre los que figura el del llamado «Cañón Manfets», en honor de su proyectista el General alemán Príncipe Ernesto de Manfets; de tales piezas se construyeron algunos modelos en Barcelona en el año 1636.

Según antecedentes, también en el siglo XVIII el Rey Carlos de Suecia ordenó la puesta en servicio de unos cañones cortos y ligeros, siguiendo la tradición de Gustavo Adolfo; dichas bocas de fuego fueron conocidas bajo el nombre de «cañones a la sueca», y más tarde, al ser perfeccionados por Federico II de Prusia, fueron adoptados en Francia a instancia del General Gribeauval, y posiblemente también debieron ser importados por España, dada la íntima relación existente entre la Monarquía española y la francesa.

En cuanto a materiales artilleros de *tiro curvo*, debe consignarse que durante este siglo se consiguieron algunos perfeccionamientos importantes en Europa. Parece ser que en la batalla de Nerwinde (1693) había sido ya empleada una pieza denominada «obús corto», con excelentes resultados por acreditar grandes ángulos de caída; su calibre era de *siete* centímetros. Probablemente orientado hacia tal idea, el imperio ruso construyó unas bocas de fuego de *diez calibres* que fueron denominadas «Licornios», las cuales, gozando de una trayectoria bastante rasante, tiraban con mayor inclinación que los materiales hasta entonces en uso. Aunque inicialmente dichos obuses fueron un tanto discutidos, la realidad fue, que a propuesta de don Francisco Javier Rovira, por entonces Comisario General de Artillería de la Armada, se ordenó la construcción de unas piezas de mayor longitud que los mencionados obuses cortos, y de menor que los cañones que se utilizaban por entonces; sus calibres fueron: 19, 17, 16, 15, 13, 12, 10 y 9 centímetros respectivamente, que correspondían a las 48, 36, 30, 24, 18, 12, 8 y 6 libras de peso del proyectil. Dichas bocas de fuego recibieron en 1798 la sanción oficial. Pasado algún tiempo, el General francés Paixnants puso en boga otro nuevo proyecto, el de los «cañones-bomberos», de hierro colado y gran calibre.

C. Los órdenes tácticos

En el campo de la Táctica, dentro de la centuria que ahora se comenta, tanto en lo que se refiere a nuestra Patria como en el resto de Europa, precisa diferenciarse dos épocas distintas, ya que cada una de ellas define sistemas algo diferentes. Tales tiempos corresponden a otras tantas doctrinas de empleo de las tropas en campaña, cuyas denominaciones generalmente vienen siendo conocidas en la Historia Militar por: «Escuela Militar Francesa» y «Escuela Militar Prusiana».

La primera de las citadas corresponde a los días de preponderancia de Francia en los destinos de Europa. Su tiempo de vigencia fue bastante prolongado, aproximadamente medio siglo XVIII. Más tarde, el progresivo debilitamiento francés trajo consigo que la «dirección de la guerra» pasara a Prusia, militarmente cada vez más fuerte en virtud del talento castrense y organizador de Federico II.

En la segunda mitad de la centuria, época de la Escuela Militar Prusiana, la doctrina castrense de tal país brilla con singular esplendor, haciendo que tanto España como el resto de Europa, deslumbradas ambas por las victorias militares de Federico II, se dediquen a copiar hasta en sus menores detalles, no siempre buenos, los sistemas tácticos de tal Monarca.

Escuela Militar Francesa

Según la *Historia Militar* de Alvarez Coque, Francia debió su preponderancia militar durante la época comprendida entre finales del siglo XVII y principios del XVIII, a tres expertos colaboradores del Rey Luis XIV, a saber: a Louvois, por entonces Ministro de la Guerra de Francia; Vauban, ilustre y famoso Ingeniero Militar que revolucionó no sólo a las prácticas de Fortificación, sino a muchos otros aspectos militares, y Turenna, cuya valía como Caudillo ilustre, gran técnico y estratega, por todos ha sido reconocida.

Ahora bien, tal avance no tan sólo debe ser puesto en beneficio del buen nombre histórico de dichos personajes, dado que también es preciso anotarlos en el haber del método seguido: sistema de previsión de mejorar la orgánica de las tropas, estudios y prácticas politécnicas y conceptos estratégicos, más bien orientados a perfeccionar lo que ya existía. que a implantar nuevas creaciones.

Francia, por esta época, en lo que específicamente se relaciona con los «Ordenes tácticos», se orientaba a lo que entonces se definió como «Profundo», esto es, la columna. Tal sistema adolecía de ciertas deficiencias y servidumbres poco operantes, sin duda heredadas de la anterior centuria, y que en síntesis son:

En primer lugar aparece un cierto extravío en lo que respecta a evoluciones y movimientos de las tropas, poco convenientes ante el cada vez más creciente perfeccionamiento del arma de fuego. Según Almirante (2), la instrucción en «orden cerrado» de las Unidades llegó a tomar una fisonomía más bien de tipo «coreográfico» que militar, y, por tanto, más apta para las tablas de un teatro que para un campo de batalla. A tal extremo se llegó en la exageración en las vistosas —aunque inoperantes— formaciones y evoluciones marciales, que entre otras cosas curiosas pudieron darse las siguientes: Un Coronel austriaco, en 1740, se ingenió para que su unidad, en el campo de instrucción, consiguiera obtener durante las evoluciones el dibujo del anagrama M. T., iniciales de la reina María Teresa. Otro militar, en este caso el Mayor del ejército francés, Mr. de Chevert, al parecer consiguió escribir mediante una de las formaciones de su batallón, la patriótica frase de: «Vive le Roi».

El «Orden profundo», antes aludido, durante gran parte de los años correspondientes a la mitad del siglo XVIII constituyó el fundamento de la doctrina militar, no sólo francesa, sino también europea, y, por tanto, española. Sin embargo, debe indicarse que tal sistema fue un tanto discutido por los militares de aquel tiempo. Uno de los más significados paladines de la «columna francesa» fue el Caballero Folard, tratadista erudito, buen militar y autor de numerosos libros sobre la «cosa militar». Seguidores suyos fueron, entre otros, Merrill-Durand y Lulooz. En cuanto a los impugnadores de dicho sistema táctico, bastante numerosos por cierto, pueden darse los nombres de Bouchand, Maubert, Puisegur, Maizesuy, Brezé y Guischart.

Siguiendo un orden cronológico, es de señalar un determinado resurgimiento temporal de la doctrina militar francesa debido a Mauricio de Sajonia, el cual, siguiendo la senda anteriormente abierta por el Príncipe Eugenio y Marthorough, estableció ciertas innovaciones de interés en el campo táctico; entre ellas la de reducir las «grandes batallas campales», por entonces en uso, en una serie sucesiva de «ataques de puestos», esto es, eludió las grandes acciones de tipo frontal

(2) Diccionario Militar. *Voz*: Táctica.

en beneficio de la maniobra, con la consiguiente ventaja de dar al movimiento y a la maniobra la importancia que siempre han tenido en toda manifestación bélica. Sin embargo, pese al influjo de dicho caudillo, cuyo talento militar ha pasado a la Historia Militar por sus victorias, y aún a pesar de su alta posición social como bastardo de un Rey de Polonia, la decadencia de la Escuela Militar Francesa, no pudo ser contenida, con grave perjuicio para el Arte de la Guerra.

Con fecha 6 de mayo de 1755, deseando Francia robustecer sus sistemas tácticos —los cuáles fueron conseguidos más o menos exactamente por España—, publicó un Reglamento por medio del cual se sancionaban y se ponían en vigor las formaciones «en tres filas» y el «paso de compás» (paso cadenciado); más tarde se pasó a las formaciones «en cuatro filas».

En resumen: ya hacia mediados del siglo XVIII, el «Orden de batalla» más corrientemente utilizado, tanto en Francia como en España, se articulaba en dos líneas a 300 pasos una de otra, y una pequeña reserva de Infantería y Caballería. Cada línea de Infantería se articulaba en dos *alas* y cada una constaba de dos *brigadas* fuertes en varios batallones. La Artillería normalmente se situaba a los flancos de la Infantería. En la proximidad del enemigo se avanzaba articulado el ejército en cuatro columnas y por alas, yendo en el centro las dos de Infantería con su Artillería ligera y entre ambas columnas la Artillería de posición. A los flancos de tal dispositivo se situaban sendas alas de Caballería y todo el conjunto era cubierto por una cortina de tropas ligeras a caballo. Se formaba en «orden de batalla» sobre un flanco y una vez hecho el correspondiente despliegue, resultaba bastante difícil cambiarlo. En síntesis, tal despliegue, que posiblemente sería útil para realizar una acción de choque, no facilitaba el movimiento y, por tanto, la maniobra.

Dado que la orientación de este trabajo persigue un fin de tipo histórico y no un estudio crítico de la táctica del siglo XVIII, aquí tan sólo indicaremos que con el Orden táctico preconizado por la Escuela Militar francesa de aquel tiempo, ciertamente no se facilitaba el aprovechamiento al máximo de los tres clásicos elementos de la acción: *movimiento, fuego y choque*.

Escuela Militar Prusiana

Hacia mediados del siglo XVIII principió a fijarse la atención de Europa en un pequeño Estado alemán, de cuatro millones de habitan-

tes, que sabía y prudentemente regido, osaba medirse altivo y victorioso contra la potente coalición de Austria, Rusia, Servia y Francia. La antigua «Marca de Brandeburgo», cuyo Elector tenía en la guerra de los «Treinta Años» unos 10.000 combatientes a lo sumo, ya con su nombre moderno de Prusia, aspiraba a consolidarse como potencia de primer orden y anunciaba la resolución de conservar y realzar el puesto sobresaliente que más tarde había de conseguir.

Con motivo del desarrollo de la Guerra de los «Siete Años», el Estado de Prusia salió muy fortalecido de tal contienda, y, sobre todo, en la parte relacionada con el Arte Militar, que es lo que ahora se estudia. Debe indicarse que a partir de tal momento, los adelantos que éste tuvo pertenecen a la Escuela Militar Prusiana, que se erigió en rectora de los principios tácticos. La doctrina militar prusiana, en términos generales, se fundamentaba:

— *Amplios y delgados despliegues.*—El «Orden de batalla» se articulaba en dos extensas líneas, con una distancia entre ambas de 300 pasos (alcance de los fusiles de aquel tiempo). Detrás de tal dispositivo de ataque se situaba una reserva formada por tropas de Infantería y Caballería, y, en ocasiones, tan sólo por unidades montadas.

Las referidas líneas se diferenciaban entre ellas, en que la primera era la principal y, por tanto, más «maciza» o cerrada; la segunda, en cambio, que rebasaba por ambos flancos a la anterior, desplegaba con más amplios intervalos.

Las subdivisiones de la Infantería, que siempre se situaba en el centro del despliegue, estaban constituidas por dos *alas* de a dos divisiones. La división se articulaba en dos brigadas y éstas en dos regimientos de a dos batallones.

En cuanto a la Caballería, su situación normal sobre el campo de batalla era sobre los flancos, a base de una primera línea de Coraceros y una segunda de Dragones. Las formaciones de Húsares, en su calidad de tropas más móviles y ligeras, constituían la reserva.

La Artillería, desplegada en amplio frente, apoyaba con su fuego el conjunto del dispositivo.

— *Revalorización de la importancia de la maniobra.*—No cabe duda que Federico II fue un General maniobrero. El avance de sus tropas, que normalmente se llevaba a cabo por escalones, siempre estuvo orientado a maniobrar. En general, sus evoluciones consistían en va-

riaciones por pelotones; marchas en columna cerrada o abierta y, en ocasiones, desplazamientos oblicuos siempre orientados a facilitar la entrada de sus fuerzas en «Orden de batalla».

Para maniobrar al frente, dispositivo de alas, la Caballería y la Infantería giraban primeramente hacia el flanco derecho o izquierdo (según cada caso), para una vez conseguido el necesario intervalo variar inmediatamente hacia la izquierda o derecha, a fin de obtener un dispositivo en columnas, normalmente cuatro (las dos de los flancos de Caballería y las otras dos del centro de tropas a pie).

A tal conjunto de movimientos y despliegues se le denominó «táctica de líneas».

— *Automatismo en los movimientos.*—La táctica prusiana posiblemente adoleció del gran defecto de dar demasiada importancia al cálculo matemático en los movimientos de las tropas. Se llegó a relacionar los citados —en forma exagerada— con el tiempo y el espacio; a tales extremos llegó la exageración en lo que se refiere al «tacto de codos» y al «paso de compás» (paso cadenciado), que en ocasiones muchas unidades se mostraron inoperantes en el campo de batalla, a más de producirse bajas injustificadas.

— *Importancia del terreno.*—En la táctica aplicada, posiblemente fue donde la doctrina militar de Prusia tuvo mayor éxito. En efecto, tanto el Rey Federico II, como su lugarteniente el Príncipe de Anhalt-Dessau, fueron unos verdaderos *maestros* en el arte de seleccionar posiciones y objetivos tácticos, así como también en utilizar la morfología de la zona de operaciones en beneficio de sus maniobras.

— *Escasa importancia a los efectos del fuego.*—Las acciones de fuego se efectuaban por *salvas* a la voz y sin apuntar el arma, con lo que naturalmente sus efectos resultaban un tanto modestos. Se creyó poder descuidar el apuntar con tal de conseguir denso y veloz fuego; rapidez que fue llevada a tal extremo, que físicamente resultaba imposible a aquellos soldados, comprimidos en las filas de su unidad, el poder asegurar su tiro. Además, se impusieron penosas exigencias para que los disparos se produjeran al mismo tiempo: un solo retraso o adelante «deshonraba» tácticamente a una unidad.

— *Se desatendía la importancia del arma blanca.*—Todo lo que no pertenecía exclusivamente al fuego, fue mirado como secundario y

muy en particular el ataque a la bayoneta. Tal pensamiento, hasta cierto punto constituye una consecuencia de los despliegues amplios y delgados que entonces se practicaban, ya que no pudiéndose ejecutar el combate al arma blanca en líneas profundas y compactas, el ataque a la bayoneta fue muy poco empleado.

Por último, es de señalar que lo verdaderamente típico de la táctica de Federico II fue su «Orden oblicuo», mediante el cual buscó la forma de «rehusar un ala de su despliegue al enemigo a fin de reforzar la que debía emplearse a fondo». A tal fin, era corriente que el ejército prusiano marchara de flanco con el fin de colocar su frente de ataque en ángulo agudo.

Si del aspecto puramente táctico se pasa al amplio de la estrategia, los avances en el Arte Militar también pueden ser contemplados. La Escuela Militar Prusiana, adelantándose a Napoleón, ya preconizaba la ventaja de la ofensiva sobre la defensa: «El que al principio de una campaña —decía Federico II— marcha hacia adelante, obligará al otro a regular sus movimientos a los propios. Quién todo lo quiere conservar, nada conserva; lo más esencial en que debe pensarse es en el ejército enemigo». En otro párrafo, cuando aconseja la *concentración* de fuerzas, se expresa así: «Si queréis presentaros en batalla, reunid todos vuestros medios».

En resumen, no cabe duda que por mano de Federico II de Prusia, el Arte Militar, en lo que a táctica se refiere, experimentó gran adelanto durante el último tercio del siglo XVIII. Avance que según Almirante no fue aprovechado por España, según puede verse en el siguiente párrafo (3). «Las victorias de Federico II despertaron natural curiosidad sobre las causas que las pudieron producir, pero las «Comisiones Investigadoras» (la española marchó en 1761), se detuvieron, como es frecuente, en la superficie, sin querer o saber profundizar. Se buscaba el *secreto* de los grandes hechos en fruslerías y pueriles exterioridades, como el corte de la casaca, la famosa rigidez del corbatín, volver hacia fuera las puntas de los pies, que casi hasta nuestros días se llamó *marchar a la prusiana*... Alguno, más filósofo, encontraba la clave del enigma en los rigores de la *Disciplina bárbara*, imposible de aclimatar en pueblos meridionales. Los «tácticos», en fin, porque entonces no habían nacido los «estratégicos», lo achacaban todo a aquéllas célebres *marchas en batalla*,

(3) Diccionario Militar. *Voz*: Táctica.

en que veinte batallones desplegados recorrían, como una tabla, 1.500 metros al frente; en aquellas *descargas unísonas* a la voz de mando; en el *tacto de codos*, en la *inmovilidad* automática, y, sobre todo, en aquél célebre *Orden oblicuo*, que se tomaba tranquilamente con tudesca lentitud en el campo de ejercicios ante un enemigo figurado e inerte que se guardaba muy bien, como es presumible, de perturbar la majestuosa pompa y visualidad de la maniobra.

Napoleón decía —y lo creemos— que el viejo y socarrón Federico se reía para sus adentros de la admiración cándida, inefable, de los jóvenes Oficiales extranjeros, espectadores de los milagros de Postdam y de su fanatismo por aquellas futilidades, con que el sagaz prusiano distraía su atención de las verdaderas causas...

La superioridad de Federico no residía ni en lo que hoy llamamos estrategia, ni, si se quiere, realmente en lo que hoy llamamos *táctica*.

Positivamente, el célebre «Orden prusiano», extenso, delgado, lineal, o como quiera llamarse, ni lo inventó Federico, ni siquiera tuvo el trabajo de escogerlo entre otros. Sabido es, que entonces dominaba en todos los ejércitos los movimientos que hoy gráficamente se llaman «procesionales». Un batallón en columna con distancia entera, para formar en batalla al frente, hacía alto, formaba primero en batalla sobre el flanco opuesto y luego entraba en *línea rígida* y de *una pieza* efectivamente; esto es, por un enorme «cuarto de conversión», que hacía o deshacía la reputación militar de un jefe, según los soldados conservaran o no la alineación. Por consiguiente, el orden llamado por antonomasia prusiano, Federico se le encontró hecho, pero lo estudió como otros muchos ramos del saber, lo comprendió mejor, se propuso sacar de él mayor partido y lo consiguió, como lo obtuvo todo de sus tropas y de sus pueblos que venían ya amoldándose y mejorando desde su abuelo y de su padre».

Como podrá observarse del precedente párrafo, la perfección de los Ordenes tácticos prusianos se realizó mediante un conjunto de mejoras paulatinas, progresivas e insensibles, que a todas luces imprimieron todas juntas un notable avance en táctica y, por tanto, en el Arte de la Guerra.

Sin embargo, durante este siglo aún es posible apreciar un cierto desequilibrio entre los factores fundamentales del Arte Militar. El General Renard, al estudiar el Arte de la Guerra del siglo XIII, en su tratado «*Considerations sur la tactique d'Infanterie en Europe*» (1857), manifiesta:

«Orden de batalla estereotípico, por decirlo así: Infantería en tres filas y desplegada en dos largas líneas. Artillería diseminada por el frente. Caballería en las alas y en dos líneas también, formando así parte integrante del *Orden de batalla*. Por toda reserva, algunos escuadrones de húsares y, rara vez, un par de batallones. Tiradores con muy pocas posibilidades, ya que nunca apuntaban; todo consistía en lanzar en dirección horizontal el mayor número posible de balas en el menor tiempo posible; de aquí, la bayoneta cilíndrica y el *oido* cónico truncado, para cargar sin volver la bayoneta, ni cebar.

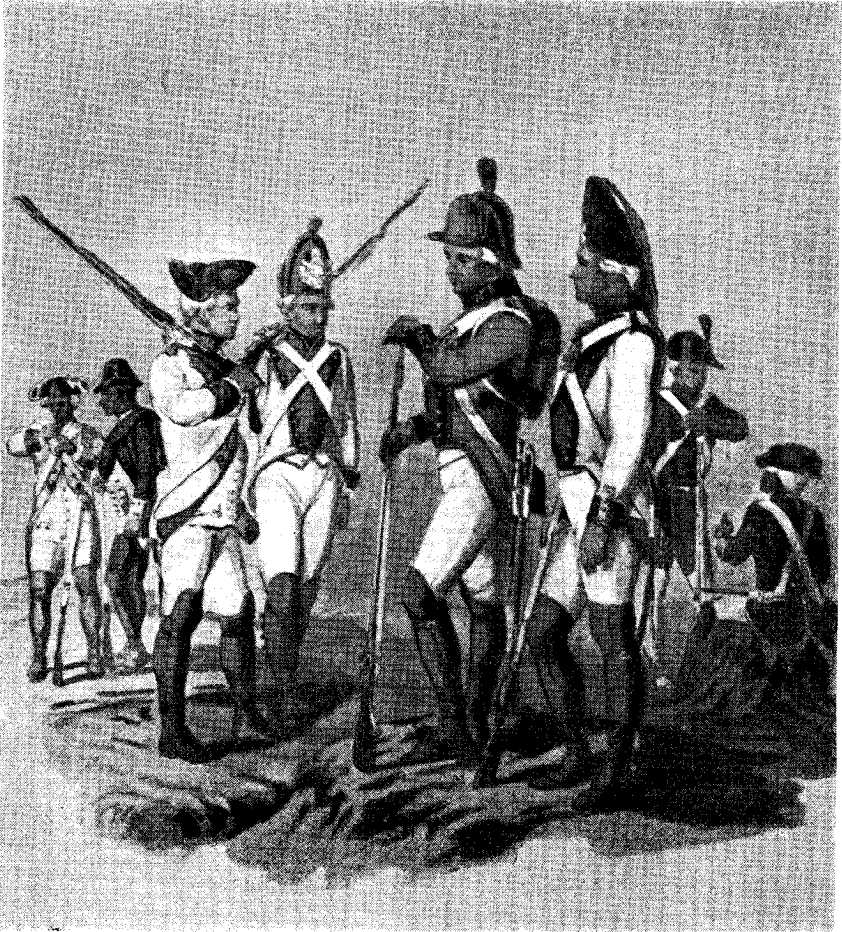
Toda la fuerza del ejército estriba en la primera línea; en ella se colocaban las tropas más sólidas, lo más vigoroso de la Infantería y los Coraceros de Caballería. La segunda línea servía de reserva y de apoyo a la vez, sin tener ni con mucho la solidez y en la rigidez material de las líneas; el soldado estaba clavado en su fila, como la compañía en el batallón y como éste en la línea.

Ante un enemigo no se maniobraba sino por líneas o por fracciones de línea y con distancia entera, nunca en masa y por despliegues. El orden de batalla no estaba fraccionado por divisiones y brigadas; había un Comandante en Jefe y comandantes de línea.

Los solos terrenos que podían convenir a *semejante* sistema eran extensas llanuras en las que el ejército pudiese conservar su orden inflexible y alineaciones regulares, marchar en batalla sin rotura y mantener entre las líneas esa estricta correlación, esc riguroso paralelismo tan desafortunado».

III. ORGANIZACIÓN MILITAR

Al iniciarse el siglo XVIII, en el que con la subida al Trono de España del Rey Felipe V (enero 1701) comienza la dinastía borbónica en nuestra Patria, el ejército, a imagen y semejanza de las anteriores tropas de la Casa de Austria, sin duda por distintas vicisitudes derivadas de la política militar de los anteriores monarcas y otras circunstancias, no gozaba de la eficacia necesaria. Además, tal mutación de dinastía no representaba un normal cambio de sucesión, sino que contenía otros factores determinantes que forzosamente habían de obrar sobre todos los organismos estatales y, por tanto, en las fuerzas Armadas.



En el libro de LUIS HERRERO DE TEJADA, *El teniente general don José Manuel de Goyeneche, primer conde de Guaqui* (Madrid, 1923) figuran una serie de láminas relativas a uniformes militares, reproducidas de la obra inédita conservada en la Real Academia de la Historia, *El Ejército y la Armada*, de MANUEL GIMÉNEZ GONZÁLEZ. Esta que vemos se refiere a tropas de infantería.



Del álbum citado en la anterior lámina son estos diversos soldados del arma de Caballería

En primer lugar aparece —como indica Ballesteros (4)— que el absolutismo de la Casa de Austria se ve reforzado en el siglo XVIII con la teoría cesarista de los Borbones franceses, más autoritarios y centralistas que los anteriores soberanos españoles. Al mismo tiempo, y a mediados del referido siglo, se inauguró el sistema llamado en Europa «el despotismo ilustrado», cuya idea suponía a todos los pueblos menores de edad y sujetos a tutela, por lo cual, ellos mismos no podían regir sus propios destinos por falta de capacidad, y quienes sentían sus necesidades eran los gobernantes que imponían las reformas para lograr el bienestar del pueblo.

En segundo lugar, el desencadenamiento de una guerra que ha pasado a la Historia con el nombre de «Guerra de Sucesión», igualmente tenía que influir en la Orgánica Militar.

Y, por último, las normas militares por entonces vigentes en Francia, normalmente habrían de repercutir sobre la nueva Patria del nieto de Luis XIV, dando paso al «afrancesamiento» de España

Aunque seguidamente se estudiarán con más detalles las vicisitudes orgánicas de las distintas Armas combatientes, ahora a título de adelanto, señalaremos los siguientes cambios de orden general:

- Transformación de los Tercios en Regimientos al tipo francés.
- Supresión definitiva del mosquete, arcabuz y pica, que son sustituidos eficazmente por el fusil de chispa, carabina y bayoneta.
- Transformación de los «Trozos de Dragones» en Regimientos, y aumento de importancia táctica de tal clase de fuerzas, que en este siglo —al menos en parte de él— son considerados como pertenecientes a un Arma mixta (entre Infantería y Caballería).
- No grandes modificaciones en la Artillería, si bien debe indicarse que hacia 1710 comenzó ya a señalarse su organización como Cuerpo especial, con la creación de una Plana Mayor para los ejércitos y plazas, y la organización de un Regimiento denominado «Real Artillería de España».
- Creación de la unidad táctica «Brigada».
- Iniciación de la existencia orgánica de un Cuerpo de Ingenieros Militares, al parecer por idea del Ingeniero flamenco Verboon en 1711.

(4) Síntesis de Historia de España.

— Modificaciones sustanciales en el sistema de reclutamiento, así como en los devengos de tipo militar y vestuario.

Reclutamiento

En el siglo XVIII, para conseguir llevar a buen fin el alistamiento de reclutas con carácter «voluntario», fueron empleados toda serie de sistemas y no pocas estratagemas. Son famosas las reclutas realizadas en las plazas públicas de ciudades y pueblos —entre ellas, en la madrileña Puerta del Sol— por las clases «reclutadoras», las cuales, agitando banderas de los distintos Cuerpos armados y precedidas de músicas con estentóreos gritos y promesas —no siempre de fácil realización—, trataban de atraer a las filas militares a aquella multitud de vagos y maleantes de quienes tan bien estaba surtida nuestra Villa y Corte.

Se ofrecían con gran entusiasmo, aunque con escasa sinceridad, bolsas de enganche, fabulosas e imaginarias aventuras y botines en tierras extrapeninsulares, vida fácil y brillante, amén de rápidos ascensos, etc. Naturalmente, tal sistema no podía proporcionar más que muy mediocres resultados, en particular en lo que se refiere a la calidad de los reclutados.

Pasando algún tiempo y ante los magros beneficios de tal sistema de recluta, se orientó ésta hacia la organización de tropas de tipo provincial, para cuyo alistamiento se implantó el siguiente método:

— Se imponía a cada provincia un contingente de reclutas previamente señalado por las oficinas de Guerra. El Intendente General del Rey, una vez fijados los efectivos del Ejército, repartía los mozos comprendidos en el alistamiento en partes proporcionales entre las distintas parroquias. Finalizados los trabajos iniciales de distribución del contingente, se publicaba la correspondiente «Orden de leva», la cual era remitida a las distintas parroquias por medio de alguaciles del Gobierno de S. M. a fin de que los párrocos, desde el púlpito de la Iglesia Parroquial y con ocasión del sermón o plática dominical, la leyeran.

En un día previamente determinado —generalmente el domingo siguiente a la lectura de la Orden de leva— se verificaba el sorteo de los reclutas en presencia del Intendente Provincial o del Alcalde. En tal fecha debían reunirse en cada pueblo todos los mozos compren-

dados en edad militar, bien en la Plaza Mayor o ante los atrios de la Parroquia, a fin de presenciar el sorteo, que incluía a todos los varones solteros o casados sin hijos, comprendidos entre los dieciocho y cuarenta años de edad.

Dentro de un sombrero o recipiente adecuado, se ponían papeletas blancas y negras; el número de éstas últimas correspondía al cupo de reclutas a facilitar por la parroquia. Frecuentemente, la forma de verificarse el sorteo daba lugar a vehementes protestas seguidas de desórdenes, e, incluso, denuncias contra los delegados del Intendente Real.

Reunidos los futuros soldados, eran puestos en camino en busca de sus guarniciones en condiciones no siempre muy normales, ya que, por ejemplo, durante el desplazamiento algunas veces eran alojados en locales llenos de rejas, que más bien recordaban una prisión que un acantonamiento de etapa, y, desde luego, eran fiel reflejo del temor de las partidas conductoras ante los no escasos casos de desertión.

Tal sistema de reclutamiento forzoso es natural que no gozara de popularidad, tanto más por resultar un tanto injusto, dadas las múltiples «exenciones» que por entonces existían: la nobleza y otras familias acomodadas estaban exentas de dicho servicio militar forzoso. Para darse una idea del volumen de los eliminados o exentos, basta tener presente las siguientes disposiciones oficiales:

Por Reales Cédulas de 1771 y 1772, fueron declarados exentos del servicio militar los operario y *sujetos* de las minas de Almadén del Azogue, así como los de las Reales Minas de cobre de Río Tinto.

También existía exención para los hijos de los fabricantes de lana, bataneros y prensadores de ropas, siempre que desde niños se vieran dedicando a tales oficios. Por contra, existió una Real Cédula por la cual se declaraba que la Oficialidad, dentro de sus inherentes honores y ventajas, no incluiría la de la exención del servicio militar de sus hijos.

Otra exención un tanto curiosa era la de que «todos los músicos de plaza sentada y asalariados de las iglesias y catedrales, tanto de voz como de instrumento, quedaban redimidos del servicio de las armas».

Finalmente, en 1773 se publicó una Real Cédula, mediante la cual, siempre que un mozo sorteable aprehendiera o denunciara a un de-

sertor, quedaba exento del sorteo él o un pariente próximo. También se indicaba que si el prófugo capturado o denunciado era clasificado vago o maleante o mal entretenido, la referida exención no tenía vigencia por estimarse inadmisibles semejante calidad de gente para el reemplazo del Ejército.

Por lo que se refiere al reclutamiento de las tropas encuadradas dentro del Ejército regular, lo que hoy pudiéramos llamar «Ejército de maniobra», con el que se atendía a las guarniciones de fuera de la Península, el sistema —que mucho recuerda al francés de aquella época— era el siguiente:

Decidida por el Rey la creación de una unidad armada, lo primero que se decretaba era el nombramiento de su Jefe, el cual no siempre era elegido por sus méritos castrenses, ya que también ejercía influencia el favoritismo y amistades cortesanas. El referido Jefe recibía los fondos precisos para organizar dicho Cuerpo, así como la debida autorización para extraer de los Parques Reales de Armaiento las armas necesarias.

Seguidamente, los distintos Capitanes, con sus correspondientes escoltas, se ponían en campaña para realizar la recluta, para lo cual se les concedía, además de los dineros necesarios, un «permiso semestral».

Es natural que tal sistema —bastante pródigo en abusos— dejara mucho que desear; de aquí, que en la última mitad del siglo que se comenta, el Rey Carlos III promulgase una R. O. señalando que los enganches de voluntarios habrían de hacerse a través de los funcionarios públicos o militares en situación de «en reserva», y siempre en nombre del Rey y no en el de tal o cual jefe de Cuerpo. Esto es, en parte trataba de dignificar la recluta evitando los múltiples abusos que por entonces existían.

Cajas de Inválidos

El Cardenal Alberoni, por entonces Ministro de Estado, en fecha de 27 de febrero de 1717 ordenó se establecieran «Cajas de Inválidos» para las clases de tropa inutilizadas durante el servicio. Las Cajas de Inválidos que por entonces fueron creadas, se instalaron en las ciudades de Játiva, Sanlúcar de Barrameda y Valencia; así como en otras de Castilla y Galicia.

Cadetes de Cuerpo

Ya era práctica anterior la admisión de ciertos jóvenes de determinado abolengo para servir en las Unidades Armadas como Cadetes de Cuerpo, a fin de ir adquiriendo práctica militar para en su día encargarse de mandos superiores. Tal vez para hacer frente a no pocos abusos, en 1737 se ordenó se limitaran dichos ingresos de Cadetes en las Armas de Infantería y Caballería, restringiéndolos tan sólo a los hermanos e hijos de la nobleza, caballeros notorios, cruzados de las Ordenes Militares, hermanos e hijos de éstos, Hidalgos, y a los hijos de los Capitanes y Oficialidad de mayor graduación del Ejército.

Los referidos Cadetes vestían el mismo uniforme que las clases de tropa, aunque algo mejorado el género y la confección de las prendas, y como distintivo portaban sobre el hombro derecho un cordón de hilo de plata. Su servicio quedaba limitado al puramente de armas y por tanto se hallaban dispensados del de policía y mecánico.

Enseñanza militar

Una vez terminada la Guerra de Sucesión, por deseo del Rey Felipe V se dio gran impulso a la enseñanza militar de los futuros cuadros de mando del Ejército, creándose a tales efectos diversos organismos.

En fecha 12 de marzo de 1722, fue ordenado que las clases de los Cadetes de Cuerpo se desarrollaran bajo la forma de Academias Regimentales, a cuyo cargo y dirección se puso un Capitán bajo la denominación de «Maestro de Cadetes». Según antecedentes, las referidas Academias fueron establecidas en Barcelona (1715), Badajoz (1722), Pamplona (1723) Orán (1733), Ceuta (1742), Avila (1744), Puerto de Santa María (1776), Zamora (1790) y Cádiz (1796). También fue creada en Zaragoza en el año 1770 la Escuela de Equitación Militar, así como otra de Timbaleros en Carabanchel, en 1775.

Durante este siglo, las Academias de las Armas Generales, en distintas fechas estuvieron ubicadas: Infantería en el Puerto de Santa

María, Caballería en Ocaña, Artillería en Segovia e Ingenieros en Burgos. También fueron organizados distintos *Seminarios*, tales como el de «Nobles» y el de la «Casa Real de Pajes».

Por último, en lo que se relaciona con la enseñanza militar, debe mencionarse como acontecimiento sobresaliente la organización de la Real Academia de Artillería en Segovia, sobre la cual se tratará más extensamente en el apartado *Artillería* de este trabajo histórico.

Sueldos, gratificaciones y otros devengos

Es normal que a lo largo de toda una centuria las pagas y otras gratificaciones del personal militar experimentaran sustanciales variaciones; por tanto, se escapa de la extensión de este trabajo el exponer con detalle y forma completa sus vicisitudes, las cuales, por otra parte, pueden ser contempladas en la «Historia Orgánica», cuyo autor fue el Teniente General del Ejército D. Serafín María de Sotto, Conde de Clonard. Por ello, seguidamente y como orientación, se insertan algunos ejemplos de tal aspecto económico-administrativo.

Por R. O. de 30 de diciembre de 1706, los emolumentos del personal militar quedaron fijados en las siguientes cuantías:

E M P L E O S	Haberes mensuales		
	Escudos	Reales	Maravedies
— Coronel, además de sus haberes de Capitán, por recluta, gratificación, utensilio, etc.	140	6	16
— Tte. Coronel, íd. íd. íd.	124	2	12
— Sargento Mayor sin Campaña	94	2	12
— Ayudante	46	4	4
— Capellán	37	4	4
— Cirujano Mayor	46	4	4
— Tambor Mayor	7	4	4

EMPLEOS	Haber mensual			Recluta mensual	Gratificación mensual	Utensilio mensual	Presl. diario sin retención	Masita (desc. diario)	Gran masa desc. diario.	Raciones de pan
	Esc.	Rs.	Mrvs.							
<i>Cía. de Granaderos.</i>										
— Capitán	64	2	12	25 es	20 es	5 es	»	»	»	»
— Teniente.....	38	8	8	»	»	»	»	»	»	»
— Subteniente.....	31	4	4	»	»	»	»	»	»	»
— Sargento.....	»	»	»	»	»	»	16 ct.	»	5 ct.	1
— Cabo escuadra...	»	»	»	»	»	»	10 »	2 ct.	4 »	1
— Carabiniro.....	»	»	»	»	»	»	9 »	2 »	4 »	1
— Tambor.....	»	»	»	»	»	»	9 »	2 »	4 »	1
— Granadero.....	»	»	»	»	»	»	8 »	2 »	4 »	1
<i>Cía. de Fusileros.</i>										
— Capitán	55	2	12	20	20	5	»	»	»	»
— Teniente.....	32	8	8	»	»	»	»	»	»	»
— Subteniente.....	25	4	4	»	»	»	»	»	»	»
— Sargento.....	»	»	»	»	»	»	15 ct.	»	5 ct.	1
— Cabo escuadra...	»	»	»	»	»	»	9 »	2 ct.	4 »	1
— Carabiniro.....	»	»	»	»	»	»	7 »	2 »	4 »	1
— Tambor.....	»	»	»	»	»	»	8 »	»	2 »	1
— Fusilero.....	»	»	»	»	»	»	6 »	2 »	4 »	1

En Caballería existían algunos otros incrementos para las atenciones del ganado y equipo.

Después de la reforma de 20 de abril de 1715, los haberes del personal del Ejército quedaron fijados en la forma siguiente:

Empleos	Haber mensual
<i>P. Mayor Regimiento.</i>	
— Coronel	110 escudos
— Teniente Coronel	80 »
— Sargento Mayor	75 »
— Ayudante	35 »
— Capellán	30 »
— Cirujano	30 »
— Tambor Mayor	9 »

Empleos	Haber mensual
<i>Batallones.</i>	
— Comandante	50 escudos
— Ayudante	35 »
— Capellán	30 »
— Cirujano	30 »
— Capitán	50 » y 15 de gratificación
— Teniente	30 »
— Subteniente	25 »

Algunos precios de vestuario, equipo y armamento.

Artículos	Reales de vellón	Artículos	Reales de vellón
— Casaca	80	— Portafusil	3
— Chupa	25	— Cartuchera	8
— Calzón	20	— Frasco de pólvora	6
— Medias (par)	11	— Cordón	1
— Sombrero	11	— Espada	15
— Zapatos (par)	15	— Fusil	75
— Camisa	10	— Fusil rayado	150
— Corbata	4	— Bayoneta	10
— Cinturón	12		

IV. LAS ARMAS COMBATIENTES

A. INFANTERÍA

Una de las primeras medidas del Rey Felipe V al subir al trono de España, para robustecer su gobierno, fueron orientadas a reorganizar el Arma de Infantería que se encontraba un tanto débil después de los múltiples acontecimientos militares y políticos ocurridos en el anterior reinado de Carlos II de Austria.

A tal fin, y como iniciación del referido reajuste orgánico, comenzó por ordenar en 1701 que sirviendo de base el Tercio Viejo de los Morados —que se hizo venir desde Barcelona—, se creara una fuerza articulada en dos regimientos (uno nacional y otro walón) con

unos efectivos totales de 6.000 hombres, destinados a la guardia de Palacio en sustitución de las antiguas compañías de archeros y alemanes que hasta entonces desempeñaban tal misión. Dicha fuerza palaciana fue puesta bajo el mando del Marqués de Louville.

Más tarde fue organizado otro cuerpo de tropas que recibió el nombre de *Fusileros Reales*, mandado por el Marqués de Villarocha; así como un Tercio de Infantería ligera, cuyo Jefe fue el Maestre de Campo D. Blas de Trinchería.

Dado que por aquel tiempo, entre las graves preocupaciones del Gobierno de Felipe V, destacaba entre otras la situación militar de los Países Bajos, se cursaron órdenes al Marqués de Bedmar —por entonces Capitán General de aquel territorio— para que procediera a organizar cinco Tercios flamencos que fueron puestos bajo los mandos respectivos de los siguientes Maestres de Campo: Conde de Monfort, Caballero de Lede, Mr. de Vandergrath, Príncipe de Simay y Barón de Mons. Igualmente, y por lo que respecta a las tropas del Ejército de Italia, se dispuso que el Príncipe de Vandemont —a la sazón Gobernador General de Lombardía— y el Virrey de Nápoles, levantasen sendos cuerpos de tropas que deberían quedar bajo los mandos de los Maestres de Campo, Conde de Mariani y D. Tomás de Caracciolo.

En cuanto a las tropas de guarnición en Cataluña, se ordenó se pusieran en pie de guerra todos los Cuerpos existentes en dicha región y se suprimieran toda clase de permisos.

Como tal parcial reorganización resultaba un tanto incompleta para hacer frente a la nueva situación política, derivada del cambio de dinastía en España, fue necesario aumentar el ritmo de la reorganización, decretándose nuevas formas, unas de menos valor orgánico y otras, desde luego, importantes.

Figuran entre las primeras, la Orden de 13 de septiembre de 1701 por la que se reformaban las 12 compañías de Marina que existían, transformándolas o agrupándolas en cinco Tercios de la Armada. Más contenido orgánico tuvo la reforma derivada de la publicación de una disposición real que fue denominada «Nueva Ordenanza».

El objeto de tal documento perseguía como fin el llevar a cabo una profunda reforma de la Infantería, reajuste al parecer un tanto difícil, ya que tropezaba desde antiguo con añejas preocupaciones que provocaban no pocas reacciones un tanto airadas. A la vista de tales

antecedentes, Felipe V, a título de ensayo, resolvió emprender dicha reorganización en los Países Bajos, en presencia de 60.000 soldados franceses que por entonces guarnecían dicho territorio. A tal efecto, se cursaron órdenes al Elector de Baviera y al Marqués de Bedmar para que instituyeran:

— Consejos de Guerra ordinarios de Cuerpo para castigar los delitos de tipo militar.

— Comisarios de Guerra con misión de sancionar los asuntos de tipo administrativo derivados del poco escrúpulo que se tenía en hacer figurar en las listas de revista a soldados supuestos y otros excesos similares.

— Prohibición absoluta de celebrar desafíos y normas a seguir por los militares para celebrar matrimonios.

Publicadas las anteriores decisiones por medio de un Reglamento que data de 18 de diciembre de 1701, la reorganización apuntada continuó en 1702 mediante la creación de 12 cuerpos walones que fueron encomendados a los siguientes Maestros de Campo: D. Felipe Carracciolo, Marqués de Sars, Barón de Courriers, Barón de Brías, Caballero de La Faille, D. Pedro Benavides, Conde de Ruppelmonde, Conde de Grimberg, Conde de Sauvage, Conde de Hamal, Conde de Pasfeuquiers, Barón de Cerratani y Caballero de Morayken.

El Virrey de Nápoles también recibió orden de aumentar sus efectivos armados con dos Tercios mandados respectivamente por don Domingo Recco y el Príncipe del Valle.

Orden de preferencia de los Cuerpos.

Hasta el 10 de abril de 1702, en que se publicaron nuevas disposiciones, los distintos cuerpos de la Infantería no tenían señalado un orden de preferencia para las formaciones y marchas; tal olvido traía consigo una serie de discusiones e, incluso disputas, a todas luces perjudiciales para la disciplina. Para evitarlas se publicó la orden citada, que estableció la siguiente preferencia:

Tercios antiguos de Infantería Española.

1. De D. Juan Antonio de Amézaga.
2. De D. Francisco Ibáñez.

3. De D. Carlos de Zúñiga.
4. De Marqués del Valle.
5. De D. Juan Idiáquez.
6. D. Francisco Pérez Mancheño.

Tercios antiguos de la Infantería Italiana.

7. De D. Marcelo Grimaldi.
8. De D. Pablo Magno.
9. De D. Antonio Grimaldi.

Tercios Viejos de la Infantería Walona.

10. Del Marqués de Westerlloo.
11. De Mr. de Grouf.
12. Del Conde de Grovendont.
13. Del Príncipe Francisco de Nassau.
14. Del Marqués de Deirse.
15. Del Barón de Capres.

Regimientos antiguos reducidos del pie de alemanes al de Walones.

16. Del Barón de Urangel.
17. Del Conde de Milán.
18. Del Príncipe de Spínola.

*Regimientos nuevos de Infantería Walona formados en los años 1701
y 1702.*

19. Del Conde de Monfort.
20. Del Caballero de Lede.
21. De Mr. de Vandergrath.
22. Arcabuceros de Artillería.
23. Del Barón de Mons.
24. De D. Felipe Caracciolo.
25. Del Marqués de Sars.

26. Del Barón de Courriers.
27. Del Conde de Brías.
28. De Mr. La Faille.
29. De D. Pedro Benavides.
30. Del Conde de Ruppelmonde.
31. Del Conde de Grimberg.
32. Del Conde de Sauvage.
33. Del Conde de Hamal.
34. Del Conde de Pasfeuquiers.
35. Del Barón de Cerratini.
36. De Mr. de Morayken.

Como podrá observarse, en 1702 existían 36 Cuerpos de Infantería, los cuales, sin discriminación de nacionalidad, debían formar y marchar con arreglo al mérito de preferencia que se acaba de citar, si bien los Cuerpos españoles gozaban del honor de formar en vanguardia en las operaciones. Ahora bien, como tal orden preferente también surtía efectos sobre las personas de los Maestres de Campo, Coroneles, Tenientes Coroneles y demás Oficiales subalternos, su aplicación traía consigo que algunos de patente más moderna tenían preferencia sobre otros más antiguos, según el Cuerpo a que perteneciera, cosa que por tener vicio de origen no dejó de suscitar reclamaciones.

En virtud de la citada Ordenanza, cada Tercio se convirtió en un Batallón de 13 compañías (incluida la de granaderos). Cada una de tales compañías se organizó a base de un Capitán, dos Tenientes (1.º y 2.º), dos Sargentos, tres Caporales (cabos), tres lasquetes, 37 arcabuceros, diez piqueros y un tambor.

En cuanto a la Plana Mayor de dicha Unidad, se articuló en: un Maestre de Campo, un Teniente de Maestre de Campo, un Sargento Mayor, un Ayudante, un Furriel, un Capellán y un Cirujano.

Otra de las innovaciones realizadas por este tiempo se refiere al armamento de las tropas de Infantería. En virtud de ellas, se suprimió el uso del mosquete, estableciéndose como arma de fuego, en forma general, el arcabuz de calibre 10, con 12 balas por libra.

Otras muchas disposiciones contenía la citada Ordenanza, destinadas a regular las atribuciones de los distintos cuadros de mando y la forma de cubrir las vacantes que de Jefes y Oficiales pudieran ocurrir.

Continuando con su idea de reorganizar el Arma de Infantería, el Gobierno de S. M. cursó un decreto fechado en Milán por el que se disponía la creación de dos nuevos Cuerpos, esta vez de Guardias españolas y waloñas. También por esta época, más exactamente en fecha 2 de noviembre del año que se comenta, se completó la lista sobre órdenes de preferencia, estableciendo para los Cuerpos del Ejército de Lombardía el siguiente:

1. Tercio de Lombardía.
2. Tercio de Saboya.
3. Tercio de la Mar de Nápoles.
4. Tercio de Lisboa.
5. Tercio de Frey D. Tomás de Caracciolo.
6. Tercio del Conde de Bonesana.
7. Tercio de D. Charletta Caracciolo.

En fecha 29 de enero de 1703 fue nombrado como Comisario General de la Infantería D. Francisco Fernández de Córdoba, militar ilustre y muy activo, como lo pudo probar al tomar, entre otras medidas de interés, la de suprimir totalmente en las tropas de Infantería el uso del mosquete, arcabuz y pica; armamento un tanto anticuado e inoperante; en sustitución de dichas armas las tropas fueron dotadas de fusil de chispa y bayoneta. Igualmente propuso al Gobierno de S. M., petición que fue aprobada, que se crearan 13 nuevos Tercios, articulados cada uno en 13 compañías; los efectivos totales de cada uno de tales Tercios ascendieron a 600 plazas, siendo la fecha de su creación la de 27 de noviembre del citado año 1703. Las denominaciones que recibieron dichas unidades fueron:

1. Tercio de Madrid.
2. Tercio de Guipúzcoa.
3. Tercio de Asturias.
4. Tercio de Valencia.
5. Tercio de Vitoria.
6. Tercio de Salamanca.
7. Tercio de Ceuta.
8. Tercio de Jerez de la Frontera.
9. Tercio de Osuna.
10. Tercio de Triana.
11. Tercio de Antequera.

12. Tercio de Coria.
13. Tercio de Cádiz.

Reorganización de las Milicias.

Con fecha 8 de febrero de 1704 se publicó el correspondiente Reglamento, destinado a reorganizar las tropas de Milicias entonces existentes. Con arreglo a tal disposición, cada una de las unidades de milicias se articuló en batallones de 500 plazas cada uno. En virtud de dicha orden también fueron creados —a base de las antiguas milicias— 17 regimientos de línea, los cuales fueron destinados a guarnecer las plazas fuertes y la cobertura de las costas.

Igualmente debe señalarse que por esta época el Duque de Híjar —por entonces Capitán General de Galicia— previó los correspondientes informes de la Junta General de aquél departamento, propuso la transformación de las Milicias gallegas en ocho Tercios de a 500 plazas, que deberían sostenerse en pie de guerra todo el tiempo que durase la agitación existente, atendiendo a los gastos que se ocasionaran por medio del impuesto de la sal. Las citadas unidades tomaron el nombre de:

- 1.º Santiago.
- 2.º Compostela.
- 3.º Orense.
- 4.º Tuy.
- 5.º Lugo.
- 6.º Mondoñedo.
- 7.º Coruña.
- 8.º Betanzos.

Desaparición de la unidad tipo Tercio.

Como, sin duda, aún faltaba mucho para que el Ejército adoptara una estructura adecuada a los métodos de guerra entonces vigentes, el Gobierno, a fin de reagrupar de forma más homogénea a sus tropas de Infantería y, posiblemente también, debido al «afrancesamiento» de la época y al deseo de borrar de España todo vestigio que

podiera recordar a la dinastía de la Casa de Austria, por medio de una nueva Ordenanza publicada en fecha 28 de septiembre de 1704, decretó: «que para evitar los embarazos que habían ocurrido en los ejércitos de Italia y España por las diferentes nacionalidades que en ellos servían, debía extinguirse el nombre de Tercio y todo el peonaje se organizara en regimientos de a 12 compañías (incluida la de granaderos». Los cuadros de mando de tales unidades fueron:

Plana Mayor	Compañía de Granaderos
Un Coronel.	Un Capitán.
Un Teniente Coronel.	Un Teniente.
Un Sargento Mayor.	Un Lugarteniente.
Un Ayudante.	Dos Sargentos.
Un Capellán.	Tres Cabos de Escuadra.
Un Cirujano.	Tres Cabos 2.º.
Un Tambor Mayor.	Dos Carabineros con fusil rayado.
	Un Tambor.
	50 plazas (soldados granaderos).

Compañía de Fusileros.

Igual composición, salvo que los soldados no eran granaderos, sino fusileros.

También por esta época se implantó un nuevo uniforme, que consistía:

Oficiales:

- Casaca con bocamangas vueltas.
- Chupa.
- Corbata blanca.
- Guantes de manopla.
- Calzón.
- Medias blancas.
- Zapatos abotinados con hebilla.
- Sombrero acandilado con ribete de galón de plata.
- Peluca de tiros largos.

Pendiente del lado derecho llevaban cintas terminadas en flequillo de oro.

Espada.

Tambores y Pifanos.

Traje similar, si bien en la forma y colores existían algunas diferencias.

En los delanteros de la casaca llevaban tres órdenes de franja de la Casa Real, así como en costuras vueltas y carteras.

Medias de lana roja y de estambre y del mismo color el lazo y las cintas que colgaban del hombro derecho.

El pelo se llevaba en crencha, si bien recogido en forma de castaña, metido en una bolsa de cuero negro cerrada por medio de lazo y cinta también de color negro.

Reorganización de la Comisaría General de Infantería.

Ante la cada vez más creciente importancia de la organización del Arma de Infantería, que además de aumentar sus efectivos había introducido en su estructura interna y armamento sustanciales mejoras, el Gobierno de Felipe V apreció la necesidad de incrementar la autoridad de la hasta entonces Comisaría General de dicha Arma, y, a tal efecto, por Decreto de 16 de octubre de 1704 ordenó la transformación de dicha Comisaría en una Dirección General que, al igual que el anterior Organismo, debería intervenir en todas las cuestiones administrativas, orgánicas y de instrucción de la referida Arma.

Nuevas denominaciones de los Cuerpos de Infantería.

Era costumbre antigua que venía de siglos anteriores, el designar a los distintos Cuerpos y Unidades por el nombre de sus primeros Jefes, hábito que si bien gozaba de cierta popularidad, desde luego era un tanto inorgánico y poco adecuado si se tiene presente que tales denominaciones tan sólo podían tener un carácter temporal. Para evitar tales inconvenientes, en fecha 28 de febrero de 1707 se

dictó una disposición en la que se indicaban los nombres que en lo sucesivo habrían de ostentar los Cuerpos Armados de la Infantería. Las referidas denominaciones fueron:

Antiguas denominaciones en función de sus primeros Jefes	Nuevos nombres
1. Marqués de Santa Cruz	Armada.
2. Marqués de Quintana	Murcia.
3. D. Diego Dávila	Córdoba.
4. D. Fernando Pedroche	Extremadura.
5. D. Melchor de Montes	Toledo.
6. D. Gregorio de la Puente y Herrera	Cádiz.
7. D. Manuel Maldonado	Zamora.
8. D. Pedro de Castro	Toro.
9. Marqués de Valdesevilla	Antequera.
10. D. Pedro Arias Ozores	Granada.
11. Conde de Charni	Castilla.
12. D. Blas Dragoneti	Nápoles.
13. D. José de Riera	Jaén.
14. Vizconde del Puerto	Asturias.
15. D. Tomás Salgado	Palencia.
16. D. José Chaves	Salamanca.
17. D. Diego Herrera Dávila	Ecija.
18. Marqués de Casapavón	Jerez.
19. D. Diego Estrada	Vitoria.
20. D. Francisco Lasso Palomino	León.
21. Marqués de Torrecuso	Guadalajara.
22. D. Antonio de Castillo	Burgos.
23. D. Gregorio de Solís y Gante	Bajeles.
24. D. Antonio Lanzos y Taboada	Marina.
25. D. Juan de Medina	Málaga.
26. D. Fernando Constanzo	Costa.
27. D. Francisco de Mencos	Navarra.
28. Conde de Ripalda	Pamplona.
29. D. Fernando Caracciolo	Basilicata.
30. Marqués de Ordoño	Trujillo.
31. D. Carlos de Areizaga	Guipúzcoa.
32. D. Antonio Figueroa	Osuna.
33. D. Baltasar de Prado	Alcántara.
34. D. Juan Pacheco	Coria.
35. D. Francisco del Castillo	Vélez.
36. D. Diego Antonio Manrique	Segovia.
37. D. Juan de Elguezabal	Sevilla.
38. D. Antonio de Aranda	Madrid.
39. D. Manuel Narváez	Valladolid.
40. D. Pedro Rubio	Badajoz.

Antiguas denominaciones en función de sus primeros Jefes	Nuevos nombres
41. D. Jacinto Vázquez de Bargas	Santa Fe.
42. D. Pedro de Guevara Vasconcelos	Ceuta.
43. D. José Espinar	Africa.
44. D. José Maltés	Ronda.
45. D. Felipe Alcázar	Ubeda.
46. D. Juan Belloto	Molina.
47. D. Manuel de Quirós	Santiago.
48. D. Baltasar Ramírez de Aldao	Compostela.
49. D. Pedro de Araújo	Orense.
50. Marqués de Orani	Tuy.
51. Marqués de San Miguel	Lugo.
52. D. Alonso Correa	Mondoñedo.
53. Conde de Maceda	Coruña.
54. Conde de Fefiñanes	Betanzos.
55. D. Manuel Felipe Osorio	Triana.
56. D. Martín Boneo	Utrera.
57. D. Juan Figueroa	Medina-Sidonia.
58. Marqués de Dos Hermanas	Sanlúcar.
59. D. Antonio Navarro	Niebla.
60. D. Matías Flores	Arcos.
61. D. Antonio Salcedo	Lucena.
62. Marqués de Alcántara	Estepa.
63. D. Bernardo Usel y Guimbará	Montilla.
64. D. Pedro Morales	Baena.

Ejército del Norte.

Españoles.

65. Marqués de la Palomera	Portugal.
Don Fermín de Verraz	Jaén (por desaparición del anterior Jaén en 1708).
66. D. Manuel de Solís (1.º Bón.)	Soria.
D. Felipe Freyre (1.º Bón.)	Zamora (por desaparición del anterior Zamora en 1708).



Soldados de Artillería entre 1788 y 1800, según don Manuel Giménez González.



Soldados de Ingenieros, en sus diversos uniformes. El de la izquierda corresponde a un capitán (año 1790).

Antiguas denominaciones en función de sus primeros Jefes	Nuevos nombres
<i>Italianos</i>	
67. D. Antonio Grimaldi	Parma.
<i>Walones.</i>	
68. D. Juan Teodoro de Kessel	Venlío.
69. Marqués de Wemel	Gante.
70. D. Pedro Celestino Cano	Hainaut.
71. D. Bruno Cano	Ostende.
72. Caballero de la Tour (D. Celestino)	Malinas.
73. Conde de Tilly	Charle-Roy
74. Mr. de Chambourgh	Niwport.
75. D. José Dusmet	Fusileros de [Flandes.
76. D. Carlos Doctinghen	Bruselas.
77. Conde de Dognaeis	Güeldres.
78. D. Pedro Doye	Namur.
79. D. Antonio Clavijo	Bruges.
80. Conde de Saint Aldegonde	Courtray.
81. D. Juan Adam Metz	Bravante.
82. Conde de Lannois	Amberes.

Se dispuso igualmente que la «enseña» de mando de los Coroneles de dichos Cuerpos consistiera en una bandera blanca con la cruz de Borgoña y repartidos entre las aspas de tal cruz se llevaran dos castillos y otros tantos leones, así como cuatro coronas para cerrar las puntas de las aspas. Tales enseñas «coroneías» debían formar siempre en cabeza del 1.º Batallón de cada Cuerpo.

Complemento de la referida disposición por la cual se daba una denominación permanente a los distintos Cuerpos de nuestra Infantería, fue otra nueva orden destinada a fijar la antigüedad de los citados con arreglo a su fecha de creación. Para llevar a cabo tal trabajo, en 1714 se ordenó se pasara una Revista general, cuyo resultado fue conceder las siguientes antigüedades entonces existentes:

Orden	Nombres de Cuerpo	Fecha de creación
1	Reales Guardias Españolas	1 — V — 1704
2	Reales Guardias Walonas	1 — V — 1704
3	Fijo de Sicilia	23 — X — 1535
4	Lombardía	5 — XI — 1536
5	Mar de Nápoles	27 — II — 1566
6	Sierra (Marqués de la)	2 — VI — 1567
7	Lisboa	6 — VII — 1579
8	Bajeles	30 — IV — 1580
9	Valois (D. Guillermo de la)	30 — IV — 1580
10	Castilla	28 — VIII — 1632
11	Saboya	30 — III — 1633
12	Verraz (D. Fernando de)	1 — XI — 1637
13	Badajoz	16 — XII — 1643
14	Guadalajara	2 — I — 1637
15	Portugal	6 — I — 1637
16	Granada	22 — IV — 1637
17	Sevilla	12 — II — 1658
18	Costa	22 — IX — 1658
19	Córdoba	1 — IV — 1661
20	Toledo	1 — V — 1661
21	Villescas (Marqués de)	23 — IV — 1663
22	España	1 — IV — 1665
23	Armada	13 — V — 1682
24	Toro	20 — I — 1694
25	Extremadura	22 — I — 1694
26	Valladolid	1 — III — 1694
27	León	5 — IV — 1694
28	Burgos	26 — IV — 1694
29	Murcia	6 — V — 1694
30	Cataluña	30 — V — 1701
31	Lucena	11 — VIII — 1701
32	Málaga	13 — VIII — 1701
33	Barcelona	1 — III — 1702
34	Cádiz	12 — I — 1703
35	Triana	19 — II — 1703
36	Salamanca	3 — III — 1703
37	Guipúzcoa	24 — III — 1703
38	Madrid	1 — V — 1703
39	Asturias	6 — VII — 1703
40	Coria	9 — VII — 1703
41	Ceuta	1 — VIII — 1703
42	Victoria	30 — X — 1703
43	Osuna	27 — XI — 1703
44	Antequera	27 — XI — 1703
45	Trujillo	12 — II — 1704

Orden	Nombres de Cuerpo	Fecha de creación
46	Estepa	19 — II — 1704
47	San Lúcar la Mayor	3 — III — 1704
48	Alcántara	18 — III — 1704
49	Utrera	21 — IV — 1704
50	Bacna	22 — IV — 1704
51	Medina Sidonia	24 — IV — 1704
52	Arcos de la Frontera	6 — V — 1704
53	Valencia	14 — V — 1704
54	Jerez de la Frontera	25 — VII — 1704
55	Ronda	16 — X — 1704
56	Marina	28 — X — 1704
57	Palencia	31 — X — 1704
58	Ecija	27 — XI — 1704
59	Niebla	10 — XII — 1704
60	Vélez-Málaga	10 — XII — 1704
61	Málaga	15 — XII — 1704
62	Molina	1 — I — 1705
63	Santiago	8 — VII — 1705
64	Santa Fe	14 — VII — 1705
65	Orense	21 — VII — 1705
66	Lugo	21 — VII — 1705
67	Coruña	21 — VII — 1705
68	Pamplona	21 — VII — 1705
69	Tuy	22 — VII — 1705
70	Mondoñedo	22 — VII — 1705
71	Compostela	22 — VII — 1705
72	Betanzos	22 — VII — 1705
73	Navarra	8 — IX — 1705
74	Montilla	2 — X — 1705
75	Segovia	3 — VII — 1706
76	Carmona	29 — IX — 1706
77	Giovani (D. Nicolás)	1 — VI — 1707
78	Vilches (D. Agustín)	1 — VI — 1707
79	Almansa	9 — VII — 1707
80	Alava	9 — VII — 1707
81	Guipúzcoa Nuevo	9 — VII — 1707
82	Vizcaya	19 — VII — 1709
83	Cataluña Nuevo	22 — VII — 1709
84	Aragón	6 — VII — 1711
85	Sada (D. Manuel)	6 — VII — 1711
86	Teruel	22 — VII — 1711
87	Cervera	1 — VII — 1715
88	Marina de Sicilia	Se ignora fecha

Orden	Nombres de Cuerpo	Fecha de creación
<i>Infantería Irlandesa.</i>		
89	Castelar (Marqués de)	1 — XI — 1709
90	Mac Aulif (D. Tadeo)	1 — XI — 1709
91	Liria (Duque de)	13 — XI — 1709
92	Comesford (D. Juan)	13 — XII — 1709
<i>Infantería Italiana.</i>		
93	Nápoles	1 — XI — 1572
94	Basilicata	29 — VI — 1658
95	Parma	26 — VI — 1680
96	Caetano (D. Tomás)	Se ignora fecha
97	Lettiero (D. Alejandro)	
98	Garaffa (D. Bernardo)	
99	Norttarbártulo (D. Pedro)	
100	Calvo-Rosso (Príncipe de)	
101	Milán	10 — IX — 1704
102	Sicilia	28 — X — 1704
103	Piamonte	27 — III — 1711
<i>Infantería Walona.</i>		
104	Venlloo	18 — VI — 1658
105	Gante	18 — VI — 1596
106	Ostende	14 — VI — 1653
107	Hainaut	1 — VI — 1655
108	Malinas	11 — XI — 1667
109	Charle-Roy	15 — II — 1689
110	Witemfeld (Conde de)	28 — VIII — 1689
111	Niwport	22 — III — 1695
112	Treffer (D. Claudio)	8 — III — 1699
113	Bournonville (Conde de)	18 — XII — 1701
114	Coupigny (Conde de)	
115	Scepeaux (Marqués de)	
116	Kerken (Barón de)	
117	Storff (D. Pedro)	
118	Fusileros de Flandes	
119	Boure	
120	Bruselas	1 — II — 1702

Orden	Nombres de Cuerpo	Fecha de creación
121	Boulenof	1 — II — 1702
122	Güeldres	
123	Namur	
124	Bruges	
125	Courtray	
126	Bravante	
127	Hainal (Conde de)	
128	Pasfeuquiers (Conde de)	
129	Amberes	
130	Wiland (D. Adrián)	

Poco tiempo debió durar vigente la citada relación de Regimientos de Infantería, ya que se tienen noticias que en fecha 20 abril de 1715 se implantó por el Gobierno de España una nueva reforma por la que se disolvieron un buen número de Cuerpos, quedando establecida la siguiente relación de regimientos:

Españoles.

	Reales Guardias Españolas.	19	Toledo.
	Reales Guardias Walonas.	20	Cuenca.
1	Fijo de Sicilia.	21	Armada.
2	Lombardía.	22	Burgos.
3	Mar de Nápoles.	23	Valladolid.
4	Galicia.	24	Murcia.
5	Lisboa.	25	León.
6	Bajeles.	26	Cantabria.
7	Zamora.	27	Asturias.
8	Soria.	28	Ceuta.
9	Castilla.	29	Osuna.
10	Saboya.	30	Valencia.
11	Jaén.	31	Marina.
12	Badajoz.	32	Málaga.
13	Toro.	33	Santiago.
14	Guadalajara.	34	Navarra.
15	Granada.	35	Almansa.
16	Sevilla.	36	Cataluña.
17	Costa.	37	Aragón.
18	Córdoba.		

Italianos

- | | |
|-------------|----------------|
| 38 Nápoles. | 41 Sicilia. |
| 39 Parma. | 42 Basilicata. |
| 40 Milán. | |

Irlandeses.

- | | |
|-----------------------------|---------------------------|
| 43 Comesford (D. Juan). | 45 Vendome. |
| 44 Mac-Aulif (D. Demetrio). | 46 Castelar (Marqués de). |

Walones

- | | |
|-----------------------------|--------------------------|
| 47 Venlloo. | 54 Fusileros de Flandes. |
| 48 Gante. | 55 Bruselas. |
| 49 Hainaut. | 56 Güeldres. |
| 50 Ostende. | 57 Bruges. |
| 51 Malinas. | 58 Courtray. |
| 52 Charle-Roy. | 59 Bravante. |
| 53 Luxemburgo (a. Niwport). | 60 Amberes. |

Uniformes.

En términos generales, el vestuario de las tropas de la Infantería consistía :

— Una camisa, un par de medias blancas de estambre, dos corbatas, un sombrero con galón de estambre, presilla y *pedrada* (escarapela), casaca, chupa y calzón.

— Correa consistente en un cinturón de piel de buey curtida (llamado *bredicu*) (5), una cartera con tapa de baqueta de Moscovia y cierto embudo para colgar la bayoneta y el espadín, cosido por el lado izquierdo del cinturón.

— Además, el soldado estaba provisto de un frasco o *cebador* de *madera del aire*, o de asta, con el cuello de cobre, para cobar la cazoleta, colgado de una correa que iba del hombro izquierdo al derecho.

Los granaderos normalmente portaban una bolsa de cuero para

(5) Cinturón para llevar ceñido el espadín.

resguardo de las granadas de mano que utilizaban en el combate ; tal bolsa colgaba de la correa portadora, así como un mechero de latón para animar la cuerdamecha.

Completaba el equipo de los soldados de Infantería un saco de lienzo o mochila que se llevaba sobre la espalda.

El pelo, por parte de la tropa, continuó llevándose largo, en crencha y sujeto por medio de una bolsa de cuero negro.

La prenda cubrecabeza experimentó la modificación de que los granaderos, en lugar de usar la *birretina* (6) o gorro con manga larga de paño, guarnecida por delante por una frontalera de piel de oso en cuyo centro se colocaba un pequeño escudo de metal con las armas reales, empezaron a utilizar el sombrero.

Igualmente se estableció la costumbre —que por cierto no fue muy duradera— de facultar a los Coroneles Jefes de unidad, para autorizar que el personal de la banda de tambores de su Cuerpo ostentaran la librea de la servidumbre de su casa, así como también se les permitió que en la banda del Tambor Mayor y en las cajas de guerra, se pudieran ostentar los escudos de familia de dichos Jefes de Cuerpo.

Por último, debe indicarse que el armamento de la tropa quedó reducido al fusil de chispa, la bayoneta y el espadín. Los Sargentos, en lugar de fusil, portaban como signo militar una alabarda.

Bastones de mando como distintivo del Arma de Infantería.

Por esta época se implantó el uso del bastón como distintivo del Arma de Infantería, con arreglo a las siguientes características generales :

El Coronel debía utilizar un bastón con empuñadura de oro o dorada. El del Teniente Coronel, que era del mismo tamaño y clase que el anterior, tenía el forro de plata blanca ; en cuanto al del Sargento Mayor, el casquete de dicho útil era similar al anterior, si bien liso por arriba, y lo mismo ocurría con los Capitanes de Compañía. Los Ayudantes lo deberían llevar con empuñadura de marfil y los Tenientes también, así como el Capellán. El Furriel Mayor, con puño de madera, y los Subtenientes, con casquillo también de madera o de cachumbo con un arillo de plata blanca ; por último, los

(6) Gorro de piel usado normalmente por los granaderos.

Sargentos se servían de un bastón corriente de madera, sin ningún adorno, al igual que ocurría con el Tambor Mayor.

Más adelante, por la Ordenanza General de 1768, el uso del bastón quedó limitado a los Jefes y Ayudantes efectivos, con exclusión de los reformados y graduados.

Pasado el tiempo, con la introducción de las *estrellas de divisas*, para denotar la efectividad, todo el personal militar quedó sin bastón, menos los Ayudantes; y en 1867 volvieron las cosas a su antiguo ser de 1767. El bastón o porra de Tambor Mayor, que se usó en siglos posteriores, es reminiscencia de los tiempos en que los Coroneles podían poner su propia librea a los tambores de su regimiento.

Durante el reinado de Fernando VI y sucesivos, nuevas disposiciones buscaron la reorganización más conveniente para el Arma de Infantería. Entre otras órdenes de menor interés debe consignarse la de 11 de enero de 1746, por la que dicha Arma quedó articulada en los siguientes Cuerpos:

Infantería ordinaria.

Regimientos	N.º de batallones
1. Reina	}
2. Castilla	
3. Lombardía	
4. Galicia	
5. Saboya	
6. Portugal	
7. Corona	
8. Africa	
9. Zamora	
10. Soria	
11. Córdoba	
12. Guadalajara	
13. Sevilla	
14. Granada	
15. Vitoria	
16. Lisboa	
17. España	
18. Toledo	
19. Mallorca	
20. Burgos	

Regimientos	N.º de batallones
21. Murcia	} 2
22. León	
23. Cantabria	
24. Fijo de Ceuta	
25. Asturias	
26. Navarra	
27. Aragón	
28. Fijo de Orán	
<i>Infantería Irlandesa.</i>	
29. Irlanda	} 2
30. Hibernia	
31. Ultonia	
<i>Infantería Italiana.</i>	
32. Nápoles	} 2
33. Milán	
<i>Infantería Walona.</i>	
34. Flandes	} 2
35. Bravante	
36. Bruselas	
37. Suizos... ..	
	6

Al subir al trono de San Fernando el Rey Carlos III, en el año 1762, entre otras disposiciones sobre el Arma de Infantería, se tomó la de organizar unas tropas ligeras que tomaron el nombre de «Voluntarios de Aragón y de Cataluña». Al mismo tiempo se ordenaba la extinción de los Cuerpos de «Fusileros de montaña», que venían existiendo desde 1735. Tales Cuerpos de voluntarios se organizaron al pie de otros tantos Regimientos con la siguiente constitución interna:

Plana Mayor.

— Coronel, Sargento Mayor, Ayudante Mayor, dos Abanderaos, un Capellán, un Cirujano, un Tambor Mayor y un Armero.

— Dos batallones a seis compañías cada uno de ellos. Las compañías constaban de: un Capitán, un Teniente 1.º, un Teniente 2.º, un Subteniente, cuatro Sargentos, ocho Cabos 1.º, seis Cabos 2.º, tres Tambores y 85 Soldados.

— *Armamento*: Escopeta del calibre de 20 balas en libra, bayoneta, pistola y canana.

— *Vestuario*: Chupa, gambeto (abrigo), de tipo aragonés o catalán.

Formación de otros Cuerpos.

Por R. D. de 19 de diciembre de 1765 se organizó el Regimiento de la «Princesa» y se ordenó trocara su nombre el de Castilla por el «Inmemorial del Rey» (28 de enero de 1776). En fecha 15 de marzo del mismo año quedó organizado el «Fijo de Badajoz», que poco después habría de tomar la denominación de «Extremadura». El 20 de mayo tuvo lugar la formación definitiva de los regimientos del «Príncipe» y el «Real Extranjero».

B. C A B A L L E R I A

Al subir al trono español el Rey Felipe V, las tropas de Caballería estaban muy lejos de poseer la fuerza y brillantez que tanto las habían distinguido durante los reinados de los Reyes Católicos y de Carlos V. Aunque era natural que el referido Instituto no dispusiera de las mismas posibilidades que en otros siglos pasados, ya que la aparición del arma de fuego en el campo de batalla había trocado la importancia de las Armas en beneficio de la Infantería. no cabe duda que, sin embargo, las tropas montadas precisaban una reorganización a fondo, como muy bien lo comprendió el Gobierno de S. M.

En su virtud, como primera medida, de orden general, se dispuso que la Caballería inicialmente se articulara en dos tipos: *Caballería*

Ligera y Dragones. Estos últimos en un principio tomaron una fisonomía mixta entre Caballería típica e Infantería montada, orientación un tanto desafortunada, como más tarde —al comentar los cuerpos de Dragones— podrá apreciarse. Pasado algún tiempo se formaron tropas de Húsares y de Coraceros, éstos de muy poca duración, quedando por último como organización más estable de la Caballería: la de *Línea* (carabineros y húsares) y los *Dragones*.

Ya bastante avanzada la centuria que ahora se estudia, en 1762, como se apreció la necesidad de disponer de unidades montadas verdaderamente ligeras para ciertos servicios de campaña (exploración y seguridad), se publicó un Reglamento con fecha 19 de febrero del citado año mediante el cual se crearon cuatro compañías ligeras en Castilla, dos en Aragón, dos en Navarra, cuatro en Extremadura y otras tantas en Andalucía. Más tarde, tales unidades agrupadas en escuadrones formaron lo que por entonces recibió la denominación de «Voluntarios a caballo de Castilla, Aragón, Andalucía y Extremadura», para terminar en fecha 10 de marzo de 1766, reuniéndose en un solo Regimiento que tomó el nombre de «Voluntarios de España», bajo el mando del Coronel D. José Parada.

Por último, y como final de este preámbulo, debe indicarse que la Caballería española, al igual que las tropas de Infantería, orientaron su organización hacia el modelo francés, esto es, unidades tipo regimiento; desapareciendo, paulatinamente, aquellos gloriosos Tercios que tanto brillo habían dado a España en reinados anteriores.

Reorganización de la Caballería de los Países Bajos.

Por mandato de Felipe V, el Marqués de Bedmar, a la sazón Gobernador General de los Países Bajos, publicó un Reglamento en 13 de abril de 1701 para los Cuerpos montados de guarnición en aquél país. En virtud de la citada disposición, las tropas de Caballería quedaron organizadas al pie de los regimientos franceses, a base de:

— *Una Plana Mayor*: Coronel, Teniente Coronel, Sargento Mayor, Capellán y Cirujano.

— *Un núcleo de tropas*: Cuatro escuadrones de a cuatro compañías cada uno. La plantilla de la compañía fue: Capitán, Teniente, Corneta, Mariscal de logis, trompeta y 35 caporales y soldados.

A fin de aumentar los efectivos montados, por la misma época, se dispuso la creación de los siguientes regimientos:

Dominación	Coronel	Fecha de creación
Croix	Príncipe Alejandro de Croix	16 — III — 1701
Apelterre	D. Alejandro Apelterre	} 17 — III — 1701
Dupuy	D. Felipe Dupuy	
Frerión	D. Antonio Jacinto Ducrot	
Ríos	D. Diego de los Ríos	
Fleaubeaucourt	Marqués de Fleaubeaucourt	

Por otra disposición que recibió el nombre de «Ordenanza de Flandes», fueron aumentados los efectivos de las compañías a caballo, si bien disminuidas en su número al agruparse por escuadrones (tres compañías por cada escuadrón). También modificó dicha Ordenanza el armamento, quedando como reglamentario para cada jinete: el mosquete, dos pistolas de arzón y una espada de gavilanes, larga, ancha y de dos filos, así como una porta-mosquetón, cartuchera o cacerina ceñida a la cintura, bandolera de ante y un frasco de pólvora para cebar, pendiente de una correa. Quedó en vigor el uso del *bridicu*, así como la mantilla y el tapafundas en la silla del caballo.

En cuanto al vestuario, igualmente fue tratado en la ya mencionada Ordenanza de Flandes, a base de: casaca, chupa, calzón, medias, botas con espuelas, bocabotín, corbata, dos camisas de lienzo, maleta, guantes de ante y sombrero apuntado con galón al canto, presilla y escarapela o *cucarda*.

Los Cuerpos fueron clasificados por sus divisas y se mandó a la tropa recoger sus cabellos —antes los llevaban en melena— por medio de una bolsa de baqueta.

Formación del Regimiento «Guardia de Italia».

En Italia se congregó lo más florido de la nobleza italiana para levantar a su costa y poner al servicio de la Corona española el referido Regimiento, cuyo primer mando se entregó al Coronel D. Francisco de Aragón.

Reorganización de la Caballería Peninsular.

En el año 1701, y más exactamente el 17 de octubre, S. M. ordenó se creara el «Regimiento Real de España», cuyo mando fue confe-

rido al Cardenal-Arzobispo de Toledo, D. Luis Manuel Portocarrero, y en 21 del citado mes aparece por primera vez en la organización del Arma una Compañía de Mosqueteros de la Guardia, compuesta por nobles flamencos bajo el mando del Capitán Conde de Ussel.

Continuando con la referida reorganización, en fecha 24 de diciembre de 1701, se tomó la decisión de que los ocho Trozos de caballos-corazas (7) existentes en España, se pusieran al pie de 500 plazas. Al mismo tiempo, el Rey Felipe V autorizaba para que se crearan los siguientes Cuerpos, cuya primera revista de Comisario tuvo lugar en el año 1703.

Regimientos creados en 1703.

Denominaciones	Coroneles	Fecha de creación
1. Gironella	Marqués de Gironella	2 — I — 1703
2. Mendivil	D. Rafael Díaz de Mendivil ...	16 — IV — 1703
3. Montenegro... ..	D. Juan Antonio de Montenegro	17 — IV — 1703
4. Moscoso	D. Baltasar Moscoso	4 — V — 1703
5. Narváez	D. Alejandro Pérez Saavedra } Narváez	
6. Villavicencio... ..	D. Rodrigo de Villavicencio y Negrón	2 — IV — 1703
7. Castilla	D. Juan de Tovar y Castilla } 8. Estrella	15 — VI — 1703
9. Reina	Conde del Real	
10. Real de Asturias	Duque de Veraguas } D. Francisco Ronquillo	22 — VI — 1703

Un regimiento llamado de «Cuantiosos» que guarnecía la costa andaluza y cuyo Comisario General fue el Marqués de Villadarias, quedó extinguido por este tiempo.

Los Tercios de Dragones.

Desde tiempos anteriores al reinado de Felipe V, existían en nuestro país —así como en otras naciones— unos cuerpos llamados de

(7) Más tarde tales unidades recibieron el nombre de Coraceros (N. A.).

«Dragones» destinados a cumplir promiscuamente *servirios alternativos a pie y a caballo*, es decir, una especie de Infantería montada, que, naturalmente, no gozaba de los elementos de acción suficientes para cumplir adecuadamente dicho servicio.

Muchas discusiones se han producido sobre quién fue el verdadero inventor de tales tropas; unos se inclinan por el francés Brissac y fijan como fecha la de 1550; otros conceden el mérito al Duque de Alba (1570); algunos dicen que fue el alemán Walhausen en 1616, y también existen opinantes que entregan tal mérito al suco Gustavo Adolfo (1630). La realidad es que, fuere quien fuese su inventor, en el siglo XVIII, época en que centramos este trabajo, existía un determinado número de unidades de Dragones, que en un principio fueron consideradas como pertenecientes a un Arma Mixta, que precisaban ser reorganizadas a fin de revalorizar su importancia.

En virtud de tales premisas, el Gobierno de S. M., por medio de una Ordenanza que vio la luz el 18 de diciembre de 1702, dispuso:

— Que los Tercios españoles tomaron una organización similar a la de los regimientos franceses a base de la siguiente plantilla:

Plana Mayor.

— Maestre de Campo, Sargento Mayor, Capellán, Cirujano y Guión.

Tropas.

— Tres escuadrones a cuatro compañías cada uno, debiendo tener cada compañía 35 jinetes.

— Que los referidos Tercios fueran declarados segundos Cuerpos de Caballería e Infantería para la alternativa con estas Armas.

— Que los puestos de tales tropas en campaña fueran siempre en vanguardia de la Infantería.

— Que su armamento consistiera en arcabuz de 10 a 12 balas en libra, con llave de pedernal. Espada de gavilanes de hoja ancha y de dos filos.

Más tarde, los efectivos de dichas unidades fueron incrementados hasta llegar a tener cada Tercio cinco escuadrones a dos compañías de 50 plazas.

Sin embargo, considerando Felipe V que el número de unidades de Dragones era un tanto reducido, en el año 1703 ordenó la recluta de tres Tercios más (dos españoles y uno irlandés), en virtud de lo cual fueron creados los siguientes:

Determinación	Fecha de creación
1. Tercio de D. Miguel Pons de Mendoza	2 — VI — 1703
2. Tercio de D. José de Camprodón	9 — VI — 1703
3. Tercio del Conde de Mahony	17 — VI — 1703

Vestuario, armamento y equipo.

Al desaparecer por entonces el armamento y equipo de la Casa de Austria, las tropas de Dragones fueron vestidas, armadas y equipadas, a la francesa, a base de:

Uniforme.

Casaca verde, chupa y calzón, según la divisa de su respectivo Cuerpo. Gorro de paño, que consistía en una especie de casquete en figura de media esfera de paño verde, y en su parte superior una borla blanca de seda floja; de la frente subía una frontalera de cartón o pergamino fuerte revestida de paño del color de la divisa, y guarnecida de un galón de seda blanca.

En lugar de botas, los dragones utilizaban botín de cuero flexible con trabillas. Banderola de ante amarillo, cruzado desde el hombro izquierdo al costado derecho, con una anchura de unos $2/3$ de palmo, con su correspondiente correa para asegurar el fusil.

Corbata blanca y en el hombro derecho una *dragona* de cordón de estambre amarillo con cabetes de metal.

Equipo del caballo.

Silla con borrenes, cubierta por una piel de carnero negro (en todas las compañías menos en la de granaderos, que era blanca). Tal piel servía para cubrir las pistoleras y, en su caso, dormir en el

campo. Mantilla y tapafundas del color de la divisa, con galón de paño del mismo color de la casaca y maleta.

Armamento.

Desaparecido el uso del arcabuz, los dragones fueron dotados de fusil de chispa, que se acomodaba al lado derecho, la boca hacia arriba y apoyando la culata en una especie de zapatilla de cuero, asegurando el arma desde la segunda abrazadera al borrén trasero por medio de una correa.

Bayoneta de dos filos, similar al cuchillo de monte, con mango de madera y vaina adherida al cinturón, en el que se hallaba, asimismo, el cartucho o cacerina, un poco inclinado hacia la cadera derecha. Frasco de pólvora de asta para cebar, pendiente de un cordón. Sable curvo, con vaina guarnecida y una pistola en la funda izquierda de la montura.

Los tambores y pífanos usaban el color del uniforme trocado con respecto al resto de la tropa.

Oficiales.

Los Capitanes se distinguían por medio de una faja —de hilo de plata— ceñida a la cintura, cayendo sus extremos sobre los pliegues de la casaca. Los adornos y cabos de la Oficialidad también eran de plata, menos las dragonas del hombro que eran de hilo de oro.

Cada Tercio llevaba su Guión correspondiente.

Creación de nuevos Regimientos de Caballería.

La R. O. de 17 de febrero de 1706, que entre otras cosas estableció una prohibición absoluta en el pase a Caballería de soldados procedentes del Arma de Infantería, también ordenaba la organización de los siguientes regimientos, todos ellos de Caballería de Línea:

Denominaciones	Coroneles	Fecha de creación
1. Reg. Ordenes Nuevo	Duque de Aveyro	10 — II — 1706
2. Reg. de Galindo	D. Luis Galindo	
3. Reg. de Sanguinetto	D. Antonio Sanguinetto Za-	11 — VI — 1706
4. Reg. de Cordova	yas	
5. Reg. de Orense	D. Jorge Blasco	5 — VII — 1706
6. Reg. de Sevilla	D. José Benito de Prado ...	
7. Reg. II de Granada	D. Felipe Ramírez de Arellano	19 — VIII — 1706
8. Reg. de Jaén ..	D. Juan Fernández de Guzmán y Bazán	6 — IX — 1706
9. Reg. de Ubeda y Baeza	D. Juan Pacheco de Padilla	2 — X — 1706
10. Reg. de Málaga	Marqués de la Rambla ...	
11. Reg. de Santiago	D. José de Cea Salvatierra	4 — XII — 1706
	Marqués de Lanzarote ...	14 — XII — 1706

Después de esta nueva creación, la Caballería nacional llegó a tener unos efectivos apreciables; así, al principio de la Campaña de 1707, el Arma llegó a contar con 46 Regimientos, que, a 384 jinetes cada uno, daban un total de 17.664 caballos. Y aún fueron superiores, ya que poco tiempo después se ordenó la creación de los siguientes cuerpos montados:

Denominación	Coroneles	Fecha de creación
1. Reg. Cuantiosos de Extremadura	Marqués de Lorenzana..	5 — IV — 1707
2. Reg. Pastor ...	D. José Pastor	9 — XII — 1709
3. Reg. Vendome.	D. Francisco Rivera	9 — XII — 1709
4. Reg. III de Granada... ..	Conde de Torrepalma	14 — XII — 1709

Repatriación de Cuerpos entre 1713.

Durante el citado año se ordenó pasaran a España los siguientes regimientos:

Procedentes de los Países Bajos.

1. De D. Luis de Acosta.
2. De D. Alejandro Cecille.
3. Del Conde de Beaumont.
4. De D. Gregorio Pimentel.
5. De D. Diego Pastour.
6. De D. Felipe Dupuy.
7. Del Marqués de Habocourt.
8. De D. Diego de los Ríos.
9. De D. Luis de Saa y Rengel.
10. De D. Jacinto Drucot.

Compañía de Guardias de caballos negros del Príncipe de Berghen.
Compañía de Guardias de caballos grises del Marqués de Sars.

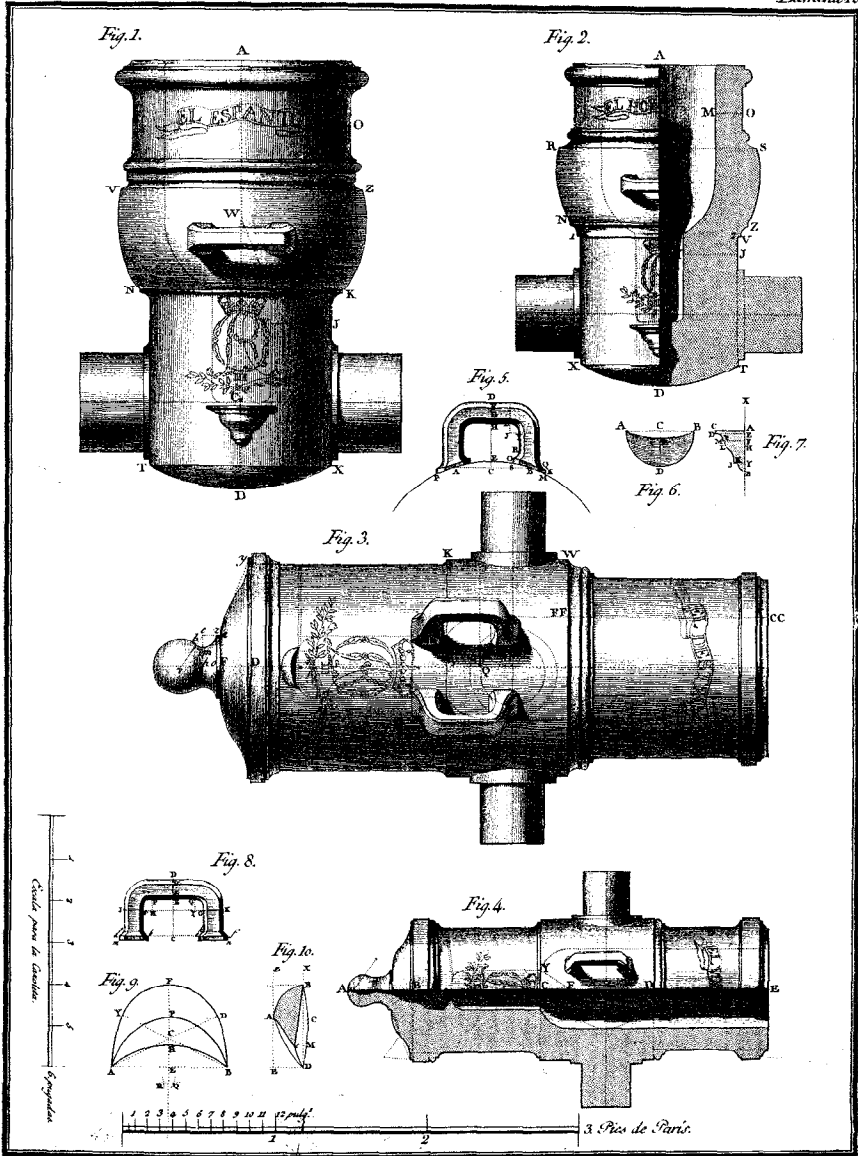
Procedentes de Sicilia.

1. De D. Domingo Luchesi.
2. De D. Miguel de Sada y González.
3. De D. Spíritu Paschaly.
4. Compañía de Guías.
5. Compañía del Preboste General.

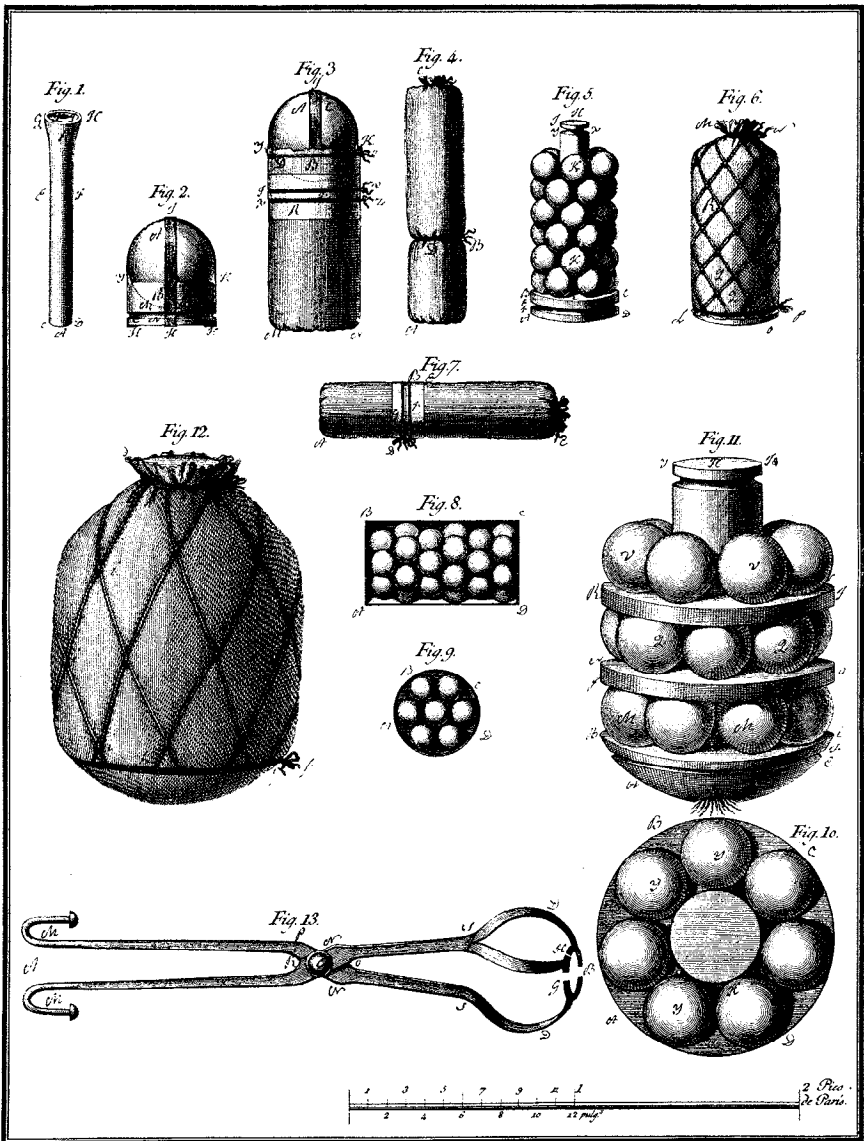
Guardias de Corps.

En fecha 21 de junio de 1704, Su Majestad el Rey Felipe V ordenó se creara el «Real Cuerpo de Guardias de Corps» en sustitución del antiguo Regimiento Real de España. Al mismo tiempo disponía se suprimieran las compañías de mosqueteros, sustituidas por Cuerpos de dragones.

Terminadas las campañas de los Países Bajos e Italia, y una vez incorporadas las distintas guarniciones a la Península, se ordenó, en fecha 16 de julio de 1714, se hiciera un alarde general para comprobar los cuerpos de Caballería existentes. El resultado de tal revista dio los siguientes efectivos:



Material de artillería de finales del siglo XVIII. Varios tipos de morteros que figuran en el tomo de láminas que acompaña al *Tratado de Artillería para el uso de los Caballeros Cadetes del Real Cuerpo de Artillería*, de don TOMÁS DE MORLA. (Madrid, 1803).



Junto con algún artificio de fuego y unas tenazas, aparece aquí un proyectil muy curioso de la época a que se refiere el *Tratado de MORLA*, de que se ha hecho mención en la lámina anterior: «la pollada».

Cuerpos de Caballería.

Denominaciones	Coroneles	N.º de Es- cuadrones
1. Reales Guardias de Corps	S. M. el Rey	8
2. Reina	Marqués de Crevecoeur	4
3. Real de Asturias	D. Vicente Fuembuena	4
4. Rosellón Viejo	D. Diego de Villaplana	4
5. Ordenes Viejo	D. Melchor Colón de Portugal	4
6. Rosellón Nuevo	D. Juan de Cereceda	4
7. Santiago	D. Ginés Hermosa Espejo	3
8. Milán	D. Manuel de Bustillos	3
9. Armendáriz	D. Juan Francisco Armendariz	3
10. Arduino	D. Antonio Arduino	3
11. Urive	D. José Urive	3
12. Fantaguzi	Conde de Fantaguzi	3
13. Pozo - Blanco	Marqués de Pozo - Blanco	3
14. Extremadura	Marqués de Paterna	3
15. II de Granada	D. Juan Fernando de Guzmán	4
16. Ordenes Nuevo	D. Gaspar de Venegas	3
17. Jaén	D. Agustín Venero	3
18. Bravante	D. Gregorio Pimental	2
19. Flandes	D. Luis de Saa y Rangel	2
20. Dupuy	D. Felipe Dupuy	2
21. Frerin	D. Antonio Jacinto Drucot	2
22. Ríos	D. Diego de los Ríos	2
23. Coraceros	D. Domingo Luchesi	2
24. Pastor	D. Diego Pastour	3
25. III de Granada	D. José Ruiz Calzado	3
26. Cecille	D. Alejandro Cecille	2
27. Beaumont	Conde de Beaumont	2
28. Estrella	Conde del Real	3
29. I de Granada	D. Lope de Hoces y Córdoba	3
30. Corral	D. Lorenzo del Corral	2
31. Cano	D. Gabriel Cano	2
32. Acosta	D. Luis de Acosta	2
33. Vendome	D. Francisco Rivera	3
34. Sevilla	D. Felipe Ramírez de Arellano	4
35. Zayas	D. Juan de Zayas	3
36. Raja	D. Vicente Raja	4

Denominaciones	Coroneles	N.º de Es- cuadrones
37. Colonna	D. Virgilio Colonna	3
38. Carvajal	D. Francisco Baltasar de Car- vajal	4
39. Málaga	D. José Cea Salvatierra	3
40. Velasco	D. Diego Velasco	3
41. Orense	D. José Benito de Prado	3
42. San Severino	D. Nicolás de San Severino	3
43. Lorenzana	Marqués de Lorenzana	4
44. Pastor	D. José Pastor	3
45. Quevedo	D. Juan de Quevedo	3
46. Pignatelli	D. Francisco Pignatelli	3
47. La Muerte	Marqués de Villalegre	3
48. Cuantiosos de la Costa	D. Germinio del Castillo	5

Compañías independientes.

1. Guías Capitán D. Miguel de Sada Gonzálcz.
2. Preboste General D. Spiritu Paschali.
3. Guardias de Caballos
 - Negros Príncipe de Berghen.
 - Grisés Marqués de Sars.
5. 1.ª de Húsares D. Juan Greck.
6. 2.ª de Húsares D. Bernardo Ventura de Cápoa.
7. Archeros del Preboste D. Juan de Quirós y Vitoria.
8. Aljanetes de Cádiz Se ignora.

En resumen, el Arma de Caballería por esta época, sumando los 48 regimientos y las ocho compañías independientes, arrojaba un efectivo de 18.528 caballos.

Siguiendo el natural orden cronológico, debe indicarse que al siguiente año, y con motivo de haber sido firmada la paz de Utrech (13 de julio de 1713) y el tratado de Rastadt (1714), se procedió a una sustancial reducción en los efectivos del Ejército y, por tanto también en las tropas a caballo, por lo que en tal época quedaron orgánicamente en actividad en el Arma los siguientes cuerpos:

1. Real de Asturias.
2. Reina.
3. Cano.
4. Granada.
5. Flandes.
6. Extremadura.
7. Corral.
8. Ríos.
9. Bravante.
10. Rosellón Viejo.
11. Real.
12. Urive.
13. Santiago.
14. Sevilla Viejo.
15. Armendáriz.
16. Pozo-Blanco.
17. Cecille.
18. Lafarina.
19. Zayas.
20. Rosellón Nuevo.
21. Carvajal.
22. Pignatelli.
23. Fantuguzi.

Compañías independientes.

1. Guardias de Caballos Negros.
2. Guardias de Caballos Grises.
3. Preboste de Cataluña.
4. Preboste de Extremadura.

Los regimientos de dragones tampoco escaparon a tales reducciones, desapareciendo los siguientes:

1. Regimiento de D. Melchor Enrique Fitz-Hardy.
2. Regimiento de D. Pedro Alejandro Cevallos.
3. Regimiento de D. Diego Pastour.
4. Regimiento de D. Bernardo Antonio Ferrari.
5. Regimiento del Duque de Sexto.

Nuevas denominaciones de los Cuerpos de Caballería.

A tono con la decisión tomada en 1707 de dar nombres fijos a las unidades de Infantería, en 1715 y mediante el correspondiente Reglamento, se dictaron normas similares para lo Cuerpos de Caballería. En virtud de tal disposición, las nuevas denominaciones fijadas quedaron señaladas de la siguiente manera:

Antiguas denominaciones en función de sus primeros Jefes	Nuevos nombres
1. Reina	Reina.
2. Asturias	Príncipe.
3. Rosellón Viejo	Borbón.
4. Atri	Farnesio.
5. Ordenes Viejo	Ordenes.
6. Milán	Milán.
7. Dupuy	Barcelona.
8. Cecille	Alcántara.
9. Santiago	Santiago.
10. La Farina	Malta.
11. Zayas	Calatrava.
12. Pozo Blanco	Montesa.
13. Sevilla	Sevilla.
14. Granada	Granada.
15. Bravante	Bravante.
16. Flandes	Flandes.
17. Armendáriz	Andalucía.
18. Real	Algarve.
19. Rosellón Nuevo	Rosellón.
20. Extremadura	Extremadura.
21. Urive	Salamanca.
22. —	Orán (nueva creación).
23. —	Sicilia (íd.).

Los cuerpos de dragones, en virtud de dicho Reglamento, igualmente tomaron una denominación fija a base de:

Antiguas denominaciones en función de sus primeros Jefes	Nuevos nombres
1. Viejo Verlío	Belgia.
2. Viejo Hartmand	Batavia.
3. Viejo Schaldon	Pavía.
4. Viejo Stenhuissen	Frisia.
5. Viejo Mendoza	Tarragona.
6. Viejo Camprodón	Sagunto.
7. Viejo Mahony	Edimburgo.
8. Viejo Grafton	Dublín.
9. Viejo González	Numancia.
10.	Lusitania (nueva creación).
11.	Ampurdán (id.)
12.	Rivagorza (id.)
13.	Francia (id.)
14.	Mérida (id.)
15.	Palma (id.)
16.	Llerena (id.)
17.	Cartagena (id.)
18.	Jerez (id.)
19.	Caller (id.)

En estos cuerpos se trocó el color del uniforme a base de sustituir su antiguo color verde por el amarillo, añadiendo a las casacas unas grandes solapas del color de la divisa del regimiento. Los clásicos gorros fueron sustituidos por sombreros apuntados con ribete de galón blanco. Se abolieron los cordones del hombro, siendo reemplazados por una segunda dragona de estambre blanco para la tropa y de plata para los Oficiales. Igualmente desaparecieron los fajines de red de plata.

Brigadas de Caballería.

Aunque la etimología de la palabra *Brigada* es antigua, en la Enciclopedia de Mellado (T. XVII, col. 579), entre una pequeña relación de vocablos del idioma español antes de la denominación

romana, figura la voz de *Briga* (ciudad o reunión de hombres); la realidad es que hasta el siglo XVIII tal denominación no fue empleada como expresión de una organización militar de un valor similar al actual (en Caballería especialmente y durante el reinado de Luis XIV de Francia, la voz Brigada, genéricamente expresaba una fracción o subdivisión de la Compañía, es decir, la escuadra o pelotón).

En la época a que nos estamos refiriendo, ante la conveniencia de agrupar bajo un solo mando táctico una mayor masa de jinetes que la que proporcionaba un regimiento, por medio del Reglamento de 18 de febrero de 1715, se ordenó la organización de las Brigadas de Caballería, compuesta por un *Mando*, desempeñado por un Brigadier —categoría intermedia entre el Coronel o Maestre de Campo y el General—, y dos regimientos.

Ya que una exposición detallada de las vicisitudes del Arma durante el resto de la centuria que se comenta, haría excesivamente extenso este estudio sobre la Caballería española, tan sólo indicaremos que las anteriormente citadas fueron las fundamentales, dado que en los siguientes reinados posteriores al de Felipe V, los restantes monarcas, en términos generales, mantuvieron la organización heredada con los consiguientes aumentos o reducciones, según cada época. Así, pues, se termina este apartado de Caballería, manifestando que en 1795, esto es, durante el reinado de Carlos IV, los uniformes que llevaban los cuerpos montados eran:

Regimiento del Rey:

Casaca, solapa y capa amarillas; cuello, vuelta y vivos morados; chupa, calzón y botón blancos; forro encarnado.

Regimiento de la Reina:

Casaca, solapa y capa amarillas; cuello vuelta y vivos azul celeste; chupa, calzón y botón blancos; forro encarnado.

Regimiento Almansa:

Casaca, solapa y capa amarillas; cuello, vuelta y vivos azul turquí; chupa, calzón y botón blancos; forro encarnado.

Regimiento Pavía:

Casaca, solapa y capa amarillas; cuello, vuelta y vivos encarnados; chupa, calzón y botón blancos; forro encarnado.

Regimiento Villaviciosa:

Casaca, solapa y capa amarillas; cuello, vuelta y vivos amarillos; chupa, calzón y botón blancos; forro encarnado.

Regimiento Sagunto:

Casaca y capa amarillas; solapa, cuello, vuelta y vivos verdes; chupa, calzón y botón blancos; forro encarnado.

Regimiento Numancia:

Casaca y capa amarillas; solapa, cuello y vuelta negros; vivo amarillo; chupa, calzón y botón blancos; forro encarnado.

Regimiento Lusitania:

Casaca, solapa y capa amarillas; cuello, vuelta y vivos negros; chupa, calzón y botón blancos; forro encarnado.

C. LOS CUERPOS FACULTATIVOS.

(ARTILLERÍA E INGENIEROS)

Artillería.

En el siglo XVIII, las tropas de Artillería experimentaron reformas sustanciales y de tanta importancia, que es posible afirmar que fue en esta centuria cuando comienza a organizarse seriamente el Cuerpo de Artillería española, base de lo que más tarde habría de transformarse en Arma de Artillería.

Tres aspectos u orientaciones tuvieron las reformas aludidas:

uno de tipo *orgánico*, otro de orden *técnico* y un tercero íntimamente relacionado con los materiales y, sobre todo, con su *ordenación*. Seguidamente, y por separado, aunque en forma de síntesis, estudiaremos las citadas tres orientaciones.

Organización.

No cabe duda que en el siglo XVIII se comenzó a tener conciencia de una manera clara y precisa, que la Artillería era un Arma combatiente de porvenir insospechado; sin embargo, como en todas las ideas renovadoras, por muy acertadas y brillantes que sean, su implantación tuvo un proceso relativamente largo, con las naturales altas y bajas.

Para darse idea de tal proceso orgánico, a continuación se incluyen algunos párrafos copiados de la Historia de la Artillería, cuyo autor es D. José Manuel Martínez Bande. El citado escritor militar, al señalar los antecedentes orgánicos de la Artillería española en el siglo XVIII, dice:

«En 1707 se fijó la plantilla de la Compañía de Artillería con la siguiente composición:

Un Capitán.

Dos Tenientes.

Dos Subtenientes.

Cuatro Sargentos.

Ocho Cabos (cuatro 1.^{os} y otros cuatro 2.^{os}).

Diez obreros.

Diez Minadores.

Diez Bombarderos, y

Sesenta y dos Artilleros.

Los bombarderos servían en los morteros y los artilleros en el resto de las piezas. Como vemos, la compañía venía a tener una estructura orgánica de una extensión similar a la de nuestras actuales baterías.»

«En 1710, sin conexión alguna con las compañías independientes de Artillería, se creó el primer Regimiento de la Real Artillería Española, a base de la siguiente plantilla orgánica:

Una Plana Mayor, compuesta por:

Un Coronel.

Un Teniente Coronel.

Un Sargento Mayor, y

Tres Ayudantes.

Unas tropas, fuertes, en:

Tres batallones de a 12 compañías, de las cuales tan sólo tres eran artilleros y el resto de minadores y fusileros.

Este regimiento atrajo hacia sí a las compañías de artillería de campaña y de sitio, aunque de momento no de forma absoluta, ya que la defensa de plazas y costas quedó encomendada a las compañías independientes.»

Siguiendo un orden cronológico, se debe mencionar el año 1717, en el que se redujeron a 31 compañías las unidades artilleras del citado Regimiento, si bien en compensación y para que el Ejército no perdiera su potencia de fuego artillero, se elevaron a 27 el número de compañías independientes, quedando dos de bombarderos (morteros) y una cuantía igual de minadores. Posteriormente, otras órdenes reales hicieron que el citado Cuerpo experimentara algunas otras variaciones.

En el año 1762 nuevamente varía la estructura orgánica del Regimiento de la Real Artillería al ver aumentados sus efectivos en dos batallones más.

Por esta época, los artilleros se agruparon en una organización de mayor consistencia militar, que tomó el nombre de *Real Cuerpo de Artillería*, a base del siguiente escalafón: 14 Coroneles, 17 Tenientes Coroneles, 70 Capitanes, 70 Tenientes, y 84 Subalternos.

Formado ya el mencionado Cuerpo, en 1775 ingresaron en él los artilleros residentes en América, que formaban, como antes en España, compañías sueltas e independientes, con lo que la unificación de todos los artilleros españoles fue ya realidad.

En 1787 se dota al tantas veces mencionado Regimiento Real de Artillería, de un 6.º Batallón, quedando todos los batallones en que se articulaba, a siete compañías de 100 hombres cada una.

Tales son los antecedentes orgánicos de las unidades artilleras en el siglo XVIII, de los que pueden desprenderse las siguientes mejoras:

Se definió cuál debía ser la unidad fundamental artillera, tanto en su aspecto orgánico, como de fuego y táctico.

Se organizó una unidad superior de Artillería mediante la reu-

nión de varias unidades fundamentales sujetas a un solo mando artillero.

Se estableció una adecuada diferenciación entre las distintas clases de artillería, con arreglo a sus misiones en el campo de batalla y a los materiales a emplear.

Técnico.

Bajo este interesante aspecto, debe indicarse que desde 1710, los Cuerpos de Artillería e Ingenieros, en honrada competencia, se esmeraron en ensanchar sus respectivas técnicas, creando para ello una serie de órganos de estudio de indudable importancia; entre otros pueden citarse las cuatro *Escuelas Prácticas* y las tres *Teóricas* que se instalaron en Aragón, Andalucía y Extremadura, que más tarde —en el año 1722— aún experimentaron ciertos incrementos.

Otro de los aspectos a señalar de indudable interés, y aún mayor si se tiene en cuenta la mentalidad de la época, es la creación, a propuesta del Coronel de Artillería D. Rodrigo del Peral, de las Reales Academias de Matemáticas de Cádiz y Barcelona, las cuales, tiempo después, sirvieron de fundamento y base del Real Colegio de Artillería de Segovia, de cuya organización más adelante se hablará.

La referida organización de dichas Reales Academias de Matemáticas, es de gran interés en todos sus aspectos *técnicos*, y, muy en particular, por señalar de forma un tanto patente, la preocupación de nuestros Cuerpos facultativos militares del siglo XVIII, por aumentar su nivel cultural. Sobre tal suceso, Almirante, en su Diccionario Militar, textualmente dice: «Cuando afirmamos que en gran parte del siglo XVIII a los dos *Cuerpos facultativos* —y algún jesuita, si se quiere— es debido a que no naufragasen en España, como otras cosas, los escasos conocimientos de ciencias matemáticas y físicas, muchos se han mostrado excépticos; pero la realidad así fue, como lo prueba el que la célebre Universidad de Salamanca en 1758 se opuso, por la voz del fraile trinitario Fray Manuel Bernardo de Ribera, al establecimiento de una Cátedra de Matemáticas que había de dirigir el famoso D. Diego Torres, el cual, nombrado desde 1726, manifestó en 1762 que en la biblioteca de la sabia Universidad no había ni un libro ni un instrumento matemático.

En 26 de abril de 1726 se había desairado al Ingeniero D. Francisco Sobrecasas, que pretendió explicar matemáticas en Zaragoza. En 28 de junio de 1737 a D. Manuel Burdazar, que intentó lo mismo en Valencia. En 23 de mayo de 1740 a D. Mateo Calabro, «por no permitirlo las escaseces del erario». En 1764 a D. Sebastián Caballero... Al proponer al Rey, en 21 de diciembre de 1756, el Conde de Aranda la creación de una Academia o Sociedad, decía: «Nunca en las matemáticas ha sobresalido España y de los pocos autores que de ellas, en general y en sus partes detalladas han escrito, sobre ser antiguos y escasos en sus explicaciones, se hallan ediciones...».

Como podrá comprobarse, es preciso conceder a nuestros Cuerpos facultativos (Artillería e Ingenieros) al menos el mérito de haber tenido por aquél tiempo la loable idea de pretender aumentar en el Ejército sus conocimientos científicos.

Real Academia de Artillería de Segovia.

La historia de tal Centro de enseñanza, primero con la denominación de «Colegio» y más tarde el de «Academia», constituye uno de los hitos fundamentales de la contextura técnica del Arma de Artillería.

En 1726 fue formada una Compañía de Caballeros Cadetes, con un efectivo de: un Capitán, un Teniente, un Subteniente, dos Brigadieres, cuatro Sub-brigadieres y 52 Alumnos. Como consecuencia de tal creación se ordenó se extinguieran, por considerarse innecesarias, las anteriormente citadas Reales Academias de Matemáticas, y en fecha 16 de mayo de 1764 se decretó que el referido Centro Militar de Enseñanza se instalara en el Alcázar de Segovia. Ante la presencia del entonces Director General de la Artillería Española, el Conde de Gazola, y de profesores y alumnos, se inauguró el curso escolar mediante un bien documentado discurso a cargo del Padre jesuíta D. Antonio Eximeno. Mediante tal acontecimiento quedaba establecida sólidamente la unificación de la enseñanza de los futuros mandos artilleros en el Ejército español.

Ordenación de la Artillería.

En esta centuria, la ordenación artillera también experimentó algunas reformas valiosas de interés. Herencia de los siglos XVI y

xvii —más constructores que ordenadores en lo que a materiales artilleros se refiere— fue el exceso de tipos y calibres en las piezas, resultando forzoso que los artilleros del siguiente siglo se vieran precisados a buscar una fórmula viable para unificar y reducir el número de modelos.

En general, antes de conseguir el ordenamiento preciso, la distinción entre piezas largas y cortas se hacía en relación con la misión táctica de tales materiales. Las bocas de fuego cortas servían para campaña y las largas para ataque a plazas fuertes, costa y asedios. Ahora bien, tal clasificación puramente teórica no estaba respaldada por la práctica, ya que en términos generales, la escala de piezas, aproximadamente, era:

Cañones largos	De 20 calibres en adelante.
Cañones cortos	Entre 20 y 15 calibres.
Obuses largos	De 9 a 15 calibres.
Obuses cortos	Entre 3 y 9 calibres.
Morteros	Hasta los 3 calibres.

Aunque anteriormente muchos habían sido los intentos de ordenar la Artillería, lo cierto fue que hasta la disposición dada en Francia en 1732 por inspiración del General Vallière, no fue posible conseguir reducir el número de tipos. A partir de tal Ordenanza, los que quedaron fueron los cinco siguientes modelos: de 24, 16, 12, 8 y 6 libras para los cañones, y de 12 y 8 pulgadas de pie de Rey para los morteros. Se hace mención de dicha disposición, ya que más tarde, en el año 1734, fue aceptada por España e incluida en su antigua Ordenanza.

Los crecientes deseos de los artilleros de la época en aligerar el peso de las piezas, fueron traducidos en una Ordenanza francesa, la de 1775, por inspiración del General Gribauval, bajo la base de separar perfectamente las piezas propiamente de campaña, de las de sitio. A tal fin, y siempre respetando en lo posible la Ordenanza de 1732 antes aludida, se llegó a una solución que, al ser recogida en 1783 por la nueva Ordenanza española, dejó establecida la siguiente discriminación:

Cañones largos de 24, 16, 12, 8 y 4 libras	} Para Plaza, sitio y costa.
Obuses cortos de 9 pulgadas comunes	
Morteros de 14, 12 y 7 pulgadas comunes	
Pedrerros de 19 pulgadas comunes	

Obuses cortos de 7 pulgadas comunes } Para campaña.
 Cañones cortos de 12 y 8 libras }
 Cañones cortos de 4 libras } Para montaña.

ARTILLERÍA ESPAÑOLA AL APARECER EL RAYADO (1)

Clase de piezas	Material de fundición	Calibre en cms.	En pulgadas	En libras	Longitud en calibres	Servicio	
Cañones	Hierro	28	—	150	18	Costa	
		16	—	24	20		
		13	—	16	20		} Plaza, sitio y costa
		12	—	12 largo	23		
	Bronce	12	—	12 corto	16	Campaña	
		10	—	8 largo	23	} Plaza, sitio y costa	
		10	—	8 corto	16		
		8	—	4 largo	25	} Campaña	
		8	—	4 corto	16		
		8	—	4 muy corto	8		Montaña
Obuses	Hierro	21	9 largo	—	11	} Costa	
		16	7 largo	—	10		
		21	9 largo	—	9	} Sitio y Plaza	
		21	9 corto	Moderno	3		
	21	9 corto	Antiguo	3			
	16	7 largo	—	10			
	Bronce	16	7 corto	—	3	} Campaña	
		15	5 largo	—	11		
		12	5 largo	—	11		
		12	5 corto	—	5		
10		4,5	—	6	} Montaña		
MORTEROS	Recámara cónica	Hierro	32	14	1	} Plaza, sitio y costa	
			27	12	1		
			16	7	1		
	Bronce	15	6,5	1			
		32	14	1			
		32	14 de plaza	1			
		27	12	1			
		24	10	1			
		16	7	1			
Pedrero	Bronce	43	19	1			

(1) Cuadro núm. 3 de la *Historia de la Artillería*, de Martínez Bande. Ediciones Escelcier.

No obstante, pese a dicha Ordenación, aún continuaron en usos otros muchos materiales antañones y de poco rendimiento. Sobre tal particular, y como demostración de tal afirmación, se incluye un cuadro publicado por Martínez Bande en su *Historia de la Artillería*, en el que se hace referencia de los materiales lisos de Artillería en España al aparecer el rayado de ánimas.

Tratadistas Militares sobre Artillería en el siglo XVIII.

Entre los muchos que podrían citarse, figuran como más sobresalientes en esta época, los siguientes: el Capitán D. Simón López (1703), D. Sebastián Labairu (1756), D. Lucrecio Ibáñez (1760), don José Infante (marino) (1773), y D. Juan Antonio Pintado (1782).

Ingenieros.

En lo que se relaciona con otra de las partes que componían el Cuerpo facultativo, el Ingeniero, debe señalarse que aunque sobre tal personal ya se tenía clara noción en el siglo xvi y posiblemente antes, dado que el origen del Ingeniero puede afirmarse es tan remoto como el de la guerra (ingenieros debieron ser los que inventaron y sirvieron las máquinas de guerra de la Antigua Tormentaria), la realidad es que, hasta el siglo que ahora se comenta, la citada voz de «Ingeniero» no tuvo uso oficial.

Según antecedentes, el primer Jefe o Ingeniero General de tal época fue el Mariscal de Campo, Marqués de Verboon; así como también se sabe que los primitivos grados profesionales de dicho Cuerpo eran: Ingeniero en Jefe, Segundo, Ordinario, Extraordinario y Delineador. Más tarde, en fecha 19 de octubre de 1756, los citados grados fueron asimilados a los empleos militares, tomando las denominaciones de: Coronel, Teniente Coronel, Capitán, Teniente y Subteniente. Y también debe indicarse que durante este siglo comenzó a funcionar como Centro de Enseñanza del Cuerpo de Ingenieros, una Academia que fue localizada en la histórica ciudad de Burgos.

BIBLIOGRAFÍA

- CONDE DE CLONARD: *Historia Orgánica*.
- ALVAREZ COQUE: *Historia Militar*.
- BALLESTEROS: *Síntesis de Historia de España*.
- ZABALA: *España bajo los Borbones*.
- VILLAMARTÍN: *Obras Selectas*.
- MARTÍNEZ BANDE: *Historia de la Artillería*.
- BERTRAND: *Historia de España*.
- ALMIRANTE: *Diccionario Militar*.
- Artículos diversos publicados en la Revista de Historia Militar del Servicio Histórico del Ejército.

EL TEATRO DE OPERACIONES DE ARAGON HASTA LA GRAN OFENSIVA ROJA SOBRE ZARAGOZA

por JOSE MANUEL MARTINEZ BANDE
Teniente Coronel de Artillería del Servicio Histórico Militar

EL ALZAMIENTO Y LA FIJACIÓN PRIMERA DEL FRENTE ARAGONÉS

Aragón en los planes generales del Alzamiento

En los planes definitivos del Alzamiento (1) correspondía a la 5.^a División una misión doble: asegurar el orden en su territorio y enviar sobre la capital de la nación una fuerte Columna, que tendría como eje de marcha la carretera de Madrid a Zaragoza. Se suponía que en la 3.^a División (Valencia), el Alzamiento triunfaría sin dificultades, permitiéndose incluso el envío de dos columnas, una sobre Madrid y otra hacia Cataluña; y respecto a la 4.^a División (Cataluña), se creía que las fuerzas allí radicadas serían suficientes para mantener a raya a los numerosos revolucionarios y separatistas.

Ahora bien, al fracasar el Alzamiento en Cataluña y Valencia, la situación presentóse con colores muy distintos: en las Divisiones 3.^a y 4.^a fueron extirpados los focos de patriotas, y las masas, muy numerosas y fanáticas, se dispusieron inmediatamente a dominar la tierra aragonesa. La 5.^a División tuvo entonces que hacer frente a los enemigos del interior, envalentonados, y a los de fuera, no pudiendo por ello enviar por la carretera de Zaragoza a Madrid sino muy exiguos efectivos.

(1) Estos planes aparecieron en la circular del general Mola titulada *El objetivo, los medios y los itinerarios*, fechada el 25 de mayo. Puede verse en la *Historia de la Cruzada*, tomo III, Madrid, 1940, pág. 447.

El Alzamiento en la 5.ª División Orgánica

La 5.ª División abarcaba el 18 de julio de 1936 los territorios de las provincias de Huesca, Zaragoza, Teruel y Soria; pero esta última estuvo ligada, durante toda la guerra, al Teatro de Operaciones del Centro, por lo que aquí apenas si hablaremos de ella.

La División (general don Miguel Cabanellas), comprendía dos Brigadas de Infantería: la IX (general Alvarez Arenas, con el cuartel general en Zaragoza) y la X (general De Benito, con aquel cuartel en Huesca), una Brigada de Artillería y las tropas y servicios correspondientes. Los citados generales y la mayoría de los jefes y oficiales eran totalmente favorables al Alzamiento.

La guarnición era copiosa (2), pero sus efectivos aparecían muy reducidos. En efecto, los de la provincia de Zaragoza apenas si alcanzaban 1.600 hombres, incluidos fuerzas de la Guardia Civil y Asalto; los de Huesca eran menores aún, y los de las de Teruel y Soria prácticamente inexistentes.

El Alzamiento se impuso en Zaragoza, no sin esfuerzo, pudiendo considerarse como triunfante el día 22, mientras que en Calatayud se proclamó el estado de guerra el 19. Algunos pueblos de la provincia quedaron de momento en poder de los rojos, siendo liberados a viva fuerza sin grandes dificultades (3).

Huesca, capital, sufrió alguna revuelta que pudo considerarse definitivamente sofocada el 19. En Jaca la declaración del estado de

(2) «En el papel», la guarnición de Zaragoza era muy numerosa. En efecto, contaba con los Regimientos de Infantería Aragón número 17 y Gerona, 18; de Carros de Combate número 2, de Caballería Castillejos número 9, de Artillería ligera número 9, el Grupo de Defensa contra Aeronaves número II, el V Batallón de Zapadores, el de Pontoneros, el V Grupo Divisionario de Intendencia, V Grupo de Tropas de Sanidad y la 5.ª Sección Móvil de Evacuación Veterinaria.

En Calatayud estaba el Regimiento de Artillería ligera número 10.

En Huesca se encontraba el Regimiento de Infantería Valladolid número 20, y en Jaca, el de Galicia número 19.

En Barbastro radicaba la plana mayor de la 2.ª Media Brigada de Montaña, con uno de los batallones de la misma, el Ciudad Rodrigo número 4.

La guarnición de Soria consistía en la Caja de Recluta número 33, y una Comandancia de la Guardia Civil. Y la de la provincia de Teruel, de la Caja de Recluta número 34, más un reducido número de guardias civiles, de Asalto y Carabineros.

(3) Entre estos pueblos figuraban Gurrea del Gállego, Alagón, Egea de los Caballeros, Uncastillo, Gallur y Sádaba.

guerra ocasionó sangrientos incidentes, pero al final del 19 la situación en la localidad aparecía totalmente dominada. Barbastro, en cambio, quedó perdido para la causa nacional el día 20.

En Teruel, pese a la situación geográfica y a su falta de guarnición, y gracias a la decisión de algunos oficiales (4) y paisanos, triunfó el Alzamiento en la misma jornada del 20; aunque gran número de pueblos quedaron abandonados a sus propias fuerzas, siendo fácilmente dominado por los elementos extremistas.

La localización geográfica de la provincia de Soria y la ideología de la mayoría de la población eran factores altamente favorables, mas la vacilación de algún jefe impidió que hasta el día 20 no quedara decidida la suerte de la comarca para la causa nacional.

La situación inmediata tras el Alzamiento

Para darnos perfecta cuenta de la situación de la región aragonesa inmediatamente después del 18 de julio, debemos fijarnos en sus otras limítrofes, catalana, valenciana y central, donde el Alzamiento fracasó, por unas causas u otras, y en donde las masas revolucionarias eran cuantiosas y en extremo fanáticas. Sólo las espaldas de Aragón—Navarra y Castilla la Vieja— estaban seguras (croquis núm. 1).

Por otra parte, ante Cataluña y Levante el terreno aragonés únicamente ofrecía obstáculos defensivos al Norte—lo que sería pronto sector de Jaca— y al Sur, en torno a Teruel; mas esta última provincia aparecía rodeada por las de Cuenca, Valencia y Castellón, en poder del enemigo. En medio de las dos comarcas citadas quedaba el valle del Ebro, abierto, con las líneas de comunicación en dirección perpendicular al frente y sin más obstáculos que algunos cursos fluviales de escasa importancia, y más aún en el verano. Al Norte fueron rebasados pronto por las fuerzas rojas los ríos Segre, Cinca y Alcanadre, y al Sur los de Matarraña, Guadalope y Martín.

La línea definidora de la zona en que podía considerarse triunfante el Alzamiento apenas si aparecía de momento señalada. En algunas partes sólo se sabía que se poseían determinadas localidades, mas en otras ni siquiera eso, y grandes comarcas quedaban sin ocupar.

(4) Debe destacarse aquí al comandante don Virgilio Aguado, de la Caja de Recluta, hombre de decisión y temple ejemplares, verdadera alma del Alzamiento en Teruel, que fallecería en acción de guerra el 13 de agosto.

El enemigo

Para comprender la psicología, carácter y poder del enemigo de las fuerzas que se habían alzado en Aragón, debemos prescindir por completo de la organización existente antes del 18 de julio, tanto en Cataluña como en Valencia, ya que prácticamente se volatilizó todo el aparato político militar, siendo cubierto el vacío por la revolución en su sentido más amplio (5).

La Generalidad de Cataluña, presidida por Companys, se independizó totalmente del Gobierno de Madrid —en realidad casi lo estaba ya— nada más tener lugar el Alzamiento; pero su autoridad era ficticia frente a las milicias revolucionarias, particularmente las anarcosindicalistas (C.N.T.-F.A.I.).

Companys trató, sin duda, de legalizar este poderío extragubernamental bajo la única forma posible, que era incorporar al aparato legal aparente las organizaciones extremistas. A ello obedeció, sin duda, la creación por decreto de la Generalidad de 23 de julio de las «Milicias ciudadanas para la defensa de la República y la lucha contra el Fascismo y la Reacción»; denominación pomposa que pretendía dar un aspecto oficial a las fuerzas que estaban fuera de todo control. El mismo decreto nombraba jefe de las citadas milicias al comandante Pérez Farrás, y comisario de Defensa de la Generalidad a Luis Prunes y Sató. También se aceptaron los «Comités de enlace y dirección de las Milicias ciudadanas» y en toda Cataluña una serie de «Comités Locales de Defensa», que debían actuar de acuerdo con

(5) La 4.^a División estaba mandada por el general Llano de la Encomienda, las dos Brigadas de Infantería de que se componía por los generales San Pedro y Fernández Ampón, la de Caballería por el general Fernández Burriel y la de Artillería por el general Legorburu. Figura muy destacada a favor de la causa roja fue aquí el general Aranguren, de la Guardia Civil. En la guarnición de esta División había cuatro Regimientos y dos batallones de Infantería, dos Regimientos de Caballería, tres de Artillería, varias unidades de Ingenieros, Servicios, organismos y fuerzas de Orden público diversas. Llano de la Encomienda fue reemplazado por el general Aranguren el 14 de noviembre.

Al frente de la 3.^a División se encontraba el general Martínez Monje, mandando las dos Brigadas de aquella los generales Gámir Ulibarri y García Aldave. La guarnición se componía, fundamentalmente, de cinco Regimientos y un batallón de Infantería, un Regimiento de Caballería, tres de Artillería, un batallón de Zapadores, Servicios diversos y las fuerzas navales propias de la Base de Cartagena, aparte las de orden público y vigilancia de costas. El mando de la División pasó al general Miaja el 16 de agosto, y el 6 de octubre, al general García Gómez-Camínero.

un «Comité Central». Luego, el 6 de agosto, se crearía el «Comité de Milicias Antifascistas».

¿Quién manda en la región? Si hemos de hacer caso al teórico del anarquismo Diego Abad de Santillán (6), dicho Comité Antifascista «se convirtió en el único poder efectivo de Cataluña; el Gobierno de la Generalidad no era más que una apariencia». En él los anarquistas dominaban por tener amplia mayoría, ya que sus organizaciones proletarias eran las más poderosas, aunque había representantes de los otros grupos políticos. El anarquista García-Oliver se encargó de la «organización de guerra en el frente».

El propio Pérez Farrás, que marchó sobre Aragón con la Columna Durruti, según veremos ahora, apenas si tenía autoridad frente a García Oliver y el coronel Sandino, que el 2 de agosto había sustituido a Prunes y Sató (7).

Por lo que respecta a Valencia, ya el 21 de junio se nombraba, en Madrid, una Junta Delegada del Gobierno Central, o «Junta de Levante», presidida por Martínez Barrios, la cual era disuelta el 31 de octubre. Pero en realidad esta Junta careció de autoridad frente a un Consejo de Defensa gobernado, si así se puede decir, por las milicias, sus jefes y los diversos organismos políticos revolucionarios. No obstante, resulta mucho más difícil que en Cataluña señalar la estructura política valenciana en estos primeros meses de la guerra, por carecer la región de un Diario Oficial propio —como ocurría allí— y por la ausencia de libros sobre el tema.

No se poseen noticias fidedignas que hablen aquí de un mando militar, ni siquiera simbólico, como el de García Oliver o Sandino en Cataluña. Es seguro que no existió (8).

(6) DIEGO ABAD DE SANTILLÁN: *Por qué perdimos la guerra*. Imán. Buenos Aires, 1940; págs 46 y siguientes. Según este autor, el anarcosindicalismo representaba el setenta por ciento de los proletarios catalanes.

(7) El 9 de agosto, Sandino le decía al ruso Koltsov que todas las fuerzas armadas estaban subordinadas a él, y que en lo tocante a cuestiones generales él se ponía de acuerdo con Madrid. Pero al día siguiente, 10, Koltsov visita a García Oliver y escribe: «De él dependen, ahora, todas las milicias catalanas». (MIJAIL KOLTSOV: *Diario de la guerra de España*. Ruedo Ibérico, París, 1963; págs. 9 y 15).

(8) El general Gámir Ulibarri declaró haber tenido «el mando militar» del sector de Teruel, al menos en los primeros días de la guerra; pero no creemos fuese un mando realmente efectivo (GÁMIR ULIBARRI: *De mis memorias. Guerra de España 1936-1939*. Ediciones Estrella, París, 1939, pág. 14).

De esta forma la mayor parte de las columnas rojas que invadieron Aragón procedían de zonas en las que se carecía por completo de una organización política eficaz. Lo que explica que, pese a los enormes contingentes humanos, que en otro supuesto se hubieran adueñado fácilmente de las tres capitales aragonesas, éstas pudieron resistir, defendidas, junto con las tierras vecinas, por efectivos muy reducidos (9).

Resulta muy difícil dibujar el perfil, siquiera sea aproximado, de las columnas formadas en Cataluña y Valencia, y en ocasiones en la región central, en los días iniciales del Alzamiento.

Estaban constituidas a base de una masa informe de milicianos, casi siempre anarquistas, formadas caóticamente, sin unidad de mando ni jefes que merecieran este nombre y en medio de una total ausencia de disciplina (10). Algunos grupos de carácter separatista o socialista, poseían un conato de organización, no habiendo en los

(9) Según ABAD DE SANTILLAN: «en pocos días se inscribieron más de 150.000 voluntarios para luchar donde fuera preciso contra la rebelión militar»; y «a los dos meses había formado en tierra de Aragón un frente de más de 300 kilómetros, con 30.000 milicianos dependientes de varias columnas.

(10) No faltaron pomposos voceros de las virtudes, no sólo humanas, sino hasta militares de los milicianos catalanes y valencianos. He aquí un ejemplo: «Cada columna —como en el resto del frente— tiene libertad de movimientos, pero todas coordinan sus iniciativas. Son los típicos guerrilleros españoles adaptados al presente. Nadie los ha planeado; surgieron así por la fuerza de las circunstancias» (JOSÉ GABRIEL: *La vida y la muerte en Aragón*, Ediciones Imán, México, 1938, pág. 85).

La realidad era muy distinta, y los testimonios que podríamos suministrar aquí serían infinitos. «El orgullo de partido parecía más fuerte que el sentimiento de la defensa común... La derrota de un batallón era ridiculizada ante el grupo político a que pertenecía» (ARTURO BAREA: *The forging of a rebel*, Reynal Hitchcock, Nueva York, 1946, pág. 536). «La C. N. T., que formaba la médula de las fuerzas, deseaba con todo su corazón la derrota de sus enemigos políticos del P. O. U. M. y del P.S.U.C. Estos, a su vez, abominaban de los hombres de la C.N.T.». (JESÚS PÉREZ SALAS: *Guerra de España*, Méjico, 1947, pág. 132). Los milicianos abandonaban las posiciones que conquistaban, y no las defendían prácticamente. El titulado comandante Aberri, en *Hoy*, Méjico, número de 12 de agosto de 1939, habla de varios casos al efecto. Si un centinela cantaba en la noche y era reprendido por no mantenerse en silencio, contestaba: «¡No te preocupes! ¡Eso era en el pasado!». Si desertaba de su puesto alegaba que se iba a Barcelona, «para pasar allí el domingo», porque en el frente no había «nada que hacer». Todavía el 16 de febrero de 1937 el Jefe de la División «Carlos Marx», José del Barrio, decía, hablando de las fuerzas que espontáneamente abandonaban el frente: «Estos hechos, que se repiten con peligrosa frecuencia, quedan siempre impunes...» (Archivo de la Guerra de Liberación, Documentación Roja, legajo 556, carpeta 6 bis).

primeros días fuerzas comunistas, más sí del P. O. U. M. o Partido Obrero Unificado Marxista (trotskystas). La figura de Buenaventura Durruti polarizaba el fervor y la atención general (11); pero era un anarquista más.

Aunque se hicieron oficialmente algunos llamamientos al poco de comenzar la guerra (12), las primitivas columnas estaban formadas exclusivamente por voluntarios, dados a la creencia de que la empresa de apoderarse de las tierras aragonesas era sumamente fácil.

Hubo además y desde el primer momento una buena afluencia de extranjeros, que cruzaban fácilmente la frontera, sin contar con los miles que se encontraban en Barcelona el 18 de julio, con el pretexto de tomar parte en la llamada «Olimpiada Roja», muchos de los cuales, aparte de contribuir a sofocar el Alzamiento en la ciudad condal, se prestaron a marchar inmediatamente al frente (13). Estos extranjeros formaron «grupos» o «centurias»; y centurias, y alguna vez

(11) En cuanto a la figura de Buenaventura Durruti, cabe decir que no estuvo falta de cantores. Por ejemplo, JOSÉ GABRIEL (Ob. cit., pág. 27), dice a este respecto: «¿Tiene muchos ascendientes entre sus fuerzas Durruti? Enorme. En Cataluña y Aragón, es hasta ahora el caudillo más prestigioso que ha creado la guerra». Por su parte, el libro de JOSÉ MIRA, *Los guerrilleros confederales. Un hombre: Durruti*, (Ediciones del Comité Regional de la C. N. T., Barcelona, s. a.), se dice (pág. 49): «El tiempo y los historiadores llegarán un día, recogiendo los hechos y las lecciones de nuestra historia revolucionaria, a plasmar en los libros la vida extraordinaria de Durruti». La vida de Durruti había sido un modelo de revolucionarismo anarquista, con asalto de Barcos y asesinatos diversos. Murió en noviembre, en el frente de Madrid, en circunstancias muy discutidas.

(12) El primer llamamiento se hizo el 30 de julio para los que se encontraban en los territorios de Cataluña y Valencia, en determinada situación, perteneciendo a los reemplazos de 1934 y 1935. Puede decirse que nadie acudió.

(13) ¿Cuántos eran los internacionales de la «Olimpiada Popular»? Se han dado aquí cifras diversas. Un dato de calidad puede ser el suministrado por el diario madrileño *Claridad*, de Largo Caballero, número de 21 de julio de 1936. Allí se dice que iban a tomar parte en la mencionada «Olimpiada» más de 3.000 «atletas extranjeros» y unos 15.000 espectadores. DOLORES IBARRURI (*Guerra y Revolución en España*. Editorial Progreso, Moscú, 1966, tomo I, pág. 143, nota) eleva la primera cifra a 4.000.

Sobre la participación de los internacionales de la «Olimpiada Popular» en la lucha en el frente aragonés hay numerosos testimonios. Puede consultarse al efecto, *Garibaldini in Ispagna* (sic) (Madrid, 1937), *Un año de las Brigadas Internacionales* (Comisariado de las B. I., Madrid, 1937), *Crónica de la guerra de España*, de LINO NOVAS (Madrid, s. a.), *La guerra en el frente de Aragón*, de «MÁXIMO SIRIO» JOSÉ MARÍA SOLER (Mi revista, Barcelona, 1937), *La vida y la muerte en Aragón*, de JOSÉ GABRIEL (Imán, Buenos Aires, 1939), aparte de otros. Entre la prensa es-

compañías, eran los nombres que se daban a las más pequeñas unidades formadas por españoles; rara vez batallones (14).

La casi totalidad de los milicianos catalanes se concentró en Barcelona; venían de los pueblos, y hasta de las otras capitales del antiguo Principado, e inmediatamente partían hacia Aragón. En las localidades por las que pasaban perdían un tiempo precioso saqueando y matando, aunque también es verdad que en ellas se les sumaban siempre otros voluntarios.

En estos primeros días de la guerra la enumeración de las Columnas ha de ser forzosamente muy breve: apenas si se tiene conocimiento de ellas, y sólo daremos noticias de las que constan de modo fidedigno.

La Columna de Joaquín Ascaso pasó por Lérida, llegó a Barbastro, donde se le unieron las fuerzas del coronel Villalba, que tenía el mando de la unidad allí radicada, y acto seguido se dirigió sobre Huesca: Villalba quedó en funciones nominales de jefe de Estado Mayor. Pronto se dispuso de algunas fuerzas de artillería, siendo la columna que contó con la colaboración de más grupos extranjeros. Dentro de la misma se distinguieron algunas fuerzas independientes, como la mandada por José del Barrio, que se movió por Tardienta y atacó Almudévar. El Cuartel General de Ascaso se estableció en Barbastro.

La Columna Durruti salió de Barcelona el día 23, pasando también por Lérida, pero desde allí se dirigió rectamente sobre Caspe, que

pañola de la época *La Vanguardia* (24 de julio 1936), *La Batalla* (16 septiembre 1936), y entre la extranjera, *L'Humanité* (18 octubre 1937 y 13 de julio de 1938).

En cuanto a las unidades formadas, la más importante fue la alemana «Centuria Thaelmann», organizada por el comunista Hans Beimler, la italiana (centuria o grupo) «Giustizia e Libertà», creada, según todos los indicios, por el emigrante de aquella nacionalidad Carlo Roselli, y la francesa «París» o «Commune de París». El citado libro *Un año en las Brigadas Internacionales*, habla de «un grupo de voluntarios judíos» y de «los primeros combatientes húngaros».

Aunque H. GÜNTHER DAHMS (*La guerra española de 1936*, Rialp, Madrid, 1966, pág. 150-151) asegura que los combatientes ingleses no llegaron a agruparse en una unidad independiente, haciéndolo en las del P. O. U. M., pero en el libro de DOLORES IBARRURI citado (tomo II, pág. 113) se asegura, y sus razones tendrá, que lo hicieron en la centuria «Thomas Mann».

(14) La organización anarquista era la siguiente: el Grupo se componía de 25 hombres; la Centuria, de 100, y la Agrupación, de cinco Centurias, un equipo quirúrgico y una sección de ametralladoras (era prácticamente un batallón). Los datos están tomados de la obra de JOSÉ MIRA, citada en otra nota, pág. 102.

ocupó el 25, marchando seguidamente a Bujaraloz, Pina y Osera, donde quedó detenida. Era la Columna más nutrida y, en cierto modo, más disciplinada, no por la presencia en ella del comandante Pérez Farrás, sino por el ascendiente que sobre todos ejercía su jefe. El Cuartel General se fijó en Bujaraloz.

De las fuerzas iniciales de Durruti se desligó pronto una nueva Columna, al frente de la cual iba otro anarquista, Manuel Ortiz. Su intención era atacar Zaragoza por el Sur del Ebro, siguiendo la ruta Azaila-Fuentes de Ebro. Dentro de aquélla, o poco después, actuaron las Columnas del coronel Martínez Peñalver y teniente coronel Mena, procedentes de Tarragona; que fueron probablemente los que llegaron a la zona de Utrillas, reforzando a sus mineros.

De Valencia partieron varias Columnas que se dirigieron, por Sargunto, sobre Teruel. Fue la primera la de Fernández Bujanda, a la que siguieron la titulada «De Hierro» (15) y la Benedito; mientras que por Cuenca apareció la mandada por Pérez Uribe.

La marcha de todas estas fuerzas era apoyada por los aparatos rojos, casi siempre dueños del aire, que a la vez bombardeaban las ciudades principales en que había triunfado el Alzamiento. Al frente de la Aviación catalana se encontraba el coronel Díaz Sandino, aunque la mayor parte de los pilotos eran extranjeros (franceses en su mayoría).

Los combates iniciales

La situación de la 5.^a División apareció inmediatamente como muy delicada. Tenía que defender un territorio sumamente extenso con escasos efectivos, no debiendo esperar gran cosa de los refuerzos que pudiera enviarle el general Mola, el cual tenía que atender a frentes muy diversos con una excesiva penuria de medios.

Sobre esta base el general Gil Yuste, que se hizo cargo provisoriamente de la División el 31 de julio, y luego el general Ponte, a par-

(15) La «Columna de Hierro» fue una organización cuya conducta cruel no oscurecía su hasta cierto punto pintoresquismo. En ella formaban parte muchos presidiarios condenados por delitos comunes y procedentes de la penitenciaría valenciana de San Miguel de los Reyes: la gran mayoría eran criminales empedernidos, a los que la guerra, naturalmente, no «regeneró». La militarización posterior de esta Columna no resultó fácil.

tir del 18 de agosto (16), utilizaron la única táctica posible: una acción dilatoria y elástica, que tenía por objeto fijar al enemigo en una línea, bien que fuese defectuosa y provisional, montando a la vez, lo más rápidamente, la defensa de los principales centros ciudadanos.

Pronto se delimitaron varios sectores, que consideraremos por separado (croquis número 1).

Sector de Jaca.

En los Altos Pirineos el frente quedó fijado en el valle del Gállego, cuyas dos vertientes fueron dominadas por las fuerzas nacionales; se llegaba hasta Pantiscosa, un poco a vanguardia de la línea general, siendo Sabiñánigo el punto principal que defender. A retaguardia, algunos destacamentos recorrieron los valles de Ansó, Hecho, Aragüés y Canfrac. La presión roja no se hizo aquí presente hasta el mes de octubre.

Sector de Huesca.

Entre las sierras de Loarre, Gratal, Gabardiella y Guara, por una parte, y la de Alcubierre por otra, quedó delimitado el sector de Huesca.

Esta ciudad figuró desde el primer momento como avanzada de un entrante muy peligroso en terreno enemigo, prácticamente sólo comunicado con la retaguardia propia por la carretera que unía aquélla con Jaca, ya que en la de Zaragoza se encontraba Almudévar en delicadísima situación muy próxima al frente. Atacada Huesca inmediatamente por sus propios elementos extremistas huidos y los de los pueblos vecinos, se desencadenaron fuertes combates, principalmente en la ermita de Santa Lucía, un kilómetro al norte. Vencidos los rojos de momento, se retiraron a las localidades próximas, en espera de refuerzos.

Fuera de Huesca el primer ataque importante de los rojos tuvo lugar sobre Almudévar. Obligados los escasos defensores del pueblo a

(16) El general don Miguel Cabanellas había pasado a presidir la Junta de Defensa Nacional, y el general Gil Yuste, a desempeñar misiones administrativas militares, siendo nombrado el 3 de octubre Jefe de la Secretaría de Guerra de la Junta Técnica del Estado.

refugiarse en el cuartel de la Guardia Civil, la situación llegó a hacerse angustiosa el 28; pero al día siguiente dos pequeñas columnas, procedentes respectivamente de Huesca y Zaragoza, dejaron expedita la carretera entre ambas capitales, liberando Almudévar.

Peor aún era la situación por el Este, es decir, por la carretera de Barbastro. En dicha ruta el puesto más avanzado era Siétamo, pequeña localidad a 12 kilómetros de la capital, que fue pronto bombardeada por la aviación roja y atacada por las fuerzas de Ascaso y Villalba (día 29 de julio). Un centenar escaso de hombres logró contener a más de tres mil, precedidos de varios autos blindados, hasta la llegada desde Huesca de una pequeña columna de socorro, que regresó luego a su base. Pero el 31 se repitió el ataque, con mayores efectivos y varias piezas de artillería, y la pequeña guarnición se encerró ahora en la Iglesia parroquial, resistiendo tres días, hasta que falta de víveres y municiones, logró romper el cerco y retirarse en orden. El 3 de agosto era recuperada la localidad por otra pequeña columna, mandada directamente por el general De Benito, causándose al enemigo, que dejó un buen botín, muchas bajas (17).

Sector de Zaragoza.

El sector de Zaragoza comprendía la parte central del valle del Ebro, entre las sierras de Alcubierre, al norte del río, y la de Cucalón, al sur del mismo: en realidad eran dos sectores distintos, separados por el cauce fluvial.

Al norte del Ebro, el avance de las fuerzas de Durruti fue lento, pues hasta el 8 de agosto no ocuparon aquéllas Pina, Osera y Leciñena, mientras que las fuerzas nacionales se establecían en Zuera, Perdiguera y Villafranca de Ebro.

Al Sur, las vanguardias de las milicias catalanas se presentaban a la vista de Caspe el 24 de julio. Algunos guardias civiles y paisanos mal armados trataron tenazmente de defenderse: se pidió refuerzos a Zaragoza, mientras se luchaba casa por casa, pero la contienda era demasiado desigual y el 25 se decidía a favor de los rojos.

Inmediatamente la Columna Ortiz se desbordó en todas las direcciones, sucumbiendo fácilmente Alcañiz, Híjar y Puebla de Híjar. Hubo luego forcejeos y combates a cargo de dos pequeñas colum-

(17) Formaba la columna un batallón del Regimiento de Valladolid, falangistas y requetés.

nas nacionales mandadas por los coroneles Sueiro y Monasterio en torno a Escatrón, Azaila, Sástago y La Zaida, quedando al final fijada una vaga línea que se apoyaba en torno a Quinto y Belchite, seguida del fuerte entrante de Fuendetodos.

Sector de Teruel.

El sector de Teruel se extendía desde la sierra de Cucalón a los límites con la provincia de Soria; era bastante montañoso y más fácil para la defensa que los de Huesca y Zaragoza, pero extraordinariamente extenso y con un peligroso trazado en cuña.

A pesar de lo reducido de su guarnición, prácticamente inexistente, se ocupó la zona minera de Libros el 24 de julio, fracasando, en cambio, el intento de apoderarse de la de Utrillas (jornadas del 22 y 24). Envalentonados los mineros de esta última, y, apoyados por parte de la columna Ortiz, conforme se dijo, se extendieron por los pueblos vecinos, cometiendo toda clase de desmanes. Aún quedaron, en tierra totalmente dominada por los rojos, los pueblos de Calaceite y Cretas, atacados por fuerzas catalanas el día 25, sin éxito; unido a los anteriores se encontraba Valderrobles, formando los tres un verdadero enclave en territorio enemigo, que pronto sucumbiría.

Sin embargo, el peligro mayor para Teruel venía de Valencia, por la carretera de Sagunto. Después de ser bombardeada varios días la capital por la aviación, el 28 de julio llegaba a Puebla de Valverde una Columna mixta de milicianos y guardias civiles, mandadas por el coronel Fernández Bujanda. Pero las divergencias existentes entre los dos elementos básicos de aquélla ocasionó una colisión entre los mismos (día 29), dispersándose los milicianos y pasándose los guardias civiles, en número de 411, a las líneas nacionales. Teruel tuvo, con ellos, un pequeño respiro.

En tanto, la zona roja de Utrillas había recibido refuerzos procedentes de Tarragona, al mando del coronel Martínez Peñalver y teniente coronel Mena, parte de los cuales conquistaron Muniesa, que fue rebasado.

Por estos días la columna Pérez Uribe, que sigue la carretera de Cuenca, ocupa Salvacañete y Torrebaja, mientras que por la de Sagunto avanzan las más peligrosas de todas: la llamada «De Hierro», y luego la Benedito.

LA FIJACIÓN DEFINITIVA DEL FRENTE
(agosto-noviembre, 1936)

Consideración previa

La fijación del frente aragonés puede darse por terminada en el mes de noviembre de 1936. Ya entonces existe una línea borrosa, llena de amplios trozos sin ocupar, pero que, con todos sus defectos, perfila perfectamente la separación entre los dos bandos en lucha (croquis 2, 3 y 4). Esta línea sufrirá ya en adelante, pocas variaciones.

Desde agosto a septiembre la tierra aragonesa conoce los frecuentes intentos rojos por apoderarse de las capitales, principalmente de Huesca y Teruel. La actividad es incesante.

Se incrementan, lenta pero constantemente, los efectivos nacionales y los rojos van rectificando, muy ligeramente, su inicial y caótica desorganización.

Las fuerzas nacionales y los propósitos del Mando

El día 22 de agosto hay ya 13.280 hombres embebidos en el frente, y entre las pequeñas columnas figuran las de los coroneles Civera y Sueiro (Teruel y Belchite), teniente coronel Rey (Almudévar) y comandantes Amado, Juvenois y Solans (Puebla de Alfidén, Zuera y Quinto).

El 29 de octubre el frente aragonés aparece ya organizado en sectores. Son éstos:

- 1.º Jaca. Desde la frontera a Ayerbe. Mando: coronel Caso.
- 2.º Ayerbe. Desde esta localidad a Zuera, excluida Huesca y su línea exterior. Mando: coronel Solans.
- 3.º Huesca y su línea exterior, es decir, desde Ayerbe a Alerre. Jefe: coronel Adrados.
- 4.º Zaragoza y su línea exterior. Desde Zuera a El Burgo de Ebro. Mando: teniente coronel Urrutia.
- 5.º Belchite. Desde Fuentes de Ebro a Cariñena. Figuran como jefes los coroneles Sueiro y Perales, «alternativamente» (18).

(18) Esta expresión se emplea en todos los documentos oficiales correspondientes a esta época. Representa una «curiosidad» de la guerra española.

6.º Calatayud. Desde Cariñena a Monreal. Jefe: teniente coronel Mariñas.

7.º Teruel y su cinturón defensivo. Desde Monreal del Campo al límite con la División de Soria. Mando: coronel Muñoz Castellanos.

Hay además una Columna móvil de operaciones, al mando del teniente coronel Galera.

Esta organización apenas si experimentará ya variaciones sensibles. En una relación fechada el 30 de noviembre se llama a los sectores «Circunscripciones». La segunda abarca, la plaza de Huesca y su «corredor», definido éste por todo el frente que se extiende desde el pueblo de Bolea al de Almudévar (excluido); mientras que la tercera discurre desde Almudévar a Zuera (ambos incluidos). Los mandos de las siete circunscripciones son, respectivamente, éstos: coronel Caso, coronel Adrados; comandante Pareja, primero, y luego teniente coronel Rey; teniente coronel Urrutia; tenientes coroneles Sueiro y Perales, «alternativamente»; teniente coronel Mariñas, y coronel Muñoz Castellanos. Los efectivos sobrepasaban los 28.000 hombres, y en Cuerpos de la guarnición había más de 3.000.

Por lo que se refiere a los propósitos del Mando, el general Ponte trató de dar a la situación por la que atravesaban sus fuerzas la mayor solidez posible. La parte principal de la defensa la basó en los siguientes puntos: contar con una reserva fuerte, móvil, perfectamente instruida y mejor mandada, que pudiese ser enviada instantáneamente donde fuera preciso; disponer de un buen servicio de información, y de una red de transmisiones adecuada, capaces de tenerle al corriente de las intenciones del enemigo y de la más pequeña novedad, y contar con abundantes medios de transporte, aptos para trasladar de una parte a otra los efectivos necesarios (19).

(19) Confróntese *Cuando Aragón era yunque*, trabajo del general Ponte en la revista «Ejército», número de marzo de 1940. La eficacia de la táctica seguida por el general Ponte se puso de manifiesto en una comunicación del presidente Largo Caballero al de la Generalidad de Cataluña, con fecha 18 de enero de 1937. Allí se dice textualmente: «Cuenta el enemigo, según todas las informaciones de este Estado Mayor, con diez o doce mil hombres en todo el frente de Aragón, incluyendo la guarnición de Teruel, de los cuales distribuyen seis o siete mil en lugares convenientemente elegidos ante nuestras posiciones, vigilándolas y fijándolas; y con el resto, transportados en camiones o en ferrocarril, según los casos, constituye un núcleo de maniobra y de choque, asestando golpes en nuestro frente allí donde lo considera más conveniente. Con esta táctica si el punto atacado resiste, se repliegan fácilmente para atacar por otros lados donde la resistencia sea menor. Si, como con

La constitución de la reserva constituyó preocupación constante del general Ponte; más durante algún tiempo apenas si pudo hablarse con propiedad de aquélla, ya que las pocas fuerzas disponibles se empleaban formando pequeñas Columnas circunstanciales, que se creaban y deshacían rápidamente.

El mando nacional tenía, con estos medios en la mano, que mantener una defensa activa, nunca estática. Siempre fue ese su propósito, pero a reforzarlo vino una decisión del Jefe del Ejército del Norte, general Mola, de fecha 10 de octubre. En ella se aludía a los problemas fundamentales para el Mando en aquella época, Asturias y Madrid, disponiendo que todo el frente aragonés se mantuviese en defensiva activa, con frecuentes incursiones y golpes de mano llevados a cabo con las mayores garantías de éxito, verificados durante la noche, preferentemente, para que el enemigo no contase con el apoyo de su aviación; y, refiriéndose a las ciudades de Huesca y Teruel, señalaba la conveniencia de tenerlas abastecidas para dos meses, con repuesto de municiones y debidamente fortificadas, a fin de que fuese posible su defensa a largo plazo.

Las fuerzas rojas

Merece la pena que nos detengamos algo en la composición de las mismas, extremo éste apenas divulgado (20). Una serie de pequeñas columnas, en las que era frecuente la presencia de internacionales, caracterizaban la organización roja, ausente de jerarquías militares propiamente dichas.

El frente de Aragón no quedó aquí estructurado en la misma forma que en la zona nacional. Allí se consideró que dicho frente se extendía sólo desde el Pirineo a la sierra de Lidón, con el pueblo de Rillo inclusive, ya en la provincia turulense; y a partir de aquí se pasaba al frente «de Teruel», que más tarde sería denominado «de Levante». En general puede decirse que el primero quedó nutrido con fuerzas

frecuencia sucede, desgraciadamente, no se resiste, avanzan decididamente, ayudados por la escasa consistencia de nuestras fuerzas. Resumen y objetivo principal del enemigo: entretener con diez mil hombres a cuarenta mil» (Archivo de la Guerra de Liberación, Documentación Roja. Legajo 55, carpeta 6 bis).

(20) La tarea no es fácil por ausencia de documentación. No obstante, creemos que los datos que se presentan —en ocasiones basados en la información nacional sobre el enemigo— son verosímelmente verídicos.

procedentes de Cataluña, y el de Teruel con otras de la región valenciana y de las provincias de Madrid y Cuenca.

En noviembre han desaparecido algunos nombres muy populares en el verano anterior: Durruti, muerto en Madrid; Ascaso, dedicado a tareas políticas en Caspe, como presidente del llamado Consejo de Aragón; Villalba, desplazado a Cataluña, con la misión secundaria de organizar en retaguardia tres Divisiones de reserva y depósito; Pérez Farrás, etc, etc. En cambio, adquieren cierta aureola nuevos nombres, unas veces de milicianos encumbrados y otras de militares profesionales.

En este mes de noviembre de 1936 el frente aparece cubierto, aproximadamente, por las siguientes columnas:

— Desde la frontera al sur del río Guarga, afluente del Gállego, por la Columna Pirinaica o del Alto Aragón, mandada por el comandante don Mariano Bueno.

— A continuación de la anterior y hasta el pueblo de Fornillos, por la «Roja y Negra».

— Alrededor de la plaza de Huesca, desde Fornillos a Pompenillo, aparecía un mosaico de grupos, de muy variada significación, cuyo jefe, en el mes de octubre, era el coronel italiano Vilisingi.

— Desde Pompenillo a Almudévar, la columna «Pí y Súñer».

— Hasta la sierra de Alcubierre, diversos grupos al frente de los cuales se hallaba José del Barrio.

— Desde la altura de Perdiguera y hasta el Ebro, la columna «Durruti», ahora a las órdenes del sargento Manzano, asesorado por un técnico francés.

— El pueblo de Quinto era defendido por la denominada columna «Hilario Zamora».

— Desde Quinto a Azuara estaba la columna «Ortiz», o «del Sur del Ebro», que ya nos es conocida.

— Desde Fuentetodos a Rudilla, la «Ferrer-Carod», teniendo por jefe militar al capitán Ferrer y por comisario el titulado Carod.

— Desde Segura de los Baños a Pancrudo, defendiendo particularmente las minas de Utrillas, la «Maciá-Companys», o número 4, a las órdenes del teniente coronel don Jesús Pérez Salas.

A partir de aquí se encontraban las Columnas valencianas, o del «frente de Teruel».

— La primera era la «C. N. T. número 13», extendida desde Rillo a Tortajada.

— A continuación desplegaba la «Torres-Benedito», o número 1, al sureste de Valdecebro, mandada primero por el coronel don Jesús Velasco Echave y luego por el comandante don Leopoldo Ramírez Jiménez, teniendo al final como comisario al teniente retirado Benedito, de gran popularidad entre los rojos.

— La columna «de Hierro», número 2 o «la Móvil», llegaba hasta el pueblo de Cubla, estando a caballo sobre la carretera Teruel-Valencia.

— La «Eixea-Uribe» (jefe teniente coronel don Manuel Eixea) abarcaba el frente Cubla-Bezas.

— Y finalmente la «Del Rosal», o del teniente coronel don Francisco Rosal Rico, con personal que procedía de la zona Madrid-Cuenca, se extendía desde Bezas a Royuela.

El número total de efectivos podía aquí cifrarse en 70.000 hombres, y el de piezas de artillería en 117, por lo menos (21).

(21) Daremos algún detalle de los posibles efectivos de estas unidades. La columna Pirenaica contaba con unos 2.200 hombres y una batería de 105. La «Rojo y Negro», con doce centurias anarquistas aproximadamente y dos piezas de 105. Alrededor de Huesca se encontraban, al menos, el batallón de Milicias Nacionales número 1, el de Ametralladoras número 4, la columna «Maurín» o del P. O. U. M., dos batallones de Montaña del Regimiento de Barbastro, una columna formada por 2.500 milicianos españoles y 750 extranjeros —el llamado «Grupo Internacional», compuesto al parecer, de unos 500 italianos, 200 franceses y 50 polacos— a las órdenes del italiano Roselli, y la columna «Los Aguiluchos», con 1.000 milicianos, guardias de Asalto y un grupo de italianos; en total, unos 11.500 hombres, como mínimo, con 30 piezas de Artillería. La columna «Pi y Suñer» estaba integrada por gentes del P. O. U. M. y U. G. T., algunos extranjeros y un grupo de guardias de Asalto; en total, unos 5.000 hombres, con 12 piezas de Artillería y bastantes armas automáticas. La columna «del Barrio» tenía, entre otras fuerzas, diversas centurias social comunistas, con varias ametralladoras y una batería de 75. La columna «Durruti» era la más fuerte de todas, estando constituida a base de 54 centurias de anarquistas y 3 de internacionales; unos 6.400 hombres en total, con 28 ametralladoras, 5 morteros, 3 baterías, ligeras y pesadas, y 6 blindados. La «Hilario Zamora» solo contaba con unos 1.000 hombres y, en cambio, siete piezas de 75 y 105. La «Ortiz», con 4.500 anarquistas, aproximadamente, restos varios de los regimientos de Chiclana y Almansa, personal de la Guardia Nacional Republicana (antigua Guardia Civil), y Carabineros, más una compañía de franceses, llamada «Francia» y un grupo de 200 alemanes; figurando, como armamento, aparte del portátil, 16 ametralladoras, 9 morteros, tres baterías de 75 y 105 y dos blindados. La «Ferrer-Carod» tenía unos 1.400 hombres, dos blindados y algunas ametralladoras. La «Maciá-Company», unos

Al oeste de Royuela sólo se localizaban fuerzas sueltas, que apenas si podían ser consideradas como guerrilleras.

De los jefes superiores apenas se tienen datos. Un Decreto del 15 de noviembre nombraba para el mando militar de las Columnas que operaban en el frente de Teruel al coronel Velasco Echave, dependiendo la Eixea-Uribe y Del Rosal directamente de Valencia.

La actividad operativa

Sólo nos referiremos a las principales incidencias.

Sector de Jaca.

Hasta el mes de octubre puede decirse que no se inició la actividad operativa en este sector. El día 11, el pueblo de Gavín fue ocupado transitoriamente, combatiéndose el 27 en las calles del mismo, sin éxito para los ofensores. Como contrapartida las fuerzas nacionales ocuparon Bentué de Rasal (día 12 de octubre) y Serué (16 de dicho mes).

El 27 de noviembre se combate en las calles de Gavín, pero los re-fuerzos llegados de Biescas y Jaca restablecen la situación.

Presión enemiga sobre Huesca y pérdida de Siétamo y Estrecho de Quinto.

El 30 de agosto la presión sobre Huesca, siempre viva, crece de modo alarmante. Siétamo queda pronto aislado y una pequeña columna de socorro no es capaz de restablecer la comunicación con Hues-

1.800 hombres, 25 ametralladoras, 28 fusiles ametralladores, varios morteros y 16 piezas ligeras. La «C. N. T. número 13», 17.000 milicianos a pie, 4 escuadrones del Regimiento número 8, numerosas armas automáticas, una batería de 105 y 4 carros rusos. La «Torres-Benedito», 4.000 hombres, bastantes ametralladoras, varios morteros, 20 piezas de 105, 124 y 155, y 16 carros rusos. La «De Hierro», unos 4.000 anarquistas y expresidarios de Valencia, restos de 6 compañías de Infantería y algunos franceses; en su armamento figuraban unas 27 ametralladoras, ocho piezas de 75 y dos carros. La «Eixea-Uribe», 2.500 milicianos, 12 ametralladoras, ocho morteros, una batería de 75 y dos blindados; libre de anarquistas, reinaba en ella una relativa disciplina. La «Del Rosal», unos 3.500 hombres, 11 armas automáticas, varios morteros, dos baterías ligeras y una antiaérea rusa y tres blindados.

ca. Otra columna, ésta al mando del coronel Caso, sale de Almuédvar y dando un rodeo establece contacto con Alerre, pueblo sobre el que ha de replegarse cuando trata de llegar hasta Huerrios y Cuarte, éstos ya en poder del enemigo.

La situación es gravísima, y Huesca parece estar a punto de sucumbir en manos del adversario, que da al poco, en sus partes, la caída de la capital aragonesa.

El 4 de septiembre se refuerza de nuevo la guarnición de Huesca, pero la presión enemiga continúa, quedando cortadas las comunicaciones con el llamado Estrecho de Quinto (22), que en adelante será abastecido gracias a la actividad de los aviones.

El 13 se retira la guarnición de Siétamo sobre el Estrecho de Quinto y Huesca (23) y el 15 se intenta, inútilmente, restablecer la comunicación con Monte Aragón.

(22) El estrecho de Quinto estaba formado por una serie de alturas, de gran valor táctico para la defensa de Huesca, que comenzaban en rigor, en el vértice Monte Aragón, para terminar en el vértice Loporzano (véase el croquis parcial del general, número 2).

(23) El heroísmo en la defensa de Siétamo es poco conocido. El 1 de septiembre la guarnición se componía de 194 hombres con dos piezas de 105 y seis ametralladoras. Frente a frente había varias columnas, con un total de unos 5.000 hombres, bien dotadas de ametralladoras y piezas de Artillería. El 31, tras una preparación muy intensa de Artillería y bombardeos de Aviación, una gran masa asaltante arrolló una sección de fusiles y dos ametralladoras que defendían el pueblo por el Norte. Siétamo quedó así incomunicado y cercado en sus mismas edificaciones.

El ataque prosigue muy cruento en los días siguientes, siendo castigadísimo el pueblo por la Artillería, y los escasos defensores se multiplican en su tenaz defensa. El 7 se combate en las calles, pero se consigue hacer huir al enemigo. En la noche del 9 éste vuelve a penetrar en el pueblo, a favor de los incendios que provoca en pajares y corralizas. Las casas son defendidas piso a piso y habitación por habitación. El 13, a las dos de la madrugada tiene lugar la evacuación, cuando el pueblo es ya una inmensa pira.

Las unidades que defendieron Siétamo eran: una compañía de fusiles y una sección de ametralladoras del Regimiento Infantería Valladolid número 20, ocho falangistas y ocho guardias civiles y una sección de Artillería de 105 (creemos que, dada la clase de material, del Regimiento número 10).

Confróntese *El asedio de Huesca*, del comandante ALGARRA, Talleres de «El Noticiero», Zaragoza, 1941; págs. 67 y sigs. En este interesante libro se da la fecha de 15 de septiembre para la evacuación de Siétamo; estimamos, sin embargo, que debió ser el 19 cuando aquélla tuvo lugar.

Sobre el heroísmo de los defensores de Siétamo dejaremos ahora hablar a sus enemigos: «Cada casa se había convertido en un fortín» (MIRA: Ob. cit., pág. 122). «Cuatro ataques ha sufrido Siétamo, y las fuerzas de la Guardia Civil de la línea

El 16 de septiembre se organiza una columna al mando del teniente coronel Urrutia, con mayores efectivos que los acostubrados hasta entonces (24), la cual marcha a Lupiñén. Y al día siguiente toma el coronel Beorlegui el mando del Sector de Huesca, a la vez que son incrementados los efectivos de la plaza (25).

El 18, la columna Urrutia sale de Lupiñén, llegando cerca de Cuarte, pero la lluvia impide proseguir el avance. Beorlegui progresa desde la capital, alcanzando al anochecer las alturas situadas al noroeste del Manicomio, que es cercado el 19; se trata de llegar hasta Monte Aragón, para desde allí establecer contacto con las fuerzas extendidas por el Estrecho de Quinto. El 20 se ocupa el Manicomio y se prosigue avanzando; más en los días siguientes el forcejeo es tan grande que prácticamente queda paralizada la progresión.

En tanto la situación del Estrecho de Quinto es desesperada, pese al heoísmo de la escasa guarnición. Aún puede ser socorrido por tierra en la noche del 28 al 29 de septiembre, burlándose la vigilancia enemiga, pero en la del 29 al 30 la posición es evacuada, después de destruir el material que no puede ser trasladado (26).

de Angüés y los falangistas, junto con los soldados, resistieron el impetuoso avance de las fuerzas leales, atrincherándose en las escuelas, en la iglesia y en el castillo del conde de Aranda... Se resistían los facciosos y las fuerzas leales atacaban con más brío. Por la parte del castillo del conde de Aranda pudieron escapar unos pocos fascistas. Los demás, cayeron en la lucha, en esa lucha que algún día recogerá con todos sus detalles la Historia» (JOSÉ MARÍA SOLER: «Máximo Sirio», *La guerra en el frente de Aragón*. Ediciones «Mi Revista». Barcelona, 1937, págs. 23 y 26).

(24) Llevaba un escuadrón a caballo, un grupo de ametralladoras, 300 falangistas, un batallón de Infantería (creemos que del Regimiento de Bailén), una batería de 75 y otra de 105. Pero probablemente estos efectivos fueron luego incrementados.

El 4 de octubre el teniente coronel Urrutia contaba con las siguientes fuerzas: un batallón del Regimiento número 19, 3 compañías de Carros, el tercio de Requetés «Virgen del Pilar», varias compañías de ametralladoras (se ignora cuántas) del Regimiento número 18, ametralladoras de la bandera «Palafox», cinco falanges, dos escuadrones y dos baterías de 75.

(25) El coronel Beorlegui había sido herido en las operaciones para la liberación de Guipúzcoa. Sin cicatrizar la herida acudió al frente de Huesca y su heroica despreocupación le llevó a la muerte, en los primeros días de octubre.

(26) Durante la noche del día 26 de septiembre fue la posición invitada a rendirse, contestando sus defensores con un violento ataque, que causó al enemigo más de 40 muertos, recogiendo un camión blindado, una ametralladora, 50 granadas, 18 fusiles y material diverso, a costa de 18 bajas propias.

Ocupación de la ermita de Santa Quiteria.

Almudévar se había constituido en lugar de desembarque de los refuerzos nacionales de la zona, siendo, pues, un punto muy sensible del frente.

El 14 de agosto fuerzas ligeras salidas de dicha localidad trataron de ocupar Tardienta, pero la reacción roja fue inmediata y muy fuerte, cortándose las comunicaciones entre Zaragoza y Huesca, que fueron luego restablecidas. También fracasó la intentona nacional para ocupar Vicién (28 de agosto).

Por ello, decidióse una operación de mayor envergadura, en la que dos columnas, de efectivos aproximados a 700 y 800 hombres, salieron el 19 de octubre de la estación de Almudévar y del pueblo de este nombre (27). La primera ocupó la ermita de Santa Quiteria, a 3 kiló-

La defensa estaba compuesta por dos compañías de fusiles mermadas, y una sección de ametralladoras del Regimiento de Infantería Valladolid número 20, una compañía de fusiles del Regimiento de Infantería Galicia número 19, 60 voluntarios de Santiago, una sección de fusiles del Regimiento de Carros de Combate, una batería de 75, una sección de 155 y una sección antiaérea. En total, había aquí unos 600 hombres al mando del comandante Ayaía, cantidad exigua desde luego. Las fortificaciones eran muy deficientes, por carecerse de útiles de zapador.

El Estrecho de Quinto fué bárbaramente martirizado por el fuego de toda clase de armas enemigas, siendo muy graves los problemas planteados sobre municionamiento, abastecimiento y evacuación de heridos. La aviación nacional coadyuvó cuanto pudo a mejorar la situación de los sitiados, arrojando municiones, material sanitario y alimentos, pero en cantidades insuficientes. El 26 de septiembre una mujer se presentó en las avanzadillas con una carta del general Villalba, invitando a la rendición. Al no ser ésta aceptada, se reanudó el ataque general con ímpetu redoblado. Ya el 22 de septiembre el coronel Beorlegui había autorizado la evacuación de la posición, pero no se quiso hacer uso de esta facultad hasta la madrugada del día 30, cuando ya se habían agotado prácticamente las municiones. En la evacuación hubo que romper a viva fuerza las líneas enemigas.

(Confróntese la obra citada del comandante ALGARRA, págs. 84 y sigs. En ella se dice que la posición estaba establecida a lo largo del kilómetro 8 de la carretera de Huesca a Barbastro, pero indudablemente es un error; se trata del kilómetro 9. Puede verse también el trabajo del capitán RAMOS RIPOLLS: *Convoyes de socorro*, en «Ejército», número de marzo de 1944).

(27) La que salió de la estación de Almudévar estaba compuesta por «fuerzas de la Mehal-la, una centuria de Falange, un escuadrón montado, una sección de ametralladoras del Regimiento número 18, una Batería de 75, una sección de Zapadores, una sección de Transmisiones, un pelotón de Sanidad y un pelotón de Intendencia», según el Diario de la 5.ª División. La que salió del pueblo constaba de 3 compa-

metros de Tardienta, excelente posición en las estribaciones norte de la Sierra de Alcubierre, mientras que la otra columna realizó una simple acción demostrativa sobre Tardienta, a la vez que se simulaba desde Huesca un ataque sobre Vicién. Al enemigo se le causaron bastantes bajas.

El 20, se llegaba a 200 metros de Tardienta, y el 21 se ocupaban posiciones entre Almudévar y Santa Quiteria, para impedir las infiltraciones enemigas. La posición de Santa Quiteria fue luego fortificada y densamente guarnecida. El 24 sufrió un ataque muy violento.

Ataque general a Huesca.

La posesión de Siétamo, primero, y el Estrecho de Quinto después, hizo pensar al coronel Villalba que había llegado la hora de lanzar el ataque decisivo sobre la capital de la provincia (28). Disponía de cuantiosos efectivos, cifrados en 17.000 hombres de infantería, apoyados por el fuego de 17 baterías de todos los calibres: efectivos entonces verdaderamente extraordinarios. Previamente dirigió a los defensores de Huesca y personal civil habitante de la misma una proclama. Villalba sería asistido en la dirección de la operación por técnicos extranjeros (29).

El 21 de octubre se hizo sobre la plaza una intensa preparación de Artillería, que duró tres horas, lanzándose a continuación al asalto las fuerzas de Infantería, que fueron rechazadas. La aviación nacional, dueña ya del aire, las castigó duramente, haciéndolas sufrir numerosas bajas. Al día siguiente se repitió la preparación artillera intensa y el ataque de la Infantería, apoyada por varios blindados; pero, como en la jornada anterior, resultó aquél igualmente infructuoso.

ñas de requetés, 4 falanges, 3 compañías del Regimiento número 19, una sección de ametralladoras y una batería de 75.

(28) Unos días antes el coronel Villalba había dirigido a los defensores y población civil de Huesca una proclama en la que se decía: «Habitantes y defensores de Huesca: Os habréis dado cuenta de que toda defensa de la ciudad es imposible e inútil. Si el día veinte del corriente mes no se rinde la ciudad, daré orden de que empiece un bombardeo de la misma por el aire, tierra y mar (*sic*), hasta que no quede piedra sobre piedra.—Villalba». Esta proclama, aparece inserta en el libro del comandante ALGARRA, antes citado.

(29) Concretamente, dos oficiales rusos, tres franceses y uno belga. Había, además, en el puesto de mando de Villalba —establecido en las alturas del Estrecho de Quinto— una nube de corresponsales y operadores de cine de todo el mundo.

Operación sobre Leciñena y la Sierra de Alcubierre.

La línea nacional se apoyaba aquí en Zuera, Perdiguera, Villamayor de Gállego y carretera a Barcelona hasta Villafranca de Ebro. La situación de Perdiguera era, pues, muy delicada.

El 4 de octubre el teniente coronel Urrutia, con una columna muy nutrida (30), realizaba un reconocimiento ofensivo al norte de Osera y Villafranca, más otro el día 8 hacia Farlete, partiendo de Villamayor, llegándose a 3 kilómetros de aquel pueblo. El 10 de octubre se destacaban nutridos refuerzos a Perdiguera, Zuera, Villanueva y Quinto, y en la noche de este día, partiendo de Perdiguera una Agrupación al mando del mismo teniente coronel, ascendía a las alturas que, por el Este, corren desde Perdiguera a Leciñena; mientras que otras fuerzas, saliendo también de Perdiguera ganaban las alturas, más lejanas, de la sierra de Alcubierre, para caer luego sobre el puerto de ese nombre. La operación culminó el día 12, en que las fuerzas nacionales entraban en Leciñena, después de causar al adversario un gran quebranto.

La reacción de éste se acusa muy fuerte a partir del día 14.

Actividad al sur del Ebro. Ataques a Belchite.

Belchite fue considerado por el enemigo, desde el primer momento, como uno de los puntos críticos del despliegue nacional, pues su situación en una extensa llanura, sin línea defensiva alguna, y en el vértice de un ángulo muy abierto, dejaba la localidad prácticamente indefensa.

Fue a partir del 16 de agosto cuando comenzó aquí una acción metódica y constante.

El 20 se perdía la estación de Azuara, en el ferrocarril de Zaragoza a Utrillas, a la vez que quedaba cortada la comunicación telefónica de Belchite con su retaguardia.

Las circunstancias obligaron a aumentar considerablemente la guarnición de dicha localidad, ya anteriormente reforzada, y al efecto

(30) La integraban el batallón número 19 (el parte de la 5.^a División no precisa más), 3 compañías de Carros, el Tercio del Pilar, 3 compañías de ametralladoras del Regimiento número 18, ametralladoras de la bandera Palafox, 5 falanges, 2 escuadrones y 2 baterías de 75 milímetros.

salió para la misma el 21 la Columna Sueiro, compuesta de más de 700 hombres, aparte de otras fuerzas (31). Cuando llegó a Belchite, trató de recuperar el vértice Lobo, recién abandonado, sin éxito, después de violenta lucha.

El 22 entran a Belchite más refuerzos. Se recupera y se pierde de nuevo la estación de Azuara y la lucha es muy reñida, pero al día siguiente se restablece la comunicación ferroviaria definitivamente, así como la telefónica.

Sector de Teruel. Operación sobre Sarrión.

El 8 de agosto fue nombrado Comandante Militar de la plaza el coronel Civera, que contaba con unos 870 hombres y una batería de 105 milímetros. El coronel Civera formó dos pequeñas columnas, de unos 200 hombres cada una, cuyos jefes eran los comandantes Aguado y Pérez del Hoyo.

Vista le peligrosidad de la concentración enemiga de Sarrión —la más considerable, sin duda—, el coronel Civera decidió atacarla, empleando estas dos columnas: la de Aguado avanzaría por la carretera de Valencia, mientras que la de Pérez del Hoyo se dirigiría a Mora de Rubielos, con el fin de envolver por el Norte Sarrión. Puede comprenderse que la empresa era de excesiva envergadura para las fuerzas que a ella se destinaban.

En la mañana del día 13 las dos columnas establecieron contacto con el adversario, y la del comandante Aguado logró llegar hasta el pueblo. Pero los rojos pidieron apoyo a su aviación y pronto varios aparatos bombardearon y ametrallaron las posiciones nacionales, mientras que, habiendo recibido refuerzos, iniciaban un movimiento envolvente por el flanco derecho (Sur) de la columna Aguado, que se vio obligada a emprender la retirada ante la superioridad enemiga después de perder su jefe la vida; lo mismo tuvo que hacer la columna de Pérez del Hoyo. De momento quedó un puesto avanzado

(31) La columna era muy heterogénea y se componía de una compañía del Regimiento de Infantería número 17, una sección de ametralladoras del mismo, 3 escuadrones pie a tierra, una sección de armas automáticas, 5 falanges, 2 secciones de Zapadores y un convoy de municiones y material de fortificación. También marchaba de Zaragoza una compañía de Asalto y una sección de Artillería de 105. El día anterior se había incorporado otra sección de Artillería, igualmente de 105 milímetros.

en La Puebla de Valverde, que luego se retiraba al puerto de Escandón.

Plan defensivo de Teruel.

La depresión ocasionada por el fracaso de esta operación fue, sin duda, considerable. Mas el Mando, acorde con las circunstancias, organizó en seguida un plan defensivo de la capital de cierta envergadura. En él se establecían puestos avanzados en Corbalán, Valdecebro, Castralvo, puerto de Escandón, Aldehuela, Cubla, Villel, Campillo y San Blas; con lo que Teruel quedaba defendida en profundidad con relativa consistencia. En sus afueras se fijaba una última línea de repliegue, construyéndose, aprisa, fortificaciones y barreándose los accesos.

Avance rojo sobre Teruel.

El 21, también de agosto, Villel sufría un fuerte ataque enemigo por tierra y aire, que obligaba a su evacuación; el puerto de Escandón era también duramente atacado y el día siguiente se perdía Corbalán. Cubla hubo de ser evacuada.

En esta situación, muy grave, particularmente por el dominio del aire por el enemigo, se hacía cargo del mando el coronel Muñoz Castellanos, quedando el coronel Civera de segundo jefe. Afortunadamente el 23 hacía acto de presencia sobre el cielo turolense la Aviación nacional, elevando el ánimo de los defensores y personas no combatientes.

Pero el 14 de septiembre y ante la presión adversaria, considerable, el puesto de la Guardia Civil de Perales de Alfambra se retiraba sobre el pueblo de Alfambra, que luego, igualmente, se perdía. En días sucesivos la creciente presión del enemigo, llevó a éste hasta el vértice Muletón, 5 kilómetros al Norte de Teruel, que quedaba así amenazada muy de cerca.

Al Oeste de la capital tenía lugar el 29 de octubre un fuerte ataque rojo sobre Albarracín, ilegando los autos blindados hasta la entrada de la localidad. Fuerzas salidas de Teruel restablecieron la situación, persiguiendo al enemigo.

LA LUCHA EN EL TEATRO DE OPERACIONES DE ARAGÓN
EN EL INVIERNO DE 1936-1937

Las fuerzas nacionales y los propósitos del Mando

Las variaciones que experimentaron aquéllas fueron escasas. En enero la llamada Circunscripción número 3 (de Almudévar a Zuera) pasaba a ser mandada por el teniente coronel Pareja, ascendiendo los efectivos totales, el 20 de marzo, a 35.189 hombres. En esta fecha la Circunscripción números 4 (Zaragoza y su «línea exterior»), 5 (desde el Ebro al pueblo de Vistabella) y 6 (desde Fombuena a Singra, por el Este, y con la comarca de Molina de Aragón, por el Oeste) estaban a las órdenes de los coroneles Perales, Sueiro y Urrutia. La artillería contaba, el 31 de marzo, con 131 piezas.

No cabe duda que el frente aparecía, desde el punto de vista nacional, muy fortalecido con relación a los meses anteriores, lo que sin duda influyó en los deseos del Mando en cuanto a las posibles operaciones a efectuar.

Así, por ejemplo, el 8 de febrero, el general Mola señalaba al Jefe de la 5.^a División Orgánica la misión de dar «la mayor actividad a las operaciones militares», figurando entre los objetivos inmediatos el alcanzar una línea fuerte que permitiera preparar la invasión de Cataluña, línea que bien podía ser la del Cinca; como complemento al avance se haría otro en el sector de Belchite, hasta llegarse al río Aguas, ocupándose Azaila como cabeza de puente.

Al día siguiente, el propio general Mola volvía a dirigirse al jefe de la División aragonesa, para recordarle la propuesta que le hizo el 27 de enero de ocupar la zona minera de Utrillas, «objetivo de gran importancia económica para nosotros y de quebranto para el enemigo».

La contestación del general Ponte a estos proyectos tienen fecha de 12 de febrero. El primer punto de aquélla se refiere a la rotura de la línea enemiga al norte del Ebro. Por la comarca de Huesca se considera muy difícil la operación, por la serie ininterrumpida de atrincheramientos muy perfeccionados (fortificaciones de Estrecho de Quinto, Barbastro, Monflorite y Sariñena, Monzón y Fraga) y la crudeza del tiempo, que impide maniobrar hacia el Norte. La elección de la carretera de Zaragoza por Bujaraloz a Lérida, como línea de invasión, haría la operación más asequible, pero una vez realizada

la progresión, el flanco norte quedaría constantemente amenazado, y aun el otro flanco.

En cuanto a la ofensiva por el sur del Ebro, se estima que la rotura del frente enemigo en el sector Quinto-Belchite será relativamente fácil, no siendo tampoco el avance sobre Alcañiz y Caspe demasiado difícil, tras vencer la resistencia que se encontraría en ambos puntos. Una vez ocupados Caspe y Alcañiz se podría iniciar la maniobra al norte del Ebro, atravesando el río por algún puente y envolviendo las fortificaciones rojas. Incluso podría llegarse al mar, siguiendo la línea de mínima resistencia y evitando el choque con la comarca de Gandesa, densamente protegida.

La ocupación de las minas de Utrillas lo considera el general Ponte todavía más factible. Aconseja romper el frente por Villanueva de Rebollar-Torre los Negros y una vez ocupado Vivel del Río-Portalrubio marchar hacia el Norte y Este, envolviendo así la zona Quinto-Belchite-Segura y facilitándose la progresión de las fuerzas nacionales que marcharían hacia Caspe-Alcañiz; o bien dirigirse sobre Montalbán, y una vez allí volver hacia el Sur, para caer sobre Sarrión y Albentosa, desbordando por el Este y Sur las fortificaciones del frente de Teruel. Desde Albentosa a Sagunto se estimaba que el avance sería relativamente fácil, pudiéndose aislar Cataluña de Valencia.

Es evidente que todos estos planes —en realidad estudios sobre posibles operaciones futuras— resultaban exageradamente optimistas, dados los escasos medios de que entonces se disponía. Pero el segundo es un verdadero antecedente de la Campaña de Aragón, que se llevaría a cabo triunfalmente en marzo-abril de 1938, lo mismo que el tercero; en tal sentido tienen verdadero interés.

Las fuerzas rojas y su reorganización

El 10 de enero de 1937 el Consejero de Defensa de la Generalidad de Cataluña, da una Instrucción en la que se decide constituir, a base de las Milicias, cuatro Divisiones, que llevarán los nombres de Ascaso, Carlos Marx, Durruti y Jubert, creándose con las fuerzas del Sector de Barbastro las dos primeras, con las de Bujaraloz la tercera y con las del sur del Ebro la cuarta. Y el 2 de febrero se dispone que el frente de Aragón debe estar cubierto por cuatro Divisiones y dos Agrupaciones de Montaña, desplegadas de Norte a Sur por el

siguiente orden: Agrupación Alpina, Divisiones Ascaso, Carlos Marx, Durruti y Jubert, y Agrupación Maciá-Companys (32).

Al terminar el invierno de 1937, que consideramos, las unidades rojas del frente aragonés, quedaban estructuradas en la siguiente forma:

— Columna del sector de Boltaña o Brigada Mixta de los Pirineos; era la vieja Columna Pirinaica o del Alto Aragón.

— División «Ascaso», que se extendía desde el pueblo de Arguís hasta Vicién y que absorbía las fuerzas que cercaban Huesca (División «Lenín»).

— División «Carlos Marx», desplegada desde Tardienta (inclusive) al pueblo de Alcubierre (inclusive). Su jefe continuaba siendo José del Barrio.

— División «Durruti», desde Alcubierre al río Ebro, unidad que había englobado la vieja columna de aquel nombre.

— División «Jubert», extendida desde el río Ebro hasta el pueblo de Herrera, habiendo absorbido a las columnas Hilario Zamora y Ortiz.

— Columna «Ferrer-Carod», que sin duda se resistía a desaparecer, pese a no figurar en el plan general de organización.

— División «Maciá-Companys», antigua columna de esta denominación.

El frente de Teruel estaba organizado a base de las siguientes Brigadas: XXII, en el Alfambra, y LXIV, en Barracas (esta última en organización), que ocupaban el puesto de la que la fue columna

(32) Cada División se compondría de 3 Regimientos de Infantería, 6 baterías, una unidad de Transmisiones, una compañía de Zapadores y algunos Servicios. La Agrupación Alpina estaría formada por 2 batallones y una batería de 105 de montaña, más unidades de esquiadores y alpinas, y la Agrupación Maciá-Companys a base de 2 Regimientos y una batería de 105 de montaña; ambas Agrupaciones tendrían, además, una unidad de Transmisiones y un grupo de Zapadores, organizados como unidades montañeras. Se debería, además, constituir las reservas precisas en las cuatro armas, ordenándose suprimir los títulos específicos de las unidades, sustituidos por los de los Regimientos a que quedaran afectas.

Además, en retaguardia había tres Divisiones, encargadas de la instrucción de los nuevos reemplazos y de nutrir las unidades del frente: 1.^a (Barcelona), 2.^a (Gerona) y 3.^a (Tarragona).

En las Divisiones citadas hacían caso omiso de la Brigada Mixta, unidad fundamental en el Ejército Popular, ya creada en octubre de 1936; ello, sin duda, como consecuencia del espíritu de rebeldía e independencia de la Generalidad.

C. N. T. número 13; LXXXI y LXXXII, en lugar de la columna Torres-Benedito, al norte y este de Teruel; LVII y LVIII, entre Cubla y Bezas, las cuales integraban la antigua columna Eixea-Uribe; y LIX, LX y LXI, que reemplazaban a la columna Del Rosal. Además, la llamada columna Confederal sustituía a la «De Hierro», encontrándose a caballo de la carretera Teruel-Valencia.

Los efectivos generales pueden ser cifrados, en esta época, en 61.000 hombres, con 1.075 armas automáticas y 132 piezas; aparte de las cuantiosas reservas existentes en retaguardia.

La línea del Cinca

Según una Memoria sin fecha, pero muy posterior a noviembre de 1936, perteneciente al Ejército del Este —del que luego se hablará—, a mediados de agosto de 1936, el Estado Mayor del Comité Central de Milicias Antifascistas de Barcelona dio orden al Jefe de los Servicios de Ingenieros de movilizar los medios necesarios para proceder a la fortificación de la línea del Cinca, en el frente de combate de Aragón. La fecha de esta orden habla con elocuencia de la moral de la retaguardia roja catalana al mes de iniciada la guerra.

La línea debía empezar en las inmediaciones de Tardienta (croquis número 1), siguiendo por la sierra de Alcubierre, para pasar al oeste de Bujaraloz y continuar por los Monegros, terminando en las cercanías de Caspe.

Más tarde se modificó el proyecto, disponiéndose que por el Norte llegara hasta Monzón y por el Sur hasta las inmediaciones de Gandesa, apoyándose en el Cinca (alturas al oeste del mismo) y las cuencas del Matarrañas o el Algas, «hasta dejar fortificada la entrada del Maestrazgo». Y en noviembre se decidió que se extendiera, por el Norte, hasta Boltaña.

Los primeros trabajos comenzaron el 25 de agosto, simultáneamente por los tres Sectores en que se dividió en principio la línea: Monzón, Fraga y Gandesa. En enero de 1937 dichos trabajos adquirían creciente ritmo, debido sin duda al definitivo mal cariz que tomaba la lucha en Aragón para las fuerzas rojas. Y en abril de 1937 la obra podía darse, sólo en principio, por terminada en su estructura general, aunque continuaría su perfeccionamiento durante bastante tiempo.

Ataques rojos sobre Teruel y su comarca

Aparte de algunas embestidas rojas en el sector sur de Zaragoza y en el saliente que apuntaba a Vivel del Río, la actividad general del frente fue escasa en la primera quincena de diciembre. El 20 de este mes la Columna Móvil (Galera) conquistaba Lierta, y el 21 Arascués, en el sector de Huesca; localidades que se perdían en los primeros días de enero.

Luego será Teruel y sus proximidades los que sufrirán los más rudos embates, en los que intervendrá como unidad roja principal la Brigada Internacional XIII (33).

Ya el 26 de diciembre se señalaba fuerte presión roja en la línea Corbalán-Celadas, preludio del fortísimo ataque tenido lugar el 27 en todo el perímetro defensivo de la capital. Este ataque continuará el 28, empleando los rojos ocho carros, gran cantidad de artillería y numerosas fuerzas de Infantería; Gea de Albarracín y Campillo quedarán cercados. Más en en la jornada siguiente —en que los marxistas utilizan 25 carros y 12 baterías— se restablecen las comunicaciones con ambas localidades.

El 30 se registra menor actividad, que aumenta de nuevo el día fin de año, particularmente sobre Mansueto, Villastar, Castralvo y Gea, quedando sitiados los dos últimos pueblos. El 1 de enero las embestidas se centran en la línea Conclud-Teruel, por el valle del Alfambra y estribaciones del Muletón, pero las fuerzas nacionales restablecen las comunicaciones con Castralvo y Gea.

Después de algunos ataques sueltos se reanuda la ofensiva general de los rojos en la noche del 12 al 13. Aprovechándose de la niebla ocupan algunas posiciones entre Teruel y el puerto de Escandón, el cual queda aislado; pero el 13 se vuelve a la situación inicial.

El 23, los rojos abandonan sus posiciones dominantes de la carretera del puerto de Escandón, que son seguidamente ocupadas por

(33) La XIII Brigada Internacional estaba en esta época a las órdenes del titulado «general Gómez», comunista alemán, apellidado Zeisser, estando formada por los batallones «Tchapaief», «Mickiewicz» y «Henri Grillemin»; los dos primeros eran eslavos y el último francés. La Brigada intervino principalmente sobre la línea Corbalán-Celadas, y luego frente a las posiciones Cementerio y Santa Bárbara, al nordeste de Teruel.

los nacionales; los cuales, el 23 y 27, realizan varias rectificaciones a vanguardia.

A partir de aquí el sector de Teruel entra en calma relativa.

Ocupación del saliente de Vivel del Río

El 13 de febrero fuerzas nacionales llevaban a cabo una incursión desde Villanueva de Rebollar sobre Segura de los Baños, prólogo de una acción de mayor envergadura, realizada por tres columnas, dos al mando de los comandantes Galera y Amado, siendo la tercera reserva del jefe de todas ellas, el teniente coronel Mariñas Gallego.

La operación comenzó el 18, en que se cortaron las comunicaciones entre Vivel y Segura, continuándose el 13, con la ocupación de Vivel del Río. El 20, se limpiaba de enemigos sus alrededores, entrándose, a la vez, en Fuenferrada.

Las posiciones nacionales se perfeccionan a vanguardia en días sucesivos, habiendo fuertes reacciones rojas el 23 de febrero.

La actividad en el frente durante el mes de marzo

La actividad en el mes de febrero es sumamente escasa en los sectores de Jaca, Huesca y Zaragoza.

Marzo sólo reconoce actividad sobre Huesca el día 17, en que tiene lugar un ataque realizado con rapidez e intensidad, ataque que es contenido y luego rechazado, gracias particularmente a la actuación de la aviación.

EL TEATRO DE OPERACIONES DE ARAGÓN EN LA PRIMAVERA DE 1937

Ojeada general

El frente aragonés, que ha estado en relativa inactividad durante el invierno de 1936-37, se anima al entrar la primavera. Los combates son diversos, en zonas alejadas, y culminan en la ofensiva sobre Huesca, llevada a cabo en junio.

La impresión que se tiene es que Aragón presenciará futuras grandes acciones, alcanzando la categoría de Teatro principal en la guerra

de España. A ello contribuirá, además, la creciente organización e incremento de las fuerzas, tanto nacionales como rojas.

Las fuerzas nacionales

Siguen divididas en siete Circunscripciones, estando mandadas por los coroneles Caso y Adrados, teniente coronel Pareja, coroneles Civera, Yeregui (a partir del 20 de abril, coronel Sueiro) y Urrutia, y general Muñoz Castellanos. Casi todas ellas se subdividen en sectores. Sus efectivos, el 10 de abril, suman en total unos 39.000 hombres, contando la reserva, o Columna Móvil del teniente coronel Galera.

En este mes de abril tiene lugar la reorganización de los Ejércitos nacionales, y la 5.^a División se transforma en V Cuerpo. A su frente sigue el general Ponte, con el coronel Gazapo como jefe de Estado Mayor, y la Gran Unidad se estructura en dos Divisiones, llamadas «de Aragón» —las números 1 y 2— más la de Soria, las tropas no divisionarias encuadradas en el territorio y los Servicios. Pero en realidad la División de Soria mantiene una casi total independencia.

El 14 de abril las Divisiones 1 y 2 son mandadas por los generales Muñoz Castellanos y Urrutia; estando aquélla desplegada desde el sur del Ebro, con dos Brigadas, a las órdenes de los coroneles Sueiro y Perales; y la número 2 extendida desde el Pirineo al puerto de Alcubierre, exclusive, con otras dos Brigadas cuyos jefes son los coroneles Caso y Ruiz Plasencia. Desde el puerto de Alcubierre al Ebro, se encuentra la llamada Brigada Mixta de Posición y Etapas (coronel Civera), y aparte se mantiene, como reserva general, la Brigada Móvil del teniente coronel Galera. Un estado de fuerzas de 30 de abril arroja un total de 40.318 hombres.

El 20 de mayo se cambiaba la denominación de las Divisiones 1 y 2, que pasaban a tener los números 52 y 51, respectivamente, continuando existiendo las dos Brigadas independientes antes mencionadas. Todas estas unidades cuentan con efectivos superiores a los que corresponde a su denominación (34).

(34) En efecto, las Divisiones tenían 14 unidades tipo batallón, aparte de alguna compañía suelta, un escuadrón de sables y un pelotón a caballo de armas automáticas, dos grupos de 75 y uno de 105, un batallón de zapadores y unidades auxiliares. La Brigada móvil, 10 unidades tipo batallón, tres escuadrones, 11 baterías, un batallón de zapadores y transmisiones. Y la Brigada de Posición efectivos correspondientes a 11 batallones y 4 baterías. Hay además, como tropas afectas a

Finalmente, el 30 de junio los efectivos totales eran de 48.730. Algunas ligeras variaciones en los mandos y en la organización de los sectores no resultan de mayor interés.

Las fuerzas rojas

Aplastada tras los llamados sucesos de mayo en Barcelona (días 3 a 8), la preponderancia de los anarquistas (35), que eran quienes más se oponían a dar a las fuerzas del frente aragonés una cierta cohesión y disciplina castrense, se crea, el 13 de mayo, el Ejército del Este, puesto a las órdenes del general Pozas.

Quedó disuelta la llamada, desde algún tiempo atrás, División «Lenin», que cercaba Huesca y aún tardóse bastante en infundir a todo el Ejército una organización, siquiera fuera aparente.

Estructurose aquél en tres Cuerpos de Ejército —X, XI y XII—, los cuales tenían, respectivamente, las Divisiones 43, 28 y 31; 26; y 25 y 30. El X Cuerpo se extendía desde la frontera al puerto de Alcabierre; el XI, llegaba hasta el río Ebro; y el XII, limitaba por el Sur con la sierra de Lidón. En total había 23 brigadas, algunas de reserva; pero en Cataluña se encontraban las Divisiones 32 y 44 con siete Brigadas.

este Cuerpo de Ejército, dos batallones, un grupo de artillería antiaérea y una agrupación de pontoneros.

(35) La lucha entre comunistas y socialcomunistas en Barcelona, durante la guerra, tuvo carácter endémico, alcanzando suma gravedad a partir de los últimos días de abril de 1937. El Consejo de la Generalidad, pese a deber su existencia y preponderancia al anarquismo, se vio obligado a llamar en su auxilio al Gobierno de Valencia para dar a aquél la batalla. El 3 de mayo comenzó la lucha en las calles de Barcelona entre las fuerzas de Asalto y Seguridad, socialistas y comunista (encuadrados en el P. S. U. C. o Partido Socialista Unificado de Cataluña) e incluso Izquierda Catalana por una parte, y F. A. I. y C. N. T. (anarcosindicalista) y P. O. U. M. (Partido Obrero de Unificación Marxista, trotskysta), por otra. El 4, el Gobierno de Valencia rescató las funciones de Orden Público, que tenía la Generalidad en virtud del Estatuto Catalán, y envió tropas leales por tierra y mar (en número de varios miles). Puestas todas sus fuerzas a las órdenes directas del teniente coronel Burillo, comunista, y del supremo del general Pozas, y pese a haber llegado del frente aragonés algunos contingentes anarcosindicalistas, la batalla se dio con resultado totalmente adverso para éstos, pudiendo darse por terminada el día 8. Unos 500 muertos y 1.500 heridos en el balance total de bajas. A partir de entonces la F. A. I. y C. N. T. tuvieron que someterse y el Consejo de Aragón fue disuelto el 11 de agosto. El P. O. U. M. fue sangrientamente suprimido.

En artillería se contaba, el 15 de junio, con 38 baterías.

En cuanto al frente de Teruel, creada que fue, ya a principios de la primavera, una Agrupación, con carácter de Ejército, dependiente del Ministerio de Defensa y cuyo jefe era el coronel don Jesús Velasco Echave (36), quedó integrado en tres Sectores: el del Norte, con tres Brigadas al mando de teniente coronel Francisco Galán, cuya jurisdicción se extendía hasta el pueblo de Valdecebro; el del Centro, a caballo de la carretera Teruel-Sagunto, mandado por el coronel Pérez Salas, y el del Sur, con dos Brigadas, establecido desde Cubla a Bezas (ambas inclusive), a las órdenes del coronel Eixea. A la izquierda de Bezas y hasta Royuela había tres Brigadas autónomas, y luego prácticamente estaba el terreno desguarnecido.

En esta primavera de 1937 continúan los trabajos de fortificación. En torno a Huesca llega a crearse un verdadero campo atrincherado, y se construyen otras varias líneas defensivas, con nombres pomposos: «línea Durruti», que se apoyaba en los pueblos de Liesa, Velilla y Pueyo, entre otros; línea «Vorochilov», que guardaba Tardienta, descendiendo luego hasta proteger por el Oeste y Sur, Torralba; línea «Lenin», a retaguardia de la anterior, defendiendo, entre otras, las localidades de Poleñino y Marcén, etc.

El estado de los trabajos de estas líneas y otras semejantes era muy vario, pero en general se derrochaba el material.

La actividad operativa

Consideración previa.

Caracterízase la lucha en el frente aragonés —siempre activo— en esta época de la guerra, por los enconados ataques rojos sobre Huesca durante la primera quincena de abril, y en la comarca de Teruel en la segunda quincena de igual mes, ataques que tienen por objeto paralizar la ofensiva nacional en el Norte y están sincronizados con los llevados a cabo en la Casa de Campo, del frente de Madrid, y en el sector de Peñarroya, en el frente andaluz; y por la ofensiva sobre Huesca, en el mes de junio, emprendida con el mismo fin de detener

(36) Un informe nacional, fechado el 25 de mayo, aseguraba que Velasco estaba asesorado por el coronel ruso llamado Fritz, y el teniente coronel mejicano Si-queiros; accidentalmente se encontraba en el frente de Teruel el general ruso «Paulov».

el avance nacional en Vizcaya, e igualmente sincronizada con un nuevo ataque a Peñarroya. Es decir, que tales embestidas pretenden tener un cierto alcance estratégico.

Es también nota característica de la actividad del frente aragonés en todo este período de la guerra la constante actuación de la aviación marxista, dueña aquí del aire, que bombardea las principales localidades y dificulta los movimientos de las fuerzas nacionales; y también, la acción de guerrilleros que, de modo disperso, realizan sabotajes sobre las vías de comunicación.

Actividad en el sector de Huesca (abril).

El 7 de abril, y en combinación con varios ataques llevados a cabo en el sector de Jaca, tiene lugar uno general sobre la circunscripción de Huesca. El 8 y el 9 se trata de cortar la carretera de Huesca con Ayerbe; pero el 12 se restablece la situación.

Algunos nuevos ataques y rectificación de posiciones nacionales, llevados a cabo en días sucesivos, revisten poco interés.

Pérdida y reconquista de Santa Quiteria (abril).

El 12 de abril, al amanecer, un fuerte ataque rojo por sorpresa consigue apoderarse de la ermita de aquel nombre y de varios puestos defensivos, dejando aislados los restantes, donde resisten sus defensores; pero algunos refuerzos enviados precipitadamente establecen de momento contactos con ellos; con todo, la situación se presenta grave. Mas el 13, el comandante Amado, al frente de una pequeña columna consigue levantar el cerco y reconquistar la ermita, después de causarle al enemigo gran cantidad de bajas.

La lucha en sierra de Alcubierre y Perdiguera (abril y junio).

En la madrugada del 9 de abril, los rojos, al amparo de la oscuridad, ocupan al asalto, con fuerzas muy superiores en número y después de intenso fuego de artillería, aviación y morteros, una posición en el collado de Alcubierre, sucumbiendo todos sus defensores (37), pero la posición es reconquistada al día siguiente.

(37) Los ataques tuvieron lugar a dos posiciones, las llamadas «segunda izquier-

El 16 de junio, y tras una serie de ataques en las jornadas precedentes, los rojos ocupan Monte Calvario y la ermita de Santa Cruz, cuatro kilómetros y medio al este de Perdiguera; mas en la misma jornada tres pequeñas columnas recuperan las posiciones perdidas.

La actividad en los sectores de Belchite y Calatayud
(abril y junio).

En estos sectores deben registrarse, como únicos hechos salientes, el golpe de mano rojo sobre la estación de Puebla de Albortón (29 de abril) y la ocupación de Aladrén (1 de junio), aunque sus defensores se refugiaron en una ermita próxima, donde se hicieron fuertes. En ambos casos la situación fue restablecida en las mismas jornadas.

La presión roja en el sector de Teruel (abril).

Se inicia el día 16 de abril en Gea de Albarracín y Celadas, continuando en la jornada siguiente sobre ambas localidades, más la de Concul. Los atacantes se apoderaron en Celadas de dos posiciones, una de ellas la importante de Santa Bárbara, habiendo a la vez grandes bombardeos de aviación sobre la capital turolense.

Prosigue la lucha en días sucesivos. El 18, las fuerzas nacionales pierden en Celadas dos posiciones más.

El 19 intervienen fuerzas de la Columna Móvil, tomando el mando de todas el coronel Rey D'Harcourt; se combate duramente sobre los mismos puntos, continuando los intensos bombardeos de la aviación roja. El 20 se trata de recuperar Santa Bárbara, sin éxito, retirándose las fuerzas en desorden hacia Caudé, batidas por la aviación y los carros, y sobre Villarquemado. Las pérdidas nacionales, en personal y material, son grandes, y la situación se hace crítica por momentos, lo que obliga a reorganizar las unidades actuantes.

La presión roja del día 21 es menor, pero el 22, fuertes contingentes, apoyados por carros de asalto y aviación, se lanzan violentamente, por cuatro veces, sobre las posiciones de Cerro Gordo, siendo en todas ellas rechazados y sufriendo gran número de bajas. La embestida se repite el día 24.

da» y «quinta derecha». En la «segunda izquierda», perecieron todos sus defensores, 74 falangistas que la ocupaban, más 25 de la Bandera Móvil de Falange que los habían reforzado. Estas creemos son las cifras exactas, frente a otras dadas por la prensa.

El 26, y previo intenso bombardeo de la aviación, las fuerzas nacionales recuperan el cerro de Santa Bárbara, que es luego fuertemente contraatacado en la jornada siguiente.

OFENSIVA ROJA SOBRE HUESCA
Y CONTRAOFENSIVA NACIONAL EN EL SECTOR DE JACA
(junio-julio)

Los propósitos del Mando

La orden de operaciones del Ejército rojo del Este de 8 de junio, señalaba que, para cortar la ofensiva enemiga en Vizcaya, se iba a llevar a cabo en el frente del Ejército una serie de ataques, el primero de los cuales consistiría en la ocupación de la plaza de Huesca. Con ello, además, se pensaba reducir la extensión de la línea propia, que presentaba varios molestos entrantes, al objeto de economizar fuerzas.

El desconocimiento de la situación en la España nacional hacía creer que la moral del soldado del frente aragonés era tan endeble, y tan claro su deseo de pasarse a las filas rojas, que la desertión sería general nada más iniciarse la operación proyectada.

La acción principal iría precedida de tres secundarias en el sector de Cariñena.

Esta acción principal, a cargo de la 27 División, muy reforzada, se llevaría a cabo sobre Huesca, efectuándose dos movimientos combinados y convergentes, desarrollados de Norte a Sur y de Sur a Norte, por sendas Agrupaciones, que estrangularían el «corredor» oscense entre el pueblo de Alerre y la estación de este nombre, y que luego buscarían la explotación del éxito, avanzando de Oeste a Este (croquis número 5).

La organización de las fuerzas era la siguiente:

— Agrupación Norte (coronel don Guillermo de la Peña): Brigadas XII (38), XLIX y LXXII, el «el batallón de la Muerte», uno

(38) La XII Brigada (Internacional) contaba con cuatro batallones («Garibaldi», «Dombrowski», «André Marty» y «Rakosi»), un escuadrón, tres baterías («Thaelmann», «Gramsci» y «Liebknecht») aparte de servicios. Estaba mandada por el húngaro titulado «general Lukacs».

de la 28 División, 16 carros, 10 baterías y tres compañías de Zapadores.

— Agrupación Sur (coronel González Morales): una Brigada de la 27 (no especificada), más la CXXV, tres carros, cinco blindados, seis baterías y una compañía de Zapadores.

La División 27 contaba como reserva con dos batallones de la 31. El mando del conjunto de fuerzas correspondía al general Pozas.

A la vez que se llevaba a cabo la operación principal, habrían de tener lugar varias acciones secundarias en los sectores de Jaca y Perdiguera.

Las obras defensivas de Huesca

A lo largo de los meses de lucha las dos fuerzas en pugna habían construido en torno a Huesca y su «pasillo» una ingente red de fortificaciones, aún más densa del lado nacional; cosa lógica, ya que los defensores de la capital tenían mucho más que perder que sus atacantes.

La defensa estaba montada, en estas fechas, a base de dos líneas principales, interrumpidas en ocasiones, y reforzadas en determinados puntos. Las líneas aparecían muy zigzagueantes.

Siempre se aprovechaba, en lo posible, los únicos accidentes del terreno, que, dada su extremada y monótona horizontalidad, se reducían a las artificiales torres y ermitas: ermitas de Santa Lucía, de los Mártires, de Nuestra Señora de Salas, de San Jorge, Torre Bescós, Torre de Santa Fé, Torre Anotano, Torre Alcoraz, etc.

Las obras rojas adolecían del grave defecto de seguir, casi siempre, trazados lineales, careciendo de profundidad.

La operación

La operación se inicia el día 12 de junio. Tras una intensa preparación de artillería se ataca, a la madrugada, el Manicomio y la cota 509 sin éxito. Luego de las siete horas, la presión se manifiesta de Norte a Sur a todo lo largo de la carretera que desde Huesca lleva a Jaca, con el concurso de los carros y activa participación de los aviones; este ataque se repite por la tarde, siendo el punto donde la presión es mayor la localidad de Chimillas, y constituye un rotundo fracaso.

El 15 es de calma total, pero el 16 los rojos vuelven sobre Huesca con redoblado ímpetu, centrándose sus esfuerzos particularmente sobre la ermita de Nuestra Señora de Salas y apoderándose de una posición. Igualmente presionan con enconado tesón hacia la carretera general, y en particular los carrascales de Alerre y Castejón, el último de los cuales ocupan; Chimillas, la loma sur de Cillas, la casa de Allué y el Carrascal de Alerre son igualmente atacados con tesón, aunque sin éxito. Las bajas resultan considerables.

En realidad puede darse aquí por totalmente extinguida la ofensiva. El 19, la Brigada Móvil (teniente coronel Galera) ocupaba parte de la posición perdida el 16 (39).

Consecuencias

La operación, bien planteada en un principio, como casi todas las rojas, fracasó, también como casi todas. Perfecta en el papel, carece de brazo ejecutor: mandos y tropa. El resultado es desolador.

Ante un frente estabilizado como el de Huesca y su «pasillo», el buen empleo del fuego resultaba fundamental; pero las armas solas no son resolutivas (40). Además los ataques principal y secundario no se coordinan, como estaba previsto.

Reacción nacional en el sector de Jaca (junio-julio)

Ya el 13 de junio los rojos habían iniciado algunos ataques en el sector de Jaca, pero dos días después reaccionaban las fuerzas nacionales, que ocupaban San Román y una serie de alturas al sureste de Allué (croquis número 2).

(39) Había 43 cadáveres, recogándose 33 fusiles rusos, 23 bayonetas y 15 carretas antigás. Entre los muertos figuraban un comandante húngaro de la XII Brigada Internacional. El «general Lukacs» falleció en circunstancias que no aparecen claras.

(40) Azaña, en sus *Memorias* inéditas, conservadas en el Servicio Histórico Militar, dice, el 29 de junio, refiriéndose a Prieto: «De lo ocurrido en el ataque contra Huesca, no le pido detalles, porque cabalmente hoy me ha enviado Giral un informe reservado acerca del caso. Desorden, imprudencias, rivalidades, impericia. Por no variar. Viene a mi memoria, con sonrojo, la proclama del general Pozas a los defensores de Huesca.»

Considerando la situación favorable para liberar Sabiñánigo del fuego enemigo, prosigue la contraofensiva, consiguiéndose el 29 de junio ocupar una línea al este del Gállego, sensiblemente definida por los pueblos de Oliván y Casbas, alturas de Oturía y Santa Orosia, y pueblos de Yebra y Allué.

OFENSIVA ROJA SOBRE ALBARRACÍN Y CONTRAOFENSIVA NACIONAL
(julio-agosto)

Carácter de la ofensiva roja

La batalla de Brunete (5-26 de julio de 1937), indudablemente planeada con sumo cuidado en sus numerosos detalles, fue acompañada de varias acciones demostrativas en Teatros de Operaciones alejados. En el de Aragón se eligió el sector de Albarracín, localidad situada en una comarca muy aislada y defendida por efectivos escasos, desde la cual podía, además, amenazarse de flanco el saliente de Teruel.

La naturaleza del suelo y sus accidentes propios tuvo aquí gran importancia.

El terreno y las fuerzas nacionales

Albarracín se encuentra en lo hondo de una durísima garganta, por la que marcha, zigzagueante y encajonado, el Turia. Todo el terreno es allí de alta montaña —altitud media, 1.300— revuelto, con constantes cortados y espesos bosques. La dura topografía envuelve por completo a Albarracín en todas direcciones, y solamente hacia el Este, pero a más de ocho kilómetros, se abre ese terreno en forma despejada, con cultivos de huerta y de labor (croquis números 6 y 7).

Las comunicaciones eran allí deficientes en extremo. Una carretera secundaria seguía el curso del Turia y llevaba, por el Este a Teruel, y hacia el Oeste a Molina de Aragón. La posesión de esta vía de comunicación era fundamental para las fuerzas nacionales, pero su estrangulamiento, conforme veremos, resultó fácil para el enemigo.

Dejando atrás Albarracín, y al Suroeste, otra carretera secundaria se internaba en territorio rojo, pasando por Cañete y llegando a Cuenca; por ella vendrían los ataques directos sobre Albarracín.

La comarca, se encontraba defendida, desde el lado nacional y a

primeros de julio de 1937, por muy escasos efectivos. El pueblo de Albarracín pertenecía al sector llamado Gobierno Militar de Teruel, al frente del cual se encontraba el coronel Rey D'Harcourt; sector que comenzaba al norte de Villarquemado y terminaba en el propio Albarracín, dependiendo directamente del jefe de la 52 División (general Muñoz Castellanos). En los estadillos de esta época figuran en el Gobierno Militar de Teruel 5.293 hombres.

Las posiciones nacionales tenían aquí relativa continuidad hasta el pueblo de Campillo, pero luego sólo aparecían algunas aisladas, que defendían precariamente, con unos 300 hombres, la carretera de Teruel a Gea. En Gea había 274, y en Albarracín 215.

A partir de aquí se pasaba, tras un amplio boquete, vacío de fuerzas, a la llamada Comandancia Militar de Molina de Aragón (coronel Mariñas), incluida dentro de la División 52, pero independiente del Gobierno de Teruel. La posición más próxima a Albarracín era la de Orihuela de Tremedal (38 kilómetros, por carretera), pueblo defendido por una compañía y una guerrilla (154 hombres). Todos estos datos corresponden a un estadillo fechado el 30 de junio (41).

Albarracín, con su barrio el Arrabal, separados ambos por el río, estaba defendido por puestos destacados en las alturas que lo rodeaban. Mas el valor táctico de aquellos puestos era muy endeble, dada su carencia de vistas y su aislamiento entre sí, que permitía toda clase de infiltraciones enemigas.

Las fuerzas rojas y el plan operativo

La Agrupación independiente creada en Levante, y de la que ya hablamos antes, aparece ahora convertida en XIII Cuerpo de Ejército, el cual sigue a las órdenes del coronel Velasco. Se trata de una Gran Unidad de muy escasa eficacia, de carácter autónomo, no estando encuadrada en ningún Ejército y dependiente directamente del Mando Supremo radicado en Valencia.

Las fuerzas que antes defendían los sectores Norte, Centro y Sur de Teruel, se habían englobado en las Divisiones 39, 40 y 41; y las

(41) En Gea estaba la llamada «Compañía Teruel» (178 hombres) y parte de las «guerrillas Aguado» (66), más 30 guardias civiles. En Albarracín la 2.^a compañía del III batallón del 18 Regimiento (159), una sección de la Guardia Civil (27) y parte de las «guerrillas Aguado» (29).

que se encontraban desplegadas a la izquierda del Sector Sur, en la División 42. En total, las Brigadas eran doce, y diez las baterías.

La operación proyectada sería llevada a cabo por la División 42, que se extendía desde Bezas a Bronchales, y estaba integrada por las Brigadas LIX, LX y LXI. El puesto de mando estaba situado en Cañete, contándose aquí con una sola batería. Pero para realizar aquella operación la División llegó a disponer de una batería de 105 de montaña, una sección de montaña de 70 y dos baterías de 75; esta artillería se incrementó, además, durante el curso de la operación, con una batería de 75 y otra de 11,5.

La Brigada LX debería rodear y ocupar Albarracín, la LIX hacerlo con el barrio de Arrabal y cortar la carretera Albarracín-Gea, presionando sobre este último pueblo, y la Brigada LXI desbordar el pueblo por el Oeste, llegando hasta Monterde.

Primera fase: la ofensiva roja

La operación se inicia en la tarde del día 7. Los rojos, fácilmente y sin apenas oposición, se apoderan, por el Este de Cerro Montero y el macizo definido por el vértice Quebradas, con las cotas 1.323, 1.411, 1.352 y 1.380, llegando alguna pequeña avanzadilla hasta la casilla de peones camineros, próxima al kilómetro 21 de la carretera a Teruel: por el Este se sitúan en el vértice Vallejo, entrando en el pueblo de Monterde, donde no hay fuerzas. Todas las alturas que defienden Albarracín, menos una estribación de la cota 1.325, al sur del Arrabal, son arrolladas y sus exiguos defensores se refugian en el pueblo, donde quedan batidos a placer.

A la vista de los acontecimientos, el jefe del XIII Cuerpo rojo, da una orden (primeras horas del día 8) en la que se señala, como propósitos del Mando, la de explotar este éxito inicial y ocupar Albarracín, evitando a la vez la llegada de refuerzos desde Teruel. Como en otros casos similares, se da orden de fortificarse en las posiciones conquistadas a toda costa; y además que las fuerzas de la LIX Brigada ocupen la cota 1.325, y que las de la Brigada LX entren seguidamente en el pueblo y además den un golpe de mano, partiendo de la casilla antes citada, sobre Gea.

El día 8 las fuerzas rojas entran en Albarracín y el barrio del Arrabal, luego de abatir la cota 1.325; pero sus defensores se repliegan a la catedral, palacio episcopal y casas vecinas, donde se hacen

fuertes. El coronel Velasco da orden de aplastar estas resistencias y atacar en dirección a Gea; y el Mando nacional, por su parte, envía a Teruel, y desde aquí al sector de Albarracín una unidad de batallón. Luego, el 9, llegarán más fuerzas de Zaragoza a Teruel (42).

En realidad puede decirse que en el segundo día de ofensiva, ha dado ésta sus máximos frutos.

Segunda fase: contraofensiva nacional

El general Ponte, considerando que ya dispone de suficientes medios, planea la contraofensiva. Al efecto, forma tres columnas, denominadas Norte, Centro y Sur, con efectivos totales de cinco batallones, una compañía, dos baterías y algunos elementos de Ingenieros (43); efectivos exigüos, teniéndose en cuenta, sobre todo, la naturaleza del terreno, pero en los que se tiene gran confianza.

La columna Norte —o de la derecha— habrá de realizar un ataque demostrativo desde el pueblo de Fozondón, atrayendo al enemigo y evitando que presione demasiado sobre la columna Centro. Esta atacará las posiciones al norte de Albarracín, liberando luego a las fuerzas aquí sitiadas; mientras que la columna Sur, o de la izquierda —la cual actuará en estrecha colaboración con la anterior— recuperará las Quebradas, continuando luego su marcha hasta el Arrabal, que habrá de reconquistar. El mando directo de las tres columnas lo ejerce el coronel Perales.

El día 10 comienza el movimiento de las fuerzas. Se han utilizado las carreteras de Santa Eulalia a Pozondón y de Cella a Monterde. La columna Norte desciende en dirección a Monterde, y las otras dos sobre Vallejo Largo y Albarracín, las Quebradas y Cerro Montero. El mando nacional alimenta el frente con alguna pequeña reserva.

El 11 se concreta el ataque nacional según las directrices señaladas.

(42) Los efectivos que fue acumulando el mando en estos primeros días fueron la II y IV banderas del Tercio, el batallón de tiradores de Ifni número 1, el III batallón de Mérida, el 7.º grupo de Guardias de Asalto y un grupo de 77.

(43) La base de las Columnas eran: 7.º grupo de Guardias de Asalto (la de la Derecha), IV bandera del Tercio, batallón de tiradores de Ifni número 1, y III batallón de Mérida (la del Centro), y II bandera del Tercio, Mehal-la de Tetuán número 1 y I batallón del Regimiento número 17 (de la Izquierda). En estas primeras operaciones también intervinieron dos compañías del V batallón y otro del VI del Regimiento número 18. Había además una batería de 75, un grupo de 77 y una batería de 105.

Mientras, el jefe del XIII Cuerpo declara que la actuación de éste ha de quedar limitada por la Superioridad «a liquidar la operación de Albarracín con la conquista de las posiciones fijadas como objetivo de la operación y consolidación de las mismas»; esto es, la de los edificios de la ciudad aún en poder de las fuerzas nacionales, más las necesarias e imprescindibles posiciones para su defensa exterior, renunciando a más alto propósitos. Se echa mano, como reservas, de la Brigada XCVI (perteneciente a la División 39), varias unidades de la LXXXII (de la 40) y un escuadrón de Caballería; fuerzas que pronto se embeberán en la lucha.

El día 12 son rechazados diversos contraataques rojos, a la vez que las unidades del coronel Perales prosiguen el avance. El Mando del XIII Cuerpo, en una orden dada al final de la jornada, declara que «la operación no ha de tener más envergadura que la de mantener el cerco de Albarracín»; agregando que «sólo en el caso de que el buen éxito lo permitiese, podría intentarse alcanzar otras posiciones».

El 13, las fuerzas nacionales ocupan las cotas 1.380, 1.323, 1.411 y 1.352, más el vértice Quebradas; se lucha duramente al principio, pero luego las resistencias quedan totalmente arrolladas.

Por fin, el 14, la columna de la Izquierda, en colaboración estrecha con la del Centro, levanta el cerco enemigo y reconquista Albarracín y las posiciones que lo dominan por el Este y Sur, continuando la acción para ocupar las que lo dominan por el Oeste; mientras que desde Monterde las fuerzas rojas se retiran a El Coscojar. El Mando enemigo dispone que el jefe de la 42 División releve las fuerzas de primera línea, que considera están muy quebrantadas (44).

El 15 se recuperan las posiciones que dominaban Albarracín por el Oeste. Con ello queda totalmente despejada la plaza y prácticamente resuelta de modo favorable la situación general. El enemigo ha sufrido un completo descalabro (45).

(44) Un informe dado por el comandante principal de Artillería del XII Cuerpo, fechado en Barracas el 5 de agosto, dice: «Nosotros, por nuestra parte, tuvimos que proceder al relevo de una Brigada de la División 42, que francamente agotada y desmoralizada carecía en absoluto de capacidad combativa, y para proceder a estos relevos se enviaron Brigadas sin armar, a las que hubo que hacerlo con el armamento de las Brigadas retiradas en la misma línea de fuego, con la correspondiente contaminación (*sic*) por parte de éstas.» El informe es vago: La Brigada retirada pudo ser la LIX o la LX, o ambas quizás.

(45) El día 15 se daba por capturados varios centenares de fusiles, 7 fusiles-

El 16 se consolidan las posiciones ocupadas y se limpia el terreno próximo.

Tercera fase: explotación del éxito

El enemigo ha quedado totalmente desarticulado y en completa derrota, y en vista de ello el general Ponte, que tiene allí, a la mano, una pequeña masa de maniobra cuyas excelencias ha podido comprobar, decide explotar el éxito logrado, liberando toda la comarca situada hasta los Montes Universales, más los cursos superiores del Tajo y del Cabriel. Las fuerzas han vuelto a ser incrementadas (46).

El 17, partiendo de Pozondón, se ocupa por la derecha Monterde, evacuado el día 14, y alturas próximas, siguiéndose hacia Bronchales; mientras que por la izquierda se alcanza El Coscojar, batiéndose luego el cruce próximo de carreteras. El 18 se entra en Bronchales.

La orden de operaciones, dictada el día 19 por el coronel Velasco, señala una línea de resistencia apoyada en el vértice Sierra Alta, collado de la Mata, peña del Cuervo, cota 1.755, vértice Hoyuelos, El Collado, El Cebrero, masía de los Majanos, cota 1.242 y vértice El Buitre, con lo que se pretende defender la carretera que, por Tramacastilla y Torres de Albarracín, lleva a Royuela, Cañete y Cuenca. Y aunque se fija un plan de defensiva activa, es claro que la desmoralización general de las fuerzas rojas impide llevarlo a cabo.

Por eso, sin duda, se da al día siguiente una segunda orden, en la que, «para evitar un repliegue desordenado», se determina una nueva línea a ocupar, al otro lado del Guadalaviar, señalada por las alturas principales de su margen derecha, como son las lomas Cañadilla y Chaparrales, el vértice Barrancos y las cotas 1.220 y 1.322, hasta el vértice El Buitre. Esta línea habrá de ser defendida principalmente por la Brigada LXI, que tendrá como reserva las LXXXII

ametralladores, 8 ametralladoras y abundante material; habiéndose enterrado unos 400 cadáveres. En este día las bajas propias fueron 74.

(46) Entre las fuerzas que se distinguieron en esta fase de explotación del éxito, aparte de las ya señaladas anteriormente, figuran dos tabores de la Mehal-la del Riff y Melilla y un batallón de carros, que intervinieron destacadamente en los combates habidos a partir del 24 de julio; una compañía de la Guardia Civil, y una de cada uno de los Tercios de María de Molina y Numancia, distinguidos en la conquista de Griegos, Guadalaviar, Villar del Cobo, Cañomarde y Frias; y un escuadrón de Castillejos, de actuación muy brillante en todas las operaciones, particularmente a partir de las del 29 de julio.

y XCVI; y como la situación es muy grave, se sitúan en esta parte del frente un batallón y una compañía de la LVIII (de la División 41) e incluso un batallón de la LVII, traídos de un sector alejado. Las órdenes que se dan son severísimas, disponiéndose además la voladura de los puentes sobre el Guadalaviar (47).

De poco sirven estas medidas, ya que, tras la conquista de sierra Alta, las fuerzas nacionales ocupan, el 21, Noguera y Tramacastilla, y luego, salvando una amplia zona de terreno sin vías de comunicación, Griegos y Guadalaviar; un contraataque rojo, fracasa. El 22 se libera Torres de Albarracín.

Tras unos días de reposo se reanuda la contraofensiva nacional, ahora por el flanco izquierdo. En efecto, el 25 se ocupa el vértice El Buitre y las alturas próximas, ante la desbandada del enemigo, entrándose a la noche en Royuelo; el 26, en Calomarde y Villar del Cobo, siendo general el desastre en las filas adversarias (48); el 27, en Frías de Albarracín; el 29, en Moscardón, que es rebasado; el 30, en Terriente y Saldón; y el 31, en Toril, Masegoso, Arroyofrío y Valdecuenca. Los rojos huyen desordenadamente.

Continuando ahora la maniobra por el flanco izquierdo, ya iniciada el día 30, alcanzan el 1 de agosto, partiendo de Gea, el pueblo de Bezas; y dedicándose los días 2 y 4 a la limpieza del terreno al sur de Gea, no pisado aún por las fuerzas propias. En esta última jornada del 4, los rojos reaccionan por el Oeste y atacan Frías de Albarracín, que es evacuada, siendo recuperada el día 9.

Hay luego ataques rojos a Bezas el día 7, y el 10 las fuerzas nacionales se posesionan de dos lomas situadas al este de Toril.

Tras unos días de descanso, el 15 se reanundan las operaciones, ahora en dirección a Villel; pero la resistencia del enemigo en esta

(47) Ya en la orden del 20 de julio, dada por el jefe del XIII Cuerpo de Ejército, se decía, entre otras cosas: «El jefe de la 61 Brigada tendrá muy presente que si hoy las incidencias de la campaña obligan a tener que ocupar la línea que se le señala, es para defenderla a toda costa, sin dar un solo paso atrás y que extremará el rigor con aquel jefe de unidad que no cumpla esta orden, cualquiera que sea. Por otra parte, las fuerzas de la 96 Brigada que tiene a retaguardia, si bien es cierto que están para servirle de apoyo cuando lo necesite, tienen también órdenes severísimas de contener por cualquier medio, por brutal que sea, el intento de retroceso de primera línea.»

(48) Según el parte se recogieron unos 250 cadáveres, 220 fusiles, 5 ametralladoras, 2 fusiles ametralladores y gran cantidad de munición. Las bajas propias, fueron en cambio, muy reducidas.

parte del frente, estabilizada desde mucho tiempo atrás, y donde se encuentra además la División 24, es considerable. Desde Salvacañete a Torrebaja se encuentran fuertes reservas.

No obstante, se realizarían algunos avances los días 19 y 20, pero en medio de luchas enconadas; siendo las posiciones contraatacadas el 21, sin éxito.

El 24 comenzaba la gran ofensiva roja sobre Zaragoza. Venía en un momento en el que la situación general del frente Albarracín-Teruel inclinaba al optimismo. No sólo por las ganancias obtenidas, sino por el terrible quebranto experimentado por el enemigo.

Resultado de las operaciones

Las operaciones que acabamos de estudiar representan el caso típico de una acción ofensiva, emprendida con medios ineficaces (por su deficiente calidad, ya que no por su número), contenida en un primer momento, pese a la pérdida de un objetivo importante (Albarracín, salvo algunos edificios), y seguida de una recuperación y una brillante explotación del éxito.

La creencia de que se iba a llevar a cabo en el frente turolense una acción de tanta o más envergadura de la sufrida por Huesca un mes antes, había llevado a aquel Sector unas pocas unidades de la División 13, muy selectas, conforme sabemos. Con ellas, y otras de la reserva inmediata, el general Ponte pasó a la contraofensiva.

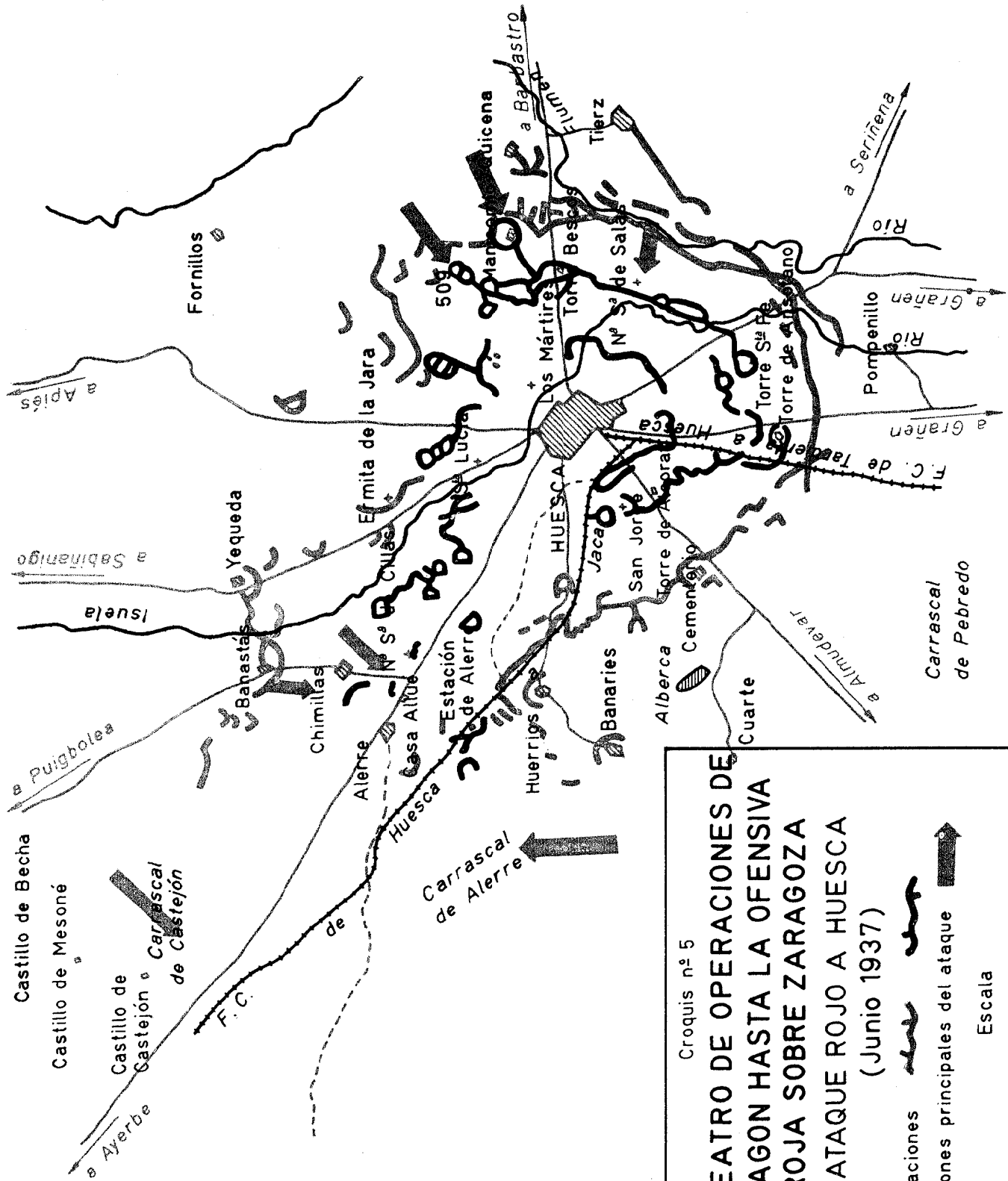
A mediados de agosto la situación de las fuerzas nacionales en todo el frente Molina-Albarracín-Teruel había sido notablemente mejorada, adelantándose las posiciones y aumentándose su número. Desde Huertahernando (límite del Cuerpo del Ejército) los destacamentos avanzados dejaban a cubierto los pueblos de Cobeta, Torete, Lebrancón, Taravilla, Peralejo de las Truchas, Checa, Orea, Orihuela del Tremedal, Griegos, Guadalaviar, Villar del Cobo, Frías de Albarracín, Moscardón, Terriente, Masegoso, Toril, Valdecuenca, Bezas y Campillo. Se había ganado al enemigo una extensión de 1.400 kilómetros cuadrados, pero sobre todo se le había expulsado muy lejos de Albarracín, haciendo prácticamente imposible todo ataque por este flanco al saliente de Teruel. Bien se comprobaría ello en las duras jornadas de la batalla de este nombre; e incluso antes, al iniciar los rojos su ofensiva sobre Zaragoza (24 de agosto de 1937).

Consideraciones tácticas



Las fuerzas nacionales operaron frente a las varias Brigadas enemigas, formando pequeñas columnas sumamente maniobreras. En un terreno quebradísimo y sin apenas comunicaciones, consiguieron resultados muy ambiciosos, saltando ágilmente de unos valles a otros, o de tal a cual sistema montañoso, con frecuencia enormemente distanciados.


«La movilidad, la maniobra y el aprovechamiento del terreno fueron la característica de estas operaciones» (49). Se había tenido muy presente la necesidad de economizar los efectivos, de muy superiores virtudes militares a las del enemigo, y, sobre todo, el valor resolutivo que tiene siempre la ofensiva y que se tradujo en la oportunidad con que fue explotado el descalabro rojo.

(49) Trabajo del general Ponte: *Cuando Aragón era yunque*, en «Ejército», número de marzo de 1942.



**EL TEATRO DE OPERACIONES DE
 ARAGON HASTA LA OFENSIVA
 ROJA SOBRE ZARAGOZA
 ATAQUE ROJO A HUESCA
 (Junio 1937)**

Fortificaciones 
 Direcciones principales del ataque 

Escala 

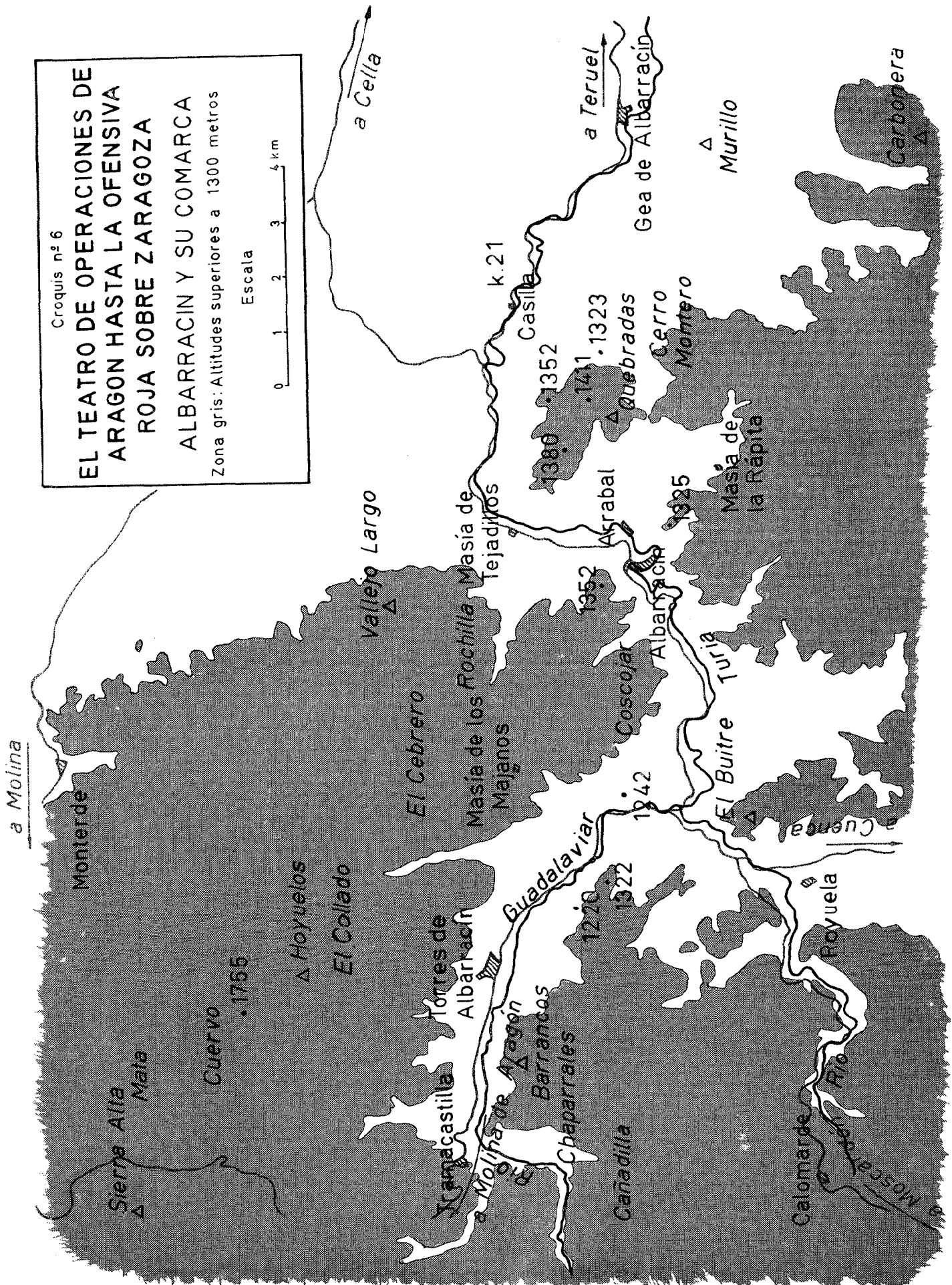
Croquis nº 6

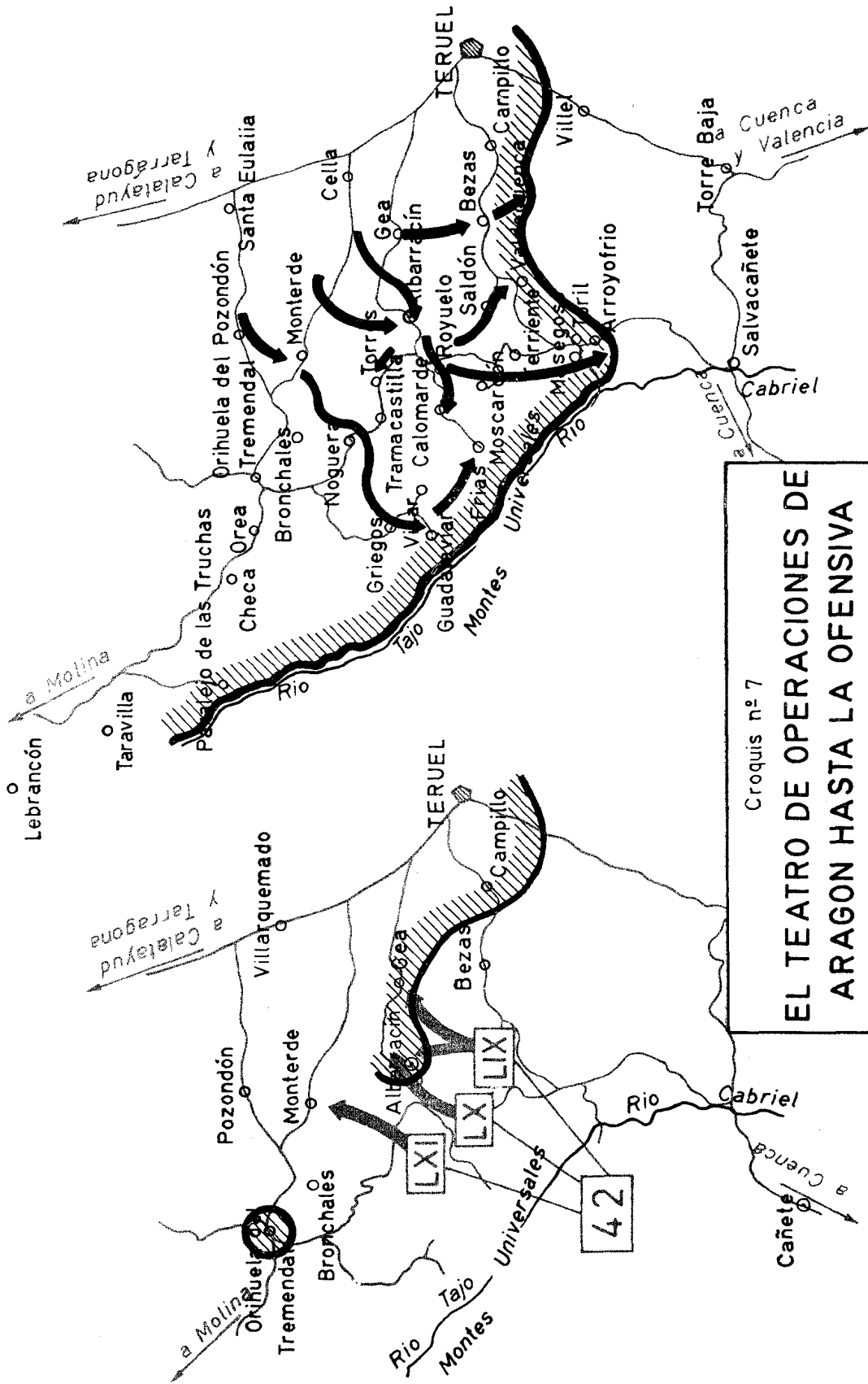
EL TEATRO DE OPERACIONES DE ARAGON HASTA LA OFENSIVA ROJA SOBRE ZARAGOZA

ALBARRACIN Y SU COMARCA

Zona gris: Altitudes superiores a 1300 metros

Escala





Croquis nº 7

EL TEATRO DE OPERACIONES DE ARAGON HASTA LA OFENSIVA ROJA SOBRE ZARAGOZA

Ofensiva roja en el sector de Albarraçin (izquierda) y contraofensiva nacional (derecha).

Movimiento de las diversas fuerzas

Escala

0 4 8 12 16 20 24 28 32 36 40 km

BIBLIOGRAFIA

MARTIN, Claude: *Franco, soldado y estadista*. Ediciones Fermín Uriarte; 586 páginas, con croquis y fotografías. Segunda edición. Madrid, 1966.

El capítulo de las biografías de Franco adquiere en este libro categoría de importante jalón. Nada lo acredita mejor que esta segunda edición española en menos de un año, cuando ya se ha traducido al inglés, al italiano y al alemán. Movió a ello el éxito inicial de la edición francesa: *Franco, Soldat et chef d'Etat* (París, 1959), pero aquella primera salida aún estaba en el tono menor de lo incompleto. Los seis últimos años han sido suficientemente ricos en sucesos y en documentación para multiplicar el valor de la obra.

Los jalones de la bibliografía sobre Franco son más bien escasos en cuanto a obras medianamente valiosas. Lo fue la primera biografía, la que Arrarás escribió en 1937, tras un contacto personal con Franco y sus familiares, lo que le dio en vida e historia una veracidad y una lozanía que hicieron del libro una obra clásica, hasta el punto de que sigue vendiéndose como entonces la 12 edición española y la 27 extranjera. Otros jalones fueron los de Valdesoto (1945), Galinsoga y Franco Salgado (1956), Salvá y Vicente Izquierdo (1959). En esta última, el teniente coronel Vicente traza en un capítulo la mejor semblanza militar de Franco que conocemos. El último jalón fueron las *Cartas a un niño sobre Francisco Franco* (1966), donde Sánchez Silva da tono ingenuo y epistolar a la biografía, ampliamente ilustrada con material de la película *Franco, ese hombre*. Quedan escribiéndose otra biografía del rumano Antón Stefanescu, dos inglesas, de Hills la una y de Crozier la otra, que sepamos, porque hay noticias de que son muchas más.

Hoy por hoy, la obra de Martín es un buen hito. En el prólogo manifiesta su intención y su temor: «Este libro no pretende ser defi-

nitivo. Cuando algunos amigos franceses me rogaron que lo escribiera, vacilé. ¿Cómo escribir objetivamente la biografía de un hombre de Estado en el poder? ¿Cómo juzgar su obra cuando acontecimientos posteriores pueden darle un aire de marcha triunfal o hacerla fracasar totalmente?... Sin embargo, después de reflexionar, me ha parecido que un libro que contenga cuanto puede saberse en la actualidad del Jefe del Estado español quizá no resultaría inútil». Se decide a la empresa por la polémica que de Franco se hace fuera de su país, enfrentándose la versión de un militar «reaccionario y liberticida; fascista, clerical y oscurantista, vasallo de los yanquis», con otra de «una especie de San Jorge confundiendo al dragón del comunismo». Martín quiere centrar bien la realidad entre los que le denigran y los que le idealizan superficialmente. Esa es la postura historiográfica. Tal intención, si logra realizarse, es la única que puede llevar a una obra de suficiente seriedad científica para llamarse historia. Pese a la falta de perspectiva, porque hoy los métodos han acelerado las etapas y la historia se escribe ya, aunque sea con carácter de crónica, sobre el reciente rastro de los hechos.

La obra de Claude Martín se nos ofrece ligera de estilo y apretada de noticias, con más datos que cualquiera de las biografías anteriores, algunos valiosísimos, como los beneficiados de los Archivos Secretos de la Wilhemstrasse (París, 1955), de los diarios de Ciano y Cantalupo, de las memorias de Schmidt, intérprete de la entrevista de Hendaya (1953), de los documentos diplomáticos italianos, de la Secretaría del Generalísimo y del Servicio Histórico Militar. La bibliografía final de la obra, en la que se utilizan tantas fuentes españolas como extranjeras y lo mismo de escritores de ambos bandos en la España dividida, es garantía del rigor y ponderación con que el estudio se ha destilado. El resultado es, pues, que Martín ha conseguido una obra francamente objetiva y seria, como corresponde a un verdadero historiador. Es lástima que los sistemas de reedición, hoy fotográficos, no le hayan permitido poner al día, en rigor, esta segunda edición.

La obra de Claude Martín está plenamente justificada y supone un paso firme en la biografía del Caudillo. Sus principales aciertos no están sólo en el *rigor histórico*, tan difícil al tratar hechos próximos, sujetos a pasiones de los cronistas, ni en la *sobriedad expositiva*, sino en la *documentación*, en parte desconocida y reveladora, en la *totalización* del relato hasta el 1 de octubre de 1965 en que se firma la

primera edición española, más importante cuando las anteriores obras dejaban de tratar aspectos políticos del último decenio, pero casi por encima de todo, al presentarnos un *punto de vista extranjero* con la perspectiva de la distancia y de la mentalidad francesa que, pese a ser hispanófilo el autor, nos permite recibir directamente las antiguas impresiones del militar francés sobre la creciente personalidad de Franco, legionario en Xahuen y Allucemas, cuando ya su fama le hacía popular en la nación vecina, pero, además, con la mayor naturalidad, Martín acude constantemente al paralelismo de la situación que afectaba a Franco en el problema español, con otras semejantes de personalidades y caudillos franceses, proporcionando nuevos argumentos de autoridad a sus decisiones iniciales en la Guerra de Liberación.

La narración se abre en panorámica, cuando el primer capítulo nos muestra la jura de bandera en el patio del Alcázar de Toledo, donde el cadete Franco forma con sus compañeros. Descripción sobria, colorista, aguda. Termina la obra con unas reflexiones de la mano de Montaigne, quien enseña: «no debemos juzgar nunca de nuestra dicha hasta después de la muerte». El autor, prudente historiador, comenta: «Yo me guardaré mucho de infringir esta sabia máxima emitiendo juicio sobre una obra que no ha sido concluida». Pero sea cualquiera el veredicto de la historia futura, se atreve a asegurar ante ella: «Era el mejor general español y mostró cualidades de hombre de Estado inesperadas en un militar que hasta entonces estuvo apartado de la política».

Con la falta de prevenciones que da el estar tras la frontera, Claude Martín expone sus personales análisis y juicios, sus dudas y sus paralelismos históricos. Es certero en valorar nuestra guerra, en utilizar datos fundamentales, en ponderar las decisiones estratégicas, tácticas y políticas de Franco, que tuvieron carácter decisivo para el porvenir de España. Claro es que la misma perspectiva y mentalidad del autor le inducen a ciertos errores, nunca importantes y siempre escasos para los que los extranjeros suelen cometer. Uno de los más llamativos, el del Campesino, mandando solo un batallón en la ofensiva de Guadalajara, errores y cambios leves en fechas, nombres y empleos, y aún en alguna síntesis de apreciaciones tácticas en situación o misión, que el lector fácilmente subsana y que no afectan al hilo biográfico del tema. Junto a ello tiene precisiones admirables, pues frente a las impugnaciones típicas de Guernica, como la de Thomas, viendo en ella el

primer experimento alemán de terror aéreo en ciudades abiertas, aporta el indudable testimonio del diario de Galland (1957), el as de la aviación alemana, al revelar que los aviadores germanos encargados de destruir un puente en las afueras carecían de experiencia en vuelos sin visibilidad. Y citamos esta muestra lateral, porque anotar los aciertos centrales sería hacer un cúmulo de fichas del libro.

La mayor aportación está, posiblemente, en la última parte, al estudiar la política exterior del Caudillo, revelando sus discusiones con los Estados Unidos hasta llegar a los últimos acuerdos. En lo interior, las sucesivas entrevistas con el Conde de Barcelona, su estudio del futuro de España como reino, la parte relativa a las disidencias de falangistas de izquierda y de monárquicos conservadores a ultranza. Su balance es serenamente positivo al enjuiciar la independencia marroquí, en su *Adiós, Marruecos*, de difícil planteamiento para un francés, y positivo es también su extenso estudio económico-estadístico de los problemas actuales de España.

Hay como un recuento final de las preguntas que flotan en el aire de España respecto a su futuro y un examen de las distintas tendencias que germinan. El escritor, para mirar al futuro pasa la vista por el pasado y el presente y entonces, con actitud de historiador afirma: «Todo esto ha sido posible gracias sólo al orden que estableció y supo mantener el soldado al que la vieja España llamó para que la salvara del caos. Es de esperar que los españoles del mañana no lo olviden». Es importante que lo firme un francés. Con ello perfila, al menos en esbozo, la trascendencia histórica de Franco, su proyección hacia el futuro. La historia tiene un límite y hasta él ha llegado Claude Martín.—J. M. G. C.

DE LA CIERVA Y DE HOCES, Ricardo: *Cien libros básicos sobre la guerra de España*. Publicaciones Españolas. Madrid, 1966; 348 páginas; 21 centímetros; rústica.

Este es un libro fundamental, que presenta los múltiples reflejos bibliográficos despedidos por nuestra guerra. Ya en el prólogo, el autor señala que no ha escogido los cien «mejores» libros, sino sólo cien libros «representativos», no siempre los de mayor calidad dentro de cada familia de la general clasificación a que son sometidos. No se ha pretendido, pues, hacer una selección, cosa por otra parte extraordinariamente difícil si se tiene en cuenta la marea en creciente

pleamar de este campo bibliográfico. Pues basta recordar que números de cuatro cifras son aquí normales, referidos a volúmenes relacionados con nuestra guerra, y no se diga nada de trabajos de prensa, folletos, carteles o fotografías; haber bibliográfico que crece y crece y es precisamente ahora cuando alcanza, en interés ante el mundo, una de sus cimas más interesantes.

Personalmente y en muy poco tiempo a esta parte, he tenido ocasión de leer libros cuya importancia se puede calibrar por la de sus autores (de hecho o de nombre, pero que siempre respaldan una mercancía interesantísima): Ignacio Hidalgo de Cisneros, jefe de la «Aviación republicana», fallecido siendo miembro del Comité Central del P. C. E.; Enrique Líster, que de miliciano educado en una Escuela militar de Moscú, terminó mandando el V Cuerpo de Ejército rojo; el equipo soviético puesto bajo la dirección, al menos hipotética, de Dolores Ibarruri y en donde figuran personalidades de la categoría del militar profesional general Antonio Cerdán, jefe de Estado Mayor del Ejército del Este de Cataluña y miembro también de aquel Comité; Mijail Koltsov, venido de Rusia por ser el hombre civil «duro» de la Junta de Defensa de Madrid y su verdadero inspirador, luego sacrificado por Stalin, etc. etc.

Pero volvamos al trabajo del señor La Cierva. Su esencia está definida mejor que por nadie por estas palabras del propio autor: «Quien estos libros comenta no es un crítico literario ni mucho menos un censor. Es, nada más, un historiador que va tomando notas. Por eso el eje de mis valoraciones es la posible utilización historiográfica de cada uno de estos libros, considerados como fuentes históricas».

Se trata, pues, de una estimación de la calidad de las obras, por su importancia para la edificación de la historia de nuestra Cruzada: estimación historiográfica, esto es, de su valor como fuente, como argumento y base de construcción de un edificio histórico. Pero tal estimación presenta siempre juicios agudos, acerados, que con frecuencia nos descubren —muchas veces mediante una sola frase o un adjetivo— claroscuros difíciles de apreciar.

El comentario, obra por obra, de las citadas y estudiadas por el señor La Cierva, nos llevaría muy lejos. Limitémosnos, por eso, a referir sólo las más señaladas.

El capítulo primero está dedicado a las «Obras Bibliográficas». Destaca aquí por su amplitud la *Bibliografía de la guerra civil española*,

de Juan García Durán: 6.248 fichas, bien que muchas de ellas están repetidas, lo que delata un cierto fraude. La obra de Palacio Atard, en cambio, resulta de momento más modesta, aunque estos *Cuadernos bibliográficos...*, de los que sólo ha aparecido el primero, anuncian una empresa de grandes alientos: siendo, además, perfectamente ortodoxo desde el punto de vista historiográfico. Hay que esperar, con expectación auténtica, la bibliografía general que anuncia la Sección de Estudios sobre nuestra guerra del Ministerio de Información y Turismo español (tres tomos y un número de fichas no superado hasta ahora). Es posible que fuese más oportuna la inserción del libro de H. R. Southworth *El mito de la Cruzada de Franco*, en el capítulo de las obras polémicas; pues, pese a su copiosa bibliografía, todo él es como un constante campeonato de esgrima.

El segundo capítulo de estos «cien libros básicos» se refiere a las «Obras documentales». Destaquemos algunas de un valor notorio para el investigador histórico: los *Documentos on German Foreign Policy*, *Los documentos de la primavera trágica* (seleccionados y anotados por el autor del libro que comentamos y ya publicados) y el libro *Communist International Documents*.

En el conjunto de obras que reflejan los «Antecedentes de la guerra» deben mencionarse, por su valor intrínseco, ya que tocan el tema muy de pasada, la *Aproximación a la Historia de Europa* y la *Historia de España y América*, del malogrado catedrático don Juan Vicens-Vives; y entre los libros extranjeros *The spanish tragedy y Spain*, de E. Allison Peers, y *El laberinto español*, de Gerald Brenan, los dos primeros por su serenidad británica, y éste por su apasionado partidismo, que yo creo que le invalida como texto de orientación y consulta.

De las «Obras de conjunto con inclusión extensa de la República», creemos deben citarse la *Historia de la Cruzada*, clásica ya y, por supuesto, muy anticuada; la *España*, de Madariaga, igualmente clásica, aunque de muy escaso valor histórico, por su carácter de vaga generalidad más bien periodística; la pretenciosa *Historia de España*, de Ramos Oliveira, ejemplo de lo que no debe ser un libro científico; la muy discreta y acertada *España contemporánea*, de Carlos Seco, y la extranjera de Gabriel Jackson *The Spanish Republic and the Civil War*, llena de aciertos y de errores, dentro de su excelente calidad.

Las «Obras de conjunto sobre la Guerra», se inauguran con la

archivulgarizada de Hugh Thomas. El análisis verdaderamente exhaustivo que hace aquí el señor La Cierva, resulta notable y constituye uno de sus mayores aciertos. Es igualmente muy exacta la crítica de la obra de H. G. Dahms, recogida de la pluma del teniente coronel Gárate. En este grupo merece destacarse también el libro *La révolution et la guerre d'Espagne*, de Pierre Brué y Emile Témime, testimonio de la nueva generación de Europa, obra que nos causó, al leerla, profunda impresión.

En el acotado «Polemistas, Conversos y Tránsfugas», caben infinitos libros. La selección se ha hecho tomándolos de todos los campos, y por ello se encuentran los de dos autores que se «pasaron» del bando nacional «al otro»: Antonio Bahamonde y Antonio Ruiz Vilaplana, y los que perdieron su fe en Moscú; Castro Delgado y Hernández, junto con otros que nunca abandonaron sus posiciones iniciales: Marrero, Manuel Aznar y la estrambótica duquesa Catalina de Atholl.

Más difícil resulta aún hacer una selección de «Monografías». El campo aquí carece de puertas, y el señor La Cierva destaca algunas obras fundamentales: la de S. G. Payne, *Falange: una historia del fascismo español*; el excelente y por desgracia inconcluso libro de Bolloten *El gran engaño*; la magnífica y poco conocida *Historia de la persecución religiosa en España*, de Antonio Montero; el dramático libro del anarquista Peirats *Los anarquistas en la crisis política española*; el excelente *Franco, soldat et chef d'Etat*, de Claude Martín, análisis también realizado por el teniente coronel Gárate; el canto apasionado de Julio Urrutia *El cerro de los héroes*; y la primera extensa historia de las Brigadas Internacionales, defectuosa como han de ser forzosamente estos libros en los que se bracea en un mar de confusiones, *The International Brigades*, de Vicent Brome.

De los testimonios de protagonistas españoles destacan, aparte, claro está, de las *Obras Completas*, de José Antonio, al que sitúa el señor La Cierva en una auténtica dimensión humana, desmitificándole y por ello llevándole al plano perfecto que en la Historia le corresponde, *La velada de Benicarló*, de Manuel Azaña, la más amarga crítica de la «España leal», hecha por su más alta jerarquía. Otros libros que aquí figuran son más modestos —el de Clara Campoamor—, más endebles y desdibujados —los de Hidalgo de Cisneros y Dolores Ibarruri— o más propios, para figurar entre los que perfilan los «Antecedentes de nuestra guerra»: las *Obras completas de Mola*.

Llegamos así a otro capítulo: el de los «Testimonios protagonistas extranjeros». Aquí encajan muy bien los de Koestler, el inquieto escritor político; el de Mikhail Koltsov, verdadero inspirador político de la Junta de Defensa de Madrid, libro mediocre como publicado después de la «purga» a que fue sometido su autor en tiempos de Stalin y de cuyo primitivo original se han suprimido seguramente pasajes de gran interés; el de Pietro Nenni, con excelentes datos sobre los internacionales; el del embajador Maisky; el de la propagandista inglesa de Radio Nacional Florence Farmborough, y el titulado *El Pimpinela de la guerra de España*, que cuenta las hazañas, injustamente olvidadas, de Christopher Lance; aparte de algunos otros de menor cuantía.

Al hablar de las «Crónicas y estudios militares» se percibe el gran vacío que existe aquí en torno a nuestra guerra. Ha habido así que echar mano del libro de McNeill-Moss *The epic of the Alcázar* y del de Tom Wintringham *English Captain*, que son verdaderas monografías sobre temas muy concretos; de la *España heroica*, de Vicente Rojo, más folleto de propaganda que pura historia; de las *Memorias*, de Adolf Galland, y, por supuesto, de las obras de Lojendio y Aznar, de muy relativo valor militar.

«El periodismo mundial —dice el señor La Cierva—, como todas las grandes instituciones, estaba en plena crisis allá por los años 30. Era una crisis de novedad y de crecimiento, de nuevos métodos y nuevas actitudes basados en el fulgurante progreso técnico de las comunicaciones y en la creciente hambre de mejor información que sentían masas cada vez mejor educadas.

»En esos momentos de crisis periodística, el mundo volcó sobre España sus mejores corresponsales. He aquí otra gran laguna monográfica de nuestra guerra: el estudio de la Prensa española de las dos zonas y de la Prensa extranjera a través de los periodistas de campo.»

El capítulo recoge obras importantes: la de Franz Borkenau, la de Cardozo, la de Jellinek, la de Hericourt, la magnífica de Kazantzakis.

Los dos últimos capítulos están dedicados a Novela y Poesía. Aceptamos la gran trilogía de Barea, y rechazamos el título de «novela cumbre» para la de Gironella; nos parecen acertadísimas reseñaciones las de la tan mediocre *Por quién doblan las campanas*, de Hemingway —eso sí, estupendo guión de cine— y de la no menos

floja *L'Espoir*, de Malraux. Y en poesía registramos dos nombres indispensables del «otro lado»— Alberti y Miguel Hernández—, el de Paul Claudel, con su sinfonía heroica sobre nuestros mártires, y el *Poema de la bestia y el ángel*, de Pemán, también en muchas ocasiones sinfonía de magníficos y vibrantes acordes.

Con su nombre se cierra este libro, fundamental en una biblioteca de la guerra de España.—J. M. M. B.

CARLOS MARTÍNEZ DE CAMPOS Y SERRANO, duque de la Torre, teniente general: *España Bélica. El siglo XVI*. Aguilar, Madrid, 1966; dos tomos de 302 y 289 páginas; 18 centímetros; tela.

En la tarea de historiar el pasado bélico de España en que se ha empeñado el general Martínez de Campos, corresponde ahora la vez al siglo XVI.

Vasto panorama que se abre —tras un prólogo dedicado a los Reyes Católicos y a sus campañas— cuando el francés Carlos VIII cruza los Alpes e invade Italia (año 1494), para terminar al cerrar los ojos nuestro Felipe II (1598). Todo un mundo militar se descubre con la primera fecha, que daría paso a que don Gonzalo Fernández de Córdoba entrase en la Historia, para sufrir sus primeras graves grietas y resquebrajaduras con los últimos años del Rey Prudente.

Un mundo en el que la gloria era pesada y difícil, y que se llama sucesivamente campañas de Italia del Gran Capitán, campañas del Rey Católico, luchas de Comunidades y Germanías, expediciones americanas, Pavía, luchas con musulmanes y berberiscos, guerras de la Reforma, defensa de las Canarias, San Quintín, Gravelinas, Flandes, las Alpujarras, Lepanto, la «Invencible»... Asombra que una nación, esencialmente pobre, poco poblada, con la enorme fuga de población hacia Ultramar, pudiera atender a tantos y tantos frentes.

El general Martínez de Campos ha sintetizado en su epílogo alguna de las características de la historia militar de la centuria de oro de las armas españolas:

«Durante el siglo XV, el hombre y el arma, la política y la industria, se entrelazaron con firmeza...

»Arcabuces y cañones obligaron a instituir Maestranzas y a incrementar la producción minera. La metalurgia comenzó a desarro-

llarse. La industria tomó incremento, y el material, de esta manera, empezó a tener una importancia semejante a la del hombre y el caballo...

»La guerra, cuando entraba el siglo xvi, fue casi tan total como en el siglo xx. Los proyectiles no llegaban al interior de las naciones adversarias..., ni se obligaba a todo el mundo a intervenir en la contienda..., pero... los impuestos y las enfermedades se adentraban hasta los últimos rincones del país. Aquellos impuestos traían miseria, y ésta originaba *peste*.

»La mayoría de los hombres que iban a la guerra lo hacían voluntariamente. La milicia, en todos sus escalones, era una profesión. Se combatía por oficio y se mandaba por nobleza.»

Es nota muy destacada aquí la importancia que el general Martínez de Campos concede a la insuficiencia del dinero en cuanto a los resultados de tantas y tantas luchas. «En resumen —dice—: a pesar de los productos de la tierra, a pesar de los impuestos, a pesar de América, no había en España, durante el siglo xvi, dinero suficiente para hacer la guerra. Nunca se pudo conseguir el ritmo conveniente en la fabricación de armas de fuego; nunca se tuvieron los galeones necesarios para dominar la mar, y pronto se empezó a pagar a los soldados y a sus jefes con documentación insuficiente o con promesas que no había modo de cumplir». Por lo demás, la simple y correcta conducción política, estratégica y logística de cada campaña, era una quimera sin tener el dinero preciso para su financiación.

España entró, por otra parte, en su edad de oro militar aun no teniendo cuajada totalmente su unidad. Por eso, «según los unos, Nápoles, Sicilia, Milán y hasta Cerdeña, no merecían un gran esfuerzo financiero a su favor; más, para los otros, América representaba una aventura absurda para el Estado». Fue precisa la amenaza turco-árabe para que se dejaran a un lado los puntos de mira particulares y se unieran tirios y troyanos frente al enemigo común.

El general Martínez de Campos maneja ampliamente la historia general y en ella inserta específicamente la propiamente bélica. Batallas y campañas aparecen así como una consecuencia fatal de la conducción de las cosas del mundo por manos humanas, y leyendo este libro se tiene la impresión de que la guerra es un producto natural de la conducta de los hombres, de sus errores y pecados, y también de sus sueños y de su idealismo ocasional.

Algunos juicios sobre determinados hechos de armas fundamentales son de gran interés. Así el de la batalla de Lepanto, «ganada por los muertos», en frase del general Martínez de Campos, pues los supervivientes se volvieron «hacia el refugio de la paz». Fue un triunfo del prestigio personal de don Juan de Austria, sin el cual quizá no hubiera podido movilizarse aquella espléndida hueste, en la que figuraban los 1.500 voluntarios que representaban la nobleza italiana y española. «Sin él no se puede asegurar que la batalla de Lepanto habría sido un éxito para la Cristiandad».

El supo, eso sí, oír a quienes podían aconsejarle y luego decidir convenientemente. Pero, con todo, Lepanto parece en este libro como el gran éxito del prestigio de un jefe; de lo que puede la ascendencia del Mando sobre todos los subordinados.—J. M. M. B.

ACONCAGUA.—Revista de Política, Cultura y Economía, para los países de lenguas ibéricas y germanas.

Con el nombre del monte más alto de las antiguas provincias españolas de Ultramar, situado entre Argentina y Chile, apareció una nueva revista trimestral ilustrada durante el año 1965.

Su objetivo es promover un acercamiento y mejor conocimiento entre los países de lenguas ibéricas y germana. Por ello, quizá sea la única revista bilingüe que se publique en alemán y español conjuntamente. Cada número, de más de un centenar de páginas, trae artículos especializados, sobre política, cultura y economía, además de noticias del trimestre, notas y recensiones bibliográficas.

En su primer volumen hay interesantes artículos, como *Valoración de la arquitectura iberoamericana*, por el Marqués de Lozoya; *Brisas del Oeste y del Este e Iberoamérica*, por el Ministro alemán H. J. von Merkatz; *El símbolo del Sacro Imperio Romano en América*, por el profesor von Randa; *Impresiones del Brasil*, por el Dr. Fredborg; *Socios en el Nuevo Mundo*, por S. A. I. y R. el Archiduque Otto de Habsburgo; *Quinientos años de mundo ibérico*, por el profesor doctor Ballesteros-Gaibrois; *Literatura chilena*, por el profesor Hugo Montes, y otra serie de interesantes trabajos para el conocimiento actual de Iberoamérica.

Su Director es el Cónsul de España en el Principado de Liechtenstein, Reichsritter Georg von Gaupp-Berghausen, Secretario General

del Centro Europeo de Documentación e Información, gran amigo de nuestro país, en el cual cuenta con numerosas relaciones y que visita con frecuencia. La redacción está a cargo del chileno Dr. don Isidoro Vázquez de Acuña, Marqués García del Postigo, experto conocedor del pasado iberoamericano, y del Conde Juan Podstatzky-Lichtenstein, que habitó durante años en países del Nuevo Mundo.

Por razones históricas, de sobra conocidas, ha existido en forma permanente interés por la historia, literatura y situación actual de los países iberoamericanos en el mundo germano. Varios de ellos, como Chile, Argentina, Brasil, Venezuela, etc., han recibido una importante aportación cultural y humana, producto de la emigración alemana que se remonta, en algunos casos, a la primera mitad del siglo XIX.

Pero también, desde nuestro punto de vista español, y con mayor razón, tenemos en *Aconcagua* la posibilidad de ver satisfecha nuestra curiosidad y de conocer mejor aquel conjunto de países en los cuales decir español es casi lo mismo que decir iberoamericano.

HISTORIALES DE LOS CUERPOS DEL EJERCITO ESPAÑOL

Con el ejemplar número 20 de esta Revista, se acompañó el Historial del Regimiento de Caballería Dragones de Santiago número 1; en el número 21, el del Regimiento Mixto de Artillería número 2, por considerarse, de los datos existentes, uno de los más antiguos, al organizarse diferentes unidades desdobladas del Regimiento Real de Artillería, único existente, y en éste, se incluye el fascículo del Regimiento de Ingenieros número 1.

La publicación de estos fascículos se hizo teniendo en cuenta la antigüedad de las unidades en las diferentes Armas, para seguir un orden cronológico dentro de las mismas.

OBRAS PUBLICADAS

POR EL

SERVICIO HISTORICO MILITAR

Acción de España en Africa.

Tomo I: *Iberos y bereberes*. Páginas, 296. Precio, 16,55 pesetas.

Tomo II: *Cristianos y musulmanes de Occidente*. Páginas, 295, Precio, 27 pesetas.

Tomo III: *El reparto político de Africa*. Páginas, 162. Precio, 20,35 pesetas.

Ilustrados todos con grabados, fotografías, mapas y planos.

El tomo I fue publicado, en 1935, por la Comisión Histórica de las Campañas de Marruecos, ya suprimida. Toda la obra se vende, únicamente, en el Servicio Geográfico del Ejército, calle de Prim, núm. 21.

Acción de España en Perú.

Un tomo, con ilustraciones y 557 páginas, 67 pesetas.

Armamento de los ejércitos de Carlos V en la guerra de Alemania.

Un volumen ilustrado con grabados y fotografías, 56 páginas, 10,05 pesetas.

Boletín de la Biblioteca Central Militar.

Tomos I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX, X, XI y XII, para formación de los Catálogos. No están a la venta.

Campañas en los Pirineos, finales del siglo XVIII (1793-95).

Tomo I: *Antecedentes*. Ilustrado con grabados y fotografías, 341 páginas, 66 pesetas.

- Tomo II: *Campaña del Rosellón y la Cerdaña*, ídem, 682 páginas, 100 pesetas.
 Tomo III: *La campaña de Cataluña*, ídem, en dos volúmenes, 384 y 380 páginas, 172 pesetas.
 Tomo IV: *Campaña en los Pirineos Occidentales y Centrales*, ídem, 752 páginas, 356 pesetas.

Cartografía y Relaciones Históricas de Ultramar.

- Tomo I y Carpeta de mapas: *América en general*.
 El tomo, de 495 páginas, tamaño folio mayor, 427,60 pesetas. (Agotado.)
 Tomo II y Carpeta de mapas: *Estados Unidos y Canadá*.
 El tomo, de 598 páginas, en folio mayor, 641,33 pesetas. (Agotado.)
 Tomo III y Carpeta de mapas: *Méjico*.
 El tomo, de 399 páginas, en folio mayor, 747,45 pesetas.
 Tomo IV y Carpeta de mapas: *América Central*.
 El tomo, de 286 páginas, en folio mayor, 656,35 pesetas.

Colección histórica documental del Fraile. (Guerra de la Independencia.)

- Tomo I: Letras A a la C, 253 páginas, 20 pesetas.
 Tomo II: Letras CH a la K, 226 páginas, 20 pesetas.
 Tomo III: Letras L a la Q, 215 páginas, 20 pesetas.
 Tomo IV: Letras R a la Z, 228 páginas, 20 pesetas.

Cronología episódica de la Segunda Guerra Mundial.

- Tomo I: Primer período. 310 páginas, 34,50 pesetas.
 Tomo II: Segundo y último período. 349 páginas, 64 pesetas.
 Ilustrados los dos con mapas y planos.

Curso de conferencias sobre Historia, Geografía y Filosofía de la Guerra, en el Servicio Histórico Militar.

Un volumen. 343 páginas, ilustrado con grabados, fotografías, mapas y planos. No está a la venta.

Cursos de Metodología y Crítica Históricas, para formación técnica del moderno historiador, en el Servicio Histórico Militar.

- Tomo I: *Curso Elemental* (1947-48). 200 páginas.
 Tomo II: *Curso Superior* (1949). 359 páginas.
 No están a la venta.

Diccionario Bibliográfico de la Guerra de la Independencia Española (1808-1814).

Tomo I: Letras A a la H, 345 páginas, 20 pesetas.

Tomo II: Letras I a la O, 270 páginas, 20 pesetas.

Tomo III: Letras P a la Z, 341 páginas, 20 pesetas.

Ilustrados los tres con grabados y fotografías, en color y en negro.

Dos expediciones españolas contra Argel (1541-1775).

Un volumen, 151 páginas, con ilustraciones, 18 pesetas.

El ataque a través del Canal.

Un volumen de 602 páginas, con 25 mapas. No está a la venta.

Versión española de la obra de Gordon A. Harrison *Cross Channel attack*, segundo volumen de la subserie «El Teatro de Operaciones europeo», de la enciclopedia «El Ejército de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial», que se publica bajo la dirección de la Jefatura de Historia Militar del Departamento del Ejército.

Europa y Africa entre dos grandes guerras.

Un tomo, 317 páginas, con mapas y fotografías, 14,85 pesetas.

Sólo se vende en el Servicio Geográfico del Ejército, calle de Prim, núm. 21.

Galería militar contemporánea.

Tomo I: *La Real y Militar Orden de San Fernando*. Con fotografía de los condecorados. 387 páginas, 85 pesetas.

Geografía de Marruecos, Protectorado y Posesiones de España en Africa.

Tomo III: *La vida social y política*, 659 páginas, con grabados, fotografías, mapas y planos, 75 pesetas.

Los tomos I y II de esta obra, titulados, respectivamente, *Marruecos en general y Zona de nuestro Protectorado en Marruecos y Estudio particular de las*

regiones naturales de la zona, plazas de soberanía española y vida económica, fueron publicadas en 1935 y 1936, por la suprimida Comisión Histórica de las Campañas de Marruecos. El primero se agotó, y el segundo únicamente está a la venta en el citado Servicio Geográfico, al precio de 24,30 pesetas.

Historia de las armas de fuego y su uso en España.

Un tomo ilustrado, con grabados en color y en sepia, 332 páginas, 85 pesetas. (Agotada).

Historia de las Campañas de Marruecos.

Tomo I: (Comprende hasta el año 1900), 608 páginas, con grabados, fotografías, mapas y planos, 59,75 pesetas.

Tomo II: (1900 a 1918), 944 páginas, con ídem, 138 pesetas.

La guerra de la Independencia.

Tomo I: *Antecedentes y preliminares*, 483 páginas profusamente ilustradas; 320 pesetas para los miembros y organismos del Ejército; 400 a librerías, con un 20 por 100 de descuento.

La guerra de minas en España.

Un volumen de 134 páginas, con fotografías y planos, 50 pesetas.

Nomenclátor histórico militar.

Tomo único: Diccionario de voces antiguas de carácter militar, 372 páginas. No está a la venta.

Tratado de Heráldica Militar.

Tomo I: 288 páginas, en papel registro, con grabados y fotografías, algunos en color, encuadernado en imitación pergamino, 225 pesetas.

Tomo II: 390 páginas, ídem, 196 pesetas (120 pesetas para los miembros y organismos del Ejército). (Agotado).

Tomo III: 374 páginas, ídem, 400 (320 pesetas para los miembros y organismos del Ejército).

NOTA.—Los miembros y organismos del Ejército y los centros civiles gozan, en casi todas estas obras, de una rebaja del 10 al 25 por 100.

SERVICIO HISTORICO MILITAR

BIBLIOTECA CENTRAL MILITAR

Relación, por materias, de las obras ingresadas durante el mes de diciembre de 1966 y el primer trimestre de 1967.

002.6 (646.1)

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN DEL MINISTERIO DE INFORMACIÓN Y TURISMO. Madrid. Secret. Gral. Técnica, 1967.

008 (46) (09)

ALTAMIRA, Rafael: *Historia de la Civilización Española*. Madrid. Espasa Calpe, S. A., 1932.

013:061.12 (45)

UFFICIO STORICO: *Contributo dell'Ufficio Stórico dello S. M. dell'Esercito alla Storia della prima Guerra Mondiale*. Roma. Tip. Regionale. 1963.

014.3:087.7 (46)

MINISTERIO DE INFORMACIÓN Y TURISMO: *Censo de las Publicaciones Oficiales 1939/1954*. Tomo I: Ministerios de Trabajo, Información y Turismo, Vivienda. Madrid. Imp. Suc. de Rivadeneira, S. A. 1966.

016:355.14 (46)

FERRER LLULL, Francisco: *Bibliografía Iconográfica del Traje Militar de España*. México. Ed. J. Hefter. 1963.

016:91.04 (6).

VAL, María Asunción del: *Catálogo de la exposición de Libros Españoles sobre Geografía y Viajes en Africa*. Madrid. Gráf. González. 1948.

017.2 (Caro y Sureda)

Catálogo de la Biblioteca del Excmo. Sr. D. Pedro Caro y Sureda. Madrid. Imp. a cargo de Francisco Puig. 1865.

14:211

RODRÍGUEZ BACHILLER, Angel: *El Ente, Dios y Existencialismo*. Madrid. Ed. Pueyo, S. L. Imp. León e Hijos. 1959.

143 (0:8-83)

RODRÍGUEZ BACHILLER, Angel: *Teoría de la Sintuición*. Madrid. Lib. Dossat. Imp. León e Hijos. 1955.

211

RÓDRIGUEZ BACHILLER, Angel: *¿Existe Dios? ¿Existe el más allá?* Madrid. Ed. Pueyo, S. L. Imp. León e Hijos. 1956.

321.01 (46)

GIL ROBLES, José María: *Cartas del Pueblo Español*. Salamanca. Graficesa. 1966.

323.272 (597/599)

VU VAN THAI: *Vietnam. El Desarrollo de la Revolución*. Madrid. Embajada de los EE. UU. 1966.

323.272 (729.1) (09)

Perfil Histórico de una Revolución. Madrid. Imp. Erma. 1965.

327:91 (4)

CÁTEDRA «GENERAL PALAFOX» DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA: *XV Curso de Conferencias. Geopolítica y Geoestrategia*. Vol. II. Zaragoza. Tall Octavio y Félez. 1961.

327 (042)

MCNAMARA, Robert S.: *La Defensa de Occidente* Madrid. Embajada de los EE. UU. 1962.

327 (73:597/99) (042)

FORD, Jhon, W.: *Vietnam. El gran debate*. Madrid. Embaj. de los EE. UU. 1966.

329.15 (045)

BRZEZINSKI, Zbigniew: *Nueva Fase del Mundo Comunista*. Madrid. Embaj. de los EE. UU. 1966.

329.15 (43:11) 355.3

BADER, W.: *Un ejército para la Guerra Civil... México*. Impresiones Modernas, S. A. 1963.

335.51

FERNÁNDEZ LAMUJO, J.: *No al Marxismo*. (S. I. S. i.). 1966.

338.6:63 (46)

GARULO SANCHO, Julio: *Estudio Económico Social*. Granada. Imp. José M.^a Hita. 1964.

340.96 (473.11):8 (069)

Proceso de los Escritores en Moscú. (S. I. S. i. S. a.).

341.241.2«1949»

BARCÍA TRELDES, Camilo: *Organización del Tratado del Atlántico Norte*. Madrid. Imp. Akademos. 1963.

348.132 «1962/65»

Documentos completos del Vaticano II. Madrid. Ed. Paulinas. 1966.

355.02 (46) «1939/64»

GOBIERNO: *25 Aniversario de la Paz Española*. El — Informa. 4 vols. Madrid. Imp. Héroes, S. A. 1964.

355.233.21 : 358.14

ESCUELA DE APLICACIÓN Y TIRO DE ARTILLERÍA: *Especialistas Elementales de Artillería, E-2: Equipos Topográficos, y E-3: Observadores (Campaña)*. 2 vols. Madrid. Aguirre Campano. 1966.

355.237.1 (46)

ESCUELA SUPERIOR DEL EJÉRCITO: *Programa del I Curso Básico para Mandos Superiores*. (S. I. S. i.). 1966.

355.237 (46) (075.5)

AGULLA JIMÉNEZ-CORONADO, Joaquín: *Lectura inaugural del II Curso Básico para Mandos Superiores*. Madrid. (S. i.). 1967.

355.237.1 (46)

ESCUELA SUPERIOR DEL EJÉRCITO: *Programa del II Curso Básico para Mandos Superiores*. (S. I. S. i.). 1967.

355.237.1 (46)

ESCUELA SUPERIOR DEL EJÉRCITO: *Programa del I Curso Complementario para Mandos Superiores*. (S. I. S. i.). 1965.

355.237.1 (46)

ESCUELA SUPERIOR DEL EJÉRCITO: *Programa del XXVII Curso de Mando de División*. Madrid. Gráf. Fuencarral. 1965.

355.237.12 (46)

ESCUELA SUPERIOR DEL EJÉRCITO: *Programa del V Curso de Logística*. (S. I. S. i.). 1965.

355.237.12 (46)

ESCUELA SUPERIOR DEL EJÉRCITO: *Programa del V Curso de Logística*. (S. I. S. i.). 1966.

355.237.1 (46)

MARTÍNEZ FRIERA, Joaquín: *Lo que es un Curso de Aptitud para Capitán*. Madrid. Imp. Hijos de M. G. Hernández. 1932.

355.4 « » (04)

MARINI, Alberto: *De Kadesh al Ebro* (Kadesh... Dorilea... El Ebro). B. Aires. Círculo Militar. 1966.

355.415.2

BALDRICH Y GARCÍA DE VALDIVIA, Angel: *Estrategia, Táctica y Administración del Servicio de Intendencia en Campaña* (Tomo IV). Madrid. Imp. núm. P. H. O. E. 1965.

355.41 (07)

LÓPEZ MUÑIZ: *Temas Tácticos*. Contiene: Vol. I. Tomo I: Normas para la Resolución de Casos concretos.—Vol. II/VII: Aproximación al enemigo. Tomo IX/X: La verificación del contacto.—Vol. III. Tomos XI/XII: La Batalla Ofensiva. Tomo XIII:

El Combate Ofensivo. Infantería. Carros. Caballería. Tomo XIV: El Combate Ofensivo. Artillería. Aviación. D. C. A. Tomo XV: El Combate Ofensivo. Ingenieros. Servicios.—Vol. IV. Tomos XVI/XVII: Ataque a posición fuertemente organizada. La División. Tomo XVIII. Ataque a posición fuertemente organizada. Los Servicios. Tomos XIX/XX. Ataque a posición fuertemente organizada. Infantería. Tomo XXI: Ataque a posición fuertemente organizada. Artillería. Ingenieros. Tomo XXII: Ataque a posición fuertemente organizada. La Explotación del éxito. Tomo XXIII: Paso de Cursos de Agua.—Vol. V. Tomo XXV: El ataque en la Guerra de movimiento. Tomo XXVI: El ataque en la Guerra de movimiento. El Estado Mayor. Los Servicios. Tomo XXVII: El ataque en la Guerra de movimiento. Infantería. Tomo XXVIII: El ataque en la Guerra de movimiento. Artillería. Carros.—Vol. VI. Tomos XXIX/XXX: La Batalla Defensiva. Tomos XXXI/XXXII: El Combate Defensivo. La División. Tomo XXXIII: El Combate Defensivo. El Mando. Los Servicios. Tomos XXXIV/XXXV: El Combate Defensivo. La Infantería. Tomo XXXVI: El Combate Defensivo. Defensa contra carros. Artillería. Caballería. Tomo XXXVII: El Combate Defensivo. La Organización del terreno. Tomo XXXVIII. La Organización del terreno. Destrucciones. Transmisiones. Aviación. Datos prácticos. Tomo XXXIX: Defensiva en circunstancias especiales.—Vol. VII. Tomo XL: Defensa Estática. Caso concreto. Planeamiento General. Tomo XLI: La Defensa Estática. Caso concreto. El Mando de la División. Tomo XLII: La Defensa Estática. Caso concreto. El Estado Mayor. Tomos XLIII/XLIV/XLV: La Defensa Estática. Caso concreto. La Infantería. Tomo XLVI: La Defensa Estática. Caso concreto. Los Servicios.—Vol. VIII. Tomos XLVII/XLVIII: La Defensa Estática. Caso Concreto. La Acción retardatriz. Tomo XLIX: La Defensa Estática. Caso concreto. La Organización del Terreno.—Vol. IX. Tomo L: La Defensiva en frente extenso. Caso concreto. Mando de la División. Tomo LI: La Defensiva en frente extenso. Caso concreto. La Infantería. Tomo LII: La Defensiva en frente extenso. Caso concreto. Artillería. Caballería.—Vol. X. Tomos LIII/LIV: Pasos de Cursos de aguas. Caso concreto. El Mando de la División. Tomos LV/LVI: Pasos de Cursos de aguas. Caso concreto. El Estado Mayor. Tomo LVII: Pasos de cursos de aguas. Caso concreto. Los Servicios. Tomo LVIII: Pasos de cursos de aguas. Caso concreto. El Regimiento de Infantería. Tomo LIX: Pasos de cursos de aguas. Caso concreto. El Batallón de Infantería. Tomo LX: Pasos de cursos de aguas. Caso concreto. Los Ingenieros. Tomo LXI: Pasos de cursos de aguas. Caso concreto. Ingenieros-Artillería. Tomo LXII: Paso de cursos de aguas. Caso concreto. Artillería. Divisionaria.—Vol. XI. Tomo LXIII:

Marchas y Estacionamientos. Datos prácticos. Tomo LXIV: Marchas y Estacionamientos. Conceptos generales. Tomo LXV: Marchas y Estacionamientos. Caso concreto. El Mando y el Estado Mayor. Tomo LXVI: Marchas y Estacionamientos. Caso concreto. Los Servicios. Tomo LXVII: Marchas y Estacionamientos. Caso concreto. Las Tropas.—Vol. XII. Tomo LXVIII: Transportes Automóviles. Concepto generales. Tomo LXIX: Transportes Automóviles. Datos prácticos. Tomo LXX: La D. I. en el transporte automóvil. Tomos LXXI/LXXII: La División de Infantería operando en automóviles.—Volumen XIII. Tomo LXXIII: Transportes por Ferrocarril. Tomos LXXIV/LXXV: La División de Infantería en el transporte.—Vol. XIV. Tomo LXXVI: La División Acorazada. Organización. Tomo LXXVII: La División Acorazada. La Seguridad y el Enlace. Tomo LXXVIII: La División Acorazada. El Combate. Tomo LXXIX: La División Acorazada. Infantería-Caballería-Carros. Tomo LXXX: La División Acorazada. Artillería-Ingenieros. Tomo LXXXI: La División Acorazada. Táctica.—Vol. XV. Tomos LXXXII/LXXXIII: La División Acorazada. La Agrupación Táctica.—Vol. XVI. Tomo LXXXIV: La División Acorazada. Las Marchas. Tomo LXXXV: La División Acorazada. La Marcha logística. Tomo LXXXVI: La División Acorazada. Marchas. Las pequeñas Unidades.—Vol. XVII. Tomo LXXXVII: La División Acorazada en la explotación del éxito. El Mando. Tomo LXXXVIII: La División Acorazada en la Explotación del éxito. El Estado Mayor. Tomo LXXXIX: La División Acorazada en la Explotación del éxito. Los Servicios. Tomo XC: La División Acorazada en la explotación del éxito. La Agrupación Táctica. Tomo XCI: La División Acorazada en la explotación del éxito. Pequeñas Unidades.—Vol. XVIII. Tomo XCII: La División Acorazada en la Defensiva. La Agrupación Táctica. Tomo XCIV: La División Acorazada en la Defensiva. Artillería-Servicios. Tomo XCV: La División Acorazada en la Defensiva. Las pequeñas Unidades.—Vol. XIX. Tomo XCVI: La División Acorazada en la contraofensiva. El Mando. Tomo XCVIII: La División Acorazada en la contraofensiva. Artillería-Ingenieros-Servicios. Tomo IC: La División Acorazada en la contraofensiva. La Agrupación Táctica. Tomo C: La División Acorazada en la contraofensiva. La Agrupación Táctica. El Grupo de Exploración. Tomo CI: La División Acorazada en la contraofensiva. Las pequeñas Unidades. La Aviación. Tomo CII: La División Acorazada en la contraofensiva. Desarrollo General de la maniobra.

355.42-51

LÓPEZ MUÑIZ, Román: *Una Campaña Táctica*. Valladolid. Imp. del Colegio de Santiago. 1927/1928.

355.424:623.454.86

ESCUELA DE ESTADO MAYOR: *Instrucción Provisional sobre las Armas Especiales. Protección y empleo para uso del Mando*. S. I. S. i. S. a.

355.424:623.454.9

BYRON M. KIRKPATRICK: *Aspecto del Mando en el empleo de las Armas Atómicas*. S. I. S. i. 1956.

355.424:623.454.9

Empleo de las Armas Atómicas. Madrid. Imp. del Serv. Geogr. Ejército. 1957.

355.424:623.454.9

ESCUELA DE ESTADO MAYOR: *Empleo táctico de los proyectiles atómicos* (Reglamentación de la N. A. T. O.). S. I. S. i. S. a.

355.424.5

GARCÍA ALBORS, Enrique: *Carros de Combate*. Tomos XLV, XLVI y LVIII. S. I. S. i. S. a.

355.48 (46) «1936/9»

LARIOS, José: *Combate sobre España*. Madrid, Aldus, S. A. Gráf. 1966.

355.489 (46) «1936/9»

GOMÁ, José: *La Guerra en el Aire*. Barcelona. Ed. A. H. R. Tall. de Composición Saturno. 1958.

355.496 (46) Sta. Dorotea

GULLÉN, Julio F.: *Las Campañas de San Martín en la Fragata Santa Dorotea*. Madrid. Inst. Histórico de Marina. 1966.

355.52

LÓPEZ MUÑIZ, Román: *Manual para Campañas y Maniobras*. Valladolid. Colegio de Santiago. 1922.

355.53-356.1

ROMMEL, Erwin: *Temas Tácticos de Sección y Compañía*. Madrid. Imp. Aldecoa. 1944.

355.53:358.119

ROMERO VALENTÍN, Juan: *Tema Táctico. Una Compañía de Carros Ligeros en el Ataque con un Batallón de Infantería*. Toledo. Imp. Suc. de Rodríguez. 1934.

355.583

DIRECCIÓN GENERAL DE PROTECCIÓN CIVIL: *Transmisiones TR-2. Reglas de Empleo del Servicio de Transmisiones en sus distintas Misiones*. Madrid. Virgen de Loreto, Gráf. 1966.

355.587

DIRECCIÓN GENERAL DE PROTECCIÓN CIVIL: *Refugios y Ocultación RO-2. Reglas de Empleo del Servicio de Refugios y Ocultación en sus distintas Misiones*. Madrid. Gráf. Virgen de Loreto. 1966.

355.73 (468.11) (09)

OCERÍN, Enrique de: *Apuntes para la Historia de la Fábrica de Artillería*. Sevilla. Imp. de la Fábrica de Artillería. 1966.

37.015 (46)

GARULO SANCHO, Julio: *Estudio sobre la Reorganización de la Enseñanza y su influencia en la Economía Española*. Granada. Imp. José María Ventura Hita. 1962.

378.46 (463.3)

UNIVERSIDAD INTERNACIONAL MENÉNDEZ PELAYO: *Memoria del Curso de 1948. Programa para el Curso de 1949*. Santander. S. i. 1948.

42-8

BERLITZ: *Method Teaching Modern Languages*. English part. First Book. London. Printed in Great Britain by W. W. Sprage & co. 1939.

42-8

ECKERSLEY, M. A.; C. C.: *Essential English*. Pined in Holland by G. J. Thieme Nijmegen. 1951.

514

GÓMEZ PELETE, José: *Trigonometría Rectilínea y Esférica considerada como Introducción al Estudio de la Geometría Analítica*. Madrid. Lib. Perlado Páez y Cía. 1935.

526.9

MATHIEU, A.: *Compendio de Topografía*. S. 1. Imp. del Comisariado del XX Cuerpo del Ejército. S. a.

526.9

Normas de Orientación relativas a los Conocimientos Topográficos indispensables a los cuadros de Mando. Burgos. Imp. Aldecoa. 1939.

526.91

FERNÁNDEZ FERRER, José: *Aparatos Topográficos. Comprobación, Corrección y Compensación*. Barcelona. Imp. Elzevriana, S. A. 1923.

526.91

MÁS y ZALDÚA, Alejandro: *Métodos Topográficos*. Madrid. Tall. del Depósito de la Guerra. 1913.

526.91

PREVOT, Eugene: *Topographie*. Tours. Imp. Deslis Pere, R. et P. Deslis. 2 vol. 1925.

526.91

ISSASI-Ysasmendi, Joaquín: *Fotogrametría Terrestre. Nociones y Normas para su Aplicación al Levantamiento de Planos*. Madrid. Tall. del Depósito de la Guerra. 1928.

571 (234.1) Orihuela

MORENO, Santiago: *Apuntes sobre las Estaciones Prehistóricas de la Sierra de Orihuela*. Valencia. Ed. F. Domenech, S. A. 1942.

621.396

AISBERG, E.: *¿La Radio? ¡Pero si es muy fácil! Curso completo de Radio-Electricidad. Cómo son y cómo funcionan los Receptores actuales de Radiotelefonía*. B. Aires. Imp. Landa y Cía. 1951.

623.1 (726.1) «1570» (083.91)

ZAPATERO, Juan Manuel: *El Primer Proyecto de Ciudadela para San Juan de Ulúa (Méjico) ¿1570?* Madrid. S. i. 1966.

623.4

ACADEMIA DE ARTILLERÍA: *Nociones de Material de Artillería*. Contiene: I. *El Projectil*. II. *Bocas de Fuego*. III. *Montaje*. Segovia. Imp. de la Academia de Artillería. 1941.

623.438.34

Carro Ligero M-24. S. i. S. i. S. a.

623.438.34.004

ESCUELA ACORAZADA: *Guía de los Servicios Semanales de Entretenimiento preventivo del Carro M-24*. Madrid. Imp. del Servicio Geog. del Ejército. 1954.

623.451: 621.389.2

SMITH, James Fenton: *Cohetes y Projectiles Dirigidos*. S. i. S. i. 1955.

623.454.86

Guía para la Instrucción Individual sobre Protección contra las Armas Atómicas. Madrid. Imp. del Servicio Geog. del Ejército. 1956.

623.55.02

CARMONA Y PÉREZ VERA: *Artillería. El Tiro y su Preparación*. Madrid. Diana, Artes Gráf. 1942.

623.55.023

JULIANI CALLEJA, Antonio: *Topografía y Tiro de Artillería*. Madrid. Imp. de la Academia de Ingenieros. Tomo I. 1936.

629.113.004

LUZENA TENA, M.: *Reparación de Automóviles*. Madrid. Selec. Gráficas. 1951.

629.117.3

ARIAS PAZ Manuel: *Motocicletas*. Madrid. Suc. de Rivadeneyra, Sociedad Anónima. 1951.

629.13 (46) (09)

GOMÁ ORDUÑA, José: *Historia de la Aeronáutica Española*. Madrid. Imp. «Prensa Española», S. A. 1946.

72 (46) (09)

CAMPS Y CAZORLA, E.: *Arquitectura Cristiana Primitiva, Visigoda y Asturiana*. Madrid. Imp. de A. Marzo. 1929.

72 (46) (09)

GARCÍA BELLIDO, A.: *Arquitectura Romana*. Madrid. Imp. A. Marzo. 1929.

796.353 : 355.233.22

Reglamento para el juego del Polo en el Ejército que regirá en el desarrollo y puntuación de los Campeonatos del Polo. Madrid. Papel E. Pérez Vallejo. S. a.

82-311.3 (624)

MASON, A. E. W.: *Las Cuatro Plumas*. Barcelona. Plaza Janés, Sociedad Anónima. 1964.

86-312.5

PORTAL, Marta: *A tientas y a ciegas*. Barcelona. Ed. Planeta. Talleres Gráf. Duplex, S. A. 1966.

9 (3)

BALLESTEROS-BERETTA, A.: *Historia del Mundo Antiguo*. Madrid. Ed. Historia. Imp. Tall. Gráf. Hagues. 1941.

9 (46) «.../19»

PERICOT GARCÍA, Luis: *Historia de España*. Barcelona. Publ. del Instituto Gallach. de Lib. y Ed. Imp. Elzeviriana. 6 vol. 1935/43.

9 (46) «14» (0031-2)

BARRIENTOS, Lope: *Refundición de la Crónica del Alconero*. Madrid Espasa-Calpe. S. A. 1946.

9 (46) «14» (0031-2)

DÍEZ DE GAMES, Gutiérrez: *El Vectorial. Crónica de D. Pero Niño*. Madrid. Espasa-Calpe, S. A. 1940.

9 (46) «14» (0031-2)

MATA CARRIAZO, Juan de: *Crónica de D. Alvaro de Luna, Condestable de Castilla, Maestre de Santiago*. Madrid. Espasa-Calpe, S. A. 1940.

9 (46) «14» (0031-2)

MATA CARRIAZO, Juan de: *Hechos del Condestable D. Miguel Lucas de Iranzo (Crónica del siglo XV)*. Madrid. Espasa-Calpe, S. A. 1940.

9 (46) «14» (0031-2)

VALERA, Mosen Diego de: *Memorial de diversas Hazañas, Crónica de Enrique IV*. Madrid. Espasa-Calpe, S. A. 1941.

9 (46) «1936/9» (0031)

Crónica de la Guerra Española. B. Aires. Ed. por E. Codex, S. A. Fascículos 1/26. 1966/67.

9 (46) «1936/39» (048)

CIERVA Y DE HOCES, Ricardo de la: *Cien Libros Básicos sobre la Guerra de España*. Madrid. Publ. España. Imp. Minist. Inform. y Turismo. 1966.

9 (46) «1936/9»

RUBIO Y HERNÁNDEZ, Martín: *Tierras Rojas*. Murcia. Tall. Tip. «La Moderna». 1940.

9 (46:52) «15»

SANZ, Carlos: *Primitivas relaciones de España con el Japón*. Madrid. Imp. Aguirre. 1966.

9 (46:8) «1863/7» (001)

Documentos relativos a la Campaña del Pacífico (1863-1867). Tomos I y II. Madrid. Museo Naval. Vol. 2. 1966.

9 (462.1)

CASIANO GARCÍA, Agustino: *Ofrenda de la Provincia de León a Vegamián y sus Pueblos*. León. Imp. Casado. 1961.

9 (466) «1936/9»

DUMAS, Pierre: *Euzkadi. Les Basques Devant la Guerre D'Espagne*. París. Imp. M. Boivent. S. a.

9 (468.2) «17/19» (082)

ARMANGUE RIUS, Gil: *Gibraltar y los Españoles*. Madrid. Aguilar. Gráf. Orbe. 1964.

9 (647)

MIL BERLANGA, Francisco: *Resumen de la Historia de Melilla*. Melilla. Imp. El Quijote. 1965.

9 (728.1) «18»

CID FERNÁNDEZ, Enrique del: *Grandezas y Miserias de la Vida Diplomática*. Guatemala. Ed. del Ejército. 1966.

9 (87) «15»

OJER, Pablo S. J.: *La Formación del Oriente Venezolano. I: Creación de las Gobernaciones*. Caracas. Univers. Católica «Andrés Bello». 1966.

91 (648)

HERNÁNDEZ-PACHECO, F.: *El Sahara Español*. Madrid. Diana, Artes Gráficas. 1962.

91.04 (462.1)

MARTÍN GRANIZO, León: *Viaje de D. Gaspar Melchor de Jovellanos a principios del Siglo XIX*. Madrid. Imp. F. Domenech, S. A. 1958.

92 (Altamira)

MARTÍN GRANIZO, León: *Necrología y Bibliografía del Excmo. Sr. don Rafael Altamira*. Madrid. S. i. 1952.

92 (Carlos (46) V)

TERLINDEN, Charles (Vizconde): *Carolus Quintus. Emperador de dos Mundos*. Madrid. Ed. Rialp, S. A. 1966.

92 (Irisarri (044) «1847/68»)

CID FERNÁNDEZ, Enrique de: *Epistolario inédito de Antonio José de Irisarri. 1857/1868*. Guatemala. Ed. del Ejército. 1966.

92 (Mao-Tse-Tung)

CH'EN, Jerome: *Mao y la Revolución China, seguido de treinta y siete poemas de Mao-Tse-Tung*. Barcelona. Ed. Oikos. Tau. Imp. Ind., Gráf. García. 1966.

92 (Martínez Montañés)

HIGUERAS, Francisco: *Martínez Montañés y la Imaginería Religiosa*. Madrid. Ernesto Giménez, S. A. 1944.

92 (Miranda, Fco. de)

MARÍA, Nectario: *La verdad sobre Miranda en la Carraca*. Madrid. Imp. Juan Bravo. 1964.

92 (Pyteas)

BLÁZQUEZ, Antonio: *Pyteas de Marsella. Estudio de su exploración del Occidente de Europa*. Madrid. Imp. del Patron. de Huérf. Intend. e Interv. Militares. 1913.

La batalla de San Quintín, por Francisco Franco Bahamonde	9
El pensamiento militar en los cantares de gesta, III, por José María Gárate Córdoba	29
La Goagira y las ordenaciones de don Antonio de Arévalo, por María Teresa Oliveros de Castro	79
Organización militar española de la Casa de Borbón (siglo XVIII), por Joaquín de Sotto y Montes	113
El teatro de operaciones de Aragón hasta la gran ofensiva roja sobre Zaragoza, por José Manuel Martínez Bande	179
Bibliografía	227